ALFAGUARA

Oswaldo Reynoso

Los eunucos inmortales



Narrativa Hispánica

Oswaldo Reynoso

Los eunucos inmortales

ALFAGUARA

Síguenos en
Penguin Perú

 **Penguin Perú**

 **@penguinlibrospe**

 **@penguinlibrospe**

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Nota del editor

Prólogo
- Hermoso y libre, el dragón cometa

Beijing, 12 de mayo de 1989
- 13 de mayo
- 14 de mayo
- 15 de mayo
- 16 de mayo
- 17 de mayo
- 18 de mayo
- 19 de mayo
- 21 de mayo
- 22 de mayo

Coda
- 10 de junio

Notas
Glosario

Legal
Sobre el autor
Sobre este libro

Nota del editor

Publicada originalmente en 1995, *Los eunucos inmortales* es una de las obras más singulares de Oswaldo Reynoso. Escrita con lucidez implacable y sensibilidad única, la novela propone un viaje íntimo al corazón de una revolución fallida y, al mismo tiempo, una reflexión sobre el poder, el lenguaje y la escritura. Esta edición conmemorativa, que celebra los treinta años de su publicación, devuelve al lector una de las piezas fundamentales del autor arequipeño.

Con el objetivo de ofrecer una edición a la altura de su relevancia, se ha incluido un emotivo y lúcido prólogo de Gustavo Rodríguez, a quien agradecemos profundamente. Además, se ha realizado una revisión integral del texto, corrigiendo erratas y ajustando aspectos formales —como el uso de mayúsculas y la ortografía— conforme a las normas lingüísticas actuales. Asimismo, se revisaron los términos de origen chino y se corrigieron aquellos cuya transcripción al español era incorrecta según los sistemas vigentes, siempre con el máximo cuidado de no alterar el ritmo ni la prosa característicos de Reynoso. Las palabras que mantienen su forma extranjera han sido colocadas en cursiva, mientras que aquellas que el autor castellanizó deliberadamente, como ciertos plurales, se han dejado en redonda.

Con el objetivo de preservar la fluidez de la lectura, tanto el glosario —que recoge el significado de los términos chinos— como las notas informativas que en ediciones anteriores aparecían al pie de página se han incluido al final del libro.

Queremos agradecer a los herederos de Oswaldo Reynoso por su generosidad y la confianza depositada. Esta publicación forma parte del compromiso de Alfaguara por preservar y difundir la obra completa de uno de los escritores más importantes de nuestra tradición literaria.

Prólogo

Hermoso y libre, el dragón cometa

Conocí a Oswaldo Reynoso dos o quizá tres años después de que se publicara este libro por primera vez. Me acompañaba un amigo que me insistía en que el gran escritor arequipeño, ese mismo que yo había leído con admiración en mi adolescencia, debía darme su veredicto sobre unos cuentos que yo acababa de escribir; y aquella primera estancia en esa casita de Jesús María me ha acompañado a lo largo de mi vida con más nitidez que otros eventos quizá más trascendentales.

Recuerdo, por ejemplo, los papeles en la mesa de su comedor esperando a ser corregidos; también un gabinete oriental de madera negra, porcelana china salpicando los estantes y, sobre todo, la afabilidad con que el escritor nos recibió: su cuerpo ancho envuelto por una bata de seda negra con medallones de dorado imperial. El niño que aún me habita quiere creer, por supuesto, que se trata de la misma bata que aparece descrita por el narrador en la página 34 de esta edición conmemorativa. Otra parte de mí, más ingenua aún, quiere creer que, desde algún palacio celestial, Oswaldo me observa

escribir estas líneas; atento a si he incorporado algunas de sus enseñanzas.

Leer a un escritor que conociste es retomar viejas conversaciones y espero que la nostalgia me sea perdonada. Oswaldo Reynoso no solo era generoso con los aspirantes a escritor que le pedían consejo, también era un conversador memorioso y proclive al chisme sin cizaña. Un hombre que sabía que estábamos rodeados de mezquindad y mediocridad, pero que nunca perdió la voluntad optimista de buscar cambiar el estado de las cosas; por eso, tal vez, me resuena tanto en esta novela la ingenua razón que el narrador ofrece para explicar su viaje a China luego de la muerte de Mao: ir en busca de la felicidad.

Los eunucos inmortales relata en primer plano los diez días más efervescentes de las trágicas protestas estudiantiles en la plaza de Tian'anmen en Pekín, y a la vez nos muestra como escenario de aquella tragedia los doce años previos que el narrador pasó en China. Curiosa y coincidentemente, es el bien calculado uso de las cajas chinas lo que permite al narrador ingresar y salir de ambas esferas temporales. Según sus propias palabras, le gustaría que el libro que va urdiendo se convirtiera en un «diario-memoria» de esos años: un periodo en que el protagonista ha trabajado como corrector de estilo de traducciones del chino al español y ha sido testigo de documentos vitales en ese atronador viraje de engranajes que se dio en el último cuarto del siglo XX entre la Revolución Cultural de Mao y ese híbrido socialismo chino de mercado que hoy —a treinta y cinco años del aplastamiento de aquel clamor estudiantil por mayor democracia, libertad de prensa y lucha contra la corrupción— podría describirse como un capitalismo autoritario.

Se ha mencionado ya los dos tiempos de esta bitácora, y sería bueno complementarlos con los dos espacios en que transcurren: el interior del Hotel de la Amistad, un insólito recinto en el que los especialistas llegados de distintos países del mundo viven una realidad alterna al de los cambios sociales de China; y las calles de Pekín en estado de gerundio, esa forma de verbo que Oswaldo nos recomendaba eliminar de los textos, pero que a mi juicio revela la transformación en curso de una sociedad agrícola y ligada a sus tradiciones, a otra de costumbres urbanas y de culto al capital.

Emociona volver a palpar en estas páginas el valor que Oswaldo le otorgaba a la amistad. De qué manera esa blanca y recia figura —que, combinada con su vasta cultura, bien podía amedrentar a cualquiera— tendía puentes cariñosos a los demás para alimentar su curiosidad y sus ganas de risa.

Son las conversaciones del recuerdo, insertadas en el tejido de la primera persona, las que mejor expresan la confianza, la vivacidad, la joda y los temperamentos de quienes rodearon al narrador durante esos años en China; frases, exclamaciones e interjecciones que revelan un oído privilegiado para captar procedencias, personalidades y estados de ánimo: un filtro que no solo convirtió al autor en un embajador del lenguaje de la calle —ya sabemos la conmoción que significó la aparición de *Los inocentes* hace más de sesenta años—, sino también en un crítico de los escritores que proponen diálogos próximos al acartonamiento. Toca recordar que si bien captar palabras forzadas era en Oswaldo un pasatiempo que mantenía en forma su criterio, ninguno le fue tan placentero como el de descubrir nuevos sabores. Divierte asistir en estas páginas al estallido de su talento narrativo al servicio de esa pasión suya que

era la comida: no era raro encontrarse con Oswaldo en algún chifa de Lima y escucharlo disertar sobre los ingredientes y sus cocciones. Alguna vez conversamos sobre cómo la cultura china y la del norte del Perú actual fueron de las pocas en el mundo que domesticaron el pato para convertirlo en emblema de orgullo culinario. Hedonista y socialista, como era la descripción de los banquetes y refrigerios que acompañan aquí a los diálogos, son la prueba de que el anhelo de justicia social no es contradictorio con el deseo de disfrutar la vida; algo que unos cuantos atrincherados en su ideología suelen criticar.

Pero es la permanente reflexión del narrador sobre el método de escribir esta novela, ese pícaro recurso metaliterario de escritor seguro de su talento, el rasgo que más me lleva a recordar la casita en que Oswaldo me recibió por primera vez en el pasaje Caracas de Jesús María. Sus anotaciones en los márgenes de mis primeros cuentos son los rastros que más atesoro de un preciosista, de un alfarero del lenguaje que nunca dejó de preguntarse sobre cómo embellecer esa vasija sin caer en excesos.

Leo esta novela, por ejemplo, y en algunos párrafos empiezo a sentir una sobrecarga en el paisaje, una proliferación de adjetivos aquí y allá; y cuando pienso que es momento de señalárselo al maestro, el viejo zorro me gana por puesta de mano. «¿Y emplearía frases tan recargadas de adjetivos?», se pregunta, antes de responderse: «Sí, con ellas doy el matiz conveniente».

A veces con una abundancia adrede de adjetivos, a veces sin insertar una coma en varias páginas. Quien fuera en China el querido Lao O, se entrega al placer de experimentar las distintas maneras de expresar una voz que puede tener un escritor, entrelazando la pulsión por entender qué mecanismos hacen

publicables a un texto con la pulsión por comprender qué pasiones hacen imposible la consecución de una utopía; una tarea que —recordemos— también desveló a Miguel Gutiérrez, ese otro gran escritor peruano contemporáneo de Reynoso que, como él, vivió en China y que publicó una novela hija de esos años llamada *Babel, el paraíso*.

Ambos escritores, decepcionados de esos eunucos inmortales que se desviven por detentar el poder una vez que lo han alcanzado, probablemente vivieron con más tranquilidad sus últimos años al cambiar como meta la cima de la felicidad por la meseta de la armonía.

Al menos, tal es lo que me parece que ocurrió con Oswaldo.

Recuerdo que semanas antes de su muerte coincidimos en una ceremonia elegante que reunía a varios narradores. De pronto, a la hora de empuñar los vinos, noté que conversaba cordialmente con Fernando Ampuero, un escritor con quien no se llevaba tan bien; quizá, por apresurarse a ubicarlo en una vereda ideológica diferente de la suya. Mi corazón se hizo esponja. Días después, Fernando me contó la manera en que Oswaldo se le había acercado: «Somos tan pocos, que no vale la pena estar peleados».

Una última lección que nos dejó el maestro, antes de elevarse libre y sin pausas como un dragón en los cielos.

GUSTAVO RODRÍGUEZ

Lima, marzo de 2025

Para Rosita,
Jesús Ruiz Durand,
Aurelio Antonio Theran S.,
David Kamt

A la memoria
de Xiao Liang

Cuando comencé a escribir esta novela,
creía firmemente que había ido a China a buscar
la felicidad; cuando la terminé, comprendí
que no era la felicidad lo que buscaba,
sino la verdad, y esa verdad la he encontrado
en la felicidad de haberla escrito.

¡Cuídate de los nuevos poderosos!

CÉSAR VALLEJO

Beijing, 12 de mayo de 1989

Mañana a las cinco en punto, me dijo Liang en su español impregnado de culta entonación mandarín. Tengo entradas para una función de magia, agregó con su permanente sonrisa en labios finos y en centelleantes ojos negros y almendrados. Sin falta, le contesté. Y corrió atlético y joven hasta la calzada de la avenida del Puente Blanco. Su bluyín desteñido y su camisa amarilla comenzaron a diluirse entre las abigarradas columnas de estudiantes que pasaban gritando frente a las altas y macizas rejas del Hotel de la Amistad rumbo a la plaza Tian'anmen. Desde la vereda, todavía alcancé a distinguir su vincha negra de caracteres blancos y sus cabellos crecidos con diligente descuido antes de ser devorados por la multitud que colmaba de canto a canto la calzada. Entre agitadas pancartas, seguí con la vista su puño derecho que subía y bajaba al ritmo de tambores y de consignas voceadas a coro contra la banda de viejos corruptos del Partido y la muchedumbre se alejaba bajo la sombra de frondosos árboles salpicada de destellos vespertinos que reverberaban en los paredones amarillos del convento de Santa Catalina y avancé con la multitud que protestaba por la masacre de alumnos del colegio de la Independencia hacia la Prefectura cuando por el lado de San Lázaro apareció en tropel un pelotón de la Guardia Civil Montada que arremetió con el sable desenvainado y nadie corrió. Se resistió a pie firme con palos y piedras gritando: ¡Abajo dictadura! ¡Muerte a los asesinos! Y los caballos abriéndose de patas se resbalaban sobre los adoquines y echaban espuma por los hocicos y tajos y planazos en el rostro y en los brazos y en la

espalda sangraban pero no dolían y a puño limpio se descabalgaba a los guardias que heridos y asustados huían por en medio de la calle disparando sus armas de fuego y a mi lado cayó un obrero con el cráneo abierto como una granada y Vargas Vicuña recogió los sesos en su pañuelo, se subió a las gradas de piedra de una casona y levantándolos sobre la multitud recitó uno de los poemas más hermosos que he escuchado en mi vida y el crepúsculo quemado de naranja parecía que se hubiera detenido en las torres de sillar de la catedral de donde salían hacia los poblados de la campiña los toques a rebato de la campana mayor llamando a somatén al pueblo arequipeño para luchar contra el dictador Odría y sus milicos y policías asesinos de estudiantes. Sobre una escalera hecha tarima colocamos el cadáver del obrero y en silenciosa procesión lo cargamos hasta la Universidad de San Agustín. Subimos al segundo piso y entramos al Paraninfo. En la majestuosa mesa del estrado yacían varios muertos. Abandoné la universidad y caminé hacia la plaza de Armas por entre grupos de gente que traían más cadáveres. Me senté en las gradas de la catedral: las últimas llamaradas del crepúsculo apenas iluminaban en sombra a tumultos de viejos, niños, muchachas, jóvenes, hombres y mujeres que entraban a la plaza por sus cuatro esquinas. Vestían pobremente y marchaban en silencio. Iban armados de palos, fierros, cuchillos de carnicero y de cocina, hoces, viejas escopetas de caza, espadas oxidadas, revólveres de película de vaqueros, horquetas de tres y cuatro puntas, mazos con clavos, hondas y talegas con piedras. Aún no había cumplido los veinte años y lloré. La campana mayor de la catedral no cesaba de llamar a somatén y al ritmo de tambores y gongs el puño de Liang subía y bajaba hasta que fue tragado por la

multitud que se alejaba por la avenida del Puente Blanco bajo la sombra de frondosos árboles salpicada de destellos vespertinos.

Ya estábamos entrando al verano y las tardes doradas de Beijing cada día se hacían más largas. A pesar de mi cansancio, me quedé parado en la vereda entre niños y ancianos, viendo el desfile de camionetas, triciclos, autos y bicicletas con jóvenes que haciendo sonar bocinas, timbres, batintines y tambores coreaban *La internacional* y hacían flamear al viento tibio banderas rojas de seda. Ese atardecer vestía holgado pantalón negro con pretina y boquillas elásticas y blusón también negro de seda artificial y de corte chino especial para ejercicios de *qigong* que daban mayor realce a mi elegante gordura. Las zapatillas de tela que calzaba eran tan blancas como mis crecidas canas alborotadas. De pronto, sentí que las fuerzas me abandonaban y tuve miedo de caer sobre la acera. Me apoyé en un árbol y respiré hondo: el aroma de jazmín del Cabo me devolvió paulatinamente la energía. Hacía cuatro meses de la operación de un tumor maligno en el estómago y mi recuperación iba muy lenta, pues en la hemorragia interna que tuve antes de la detección del cáncer había perdido más del sesenta por ciento de mi caudal sanguíneo. Además, me habían abierto por la espalda y sacado una costilla para poder llegar al tumor. Aquel atardecer hubiera querido sumergirme en ese ritual de masas rebeldes; hubiera deseado marchar con los estudiantes y obreros por la avenida de la Paz Celestial hasta la plaza Tian'anmen y quedarme toda la noche al pie de la Columna a los Héroes del Pueblo cantando y danzando en el máximo de la embriaguez con los jóvenes que exigían moralidad, libertad y democracia socialistas, pero era imposible: tenía que ceñirme estrictamente a las indicaciones del

médico: reposo, reposo, reposo, sin ningún exceso. A lo largo de mi vida, casi sesenta años, siempre tuve que llegar tarde: o todos se fueron o no pude partir con nadie. Y siempre me quedé al margen deseando el disfrute de lo oculto. Y ahora, inválido para toda la vida. Qué se le hace, le dije en mi departamento a la responsable de la Sección de Español de la Agencia donde laboro cuando hace un mes me informó que los médicos habían dicho después de mi último chequeo que ya nunca podría trabajar en nada. Así que tendrá que ir preparando el viaje de retorno a su país, concluyó con gesto seco y tono neutro de dirigente medio. Y doce años se habían pasado en un castañeteo de dedos como dice Mao en uno de sus poemas, pues había venido a China en 1977, un año después de la muerte de Mao Zedong cuando Deng Xiaoping hacía rancho aparte conspirando en las unidades militares contra el heredero bobo del Gran Timonel, alistando sus bases de apoyo con los desplazados y víctimas de la Revolución Cultural y lanzando precisas consignas en el norte y el sur y en el este y oeste como las de romper los grilletes de la ideología y partir de los hechos o las de enderezar lo torcido y llevar a cabo las cuatro modernizaciones para convertir a China en una potencia a fines del presente siglo. Y en esta prolongada permanencia en Beijing me tocó ver desde mi escritorio de corrector de estilo y desde mi pupitre de profesor de español una de las más importantes oscilaciones pendulares de la sociedad china: de los estertores de la Revolución Cultural al nacimiento de un sistema socialista de mercado, es decir, de un igualitarismo de tazón de hierro a una extrema polarización social de quién llega primero a ser rico. Fui testigo, pues, de la mutación de las calles: de pacíficas y agradables vías de tránsito y de recreo a canales infernales de la

postmodernidad capitalista. Y ahora, cuando se anuncia un nuevo desorden bajo los cielos y resucita la alegría no planificada de las masas, apenas si puedo caminar una hora. Y de verdad que era hermoso ver desfilar a los estudiantes y a los jóvenes obreros: ágiles siluetas de papel negro recortado salpicadas de titilantes medallones de sol bajo la coposa sombra de árboles añosos contra un crepúsculo de celofán color caramelo. Anochecía y la cargante sensación de bulto duro y de cincho en la cicatriz de la operación me obligó a regresar al Hotel de la Amistad.

Camino despacio por la senda de lajas del jardín del Patio Ocho, al sur del edificio principal, rumbo a mi departamento. Estoy agotado y me siento en un banco. No hay nadie y las ventanas de los bloques de cinco pisos que rodean el jardín simulan nichos. Siempre he pensado que si alguna vez me decido a escribir una novela sobre mi estadía en China comenzaría en la más rancia técnica de la novela tradicional describiendo lo que los profesores de taller de narrativa llaman el eje espacial de los acontecimientos. En este caso, el Hotel. El primer párrafo sería así: En el Hotel de la Amistad, ubicado al nordeste de Beijing en la zona de la cultura, vivimos ahora ochocientos expertos extranjeros con sus familias. Procedemos de cincuenta países y hemos sido contratados por el Gobierno chino para trabajar de profesores en sus institutos superiores de lenguas extranjeras o de correctores de estilo en sus entidades de publicaciones y comunicaciones. Este Hotel fue construido por la URSS a principios de la década del cincuenta como uno de los proyectos de la ayuda internacionalista entre los países socialistas. ¡Qué horror de párrafo! Además de su antipático estilo de informe de Partido o de Gobierno chino, es impasable. ¿Qué es eso de unir

publi*caciones* con comuni*caciones*? ¿Dónde se ha visto, por dios, rematar un período con la palabra socia*lista* precedida por internaciona*lista*? Ensayaré otra forma. Podría comenzar así: En el Hotel de la Amistad se combina la tosca y fría arquitectura soviética con la serena y refinada línea mandarín de tejados esmaltados en jade en punta volada con ornamentos de dragones y murciélagos al estilo imperial. Este párrafo está mejor. Pero, ¿cómo describir la alta y maciza reja que rodea las cuarenta hectáreas del Hotel?, ¿qué decir de esta verja de zoológico que nos aísla del hervor cotidiano de los intrincados callejones de casonas tugurizadas del milenario barrio de Haidian sin entrar en conflicto con la visión oficial del internacionalismo proletario? ¿Cómo narrar la severa vigilancia diurna y nocturna de soldados con fusiles de la Primera Guerra Mundial desde garitas y en las dos puertas principales sin contradecir las crónicas y reportajes laudatorios de los amigos de China sobre la libertad socialista? ¿Y cómo describir con ágiles y cadenciosas frases en lucha constante contra los esquemas enumerativos de propaganda de revista china los bloques de cinco y ocho pisos que se levantan alrededor de jardines formando patios y entre parques de estacionamiento de autos, bicicletas y buses, piscina, canchas de tenis, de otros deportes y de recreación infantil, corredores, avenidas arboladas, teatros, comedores y gimnasios? No hay caso, al llegar al Perú, tendré que someterme a una rigurosa cura de estilo para arrancarme de cuajo los estropicios semánticos, las sequedades de estilo, las estulticias sintácticas, los aparatosos adjetivos y las consignas estribilladas hasta la náusea que a lo largo de más de una década de corrector oficial de traducciones al español de noticias, informes y documentos públicos del Partido y del Gobierno chinos se

han ido prendiendo como hediondas garrapatas en mi estilo natural. Sin embargo, en esta noche de manifestaciones callejeras y de silencio en el jardín, seguiré elaborando la novela sobre mi estadía en China. ¿Qué técnica emplearé para narrar las transformaciones en la planta física del Hotel y las mudanzas en la composición y en la vida de los expertos producidas en los últimos años a medida que se aplicaban en extensión y profundidad las políticas socialistas de mercado y de apertura al extranjero? No sé, pero comenzaría a jalar el hilo de esta forma: Cuando llegué a China en plena agonía de la Revolución Cultural, el Hotel era una austera ciudadela donde podía llevarse una sobria vida recoleta. Gran parte de sus instalaciones y edificios estaban clausurados, puesto que para los doscientos extranjeros de ese entonces, entre expertos y familiares, los departamentos de los bloques de apenas dos patios eran suficientes. Aún no había llegado el auge de la enseñanza del inglés y en consecuencia la invasión de norteamericanos. Además, el Gobierno chino prefería contratar a expertos con mínima familia: esposa y máximo un hijo menor de quince años. Sin embargo, por razones de política tercermundista, aceptaba a expertos latinoamericanos, árabes o palestinos con prolíferas familias y por razones económicas y de alta profesionalización, a expertos sin familia. Claro que en este último caso, el Buró del Hotel sabía que tarde o temprano tendría que desempolvar alcobas o cortar de tajo enredaduras íntimas en aplicación de sus reglamentos no escritos que prohibían todo tipo de enganche entre chinos y extranjeros. Para los infractores, si eran expertos (hombre o mujer), había sanciones que iban desde la discreta vigilancia con fraternal amonestación o la redacción de cartas de autocrítica hasta la no renovación del contrato o la

invitación a salir del país sin derecho al pataleo cuando las sábanas del dulce revoltijo despedían tufaradas de prostitución, y si eran chinos (hombre o mujer), las penas iban desde el sometimiento a disciplina o cambio de lugar de trabajo hasta la reclusión en granjas de reeducación. De esta manera, los dirigentes chinos protegían a sus angélicos camaradas (hombre o mujer) de los expertos, focos de contaminación burguesa, sin ninguna excepción, así el sujeto en cuestión hiciera pública profesión de moral socialista. Y con esos invisibles reglamentos también se propiciaba el sumo relajo sicalíptico entre la comunidad extranjera de Beijing (expertos, estudiantes, diplomáticos y amigos de China en viaje de turismo político), pero siempre bajo la ubicua y gorda vista de los agentes de seguridad prestos a enredar la vida del experto que se fuera de boca en sus críticas al híbrido socialismo de mercado. Pues bien, cuando llegué a China, el ambiente del Hotel durante la semana de trabajo, por su tranquilidad, parecía casa de reposo; por sus estrictos horarios en comedores y salidas al trabajo, cuartel o convento de la trapa; y por la proliferación de capillas y exclusiones, aldehuela de provincia. El único lugar de esparcimiento en todo Beijing era el club que abría de siete a once de la noche. Ahí podía tomarse té caliente, soda de naranja y cerveza nunca frías, vino y brandy chinos y café terroso siempre tibio; pero era imposible conversar por el ruido del televisor puesto a su máximo volumen y por el tole tole que armaban los hijos de los expertos. Abusando de la inmunidad que les otorgaba el tradicional respeto chino por los niños, se jaloneaban gritones por todo el club o se revolcaban por debajo de las mesas. Y había que estar en permanente alerta para atrapar en el aire las pelotitas de ping-pong antes de que dieran en nuestra cara o

embocaran en los vasos con las agraviantes salpicaduras que acicateaban los *haoo* de los fuwuyuanes y descuajaban del rostro siempre agrio de la señora del mostrador una diagonal sonrisa. Y para no contaminar el sano ambiente de recreo socialista con rabietas burguesas había que embucharse las justas carajeadas a las desmesuras de los niños extranjeros que teniendo sus salas especiales se obstinaban en jeringar a sus mayores. En las grandes celebraciones (Año Nuevo occidental y lunar, primero de mayo y primero de octubre), el club se transformaba en salón de baile. El Buró del Hotel lo adornaba con globos, cadenetas y linternas de papel y contrataba una orquesta sacada tal vez de una película filmada en el Gran Hotel de Shanghái en la década del treinta. A estos bailes exclusivos para extranjeros solo concurrían por razones de turno de trabajo algunos chinos dirigentes o compañeros de oficina. Y mientras la tribu de expertos danzábamos una mezcla de tango parisino con vals vienés o hacíamos ronda al estilo de comuna campesina cuidando de no pisar niños, los camaradas chinos, enfundados en chaquetas azules Mao y con gorro de visera, desde sus mesas, nos miraban lejanos matando su aburrimiento con tremolantes sorbos de té caliente, con abismales chupadas de cigarro o con interminable picoteo de semillas de girasol. Nada de baile, menos licor, y de vez en cuando una fruta o caramelo. Los fines de semana, la congregación de expertos se convertía en comunidad hippie con rotundas borracheras de amanecida y matutinas. Y de nostalgia y desarraigo también. En verano, en las tardes de domingo, bajo el arrechante sol de los jardines, nos hartábamos con parrilladas y bailes, y en las noches de sábado, en las gradas del club, tomábamos y cantábamos hasta la punta de la

madrugada. En invierno, los departamentos se convertían en humosas y apretadas discotecas con música internacional de moda hongkonesa y a veces marihuana silvestre cosechada en la Colina Perfumada y secada a la fuerza en hornos de cocina para escándalo de las abejas reinas y sus consortes latinoamericanos, rabiosos guardianes de la moral socialista, y si sigo jalando este hilo de la vida comunitaria de los expertos en el Hotel de la Amistad es posible que no solo me enrede en el ovillo de mis recuerdos sino que también tome un camino equivocado por cuanto estaría elaborando un relato muy general con salpicaduras socio-político-morales del Hotel y no la novela que desearía escribir: un diario-memoria. Por otra parte, al colocar al Hotel como eje de los acontecimientos, estaría desplazando la verdadera columna de esa posible novela a un espacio circunstancial. No, de ninguna manera incluiría esos párrafos imaginados. Y entonces, ¿cuál sería esa columna?

Aún no lo sé y es mejor que sea así. Sin embargo, como creo que toda creación es una aventura, presiento que en el Perú, cuando me encuentre en plena borrasca de escritura, quizá vea brillar en el ovillo el hilo que me permita estructurar todas las evocaciones narrables en un cuerpo armónico. Me pongo de pie y camino hacia mi departamento.

Noche

Estoy tendido sobre la cama. He apagado las luces y por la ventana que da a la estrecha calle que corre al otro lado de la reja del Hotel entra el tumulto de gritos, tambores y batintines de los estudiantes que siguen marchando a Tian'anmen y ha transcurrido

más de una década desde mi llegada a China y aplazando de año en año mi retorno definitivo al Perú y siempre dejando de un mes para otro el inicio de mis clases particulares de chino para quedarme al final con el manejo de un chino muy rudimentario y doméstico. Cierro los ojos y no había pasado medio año de mi llegada a China cuando recibí una llamada telefónica. No, por favor, no soy el Liu de su oficina. Usted no me conoce y me urge visitarlo. Era una voz bien entonada con el dejo neutro que adquieren los chinos cultos cuando aprenden el español en forma autodidacta, pues los chinos egresados de institutos tienen el dejo de la nacionalidad del profesor extranjero que les tocó en suerte. Y llegó puntual a la cita. Pasaba los sesenta años de edad, era muy delgado, de finos rasgos y de mirada despierta tras pequeños lentes sostenidos por una lineal montura de oro. Llevaba con excesiva pulcritud una chaqueta azul de paño grueso de invierno tipo Mao y un gorro de ferroviario de igual color. Y exhalaba un matutino olor a jabón de almendras y a tabaco negro, fuerte. Después de su deceso, debido a un cáncer de pulmón, el joven Siu, compañero de trabajo, me dijo que solo con el profesor Liu había podido aprender la conjugación española tan complicada para nosotros los chinos y esto que mis profesores extranjeros han sido hasta de la misma España y mi papá me contó que Lao Liu pertenecía a una antigua familia de financistas de Shanghái y que prefirió quedarse en China luego de la fundación de la República y no irse con sus hermanos a Hong Kong y después a Inglaterra, terminó de decirme el joven Siu mordiendo un tomate como si fuese una deliciosa ciruela. Y la alumna Tin Tin[1] me informó que el viejo Liu le había enseñado inglés, pero el verdadero de *London*, porque, viera usted, me dijo moviendo sus manos de

bailarina, el veterano Liu se educó en el mejor colegio británico de la zona de concesiones extranjeras de Shanghái antes de la Liberación. Y la profesora Fan riéndose y agitándome el brazo me contó con su voz ronca de fumadora que el viejo Liu había aprendido el español muy joven cuando en China nadie lo enseñaba. Y no le miento si le digo que lo aprendió con la sola ayuda de una gramática roída por ratones y con huecos de polilla que le había regalado el cocinero de la antigua Embajada de España y con el auxilio de un despanzurrado diccionario que había conseguido en un muelle de Shanghái de manos de un marinero portugués a cambio de una pipa de opio que le había robado a su abuelo paterno, terminó de chismearme Fan lanzando al aire una bocanada de humo. Y mi amigo el joven Liang en el clímax de la admiración me dijo abriendo sus ojos almendrados: ¿Sabías que Lao Liu aprendió el español solo para poder leer el *Quijote* en su propia lengua? Y el veterano Liu entró sonriendo un poco encorvado hasta la sala de mi departamento. Goloso aceptó frutas, caramelos y té. Luego de corteses preguntas sobre mi salud y sobre mi nueva vida en China, de una bolsa de seda negra sacó unas hojas mecanografiadas con correcciones manuscritas a tinta roja. Hemos seguido de cerca, me dijo, su trabajo de corrección de estilo y creemos que usted es el experto más idóneo para ayudarnos. Yo le pregunté si era de mi Agencia. No, me contestó. Yo pertenezco a un buró que depende directamente del Consejo de Estado. Colocó las hojas sobre la mesita de centro y sacó una cajetilla de cigarros. ¿Fuma usted? Sí, pero esa marca es muy fuerte para mí. Prefiero Chin Lun, le dije. Entiendo, es más suave, me contestó. ¿Y cuál es el trabajo? Mire usted, es la corrección de estilo de la traducción de un artículo

inédito de Mao Zedong. Y es urgente. Desean lanzarlo al mundo en varios idiomas con motivo de su natalicio el 26 de diciembre y a un año y medio de su muerte, me informó. De acuerdo, le dije. Es un gran honor para mí, agregué. El veterano me recomendó mucha reserva antes de su publicación. Pierda cuidado, le prometí. Bien, entonces métale diente de inmediato, y me alcanzó nueve hojas. Leí el primer párrafo y de verdad que era admirable su recia y compleja estructura de frases cortas y rotundas. Luego de una rápida lectura, hice un breve comentario sobre la tesis expuesta en el artículo y el veterano Liu observando las paredes peladas de la sala, me dijo: Tiene usted que comprar cuadros; en Liulichang podrá encontrar originales y a buen precio. Lo miré extrañado y creyendo que era un poco sordo repetí el comentario en voz alta. El veterano señalando los anaqueles vacíos, dijo: En esa calle podrá encontrar también exquisitos objetos de artesanía. Si usted desea, lo acompaño. Gracias, le dije. ¿Puede ser el próximo domingo?, le propuse. Sí, con todo gusto. Mirándome a los ojos, añadió: Hay que darle calor a esta sala. Es necesario que la vida tenga calor, insistió. En esta conversación me llamaron la atención dos puntos. Primero: Yo siempre había empleado el adjetivo exquisito para calificar comidas y licores, y ahora el veterano Liu había ampliado el matiz comprensivo de exquisito devolviéndole su legítima prosapia. Segundo: su frase «hay que darle calor a esta sala». Desgraciadamente, solo después de su muerte pude comprenderla en su exacta dimensión trágica. Se puso de pie y caminó hacia el anaquel esquinero donde había acomodado los pocos libros que traje del Perú. Luego de examinarlos con ojo entendido y cariñoso, me dijo: ¿Podría prestarme esta joya? y me señaló la edición en papel biblia con tapa

de cuero de *La Celestina* de la Colección Crisol de Aguilar publicada en 1957. Claro, claro, le dije. Se la obsequio. El veterano atorándose con el humo de su cigarro repiqueteó entre toses roncas. *Bu bu bu bu bu bu*. Y yo interrumpiéndolo: De verdad, se la obsequio. El veterano, ya sereno, añadió. La leo y se la devuelvo. Y durante los ochos años de nuestra amistad, siempre eludió todo tipo de conversación política, a pesar de que los textos que él traducía y yo corregía eran íntegramente ideológicos o informes gubernamentales. Con corteses evasivas me dio entender que su diligente trabajo era profesional, aséptico, como el de los albañiles que se esmeran en la construcción de una lujosa residencia sabiendo que no les pertenece y que una vez acabada ni siquiera podrán entrar en ella. Al comienzo, esa actitud me sorprendió, por cuanto yo creía, como se afirmaba en el Perú, que todos los intelectuales y artistas chinos, sin ninguna excepción, eran marxistas o por lo menos estaban comprometidos con el socialismo. Sin embargo, poco a poco, fui descubriendo que no era así. Y evidentemente el veterano Liu no era un intelectual comprometido ni mucho menos un burócrata militante; pero, según me informaron después, había estudiado a Marx en alemán y a Lenin en ruso. ¿Y en chino cómo es la prosa de Mao?, le pregunté. El veterano guardó *La Celestina* en su bolsa de seda negra, se sentó y acomodándose los frágiles anteojos de oro en el puente de su nariz, me dijo: Excelente. ¿Cómo la de Lu Xun?[2], volví a preguntarle. No, Lu Xun es artista de la palabra; en cambio, Mao, en su prosa, es dialéctico. Ya habrá tiempo de explicarle con más detenimiento estas diferencias propias de la prosa china. El chino es muy complejo, sonrió y se quedó moviendo la mano en el aire como ajustando pernos de una complicada maquinaria. Y el

trabajo de corrección de estilo del texto traducido de Mao nos llevó más de una semana con reuniones diarias de tres horas. Desgraciadamente, este artículo nunca se publicó; porque, en las alturas, como solía calificar el veterano Liu a la cúpula del Partido y del Gobierno, ya se sentían los pasos del Deng Xiaoping que decía: No importa el color del gato con tal de que cace ratones. Ya amainaron las marchas callejeras y vuelve el silencio de aldea de Beijing. Dejo la cama y salgo al jardín: el azul fresco de la noche revolotea por entre los árboles y los tejados de esmalte de los edificios. Ya no siento el bulto duro de la cicatriz y se acercan dos fuwuyuanes. Me dicen que ellos también se van a Tian'anmen y me recomiendan cuidar mi salud. El Hotel está desierto, ¿y cómo así vino a China?, recuerdo que me preguntó el veterano Liu después de haber acordado el método de corrección del artículo de Mao en su primera visita a mi departamento. A comienzos de este año, le contesté, sí, de 1977, la Universidad de Educación La Cantuta donde yo era profesor de Lengua y Literatura fue tomada por asalto por los Sinchis, un cuerpo especial de la policía con entrenamiento militar de comando. Como yo no estaba de acuerdo con tal medida de fuerza que violaba la inteligencia, opté por retirarme de la universidad. Esto coincidió afortunadamente con el ofrecimiento de trabajo que estaba haciendo la embajada china en el Perú. Me dijeron que querían profesores de español de nivel universitario para sus institutos de lenguas extranjeras y escritores o periodistas como correctores de estilo. Como yo era escritor activo y profesor cesante, acepté la oferta. Además, el sueldo y las condiciones de trabajo eran buenas y no había ninguna exigencia ideológica o política. Y aquí me tiene, terminé de contarle. El veterano Liu cogió un caramelo, despacio le

quitó el papel de colores, se lo llevó a la boca y luego de moverlo hinchando los carrillos como hacen los niños sonrió y me dijo: Para suerte de nosotros. Abro los ojos y el Hotel sigue desierto.

13 de mayo

Desde la cocina llega el rumor de una agitada conversación en voz baja. La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas celestes de la ventana de mi dormitorio que da a un angosto jardín separado de la estrecha calle por la reja del Hotel. Solo en la madrugada se aplacó el incesante trajinar por este callejón que conecta la avenida del Puente Blanco con la nueva autopista de la vía de circunvalación número uno de Beijing. Son las nueve y cinco en el reloj con caja de madera que compré por indicación del veterano Liu en una tienda de antigüedades de Dongdang. Enciendo la radio y al momento aparecen en la puerta que da a la sala la *ayi*, señora bajita de más de sesenta años, de menudos pies y caminar de Chaplin; la señora lindao del bloque de mi departamento, ágil cuarentona, y el *fuwuyuan* He, joven, despierto y bromista, con escoba y plumero en mano. Me sonríen y me hablan en chino todos a la vez. Apenas si puedo captar algunas palabras aisladas como huelga, masas, hambre, diálogo, estudiantes, Li Peng, Gorbachov, Tian'anmen. ¡Cómo he podido olvidar!: pasado mañana llega a Beijing Gorbachov. Y Beijing está lleno de periodistas de todo el mundo. Y no es para menos. Con esta visita, al más alto nivel, como dicen los órganos de prensa de China, se romperá el aislamiento de estas dos potencias que se inició a comienzos de la década del setenta cuando Mao denunció el revisionismo de Kruschev. La señora lindao discute con el joven He. Los dos se gritan y se señalan la punta de la nariz con el índice mientras la *ayi* los mira alternativamente como si estuviera presenciando un partido de tenis.

Cuando mi curiosidad por saber el motivo de tal disputa ya está tocando los límites de la desesperación, suena el teléfono. Es el joven Liang. Te llamo, me dice, desde el Hotel Beijing. Toda la noche la he pasado en Tian'anmen. En cuanto me desocupe iré al Hotel para contarle lo que está pasando. Ansioso lo interrumpo: Adelántame algo. Liang con voz ronca me dice un poco agotado: Como a las dos de la mañana, la Federación Autónoma de Estudiantes presentó una demanda de diálogo a la Oficina Central del Comité Central y del Consejo de Estado. Nosotros hemos pedido que los representantes del Gobierno y del Partido sean dirigentes del más alto nivel con amplio poder de decisión, como exige Wuer Kaixi. ¿Quién?, lo interrumpo. Wuer Kaixi, me repite fuerte. Es un líder estudiantil, ya te hablaré de él. ¡Qué raro!, su nombre es uygur[3], le digo. Sí. Es de la Universidad Pedagógica de Beijing y es muy joven. Apenas llega a los veinte, me informa. ¿Y aceptaron la demanda?, le pregunto. Sí, a las cuatro de la mañana. Entonces, todo va bien. No, me contesta, porque hace un momento ha llegado a la plaza la noticia que el Buró de Correspondencia y Audiciencias del Partido y del Estado ha comunicado que el diálogo se llevará a cabo el 15 y además con representantes de las federaciones oficiales de estudiantes. No sé qué sucederá, me dice y agrega: sobre la función de magia ya le he encargado a Tin Tin que te acompañe: yo estaré muy ocupado. Ahora, me voy a Tian'anmen. Más tarde volveré a llamarte. No hagas mucho ejercicio: *xiuxi xiuxi xiuxi xiuxi*, y cuelga el fono. Mientras tanto el *fuwuyuan* He ha dado tres rápidos escobazos al dormitorio como pinceladas de pintor vanguardista.

El agua de la ducha cae fría y es una molestia que por la operación no pueda mover en toda su extensión mi brazo izquierdo. Me seco y me pongo una bata de seda negra con medallones de dorado imperial y me calzo unas babuchas también de seda negra, obsequio de Lalita, la esposa de Hiram, el nepalés de la Radio Beijing. Sobre el escritorio ya me espera el desayuno preparado por la *ayi*: huevos escalfados, mermelada de moras, fiambres salados al estilo chino, café con leche, yogur y a discreción sopa de mariposas y pequeños *jiaozi* de langostino. De un cajón saco varias fichas y las ordeno cronológicamente. En cada una de ellas he anotado día a día un resumen de todo lo más importante acontecido desde el 15 de abril de este año, fecha del fallecimiento de Hu Yaobang, ex secretario general del Partido, defenestrado de su cargo hace dos años por haber salido en defensa de los estudiantes que exigían democracia y libertad socialistas. Las releo mientras desayuno.

15 de abril

- Fallece Hu Yaobang.
- Estallan huelgas estudiantiles en todo el país.
- Aparecen dazibaos y xiaozibaos.
- Leyendas más características: «El que no debía irse se ha ido y el que tenía que morir no ha muerto». «Hay que derrocar al monarca autoritario». (Claras referencias a Deng Xiaoping).

18 de abril

- Gigantescas manifestaciones de día y de noche.

- En la noche, los estudiantes rodean Xinhuamen, Sede del Comité Central del Partido y del Consejo de Estado.
- Los estudiantes ocupan la plaza Tian'anmen.

19 de abril

- Siguen las movilizaciones.

20 de abril

- En la madrugada, cuadros y miembros de la Policía de Seguridad Pública reprimen a la fuerza con flamante equipo antidisturbios a estudiantes, obreros, mujeres y niños que rodean Xinhuamen.

21 de abril

- En toda la ciudad hay gran tensión.

22 de abril

- Mitin de exequias con cuerpo presente en honor a Hu Yaobang en el Gran Palacio del Pueblo.
- Frente al cadáver cubierto con una bandera roja en medio de flores naturales dirigentes de todos los niveles y sectores forman interminables hileras silenciosas para rendirle el último homenaje con tres solemnes inclinaciones de cabeza.
- La televisión que transmite directamente muestra el enojo de la familia de Hu Yaobang. Rechazan la condolencia de Li Peng,

primer ministro.

- En todo Beijing se comenta que Li Peng cubrió de insultos a Hu Yaobang en la sesión del Buró Político y a consecuencia de ello Hu murió de disgusto.
- Más de un millón de personas con ramos de flores blancas se han apostado en las aceras de la avenida de la Paz Celestial desde la plaza Tian'anmen hasta el cementerio de Babaoshan en una longitud de más de veinte kilómetros para despedir con reverencia y en silencio los restos de Hu Yaobang que son trasladados en una sobria carroza.
- Se dice que luego de las exequias, el primer ministro Li Peng ha accedido a salir del Gran Palacio del Pueblo para recibir a los estudiantes que están en la plaza.
- Cumplida la hora señalada, los estudiantes se sienten engañados ante la ausencia de Li Peng.
- Los estudiantes se ponen de rodillas en la puerta del Palacio e imploran que los dirigentes los reciban para hacer entrega de una petición.
- Se funda la Federación de Estudiantes de Solidaridad dejando de lado a las federaciones oficiales de estudiantes de institutos superiores y de estudiantes de posgrado.
- Los estudiantes ocupan oficinas y estaciones de transmisión de las universidades e institutos superiores.
- Se da la consigna de remitir telegramas a todo el país a fin de coordinar la huelga nacional de estudiantes contra el Gobierno que hace caso omiso a las peticiones pacíficas de los estudiantes.

- Hay agitación en los colegios de secundaria, en las fábricas, en las grandes tiendas estatales y en los distritos de los alrededores de Beijing.
- Aparecen dazibaos. La leyenda más repetida: «Unámonos con los obreros y campesinos y derroquemos la tiranía».
- Se da la consigna de: Bajemos al sur y subamos al norte y lleguemos del este y vayamos al oeste.

24 de abril

- En una reunión de miembros del Comité Permanente del Buró Político se decide establecer en el Comité Central del Partido un grupo encargado de poner coto a la conmoción y exigir al Comité Municipal del Partido y al Gobierno Popular de Beijing que movilice a las masas para con ellas estabilizar la situación.

25 de abril

- Deng Xiaoping pronuncia un discurso en el cual da su total apoyo a la decisión del Comité Permanente del Buró Político. Denuncia: «este no es un movimiento estudiantil común sino una conmoción política destinada a negar la dirección del Partido y el sistema socialista».

26 de abril

- *Renmin Ribao*[4] publica un editorial en el que respalda la decisión del Comité Permanente y el discurso de Deng. Distingue entre

una exigua minoría de instigadores y las amplias masas de estudiantes.
- Se ordena realizar reuniones dentro y fuera del Partido para sostener dichos principios y unificar criterios. Se ordena hacer trabajo político en las fábricas, zonas rurales, tiendas, escuelas de primaria y de secundaria.

27 de abril

- La Federación de Estudiantes de Solidaridad se transforma en Federación Autónoma de Estudiantes.
- Emite su primera orden: Manifestaciones hacia la plaza Tian'anmen bajo la bandera de apoyo al Partido Comunista y al socialismo y de salvaguarda de la Constitución.
- Las agencias extranjeras informan que funcionarios jóvenes del Comité Central y del Gobierno se han unido para apoyar la democratización. Señalan entre estos al grupo de cerebros de Zhao Ziyang, secretario general del Partido.
- Un periódico chino publica el artículo «Qué obliga a los estudiantes universitarios a dedicarse al comercio informal». Se afirma que el auge de la economía mercantil ha perturbado la tranquilidad en las universidades. Ahora, los estudiantes por dedicarse al comercio ya no estudian. Ahora, los estudiantes, insiste el articulista, han levantado en las universidades puestos de venta de múltiples mercancías frente a los comedores y en los jardines y corredores, y otros se dedican al comercio ambulatorio. Como ahora es muy difícil conseguir un empleo después de egresar de la universidad, como hay un desprecio

por los conocimientos y como el sistema de distribución es irracional de tal manera que los trabajadores manuales ganan más que los intelectuales, los estudiantes prefieren dedicarse al comercio informal que a los estudios. En síntesis, anota el articulista, los estudiantes prefieren el «camino amarillo» (riqueza a través del comercio) al «camino negro» (color del gorro doctoral). Indica que hay una gran deserción estudiantil. El artículo termina afirmando que lo mismo sucede con los profesores, pues un catedrático gana de 80 a 90 yuanes al mes mientras que un joven camarero de hotel para extranjeros recibe por lo menos 200 yuanes al mes.

29 de abril

- Se realiza la primera conversación entre funcionarios gubernamentales y estudiantes universitarios en Beijing. Los estudiantes consideran insatisfactorios los resultados de esta conversación.

1º de mayo

- Sin ninguna novedad. Celebraciones pálidas en parques y teatros.

El paso de una bulliciosa marcha corta en seco mi lectura de fichas. Dejo el desayuno y me encamino hacia la ventana que da a la calle estrecha. Descorro la cortina celeste y por la calzada a pleno sol matutino pasan en tumulto de bicicletas y timbres los estudiantes del Instituto de Lenguas Extranjeras situado a espaldas del Hotel.

Llevan banderas rojas y pancartas. En cuanto descubren mi presencia tras las rejas del Hotel, me gritan agitando el brazo: Tian'anmen Tian'anmen, invitándome a la marcha. Yo entusiasmado los saludo levantando la mano. Son como mil alumnos. Al voltear, me doy de narices con la *ayi*, He y cuatro fuwuyuanes más que curiosos también se han acercado a la ventana. El joven He me imita. Se pone una de mis batas, se despeina y comienza a mover en forma exagerada los brazos sonriendo como candidato en busca de votos. La *ayi* y los otros fuwuyuanes, ahogándose de risa, sin dejar de mirarme, señalan a He agitando el índice. Luego de festejar la parodia, dejo el dormitorio, cruzo la sala y el corredor cubierto y salgo al jardín. Me sigue He llevando en alto sobre su cabeza un sillón de mimbre. Lo coloca bajo un nogal y con amplio movimiento de manos y una venia al estilo cortesano de Ópera de Beijing me invita a sentarme. Mientras tanto la ayi ya ha sacado una jofaina de gruesa porcelana de mediados de la dinastía Qing comprada en la madrugada a unos campesinos chinos en la esquina del Hotel. Me indica que cuando el sol caliente el agua me dé un baño de pies, muy bueno para prevenir el cáncer, afirma. No sé si esto sea verdad, pienso, solo sé que es sumamente placentero. Bien acomodado en el sillón de mimbre, con agua tibia en los pies y a la sombra del nogal en esta límpida mañana de mayo, reinicio la lectura de las fichas.

2 de mayo

- Hu Qili, alto dirigente del Partido, dice: «El objetivo de China es construir una democracia política socialista, pero el proceso debe ser gradual. La creación de la democracia política requiere

una sincronización con el desarrollo económico. Uno no debe preceder al otro».

3 de mayo

- Mitin en el Gran Palacio del Pueblo en conmemoración del Movimiento del Cuatro de Mayo[5]. Asisten más de tres mil jóvenes. Zhao Ziyang, secretario general del Comité Central del PCCh, pronuncia el discurso principal.
- Zhao sostuvo: «... si la inquietud social retorna con un conflicto social a gran escala y se interrumpe la producción, el estudio y el trabajo, un país prometedor puede convertirse en uno turbulento y sin esperanza».
- «... la estabilidad no significa la eliminación de la democracia, pero esta debe ser canalizada a través del orden y la legalidad».
- «... es mi deseo que esta generación pueda poner en juego su espíritu pionero e industrioso».

4 de mayo

- Zhao Ziyang, al recibir a los representantes que asisten en Beijing a la reunión anual del Banco de Desarrollo de Asia, declara: «... en China no hay conmoción. [...] Los estudiantes de ningún modo pretenden oponerse a nuestro sistema fundamental, sin o que nos demandan que corrijamos los desaciertos en nuestro trabajo. [...] ... es difícil evitar que alguna gente pretenda sacar provecho de la situación. [...] Las demandas razonables de los estudiantes pueden ser satisfechas

a través de reformas y de otros medios democráticos y legales». Por último, pide: «calma, reflexión, moderación y orden».

- Los estudiantes reciben con alborozo las palabras del máximo líder del Partido, quien los considera patriotas y no cree que estén siendo manipulados.
- Los posgraduados señalan que si el Gobierno hubiera sostenido tal actitud desde un principio, la situación hubiera sido manejada en mejor forma.
- Los estudiantes declaran que el mayor problema de la China de hoy es el acatamiento de la ley por parte de las autoridades.
- De inmediato, el discurso de Zhao Ziyang se transmite por la Radio Central del Pueblo y por la Televisión Central de China.
- Cerca de doscientos mil jóvenes se reúnen en los principales parques de Beijing para celebrar el Septuagésimo Aniversario del Movimiento del Cuatro de Mayo.
- En la Universidad de Beijing, donde se inició el Movimiento del Cuatro de Mayo, se reúnen mil intelectuales y se comprometen a llevar adelante el auténtico espíritu del Movimiento.
- Frente a la Columna a los Héroes del Pueblo en la plaza Tian'anmen, diez mil jóvenes prestan juramento al ser admitidos a la Liga de la Juventud Comunista.
- La Federación Autónoma de Estudiantes, pasando por alto al Buró Municipal de Seguridad Pública, convoca un mitin en Tian'anmen para demandar democracia, libertad de prensa y diálogo con el Gobierno.
- Al mitin concurren miles de miles de beijineses y estudiantes de otras partes del país.

- En la plaza se ven carteles con las leyendas «Apoyamos al Partido Comunista», «Apoyamos al socialismo», «Los diálogos deben ser sinceros», «Pedimos derechos humanos», «Imperio de la Ley, sí. Imperio de personas, no», «La prensa debe decir la verdad», «Contra la malversación y la corrupción».
- En la tarde, ingresa a Tian'anmen un contingente de cientos de periodistas, en su mayoría jóvenes, y se unen a los estudiantes bajo la consigna principal: «Libertad de prensa». Un viejo periodista comenta: «este es un hecho sin precedentes en la historia de la República».
- Los periodistas jóvenes llevan carteles con las leyendas: «El pueblo tiene derecho a saber», «La prensa debe ser objetiva e imparcial», «Fortalezcamos la supervisión mediante la prensa para promover la reforma política».
- En el mitin, los organizadores de la huelga estudiantil que ya dura dos semanas anuncian que el 5 de mayo retornarán a las aulas.

5 de mayo

- *Renmin Ribao* publica en primera plana el discurso de Zhao Ziyang junto con comentarios favorables de importantes representantes de diversos sectores sociales.
- Los principales diarios de China reproducen el discurso y la Televisión Central lo transmite varias veces.
- La gente comenta en Beijing: «Hay dos voces en el Comité Central».

La *ayi* interrumpe mi lectura. Me trae un vaso de jugo de fresas con leche y miel de abejas. Tomo un trago: está en su punto de dulzor y de temperatura. Me mira nerviosa con sus ojos de niña. Pronunciando palabra por palabra, para que yo comprenda, me informa que en la Universidad del Pueblo todos hablan de huelga de hambre y agarrándose la cabeza con las dos manos se apiada de los estudiantes. Me dice que mi almuerzo ya está listo y que ella de inmediato se va a su barrio para ver cómo puede ayudar a los pobres estudiantes. La *ayi* vive cerca del Hotel y es dirigente del comité vecinal. Yo la vi por primera vez en el Mercado de la Cooperativa con su brazalete rojo en turno voluntario de control: menudita, con zapatos de tela negra en pequeños pies de niña, pantalón gris de lanilla, camisa blanca de popelina y chalequito marrón de poliéster; limpia, sonrosada como muchacha campesina, ojos claros y vivos y corte al estilo cuadrado; bien paradita y de ágiles movimientos. Y tenía más de sesenta años y dentadura brillante y completa. Ahora, con la política de economía socialista de mercado, no sabe qué hacer como dirigente de barrio. Hace poco se encerró en la cocina con la joven estudiante Tin Tin y se pasaron toda la mañana conversando. Ese mismo día, después del almuerzo, Tin Tin me dijo: Sabe, profesor, que la *ayi* está muy triste. Me ha contado que por más que se ponga su brazalete de dirigente en el mercado libre de Haidian nadie le hace caso. Los vendedores roban en el peso y cobran lo que les da la gana y se burlan de ella. Antes de Deng Xiaoping, me ha dicho, todos la respetaban y los vecinos la buscaban como árbitro en sus pequeños pleitos. Además, me ha dicho que tiene mano de Buda como casamentera. Pero, ahora, hasta su única hija hace lo que quiere. ¿La conoce?, me pregunta

Tin Tin. Sí, le contesto. Es una joven muy hermosa que hasta hace poco atendía en el comedor del Hotel, agrego. Y Tin Tin me informa: Se la han llevado al Hotel Internacional Jianguo. Y yo le digo: Le deben estar pagando muy bien, habla con mucha soltura el inglés y además, como ya te he dicho, es muy bonita. ¿Quiere que le pele una manzana?, me ofrece Tin Tin. Sí, gracias, le contesto. Se para y va a la cocina. Y un domingo en el comedor del Hotel le dije al joven Liang: Fíjate, y con la mirada le señalé a Xu Yang. Todos los extranjeros andan locos por ella, comenté luego de haber cogido con los palitos un rollo de primavera. Y Liang, examinándola detenidamente, dijo: Sus senos son muy grandes y ya sabes que eso no nos gusta a los chinos y además se pinta demasiado, y con tono mandarín de joven intelectual añadió: la mujer debe tener belleza antigua. ¿Y cómo es esa belleza?, le pregunté. Liang, sin dejar su tono de mandarín, dijo como recitando un poema: Lozana y natural como el loto que emerge de una fuente clara, y se sonrió discretamente. Tin Tin vuelve de la cocina con una manzana pelada y un racimo de uvas de Turfan y le digo: Sí, muy hermosa. Tin Tin, ocultando su rubor, dice: Para ustedes los extranjeros, y suspirando agrega: ahí está su desgracia. Luego de una pausa continúa. La *ayi* llorando me ha dicho que su hija ahora sale todas las noches y no le dice con quién y ya ni lo quiere ver a su novio chino, un *fuwuyuan*, y que ella, la *ayi*, ha perdido su cara frente a los padres del novio. Porque, sabe usted, me ha contado que cuando Xu Yang cumplió los trece años, su padre, de acuerdo con la tradición china, la comprometió con el hijo del mecánico del Hotel que fue su compañero de armas en la Guerra de los Trenes contra el Japón. Desgraciadamente, al año murió su esposo en un accidente de

tránsito y ahora Xu Yang dice que ese compromiso ya no vale y que ella es moderna y se casará con el chino o extranjero que escoja. Tin Tin, después de comer uvas, me dice: ¡Pobrecita la *ayi*!, y añade: como ha insistido tanto en que no le cuente a usted nada de lo que me ha contado se lo cuento ahora porque ella quiere que usted sepa toda esta historia sino no hubiera insistido tanto en que no le cuente nada a usted. ¿Cómo?, ¿cómo?, le pregunto sorprendido. Tin Tin, moviendo sus manos de bailarina y cerrando sus ojos, me dice: Así son las viejitas de Beijing. La *ayi*, desde la puerta del bloque de mi departamento, se despide agitando la mano y la veo alejarse por entre los nogales del jardín ágil y menudita con pasos de Charlot. Vuelvo a la lectura de las fichas.

6 de mayo

- Reuter informa que el discurso de Zhao Ziyang constituye un agudo contraste con el severo reproche a los estudiantes de hace una semana.
- Zhao Ziyang dice a Hu Qili y a Rui Xingwen, dirigentes a cargo de la propaganda y del trabajo ideológico del Comité Central del Partido, que la prensa «se ha abierto un poco y ahora informa sobre las manifestaciones y no hay riesgo en ello. [...] Frente a la aspiración del pueblo del país y la tendencia progresista del mundo no podemos guiar nuestras acciones de acuerdo con las circunstancias».
- Estudiantes de veinticuatro universidades e institutos de Beijing entregan un petitorio al Gobierno. En él solicitan diálogo para tratar sobre el reconocimiento oficial de su movimiento y sobre

la democracia, la reforma política y otros puntos más. Piden también la retractación del editorial del *Renmin Ribao* del 26 de abril. Por último, exigen que, de realizarse el diálogo, éste deberá ser transmitido en directo por radio y televisión.

8 de mayo

- Zhao Ziyang, a pedido del Comité Municipal del Partido y del Gobierno Popular de Beijing, convoca una reunión. En esta, algunos dirigentes señalan que el discurso de Zhao Ziyang no concuerda con el editorial del 26 de abril. Zhao contesta: «Yo asumiré la responsabilidad si mis intervenciones son erróneas».
- En la noche, la Federación Autónoma de Estudiantes de la Universidad de Beijing y la Federación de la Universidad Pedagógica se declaran en huelga.
- De inmediato, se levanta una nueva ola de manifestaciones.

9 de mayo

- Periodistas de más de treinta entidades de prensa marchan hacia la plaza Tian'anmen.
- Más de mil periodistas presentan una petición firmada. Exigen diálogo, en pie de sinceridad e igualdad, con los dirigentes del Comité Central a cargo del trabajo de propaganda.
- Li Peng, primer ministro, dice en una reunión de trabajo del Consejo de Estado que la marcha general del desarrollo económico en los dos próximos meses debe aminorarse y debe seguir reajustándose la estructura productiva del país.

10 de mayo

- Miles de estudiantes desfilan en bicicleta delante de los principales medios de comunicación de Beijing. Exigen libertad de prensa y diálogo inmediato con los funcionarios del Gobierno y con los dirigentes del Partido.

11 de mayo

- Se informa que en la próxima reunión del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional que se inaugurará el 20 de junio se presentará un anteproyecto de ley sobre manifestaciones públicas.
- Los estudiantes denuncian este acto como un nuevo y solapado ataque a la democracia.

Ayer, 12 de mayo, no escribí ninguna ficha y hoy tampoco. Creo que ya no tendré el tiempo suficiente y sobre todo la tranquilidad necesaria para ir anotando diariamente, como lo venía haciendo hasta anteayer, los acontecimientos más importantes que están conmoviendo a China. Y yo, ¿qué hago metido en todo esto? Y el veterano Liu vuelve a aparecer en la ensoñación de mi siesta del carnero, y sacó de su bolsa de seda negra una lata de té. Para usted, me dijo. En cada uno de sus cuatro lados resaltaba a colores el retrato de un anciano. Son poetas de la dinastía Tang, me dijo y señalando las caligrafías al margen de cada dibujo agregó apresurado: la reproducción de los manuscritos de sus poemas sobre las delicias y misterios del té. ¿Me los puede traducir? Abra la lata, me indicó. Saqué la tapa y encima del té encontré doblado un

delicado papel de arroz. Extiéndalo en la mesita, me dijo sonriendo. Coloqué el papel transparente sobre el vidrio y ahí apareció casi en relieve en tinta china negra la cuidada caligrafía del veterano. Era la traducción al español de los poemas. Gracias, muchas gracias, le dije y el veterano agarrándome el brazo y entre toses y cortas carcajadas casi ahogándose decía. *Bu bu bu bu*. No es nada. Luego de un desesperante carraspeo, dijo: Léalos con calma, son muy exquisitos, y gil se puso de pie y escogió en la vidriera dos vasos de cristal. Este té, me informó, no se toma en taza. Con tres dedos coja lo que pueda y póngalo en el vaso, me indicó. Las hojas secas, verdes oscuras y aromáticas, estaban enrolladas como caracolitos. Ahora, me dijo, échele agua del termo. El agua caliente hizo crepitar los caracolitos que de inmediato comenzaron a convertirse en brillantes lanzas. Erectas y finas subían rápido a la superficie y luego lentas se acomodaban en todo el vaso como artístico follaje de bambú. Entonces, el veterano me dijo diligente: Repita usted la operación en el otro vaso. Luego de hacer lo indicado, el veterano con una servilleta cogió un vaso por la parte inferior y lo levantó hasta la altura de sus ojos. Tome un sorbo, me dijo señalando el vaso que había quedado en la mesita. Tomé un sorbo y en toda la cavidad bucal sentí un agradable adormecimiento que luego se transformó en una cálida ola de dulce y perturbador amargo que comenzó a penetrar aromático en todo mi cuerpo y el veterano Liu mostrándome el vaso que sostenía con la servilleta me dijo: Mire. Y vi un bosque de bambúes dentro de un acuático cristal de jade: eran los eucaliptos de la Selva Alegre de Arequipa contemplados al trasluz de un verde papel celofán y entre las esbeltas lanzas de bambú brillaba la nieve del Misti y sentí el galope atropellado de mi infancia

por la Alameda de San Lázaro y la nostalgia de desconocidas ciudades de sol que destellaban entre las verdes lanzas de bambú que se agitaban suavemente dentro del acuático cristal de jade del vaso de té y el veterano Liu me dijo: Su infancia, ¿verdad? Y en el límite de mi asombro le contesté: Sí, el atolondrado galope de mi infancia. El veterano, colocando el vaso sobre la mesita de centro, me pronosticó: Aquí en China tendrá delicados quebrantamientos de salud y graves problemas en el trabajo, pero no se desaliente porque encontrará en usted mismo la felicidad. ¿La felicidad?, le pregunté. El veterano cogiendo su vaso de té repitió: La felicidad, sí. Entonces, le dije: Allá en el Perú, mi amigo Óscar, profesor de filosofía, sostiene que la felicidad no existe como un estado permanente, sino que la sentimos brevemente en contraste con situaciones dolorosas o simplemente neutras. El veterano, luego de tomar un sorbo de té, aclaró: Sí, es cierto, pero yo me refiero al hallazgo de la clave que nos permite un desarrollo permanente y a plenitud de lo que debemos ser, es decir: ser lo que se tiene que ser. Observó atento las hojas de té y comentó sonriendo: Es una antigua mancia del sur de China. ¿Y usted cree en eso?, le pregunté. Claro que no, es pura superstición feudal. Prendió un cigarro, aspiró profundo y botando a pocos el humo dijo: Pero es verdad, y volvió a reírse con cortas y discretas carcajadas. Echó una ojeada a su reloj de pulsera y poniéndose de pie expresó alarmado: ¡Ya se me hizo tarde! Antes de salir, paseó cariñosamente su mirada por los muebles de madera negra con incrustaciones de alabastro, jade y madreperla, por los rollos de pintura originales que pendían de las paredes, por los jarrones de porcelana y de laca y por los objetos de artesanía en estantes y vidrieras que había ido comprando con su diligente y

experta asesoría. Desde su primera visita, cuando me dijo que habla que darle calor a esta sala, ya habían transcurrido ocho años. Ahora me pide: Nunca se desprende de todo esto: dan calor a la vida. En la puerta del departamento, antes de despedirse, me pregunta: ¿Y por qué vino a China? Luego de un largo silencio, le contesto: Porque quería vivir en un país socialista y porque tenía la sospecha de que aquí iba a encontrar la felicidad. El veterano Liu me mira por encima de sus frágiles anteojos de lineal montura de oro, tira al suelo la colilla de cigarro, sujeta su bolsa de seda negra en la parrilla trasera de su maciza bicicleta de cartero y comenta: Qué casualidad, yo persigo lo mismo; pero, al revés, de aquí para allá. Monta en la bicicleta, se acomoda su gorra azul de ferroviario y agrega: Pero ya es muy tarde, y se fue pedaleando por en medio del corredor de crisantemos del jardín del Patio Ocho del Hotel de la Amistad cantando *O'sole* mío en italiano. Nunca más lo volví a ver.

Tarde

A las tres y cuarto llega Tin Tin a mi departamento. Joven, de mediana estatura y rellenita. En su español con vestigios de cantarina entonación cantonesa y con dejo mexicano contagiado por su profesor extranjero, me pregunta por mi salud. Lleva zapatillas negras, pantalón crema de pana y blusa de seda floreada. Le contesto que me siento mejor y la invito a pasar. En su espalda se mueven graciosas dos largas trenzas de soltera, y sería una lástima que al casarse se las corten como manda la tradición, pienso. Le ofrezco frutas, caramelos y té. Mejor té, me dice y toma asiento. Liang me dijo que había hablado con usted por teléfono. Sí, le

contesto. ¿Y qué está pasando?, averiguo con extrema inquietud. Tin Tin cogiendo un caramelo me informa: A mediodía, la Federación declaró la huelga de hambre. ¿Y dónde están los huelguistas?, le pregunto. Al pie de la Columna a los Héroes del Pueblo, y cuando he dejado Tian'anmen ya había como mil huelguistas. ¡Mil estudiantes en huelga de hambre y en plena plaza! Sí, me confirma abriendo más sus ojos, y siguen inscribiéndose. Y viera, le cuento, añade moviendo sus manos de bailarina, que al venir al Hotel me he encontrado con cientos y cientos de obreros y empleados que han dejado su trabajo y marchan a Tian'anmen a pie, en bicicletas o sobre camiones a dar su apoyo a los estudiantes. ¿Y Liang?, le pregunto. Fue uno de los primeros en declararse en huelga de hambre, y ahora me voy rápido al Instituto. Tengo que llevarle ropa, toallas y una frazada para que pase la noche. ¡Ah!, me olvidaba decirle que han suspendido la función de magia. Se pone de pie y le ruego que hable por teléfono a la estación de taxis del Hotel y pida una carrera a Tian'anmen. Imposible, me dice Tin Tin, todas las calles y avenidas que dan a Tian'anmen están repletas de gente. Han cortado el tránsito. Llama no más, le insisto. Entra a mi dormitorio, habla por teléfono y vuelve diciendo: ¡No le dije!, no hay servicio a Tian'anmen. La única forma de llegar es a pie o en bicicleta y son más de veinte kilómetros y usted todavía no puede hacer tanto ejercicio. Tiene que cuidarse. Mejor descanse y yo lo tendré al tanto por teléfono, y sale rápido de la sala: sus largas trenzas son hermosas.

Entro al dormitorio y me asomo a la ventana. Por la estrecha calle, pasan grupos silenciosos de ciclistas con pancartas y banderas

enrolladas y el sol primaveral de mayo reverbera en las hojas verdes de los coposos árboles y riela en los cromos y en los timbres de las bicicletas que en ritmo lento y continuo se deslizan frente a las aislantes rejas del Hotel. Como esta fastidiosa convalecencia que no tiene cuándo acabar no me permite hacer largas caminatas, no me queda otro remedio que echarme a la cama y ahí rabiar, leer, dormitar, escuchar música, pensar o ensoñar hasta el hartazgo o simplemente navegar a la deriva y esta huelga de hambre será prolongada y muy dolorosa y ¿qué le pasará a Liang? Si bien es cierto que ahora tiene un buen porte atlético y le favorecen sus veintitrés años, también es verdad que adolece de algunas carencias arrastradas desde una infancia con estrecheces económicas debido a la violenta muerte de su padre, un profesor de bellas artes, ocurrida en los inicios de la Revolución Cultural y Liang llegó de improviso a mi departamento para una consulta sobre usos de la preposición. De esto hace más de dos años y era la tarde de un desolado domingo de invierno. Me dijo que estudiaba en el Instituto de Lenguas Extranjeras y que Xiao Siu que trabaja con usted en la Agencia me dio su dirección, y habló con nítida y perfecta pronunciación española, pero con graciosa entonación de chino mandarín. Y cuando le dije que hablaba muy bien el español, contestó moviendo la mano: *Bu bu bu bu bu*, me falta mucho todavía. Sí, de verdad, lo hablas muy bien, insistí. Entonces, me contó que lo había estudiado desde secundaria en una escuela especial del Municipio de Beijing, y de inmediato pensé que podría ser el modelo de uno de los personajes de la novela que a lo mejor escribiría sobre mi estadía en China. ¿Y cómo presentaría los parlamentos de Liang y de los otros personajes chinos que hablan español? En el caso de Lao Liu, de

Xiao Liang y de Sheng no habría mayor dificultad: los tres dominan el español como un peruano chino de segunda y hasta de tercera generación. ¿Y cómo resolvería el problema de Tin Tin, de Xiao Siu y de otros más que aún no manejan con destreza el español y cuya práctica social del idioma en comunidad hispanohablante ha sido muy escasa? Un quisquilloso prurito de oralidad me exigiría la reproducción fiel de sus distorsiones semánticas, fonéticas y sintácticas a fin de sumergir al lector en una atmósfera acústica de melopea española con tonos y melodías orientales. Pero, no, esto atentaría contra una lectura fluida y me demandaría un trabajo de hormiga que me negaría a hacer porque simplemente soy un ocioso redomado. Optaría mejor por una transcripción libre. Sin embargo, me toparía con otro problema más intrincado: el tratamiento de sus procesos interiores por cuanto mis amigos chinos que tomaría como modelos de la ficción apenas si me han abierto un resquicio en su espíritu por donde he podido atisbar algunos destellos y sombras de sus paisajes crepusculares y esta avaricia de intimidades no solo se debe a la secular desconfianza que sienten en la profundidad de su sangre de los extranjeros, es decir, de los demonios de narices largas y piernas de palo que huelen a cadáver, sino también y esto es lo más grave a una pervertida formación ideológica que se esmera en presentar a todo extranjero como un foco de alta contaminación burguesa y podrida cuyo contacto o influencia es castigado severamente por los eunucos inmortales. Estaría pecando contra la ética de la novela si a través de descripciones psicológicas o de monólogos interiores o de soliloquios me pusiera a fantasear sobre sus entretelas satánicas o angelicales cuando solo tengo como referencias sus miradas, sus gestos, sus ademanes y sus

conversaciones muy precisas y reservadas, a excepción de las confidencias de Liang. Por todo esto, considero que la solución narrativa más ética sería el empleo de una técnica conductista con la cual el lector sentiría la misma desazón que sufro al no poder trajinar libremente por esos paisajes crepusculares y con la cual también se sentiría incitado a emprender la riesgosa pero bella aventura de imaginar sus vidas interiores. Y en esa novela que tal vez escriba, ¿cómo presentaría a esos eunucos inmortales? Por fuera, suaves como una brisa; por dentro, crueles como un tifón. Relajo el cuerpo, extiendo la mano derecha sobre el punto de energía que queda cuatro dedos por debajo del ombligo y encima de ella coloco la mano izquierda. Cierro los ojos, pongo la mente en blanco y comienzo a respirar con el estómago lenta y acompasadamente de acuerdo con el *qigong* que me está enseñando la señora Shang, profesora de la *Sociedad de qigong de operados de cáncer de los parques de Beijing* y entonces le dije al joven Liang que las manadas de turistas extranjeros y sus intérprete-guías chinos explicándoles megáfono en boca el valor histórico de los tesoros del Salón de la Suprema Armonía mancillaban la majestuosidad silente de este pabellón de la Ciudad Prohibida. Y fíjate, le hice notar, cómo esos reflectores violan la luz natural que entra por las ventanas dispuestas precisamente para resaltar en la tibia penumbra el brillo viejo del oro y de la plata de sus reliquias. Tomándome del brazo me dijo: Vamos. Salimos y avanzamos por los jardines de la derecha de los pabellones de la Corte Exterior del Palacio Imperial hasta la Puerta de la Claridad Deslumbrante: Menos mal que nuestros ligeros trajes atenuaban los ardores de ese mediodía de verano. Burlando la vigilancia de un guardián, nos

deslizamos hasta los salones orientales de las concubinas, zona aún no abierta al turismo. A través de una ventana de cuadraditos con cristales azules, contemplamos una alcoba tan pequeña y primorosa como la de la Princesa de Porcelana que murió de amor por un ruiseñor de uno de los cuentos de Calleja. El joven Liang forzó la ventana y fue como destapar un pomo de perfume encontrado en el desván. Este debe ser el Salón del Goce de la Claridad, me dijo perturbado por el aroma marchito a flores y a virgen en celo con suavidades a sándalo y sedas desnudas que salía de la alcoba. Aquí, agregó con la respiración entrecortada, la concubina escogida por los eunucos esperaba al Emperador para la noche del rompimiento de la flor. Cerró la ventana y señalando la puerta de al lado me dijo: El Salón de los Eunucos. Y entramos. Gran salón vacío sin ventanas con alto techo de madera negra sostenido por columnas ocre. Los eunucos, me informó Liang, han tenido una poderosa influencia en la historia de China. Y mientras atravesábamos el salón hacia la puerta de fondo, me contó que ya doscientos años antes de esta era, el eunuco Zhao Gao en complicidad con el primer ministro mató a Fu Su, el hijo mayor del emperador Qin Shi Huang, y puso en el trono al hijo menor Hu Hai. Para alejar a este adolescente de los asuntos del estado y tener las manos libres, el eunuco Zhao Gao lo hundió en una vida de placeres de todo tipo. Lo incitó a matar a sus enemigos y torturar al pueblo. Y fue tan atroz su tiranía que desencadenó el primero y gran levantamiento campesino de China. Por el año ochenta de esta era. He Di subió al trono cuando apenas tenía diez años de edad. Frente a esta situación, su madre y los eunucos confidentes de esta se encargaron de administrar el poder. Pero en cuanto He Di llegó a su mayoría de edad, su propia madre y

esos eunucos lo destronaron para reemplazarlo con otro de sus hijos de diez años. Gracias a esta treta, hubo ocho emperadores niños bajo el dominio absoluto de madres y eunucos. Pero en la dinastía Tang, me dijo, los eunucos lograron el poder total. El eunuco Gao Lishi que llegó a ser Jefe de la Guardia Imperial asesinó a la emperatriz Zhang Liangdi y puso en el trono al príncipe heredero Li Yu. De los ocho emperadores de esta dinastía, siete fueron impuestos por los eunucos. Cada vez que los eunucos proclamaban a un nuevo emperador era porque habían obligado al anterior a abdicar o simplemente lo habían eliminado. Esos eunucos eran muy hábiles para adormecer al emperador de turno con exquisitos banquetes, con partidas de caza y con orgías. En una palabra, lo interrumpí, los eunucos transformaron la Ciudad Prohibida en un gran burdel. En los ojos almendrados de Liang, jugueteó una leve sonrisa y afirmó: Y más que eso, y riéndose agregó: claro que yo no conozco esas casas que recién están apareciendo en Beijing. Uno de estos días averiguo dónde hay una y te llevo, me prometió. Cuando ya estábamos llegando a la puerta del fondo, me elijo: Seguramente en este salón los eunucos iniciaban al adolescente heredero al trono en la vida voluptuosa. Se dice que con finas y transparentes sedas que colgaban de columna a columna construían un laberinto de corredores. El adolescente completamente desnudo tenía que encontrar la salida del laberinto. Mientras atolondrado entraba y salía de uno a otro corredor, los eunucos, viejos y sucios, moviéndose como sombras detrás de los lienzos ondeantes, lo palpaban a través de las sedas, pues estaba prohibido tocarlo directamente. Ya me imagino, comenté, el doble placer que tanto el joven como los viejos debían sentir si el solo pasar la mano sobre sedas ya es una delicia.

Es posible, además, añadí, que los eunucos hayan derivado a las yemas de sus dedos toda su energía sexual para conseguir a través de las caricias el estallido del orgasmo. Sí, es posible, dijo Liang y abriendo la puerta agregó: y se dice que también lograban el orgasmo comiendo o cuando sus intrigas se coronaban en un crimen perfecto o en el disfrute del poder detrás del emperador o mediante las concubinas predilectas. Entramos a un corredor oscuro y caminamos hacia otra puerta. Ahí debe estar el salón de banquetes de los eunucos, me informó. Tomándome del brazo me dijo: Apúrate que llegamos tarde, y abrió la puerta. Ante nosotros apareció una sala iluminada con arañas de cristal de roca, perfumada con sándalo, alfombrada de pared a pared y adornada con rollos de pintura originales de caracteres y paisajes brumosos y con objetos de artesanía fina de marfil, jade y laca sobre pedestales de mármol. En torno de una mesa redonda con frutas y flores en el centro y con fuentes de porcelana azul con coloridas y aromáticas comidas y copas con licores púrpuras y dorados, nos estaban esperando diez viejos en traje azul-mao atendidos por hermosas jóvenes de largas trenzas en blusa blanca y falda negra. El más viejo se puso de pie y con amplio movimiento de manos al estilo de funcionario *tang* de personaje de Ópera de Beijing nos invitó a pasar. Me ajusté el nudo de la corbata, y Liang abrochándose el cuello de su casaca de invierno me dijo: Es un alto cuadro del Partido y del Gobierno, y luego tradujo: Dice que seas bienvenido al Gran Palacio del Pueblo y que este banquete en agradecimiento a tu trabajo sea de tu agrado, y suena lejano el teléfono; después de mucho esfuerzo, logro abrir los ojos: son casi las ocho de la noche en el antiguo reloj de caja de madera del velador. Me desperezo y levanto el fono. Aló, te habla

Siu. ¿Siu?, le pregunto saliendo de un sopor pesado y nebuloso. Siu, Xiao Siu de la Agencia. Ah, disculpa, le digo. Acabo de despertarme y no he reconocido tu voz. *Mei guanxi*, contesta y me dice: Te llamo desde el Hotel Minzu. Aquí estoy con Tin Tin. Venimos de Tian'anmen. Liang te manda muchos saludos y dice que no te preocupes por él, que es fuerte y que podrá resistir la huelga de hambre. Te paso con Tin Tin. Aló, ¿Tin Tin? Sí, con ella, profesor. Le cuento que sigue llegando gente a Tian'anmen desde los más lejanos distritos. Ya no hay por dónde caminar en la plaza y los huelguistas de hambre superan los tres mil. Pero los altos dirigentes del Partido están confundiendo al pueblo con mentiras. Mandan a decir por todas partes que un reducido grupo de rufianes han obligado a los estudiantes a declararse en huelga de hambre y que los tienen como rehenes en el centro de la plaza. También le cuento que un amigo que acaba de venir de la Universidad de Beijing me ha dicho que ahí ha aparecido un *dazibao* firmado por profesores de la Universidad y para que tenga una idea de su contenido fíjese nomás en el título que lleva: Ya no podemos permanecer en silencio. Bueno, mañana lo llamaré por teléfono si no puedo ir a verlo. Descanse bien, *xiuxi xiuxi xiuxi*.

14 de mayo

Hoy me levanté temprano y a manera de paseo matinal he caminado hasta el mercado libre y la cooperativa situados frente al Hotel. La vida cotidiana transcurre normal: el mismo flujo acompasado de bicicletas, buses, autos y peatones por la avenida del Puente Blanco. No parece la mañana de una noche agitada. El cielo ha amanecido despejado: azul añil como en las serranías del Perú. En las esquinas, hay corrillos de señoras y ancianos. Vuelvo lentamente al Hotel y las camionetas y ómnibus de los expertos de la Agencia, de la Radio y de Ediciones parten puntualmente. Entro a mi departamento: la *ayi* está en la cocina preparando el desayuno y en la sala encuentro a Coco, estudiante peruano de veinte años. Me dice que hasta la madrugada hubo reuniones de profesores en su universidad y ahora aprovechando que las clases se han suspendido para los alumnos extranjeros me voy a Tian'anmen a ver a algunos patas chinos que se han metido en la huelga de hambre. ¿O sea que los profesores también se han declarado en huelga? Parece que sí, me contesta. La *ayi* se asoma a la puerta de la sala y lo llama. Los dos se van a la cocina y me quedo examinando el periódico chino que se edita en inglés y el *Renmin Ribao*. Hay amplia información y fotografías a toda página sobre las manifestaciones de ayer y sobre la huelga de hambre, lo que quiere decir que Zhao Ziyang sigue dominando la prensa, pienso. Coco vuelve a la sala riendo y pegándose en el estómago con la mano. ¿Qué sucede?, le pregunto. Toma asiento y me dice: La *ayi* me ha pedido que le cuente lo que está pasando en mi universidad y luego me ha dicho que el comité

de vecinos de su barrio en Haidian ha acordado ayudar a los estudiantes en huelga de hambre y ¿sabes cómo? Ni te imaginas. No, no sé, le digo. Coco suelta una carcajada y me dice: Con comida. ¿Con comida? Sí, ratifica, con papeo, así como lo escuchas, y agrega: yo le he aclarado que en una huelga de hambre nadie come. ¿Y qué te ha dicho? Que ella sí sabe cómo es una huelga de hambre, pero su comité de vecinos no va a permitir que estudiantes tan jóvenes que pueden ser sus nietos se vayan a morir de hambre. Me ha dicho que lo correcto es que hagan huelga de hambre durante el día, pero que a medianoche cuando nadie los vea deben comer, y esto último me lo ha dicho al oído mirando a todas partes, y dice que ya se han organizado en comisiones para hacer *jiaozi* y llevarlos a escondidas a la plaza. Despeinándome calculo: Pero si son más de tres mil huelguistas de hambre y tú sabes muy bien que un joven chino normalmente puede comer hasta cincuenta *jiaozi* en una sola sentada, ¿te imaginas la cantidad astronómica de *jiaozi*? Claro, me dice Coco, ya le hice el cálculo a la *ayi*, pero para ella eso no es problema. Asegura que pueden hacer *jiaozi* no solo para los huelguistas sino para todos los estudiantes que se amanecen en Tian'anmen y hasta para los curiosos que nunca faltan. Pero hay otro problema, le señalo a Coco: ¿Cómo podrá ocultarse tan multitudinario banquete en la plaza más grande y abierta del mundo? Coco, sin dejar de reír, dice: Eso tampoco es problema para la *ayi*. Me ha dicho que los veteranos del comité confían en la capacidad de las masas para hacer un trabajo clandestino de tales proporciones. En fin, en fin... La *ayi* entra con la bandeja del desayuno y le ordena a Coco: *Chifan*. Coco le agradece: *Xiexie xiexie*, y luego me dice: ya he desayunado en la universidad, pero

esto esta tan rico que no me lo pierdo, y comienza el ataque con un panqueque relleno con mermelada de grosellas. Liang se ha metido a la huelga de hambre, le informo. ¡No! De verdad, le aseguro y añado: quisiera ir a verlo a Tian'anmen. Coco, dejando de lado el panqueque, me avisa: Solo se puede llegar en bicicleta: todo el tránsito está cortado. Ya sé. Es una lástima, me quejo y me levanto. Entro al dormitorio y en un maletín de mano coloco un *walkman* y varios casetes de Mozart, Mahler, Bach y Vivaldi. Entrando a la sala le pido a Coco: Por favor, lo buscas y le entregas esto de mi parte.

Y otra desolada mañana bajo el coposo nogal del jardín del Hotel. Bata negra de seda, amplísimo sombrero de paja blanca y sentado sobre el fresco sillón de mimbre y con los pies dentro de la jofaina de gruesa porcelana con agua calentada al sol y la *ayi* no deja de insistir sobre los poderes benéficos de estos baños para prevenir el cáncer. Y nuevamente esa sensación de soledad y de derrumbe que había comenzado a devorarme a las pocas semanas de mi llegada a China y también la sensación de fracaso en la búsqueda de la clave que pueda darme la felicidad en este país donde se construyen y se desarman sistemas con el nombre de socialismo. En los últimos años, solo he visto signos que nunca he podido descifrar como los destellos en la permanente sonrisa de los jóvenes. Pero ahora imagino que a lo mejor esa clave se encuentre en el carácter que un dragón invisible está trazando sobre Beijing con las huellas que dejan los estudiantes y los obreros en sus incansables marchas hacia la plaza Tian'anmen o tal vez se encuentre en el carácter que me mostró el joven Liang una tarde de verano cuando paseando por la angosta calle comercial de Dashalan entre una muchedumbre de

peatones y un enjambre de ciclistas me preguntó señalando la abigarrada multitud de letreros de todo tamaño, forma y color que pendían de los techos de grises y descascarados edificios de comercio: ¿Sientes el tumulto de voces y las llamas que salen de los caracteres? Detuve la marcha y miré la multitud de letreros: los caracteres, silenciosos y fríos trazos en complicadas figuras, no me comunicaban nada. Sin embargo, presentí que detrás de ellos palpitaba la ardiente belleza de lo oculto cuya vivencia me daría la felicidad que había venido a buscar a China desde el Perú. Y ahí, entre la muchedumbre, en plena calle comercial, esa tarde de verano, comprendí que siempre estaría al margen de la felicidad y comprendí también que así como los antiguo santos habían buscado a dios en la soledad de los desiertos yo inútilmente a lo largo de mi vida había buscado la felicidad en la desastrosa soledad de las grandes urbes. Y le pregunté a Liang: ¿Dónde está el secreto? Liang, colocando la yema de su índice derecho en el centro inferior de mi frente, me dijo: Aquí, en el Yin Tan[6]. Y ahí nos quedamos sin hablar, bajo un sol implacable en medio de la calle comercial entre un borboteo de gente bulliciosa y un atolondrado piar de timbres de bicicleta: el joven Liang en sandalias de cuero, pantalón corto, camisa amarilla de lino y sombrero de dril; y yo, canoso, pelucón y gordo, con zapatos negros de tela y pantalón y casaca safari de seda cruda. Entonces, Liang recitó en chino clásico un poema que me introdujo a una burbuja brillante dentro de la cual el ritmo y la melodía comenzaron a aletear como palomas sobre un mar silencioso. Al término del recitado, la burbuja estalló en cristales delgadísimos y nuevamente el tumulto y el bullicio de la calle comercial. Muy hermoso, le dije y le rogué que me lo tradujera. Es

muy difícil, me contestó y luego agregó: el veterano Liu lo hubiera hecho muy bien. Acongojado le dije: Sí, es una lástima que haya muerto. Y reiniciamos el paseo. Liang mirando los caracteres de los letreros, me dijo: Hace más de tres mil quinientos años que los inventamos para escribir sobre caparazones de tortuga la voluntad del cielo y así poder atrapar y gobernar a través de signos el azar y el destino, y en sus ojos brilló una sonrisa de ateo juguetón. Mira, me dijo señalando un letrero de madera negra laqueada con dos caracteres dorados que pendía sobre la puerta de una tienda. Escritura y arte, sentenció y se detuvo frente al letrero. Si deseas sentir la música y el fuego celestial de los caracteres que se transforman en arte, me dijo con tono de revelación de un gran secreto, tienes que saber traspasar su significado inmediato, calar su sentido figurado, descomponer su estructura gráfica y en veloz trabajo de investigación arqueológica encontrar en sus rasgos actuales los más remotos vestigios de su origen mágico. Al comprobar con el rabillo del ojo la admiración que sus palabras me habían provocado, aclaró: No, no es de mi cosecha. Lo he sacado de un libro muy antiguo de mi papá y no te imaginas lo que me ha costado no solo traducirlo al español sino además aprenderlo de memoria para ofrecértelo como un regalo en la primera oportunidad que se presentara. Gracias, le dije muy emocionado. Espera, aún falta un párrafo. Escucha: si logras vivir con intensidad en pocos segundos toda la experiencia de más de treinta y cinco siglos de creación cultural ininterrumpida, podrás ver en tu Yin Tan esos caracteres, y volvió a colocar la yema de su índice derecho en el centro inferior de mi frente. Y recuerdo que esa calurosa tarde, luego de mirarnos en silencio, me condujo a la tienda del letrero

negro. Empujó una mampara de madera con vidrios esmerilados y entramos a una amplia sala entenebrecida. El ardor y la humedad daban al aire, impregnado de sándalo, incienso, tinta china, pintura reseca, trementinas y alcanfor, una densidad casi palpable. En el centro de la sala, entre un batiburrillo de grandes esculturas de Buda, guerreros y demonios, de caballos y leones, de enormes jarrones de porcelana y de laca negra y roja, de sillas, consolas, biombos, estantes, cómodas y baúles de madera negra con incrustaciones de alabastro, jade y concha de perla, se elevaba la figura sacerdotal de un chino viejo, gordo y calvo y en camiseta fucsia. Estaba sentado en un alto taburete cromado y se daba aire con un descomunal abanico de plumas de pavo real y de su boca pendía una pipa de tubo larguísimo con cazoleta minúscula de cobre. *Tan'itan*, me dijo Liang y se acercó al viejo. Yo me quedé admirando los antiguos objetos de marfil, porcelana, closonie, cristal de roca y jade que se exhibían en las vitrinas. Ven, me llamó. Detrás del mostrador, ayudaba al viejo a abrir los candados de barrotes de fierro que aseguraban una estrecha puerta de madera. Al término de tan intrincada operación, ingresamos a una sala oscura. En la pared del fondo relucía con el rayo de luz que entraba por una claraboya la tinta china negra de un enorme carácter de pincelada gruesa sobre papel de seda blanco, casi crema por la pátina del tiempo. Es una copia hecha a fines del siglo pasado de un original de Wu Daozi, el Santo de la Pintura, me dijo Liang y luego de una pausa susurró: aunque los eruditos afirman que Wu nunca pintó tal cuadro. ¿Y entonces?, le pregunté. Estamos frente a la copia de un cuadro que nunca se pintó, contestó Liang sonriendo. Ahí nos quedamos reverentes en medio de la sala mirando el rollo de pintura de casi

dos metros por sesenta centímetros más o menos. A mi derecha, se había colocado, sacristán, el viejo con apacible rostro de Buda y con las manos cruzadas sobre su prominente barriga. A mi izquierda, sentía la cálida y anaranjada presencia de Liang. Pero lo único que yo veía era a veces la figura negra del carácter y otras veces la figura blanca que se recortaba alrededor del carácter y una u otra imagen podría ser un hombre, un árbol o un animal fantástico o nada o pura luz. En el silencio húmedo y de penumbra de la sala, solo se escuchaba el lento y suave respirar de Liang. Lo miré: la expresión madura que asomaba en sus ojos almendrados contrastaba con la fresca alegría de su rostro de joven de veintidós años y recordando al veterano Liu pensé que a lo mejor en los intelectuales chinos se daba una extraña evolución: en la juventud, mirada anciana y rostro de juvenil asombro, y en la vejez, mirada de alegría adolescente y rostro de plácida madurez. Un aire naranja iluminaba el rostro de Liang y dibujaba en sus finos labios entreabiertos una inocente y lúcida sonrisa. Era la misma expresión que tuvo cuando por primera vez escuchó a Mozart en mi departamento. Me miró y señalando el carácter del cuadro me dijo: Esta es la clave. Abro los ojos y en el cielo se recorta en negro el carácter del rollo y ahí está la *ayi* esperando con un vaso de jugo de lichi[7]. Pronunciando palabra por palabra me dice que el almuerzo ya está listo y me pregunta si Coco me ha dicho en español lo que ella le ha contado en chino. *Dui dui dui dui*, le contesto. Y la *ayi* se va apurada a su barrio a preparar los *jiaozi* clandestinos para los miles de estudiantes en huelga de hambre.

Tarde

Cuando ya estaba por hacer la siesta, entra Paulo y a manera de saludo me pregunta: ¿Vivo? Ahí, tratando de vivir, le contesto. Paulo es un experto brasileño, cincuentón, alto y con evidente ascendencia italiana. ¿Un trago?, le ofrezco. Una cerveza helada, mejor, me dice con dejo portuñol. Deja, yo me sirvo, y se va a la cocina. Suena el teléfono. Es Tin Tin, profesor. ¿Cómo se siente? Bien, le respondo y le pregunto: ¿Y Liang? Con su novia y un compañero del Instituto lo estamos atendiendo, no se preocupe. ¿Qué novedades?, le pregunto. A la plaza ya han llegado más de cien mil estudiantes de provincias y siguen las manifestaciones de apoyo. Pero hay algo muy grave, profesor. Como el Gobierno necesita la plaza para recibir a Gorbachov, que llega mañana, los dirigentes del Partido están haciendo lo posible para que se levante la huelga de hambre y retornemos a nuestros institutos. Han convocado a los representantes estudiantiles a una reunión de diálogo que no servirá de nada, porque todos dicen que los dirigentes no son sinceros ni quieren atender nuestras demandas y tenemos miedo de las medidas fuertes que puedan tomar Deng y Li con el fin de desalojarnos de la plaza. Por lo pronto, le cuento que ya han cortado el agua y en la noche no habrá de dónde sacarla para los huelguistas. Bueno, ya tengo que volver a Tian'anmen. *Xiuxi xiuxi xiuxi*, más tarde lo llamo. Vuelve Paulo con una botella de cerveza y un vaso. Se sirve, toma y luego saca de su mochila de cuero el cable de una agencia extranjera. Te leo, me dice. Espera un momentito, y me recuesto en la cama. Lee: Beijing 14 de mayo. Doce intelectuales chinos demandaron hoy al Gobierno que el movimiento estudiantil sea declarado como un movimiento patriótico y democrático y que se reconozca legalmente a la Federación Autónoma de Estudiantes.

Los firmantes, entre los que figuran periodistas, directores de editoriales, investigadores de la Academia de Ciencias Sociales y miembros del Instituto de Radiodifusión y de Investigación Literaria, señalaron en el comunicado conjunto «Nuestra Urgente Exhortación en la Actual Situación», que si estas demandas no son aceptadas, ellos mismos se declararán en huelga de hambre, termina de leer. Cada día la cosa se pone color de hormiga, comentó. Sí, pero Zhao va imponiéndose a Deng, afirma. Y a Li Peng, añado. Paulo, luego de tomar un trago de cerveza, anota: Ese es un hijito de mamá. Y recuerdo que fue precisamente Paulo quien una noche cuando volvíamos de una función de Ópera de Beijing en el ómnibus del Hotel me contó que Zhou Enlai, siguiendo la tradición de la época gloriosa, había adoptado al hijo de una camarada de armas caído en la Gran Marcha. Me contó también que ese niño había recibido una buena educación y que a los veinte años había viajado a Moscú para estudiar ingeniería y que a su retorno a China se había dedicado a ejercer su profesión sin mayor brillo y que solo después de la muerte de Zhou Enlai se había iniciado en la carrera política bajo el ala protectora de su mamá adoptiva. Lo interrumpo: O sea que siempre detrás de él ha estado la poderosa y ambiciosa viuda de Zhou Enlai. Sí, dice y sentándose en la mecedora de mimbre al lado de mi cama comenta: Un títere, y añade: en todos los postes de Beijing han pegado xiaozibaos donde se burlan de su falta de inteligencia. Pero pasando a otra cosa, tú, ¿con cuál de las dos líneas estás? ¿Con Deng que no quiere reforma política? ¿O con Zhao? Acomodando la almohada en mi cintura, le contesto: Con ninguno de los dos. Tanto Deng como Zhao están en lo mismo. Su única discrepancia es de tiempo: ahora o más tarde. Yo estoy con los estudiantes y las masas

que no se resignan a perder sus derechos socialistas y ya no soportan los ajustes de los reajustes de una economía de mercado desbocada. Paulo moviendo la cabeza en notoria expresión de «no hay remedio contigo» me dice: Hay que mandar a la mierda las ideologías y partir de los hechos. Por otra parte, no creo que a los estudiantes les interese el socialismo. Lo único que exigen en el fondo es democracia capitalista con partidos políticos y elecciones al puro estilo gringo. Y esto está bien, pero me parece por ahora un poco prematuro. Paulo fue uno de los primeros expertos extranjeros que conocí cuando llegué a China. De profesión periodista, se había escapado por un pelo de los Escuadrones de la Muerte de Sao Paulo. Estaba en China desde antes de la Revolución Cultural. Vino con su esposa, también de ascendencia italiana, y aquí en Beijing tuvieron dos hijas. Conocía las intrigas de la política china de alturas, era amigo de cuadros importantes y había apoyado la Revolución Cultural en marchas y con declaraciones y trabajo comunal en el campo; pero, a medida que avanzaba la reforma de Deng, él también comenzó a reformarse, y si antes era anfitrión y guía de dirigentes políticos y sindicales de Latinoamérica que venían a China a ver a Mao, ahora era el entusiasta introductor de industriales y comerciantes brasileños que llegaban a Beijing al libre mercado chino. Paulo termina su cerveza, se pone de pie, acomoda su mochila de cuero y me recomienda: Descansa; no te agites, y sale del dormitorio.

Hace calor, sin viento. La cama es una hoguera: la dejo y me siento en la mecedora de mimbre. Cierro los ojos y nuevamente la duermevela y recuerdo que el inicio de la construcción del llamado sistema socialista de mercado se oficializó en la primavera de 1978,

dos años después de la muerte de Mao Zedong. Sí, claro, ya estoy listo, contesté y en el fono escuché el español de un chino con insólito dejo chileno: Estoy en la Oficina de Control del Hotel y al tiro llego a su departamento. A los pocos minutos tocó la puerta. Yo soy Sheng, me dijo golpeándose suave la punta de la nariz con el índice. Era alto y huesudo y no llegaba a los treinta años. Vestía amplio y arrugado pantalón verde de soldado y chaqueta azul Mao con el cuello bien abrochado. Y en la cabeza lucía un erizado corte al cepillo. Estará recluido tres semanas, me dijo forzando una sonrisa. Sí, ya sé, le contesté. Y cuando me inclinaba para levantar la maleta, ágil se me anticipó y la alzó como una pluma. ¿Esto también?, me preguntó agarrando con la otra mano un paquete. Sí, gracias. Son libros de consulta. Rápido sacó maleta y paquete hasta un Mercedes negro que aparatosamente se había estacionado en la puerta del bloque de mi departamento. Un grupo de jóvenes fuwuyuanes estaban avispas viendo el letrero del parabrisas. Sheng, señalando con el índice caracter por caracter del letrero, me tradujo: Consejo de Estado Servicio Oficial. Luego, con enérgicos movimientos de mano, espantó a los fuwuyuanes y entramos en el auto. El chofer volteó a saludarme, prendió el motor y partimos. Descorrí la cortina de organdí negro de la ventana del auto y el soldado de guardia en la puerta principal del Hotel se puso en posición de firmes y levantó el fusil al hombro. ¡Caramba!, exclamé. Y el auto se metió por estrechas calles y el chofer a punta de bocinazos fue abriéndose camino por entre una multitud de peatones y ciclistas; carretas jaladas por caballos o minitractores; volquetes; ómnibus y camiones y yipes verdes del Ejército. Mientras en una esquina esperábamos el paso de una caravana de carretas haladas por costrosos y viejos

caballos, Shen me dijo: China está muy atrasada y hay que modernizarla. Con la Revolución Cultural hemos perdido muchos años. Han sido años de caos y de destrucción. No hubo nada bueno. ¿Nada bueno?, me extrañé y era la primera vez que escuchaba tal valoración de rechazo absoluto. ¿Y en qué quedaron los seis positivos y los cuatro negativos?[8], le pregunté. En diez negativos, respiró y agregó: ahora recién comenzaremos a enderezar lo torcido y emprenderemos las cuatro modernizaciones para convertirnos en un poderoso país a fines del presente siglo, concluyó. En efecto, en menos de cinco años, habían demolido antiguas casas, de zaguán, patio y huerta, para construir autopistas y colmenares de doce pisos al estilo de reforma y apertura: bloques de doce pisos de diseño occidental con volada línea china de aleros en balcones y en depósitos de agua como sombreros de campesino. Una anciana acercó su rostro a la ventana del auto y comenzó a escrutarme y Sheng me dijo: No está acostumbrada a ver extranjeros. ¿Aquí en la Capital?, le dije. Sí, me contestó avergonzado. Como la caravana no tenía cuando acabar salí del auto. Al instante me vi rodeado por un grupo de niños. Gritaban y saltaban como pajaritos. El más grande hizo callar a sus amigos, se colocó frente a mí, cerró los ojos y audaz me tocó la barriga. Entonces, los otros niños, al ver mi sonrisa, comenzaron a empujarse y a gritar. Todos querían imitarlo. ¿Qué sucede?, le pregunté a Sheng. Dicen que su barriga es de Buda y que si la tocan tendrán buena suerte y larga vida, me contestó conteniendo la risa. Saqué la barriga y les indiqué con ademanes que hicieran cola y de todas las casas salían y salían niños atraídos por el jolgorio. Los ancianos hacían rueda festiva con sus bastones y jaulas de bambú en las manos. Sheng molesto me dijo agarrándome

del brazo: No sea niño, tenemos que llegar a la hora, y me arrastró al auto. Por fin el Mercedes pudo cruzar la calle y entramos a un callejón de viejas casas con paredes negruzcas y puertas rojas de madera con gradas de lajas. O sea que los niños siguen creyendo en Buda, comenté. Es muy fuerte la influencia religiosa, me contestó. Y a propósito, mire, me dijo señalando una larga cola de personas que lentamente iban ingresando a un edificio de paredones lacre por un portón de colorido frontispicio. Suspirando de complacencia agregó: Es el primer templo budista que se reabre en China para el culto desde cuando la Revolución Cultural los clausuró hace más de doce años: ¿y ese también es budista?, le pregunté señalando a un soldado de la cola que llevaba en los brazos a un niño de meses dentro de un ropón de seda roja reluciente como linterna de Año Nuevo lunar. Sí, me dijo. ¿Entonces, la religión ya no es el opio del pueblo?, lo encaré. Sí y no, me contestó. ¿Cómo así? Vea usted, me dijo, acabo de leer el artículo de un académico del Partido que sostiene que cuando Marx escribió esa frase el opio no era considerado aún como una droga maligna sino como una medicina para aliviar el dolor. O sea, le repliqué, que la famosa guerra del Opio fue contra la benéfica medicina que los occidentales querían imponerles. No, no es así, me dijo molesto. En la frase de Marx hay que tomar la palabra «opio» como una metáfora que ilustra el rol negativo que puede jugar en algunos casos la religión en una sociedad de clases, pero no en una sociedad socialista. Y ya está usted viendo en esa cola el fracaso del dogmatismo de la cuatrinca que nos hizo creer a nosotros los auténticos marxistas que en menos de una década podían acabarse de raíz las creencias religiosas que vienen de siglos. Pero ahora las cosas son diferentes: ser parte de

los hechos, afirmó levantando la cabeza. Desembocamos a la avenida de la Paz Celestial y enfilamos por uno de los seis canales repletos de trolebuses, camiones, triciclos, volquetes, tractores y poquísimos automóviles. Era una mañana de serenísima primavera y la avenida se perdía al fondo en el cielo celeste. Luego de un prolongado silencio le dije: Tu nivel de español es alto. En Lima pasarías tranquilamente por un chino peruano. No, no, no, no, aún me falta mucho, protestó agitando la mano como hacen todos los chinos cuando reciben elogios. ¿Dónde estudiaste? En Chile, ahí terminé la secundaria con una beca de intercambio cuando Allende. Luego, en La Habana estudié tres años y por último en la Universidad Fudan de Shanghái. ¿Y ahora?, le pregunté. El Buró me enviará al Colegio de México. ¡Qué bien!, lo felicité. ¿Y de qué familia procedes? Mis padres son campesinos de una zona montañosa muy pobre del norte. ¿Y sin la Revolución Cultural hubieras tenido tantas oportunidades de estudio?, le pregunté a boca de jarro. Me miró, parpadeó y musitó un no restregándose los dedos. Pero al instante me dijo: Vea, ahí. Volteé la cabeza a la izquierda: un grupo de extranjeros con cámaras fotográficas colgadas al cuello salían de un ómnibus estacionado frente a la mole del Museo Militar de pesado estilo soviético. Por bromear, le dije: ¿Turistas yanquis? ¿Ya comenzó la apertura? Sheng con un mohín de molestia aclaró: Aún no, son amigos de China. ¿Ya lo trajeron al Museo? Sí, dos veces. ¿Qué opina? Mira, le contesté, en la primera me sorprendió ver espacios en blanco y borrones en fotografías y cuadros de la historia revolucionaria y en la... Sheng interrumpiendo me informó: Fue la cuatrinca que sacó a Deng Xiaoping del Museo. Retomando el hilo continué: y en la segunda visita mi sorpresa fue aún mayor al ver a

Deng en todo el Museo. Su imagen aparecía retocada en fotografías y cuadros y de las paredes colgaban reproducciones gigantes de manuscritos sobre eso de partir de los hechos y etc., y etc., y hasta había vitrinas que exhibían sus armas, cantimploras abolladas, mochilas de cuero raído, tazones desportillados, cananas de película mexicana y en fin, qué sé yo, como reliquias históricas. Bueno, pues, este pone y saca me parece ridículo. Sheng engolando la voz me dijo: Como ahora se le han levantado los injustos veredictos que le colgó Chiang Ching, debe volver al Museo. Sonriendo le dije: Desplazando a la bella Lan Ping[9], y sin darle tiempo a la réplica le pregunté: ¿Y llegarán a sacarlo a Mao? Hay una fuerte tendencia, pero no creo que por el momento se imponga, me contestó sin mirarme. Y está bien, le dije, porque este Museo sin Mao no sirve para nada. Mejor lo cierran. Sheng se hizo el sordo y exigió al chofer mayor velocidad. Frente a las paredes de ladrillo negro de las casas de un solo piso con puertas de madera roja y techos de tejas de dos aguas, resplandecían con el sol de la media mañana los colores de cobertores tendidos en cordeles que iban de árbol a árbol de los jardines laterales de la avenida y recordé las ilustraciones de las ediciones Calleja de los cuentos de las *Mil y una noches*: arabescos, flores, pájaros, dragones, aves fénix en abigarrados conjuntos iridiscentes. La modernidad también había arrasado este paisaje urbano: ahora, solo edificios de quince pisos, feos y descomunales. En la esquina de Xidan, en el borde de la acera, vi a niños de jardín sentados en banquitos. ¿Y esos niños? Están estudiando la calle, me informó Sheng. El auto avanzó rápido hasta la plaza Tian'anmen y Sheng señalándome pesados autos negros «bandera roja» en la playa del Gran Palacio del Pueblo me dijo: Ya comenzó y dicen que

será el acontecimiento más importante desde la fundación de la República. ¿Qué? Sheng adquiriendo ese aire de misterio propio de los dirigentes chinos, tal vez resabio de las duras épocas de clandestinidad, contestó: Solo puedo adelantarle que habrá profundos cambios en la Constitución. Miré hacia la plaza Tian'anmen. Todo era normal como cualquier día laborable de primavera: coloridas cometas de ciempiés y de dragón aleteando gigantes en el vasto cielo; multitud de parejas y grupos de niños entrando a la Ciudad Prohibida; larguísimas colas de campesinos y soldados frente a amplias sombrillas blancas con rayas rojas de puesto de fotografías esperando turno para posar delante de enormes leones de piedra y bajo el retrato de Mao Zedong de la tribuna de Tian'anmen; jóvenes obreros agarrados de la mano paseando; batallones de niños adolescentes en pantalón corto azul y camisa blanca, los varones, y en falda y blusa de los mismos colores, las mujeres, y ambos con pañuelo rojo en el cuello, en el centro de la plaza, al pie de la Columna a los Héroes del Pueblo, juramentando como pioneros en medio de fanfarrias de tarolas, liras y cornetas, y a lo lejos, en el otro extremo de la plaza, compactas colas de gente con trajes azules entrando al mausoleo de Mao Zedong. Señalando a un grupo de extranjeros que subían por las escalinatas del Museo de la Revolución, le pregunté a Sheng: ¿También amigos de China? Sheng, suspirando de fastidio, contestó: Sí, y luego me preguntó si yo en el Perú también había sido amigo de China. No, le respondí. Entre algunos de ellos y yo hay la diferencia de una preposición, agregué. ¿Cómo?, se extrañó curioso. Yo vivo en China y ellos viven de China, le aclaré. Sheng intrigado me pidió: Repita, por favor. Volví a pronunciar palabra por palabra y Sheng ahogándose de risa dijo:

Sí, sí. Entiendo, es verdad. Ya le contaré todo lo que tuve que pasar como intérprete y guía de un periodista peruano amigo de China y ni hablar de su esposa que me trataba como a un sirviente y exigía regalos. Ahora, en el encierro habrá tiempo para contarle más, me prometió. Ya estábamos pasando frente al Hotel Beijing. En la esquina, el auto se detuvo en espera del cambio de luz del semáforo y miré a la izquierda: una muchedumbre de campesinos y soldados de franco con descomunales bolsas y mochilas verdes se apretujaban en las tiendas y aceras de la calle Wangfuching. Y toda esta gente y la de la plaza Tian'anmen, ¿ya saben de ese acontecimiento tan importante?, le pregunté. Sheng se apresuró a contestar en tono terminante: No, no es necesario. ¿Por qué no?, le repliqué. Ya no se permitirán los tumultos de la Revolución Cultural, contestó enfático y enseguida agregó: ahora hay que trabajar duro y sin descanso por las cuatro modernizaciones para que China a fines de este siglo sea una potencia en el mundo: ya no se puede perder el tiempo en manifestaciones, hay que producir. ¿Y la democracia popular?, le pregunté. Sí, esa la ejerce el Partido, afirmó. El auto dobló a la derecha y entramos a la antigua zona de embajadas de antes de la Liberación: silenciosas y arboladas avenidas con descuidadas residencias al presuntuoso estilo finisecular que los europeos impusieron a comienzos de este siglo en sus colonias y enclaves de ultramar. En plena calzada de una calle transversal que moría en la plaza Tian'anmen, columnas de hombres y mujeres en mangas de camisa blanca y pantalón azul hacían ejercicios físicos al ritmo de una marcha y a la orden de una chirriante voz emitida a todo volumen por varios altoparlantes. Sheng en tono impersonal dijo: Trabajadores del Municipio en *xiuxi*. El auto llegó a la avenida

Xuanwumen, dobló la izquierda y se detuvo frente a una puerta de estilo chino: largo dintel sostenido por dos altas columnas. El centinela, con pesado fusil al hombro, me examinó de reojo. Un oficial revisó mis documentos de identidad y luego habló con Sheng. Cerrando el gran vano de la puerta se elevaba sobre un pedestal de concreto un muro como de cinco metros de alto por quince de largo. En un fondo rojo encuadrado en orlas amarillas, ardía en oro un manuscrito de limpia y hermosa caligrafía. Sheng señalando los caracteres recitó: Servir al pueblo de todo corazón, y orgulloso agregó: inscripción hecha por el mismo Zhou Enlai. El auto bordeó el muro y frente a nosotros apareció un amplio jardín rodeado por chalés de clásico estilo suizo. Ahora, en esta ensoñación vespertina, recuerdo que un día cuando entrábamos al antiguo restaurante de pato de Beijing de Qianmen, le pregunté al joven Liang: ¿Por qué en China en todos los teatros, edificios, casas, oficinas y en fin en cualquier lugar público al transponer la puerta principal uno siempre tiene que toparse con un muro, un biombo o un enorme cuadro? Liang subiendo las solapas de su abrigo contestó: Para impedir que entren los demonios malignos, y topándose a propósito con el biombo de madera negra laqueada de ave fénix me dijo abriendo desmesurado los ojos y con rostro feroz: Los demonios malos siempre caminamos de frente, no sabemos doblar ni a la izquierda ni a la derecha, y sonrió diabólico. El Mercedes dio la vuelta al jardín y se detuvo frente al chalé de la izquierda. Un joven *fuwuyuan*, pantalón negro, camisa blanca, corbata pajarita y guantes blancos, abrió la puerta del auto mientras otro de igual vestimenta se encargaba de sacar la maleta y el paquete de libros. Sheng me hizo pasar al chalé y subimos por unas gradas de madera negra hasta un

pasillo de paredes blancas adornadas con discretos óleos originales de paisajes alpinos. El *fuwuyuan* abrió una puerta de madera tallada y entramos a una sala de grandes ventanales con cortinas de terciopelo púrpura. Y sentí el característico olor a sándalo, a madera húmeda y a frutas guardadas que en China tienen todos los recintos públicos para extranjeros y Jean Paul entrando a un antiguo hotel de la ciudad norteña de Changchun me dice: Yo estaba seguro de que los chinos nos recibían con sándalo por cortesía para atenuar el picante olor a ajos que expelen; pero, después de tantos años en China, he descubierto que es al revés: el sándalo que encienden es para esfumar del ambiente nuestro olor a occidentales. Para los chinos olemos a queso rancio, a leche y a cadáver. Riendo comenté: Como latinoamericano, te diré que creo que los chinos tienen razón. Las paredes de madera oscura de la sala estaban adornadas con rollos originales de pintura tradicional. Alrededor de finísimas alfombras se distribuían armónicamente mesas, mesitas, jarrones, sillones de cuero, anaqueles y vidrieras con exquisitos objetos de alta artesanía: sala de estilo art nouveau con delicados toques orientales. Sheng entrando a una habitación lateral de techo alto con gruesas vigas de madera me dijo: El dormitorio. La luz de una lámpara de cristal iluminaba una cama de dos plazas de bronce con dosel de seda y colcha de brocado. En el piso de listones de madera negra, se extendía al lado de la cama como alfombra la piel de un tigre de Manchuria. Años después descubrí que sobre esas pieles se podía encontrar en la desnudez de los cuerpos las más afiligranadas sensaciones de nocturnas sedas desgarradas. Este es el baño, me dijo abriendo una pequeña puerta. Tina de porcelana blanca con antigua grifería dorada sobre piso de mosaico negro. Volvimos a la

sala y Sheng, desatando el paquete de libros, me contó: En esta residencia funcionaba una embajada europea. Desde la Liberación se le han dado muchos usos y ahora es un hotel para uso oficial. ¿Y quiénes se alojan aquí?, le pregunté. Solo altos dirigentes, de viceministros para arriba. Ajá, comenté. Sobre una consola duradera y alabastros con espejo de imperial manufactura, llameaban platitos de cristal con caramelos, fuentes de loza con frutas y latas de té verde y rojo con paisajes coloridos. La luz primaveral centelleaba en botellas de cerveza, de brandy y de gaseosa. Voy a avisar que ya llegamos, me dijo Sheng y salió. Desde el gran ventanal, podían verse las dos torres con cruces ladeadas de una vetusta iglesia católica clausurada. Tocaron la puerta y no me dieron tiempo para abrirla. En el centro de la sala, ya estaba Sheng con ocho sesentones. Calzaban zapatillas de tela negra y vestían pantalón oscuro de lanilla ordinaria y camisa blanca de popelina de manga corta. Tres llevaban gorra. Parecía la dirigencia de un sindicato de ferroviarios en pie de lucha. Sheng agitando el índice junto con el cordial me señalaba y hablaba en chino alto y cortante como agitador de masas. Luego me dijo: Les estoy diciendo quién es usted y por qué lo hemos escogido para este delicado trabajo. En seguida, me fue presentando uno a uno con fuerte apretones de manos y risas. Al final, se me hizo un enredo. Pero sabía que estaba en presencia de vicepresidentes de la Asamblea Popular Nacional y de ministros del Consejo de Estado que además tan altísimos dirigentes del Partido. Me dieron la bienvenida, se preocuparon por mi salud, se interesaron por las muchachas peruanas del equipo de vóley y por la producción de harina de pescado y me agradecieron de antemano mi valiosa colaboración como corrector de estilo de las

traducciones al español de las modificaciones de la Constitución que darían las bases para el gran viraje, de los planes de desarrollo para las cuatro modernizaciones y la política de apertura al extranjero, de la nueva letra del himno nacional y de la decisión de rehabilitación política y económica de las víctimas de la Revolución Cultural[10]. Volvieron a apretarme la mano y en fila salieron de la sala. En ese hotel estuve, junto con especialistas extranjeros de inglés, francés, alemán, árabe y japonés con muchos años de residencia en China, trabajando durante más de tres semanas. Los únicos horarios que se respetaban eran los del desayuno, almuerzo, comida y refrigerio de medianoche, con variados y delicados platos de alta cocina china, pues el trabajo era intenso y había que hacerlo conforme iban llegando los textos enviados desde la Asamblea y como no podía filtrarse ninguna información hasta cuando esos documentos fueran leídos y repartidos a la prensa extranjera tuvimos que permanecer encerrados, con todas las comodidades propias de viceministro para arriba de un país socialista, en ese hotel, durante veinte días. Y esa deliciosa encerrona culinaria culminó con un banquete de platillos imperiales en el Gran Palacio del Pueblo con la asistencia de los nuevos timoneles del gran viraje elegidos en la Asamblea. Me levanto de la mecedora y me recuesto en la cama.

15 de mayo

Madrugada

Y era inútil mi empeño por zafarme del enredo de jirones rojos que abrían heridas en mi piel y las cantinas con rocola y cerveza y el rostro adorado estallaba como una úlcera de fuego en el amanecer neblinoso de Lima y en playas de mica la nostalgia de desconocidas ciudades de sol y el esplendor de cuerpos desnudos y la sensación de soledad y de derrumbe y un enfurecido oleaje con botellas rotas y algas de colores me había arrojado sobre la cama y alguien me había cubierto con una frazada. Intento incorporarme, pero un fuerte dolor en el hombro y en el brazo me lo impide. Abro los ojos y las manecillas del reloj del velador señalan las dos y trece minutos. Por la calle oscura, siguen pasando grupos de estudiantes en bicicleta. Contra la luz de la sala, se recorta la joven figura de Coco. Prendo la lámpara de porcelana y brillan su tez aceitunada y sus ojos y cabellos negros auténticamente peruanos. Detrás de él, aparece su novia Katrín. Su bello rostro pecoso de ojos zarcos se pierde en el enorme cuello de piel negra de perro de un holgado abrigo verde de soldado chino que le llega hasta los talones: huérfana de fotografía de Segunda Guerra Mundial, y sonrío. Esta repentina visita y a tal hora de la madrugada no me sorprende: los acontecimientos han variado los horarios y además desde que dejé el hospital nunca he vuelto a cerrar la puerta en previsión de alguna emergencia. Katrín se quita el abrigo y Coco su casaca de cuero. Katrín se ovilla sobre unos almohadones en mi cama, a los pies, y dice: Estamos de paso

a la Universidad. ¿Se sirven algo?, les ofrezco. Un coñac pide Katrín y Coco sale del dormitorio. Katrín es una becaria francesa que estudia chino clásico y habla español con pronunciado dejo español: su abuelo es madrileño exiliado en el sur de Francia desde la guerra civil española. Entra Coco con dos copas de coñac y una taza de té para mí. Me siento en la cama y le pregunto: ¿Y viste a Liang? No, no dejan pasar a la zona de huelga de hambre, pero le envié el maletín con los casetes con un pata chino que es dirigente, y se acomoda en la mecedora. Le doy las gracias y pregunto sobre las novedades. Se dice, me informa Coco, que a las tres de la madrugada los de seguridad tomarán la plaza con el apoyo del ejército. Katrín, sentada a la turca sobre los almohadones y con la copa anidada en la mano, agrega: y los compañeros chinos nos han pedido que dejemos Tian'anmen, porque Deng y Li los están acusando de tener conexiones con extranjeros y además los están calificando de puntas de lanza del imperialismo norteamericano que se opone a la unión de las dos grandes potencias socialistas. ¡Qué tal concha!, exclamo, si el mismo Deng ha puesto como meta del pueblo chino enriquecerse al estilo yanqui. Y Katrín: Y hasta su propio nieto se ha hecho americano, toma un trago y añade: tengo miedo, puede haber una masacre. Los estudiantes dicen que solo muertos los sacarán de Tian'anmen y los huelguistas de hambre ya han dictado su testamento. Me levanto de la cama y paseándome por el dormitorio me pregunto: ¿Y ahora Liang? Alisándome las canas digo como hablando conmigo mismo: No creo que por el momento pase nada. Sería una estupidez recibir a Gorbachov con una matanza de estudiantes. Deng es un zorro viejo. Beijing está lleno de periodistas de todo el mundo. Habrá masacre, pero a su

debido tiempo. Coco y Katrín me miran y yo les digo: Deng nunca perdonará a los estudiantes la humillación de haberle impedido recibir a Gorbachov en la plaza Tian'anmen como dueño de casa.

Mañana

Nuevamente en mi rutinario baño de sol en el jardín y el cielo por el norte está encapotado: se anuncia tormenta. Una lluvia torrencial sería fatal para los huelguistas. La *ayi* vino temprano y palabra por palabra y con mímica me contó que los estudiantes seguían en Tian'anmen y que su comité de vecinos había acordado hacer los *jiaozi* para cuando los jóvenes huelguistas regresen victoriosos, por que un gobierno socialista fundado por Mao Zhuxi tenía que escuchar sus demandas y no amenazarlos con matar. Llegó el poeta Tumi, experto peruano de la Agencia: parco, callado y siempre distante, pero buen amigo, con barba tupida y tez aceitunada como la de un hindú. Me entregó un rollo de periódicos del Perú y se sentó en un banco. Me dijo que había tenido turno de noche y que efectivamente en todo Beijing había corrido la bola de un desalojo violento de los huelguistas de hambre de Tian'anmen y que menos mal solo se quedó en rumor. ¿Y cómo te sientes? Bien, le respondí, gracias por los periódicos. Se puso de pie. Me caigo de sueño, dijo y se fue a su departamento. Abrí el rollo de periódicos y tenían quince días de retraso. Leer estos diarios era como jugar a la máquina del tiempo. Las novedades que encontraba ya eran historia vieja en Lima. Sin embargo, me agradaba leerlos de cabo a rabo, no por nostalgia del Perú, sino por simple entretenimiento, pues sucede que siempre me ha parecido grotesco el sentimiento de añoranza por

una patria de papel y más aún cuando viene unido a comidas o a himnos y banderas. Un día que encontré por casualidad limones en la Tienda de la Amistad tuve ganas de preparar un cebiche. Compré una corvina y llamé por teléfono a varios peruanos. Cuando vieron la fuente de cebiche y una botella de pisco se les saltaron las lágrimas al recordar la patria lejana. Molesto por tan ridícula demostración de amor patrio salí del departamento y los dejé con su cívica nostalgia encebollada. Es posible que luego de atragantarse con cebiche hayan desentonado aún más el *somoslibres* que por naturaleza está desentonado al extremo de que nunca nadie arranca en el tono preciso. Ya los veo puestos de pie, con la boca ardiendo de picante y con la mano derecha en el corazón: ridículamente grotesco. Y la verdad es que nunca he experimentado el sentimiento de patria, ni dentro ni fuera del Perú, con cebiche o sin pisco. En todo caso, mi patria sería el rostro de la gente que amo o tal vez siempre he amado la patria que no existe, por eso es que nunca he podido encontrar la clave de la felicidad. A lo mejor, soy un exiliado del paraíso y en el Templo de la Nube Blanca el novicio Lin me dice: La patria que no está en ninguna parte esa es mi verdadera patria y el joven Liang me dijo vamos en cuanto le abrí la puerta de mi departamento. Apúrate si queremos llegar a tiempo, insistió al entrar a la sala. ¿Adónde?, le pregunté. Es una sorpresa, apúrate, y miró su reloj de pulsera. Solo había pasado medio año desde su primera visita y había asumido con sincera responsabilidad la tarea de llevarme a los escondrijos de Beijing a los cuales tú como extranjero no puedes asomarte y también te enseñaré sus misterios orientales, dijo sonriendo. Vamos que la hora se nos pasa. Mejor ponte una gabardina y un sombrero de dril como el mío, me indicó. Muy pocas

veces cae sobre Beijing una lluvia de arena, me informó. Salimos a la esquina del Hotel a tomar un ómnibus. Ya se acababa el invierno y desde la mañana habían soplado fuertes vientos. Ahora, más de las cinco de la tarde. Beijing se encontraba bajo una capa cóncava de luminosas y anaranjadas arenas venidas desde la Mongolia. Luego de quince minutos de viaje nos apeamos en el Puente de Muxidi en la avenida de la Paz Celestial y Liang me condujo rápido por estrechos y antiquísimos callejones atiborrados de ciclistas hasta el Templo de la Nube Blanca. Había pocos visitantes y fieles y los monjes ya se disponían a cerrar los portones de madera roja. De prisa cruzamos el corto, pero alto zaguán de piedra. Apenas si pude ver los rostros feroces de las enormes imágenes de guardianes que desde gigantescas hornacinas en las paredes laterales nos amenazaban con sus temibles tizonas. Sin embargo, mi espíritu se tranquilizó al contemplar de pasada los apacibles rostros de las imágenes de músicos que hacían guardia al lado de los guerreros. Entramos al primer patio: espacioso parque con veredas de lajas y jardines flanqueados por dos largos portales con delgadas pilastras de madera y tejado colgadizo. Al fondo, un pabellón. Entonces Liang me dijo que lo esperara y a la carrera dio alcance a un monje que estaba por entrar al monasterio. Al rato volvió y me dijo: Vamos, ya viene. ¿Quién? Ya lo verás, y entramos hasta el segundo patio. Ahí nos sentamos en la pata de una colosal tortuga de piedra que sostenía sobre su caparazón un descomunal incensario de bronce. Al frente, entre dos corredores, se alzaba contra la capa cóncava de luminosas y anaranjadas arenas que descendía del cielo un altísimo pabellón ocre de largo frontis y corto fondo, portón rojo y tejas esmaltadas. Mira, me dijo Liang señalando un letrero de madera

negra con caracteres dorados que pendía de la parte superior del frontispicio. Dice que solo un camino conduce a la verdad. Y recuerdo que le pregunté con entonación más afirmativa que interrogante. O a la felicidad. Luego dé una pausa, agregué: o a la nada. Liang me dijo: A la armonía, sonrió y mirando el pabellón me informó: Este es el Templo del Emperador de Jade, la más alta divinidad del taoísmo. La capa cóncava de arenas ya estaba enredándose en las tejas esmaltadas. Con voz grave siguió diciéndome: El Emperador de Jade gobierna los tres mundos, las diez direcciones de la tierra, los cuatro modos del nacimiento y las seis vías de la metempsicosis, concluyó. A través de la oscuridad del templo solo alcanzaba a distinguir una gigantesca imagen entre espesas nubes de incienso. Y es posible que los dorados y rojos de los altares que ardían en la penumbra y el olor a incienso y a sándalo del templo me impulsaran a decirle a Liang como si estuviera hablando conmigo mismo en pleno sueño: No sé por qué siempre me he quedado en el goce de los ritos y nunca he podido alcanzar la felicidad suprema, es decir, el disfrute de lo oculto, exista o no. Liang mirándome me dijo: Trato de entenderte, pero me es muy difícil por la formación marxista que he recibido desde mi infancia. Y seguí hablando como un sonámbulo: Cuando era niño, en las oscuras iglesias de Arequipa me deleitaba aspirando el olor a incienso, a mirra y a flores y me embriagaba hasta el dulce mareo viendo el juego de las llamas de los cirios y los destellos de plata y oro de los altares y los colores de las imágenes y de los ornamentos. Y me estremecía con los cánticos de voces tiples y con el grave retumbo del órgano y a través de esas sensualidades quería encontrar a dios. Ahora en China me ha sucedido lo mismo en los

templos lamaístas y taoístas con sus ritos, enormes imágenes, aromas a frutas y a flores y cánticos monótonos con molinillos de oración y profundos sonidos de larguísimas cornetas. Y aunque te parezca mentira ese mismo goce de ritos lo he sentido en la plaza Tian'anmen en las grandes movilizaciones convocadas por el Partido. Claro que ese cielo abierto, celeste e inmenso que solo puede verse desde la plaza Tian'anmen era más hermoso que las bóvedas de las iglesias y había además el vertiginoso colorido de los trajes de las minorías nacionales y el disciplinado verde y azul de chaquetas y overoles y los coros multitudinarios cantando solemnes tedeums socialistas más místicos que el tedeum de Bruckner y las carrozas alegóricas y los retratos de dirigentes llevados como santones en andas y los cuadros cinéticos hechos por medio millón de adolescentes y jóvenes en toda la plaza y el retumbo de tambores y el repiqueteo tremolante de batintines. Pero ahí también en la tribuna de Tian'anmen me quedaba en el goce de los ritos. Liang, tratando de penetrar con su mirada la oscuridad interior del templo, me dijo: Creo que Linte comprenderá. ¿Lin? Sí, Lin, el joven que conocimos hace un mes. Y ese viernes con Che Ma, Tin Tin, Liang y su novia Wang Fuli, los estudiantes extranjeros Katrín, Coco y David, los especialistas Ana María y Jesús y mi sobrina Rosita de paso por China nos habíamos ido de parranda desafiando los vientos gélidos que desde hacía tres días vapuleaban Beijing. A las siete de la noche nos reunimos en el *snack bar* del Hotel de las Nacionalidades y de ahí en mancha, jugando entre la gente con gruesos abrigos que trajinaba por la zona comercial de Xidan y llamándonos a gritos como palomillas beijineses, caminamos hasta un teatro en la misma avenida de la Paz Celestial. De pronto, el joven Liang entró a una

zapatería y agitando el brazo levantado nos indicó que lo siguiéramos y la caleña Ana María protestó diciendo que no había venido a comprar zapatos sino a bailar. Liang, riéndose y sin dejar de agitar el brazo, nos ordenó que fuéramos tras de él. A punta de empujones, al puro estilo de próspero campesino individual, nos abrimos camino hasta el fondo por entre clientes que se apretujaban frente a mostradores donde se exhibía calzado fino a la última moda de Shanghái. Liang, sin pedir permiso a nadie, abrió la puerta trasera de la zapatería y ante nosotros apareció un enorme galpón colmado de gente. Era más grande que un hangar y sus altas paredes de concreto con pequeñas puertas a las tiendas vecinas terminaban en un techo de estructuras de acero. Y nos zambullimos en el hormigueo de muchachas maquilladas y de jóvenes elegantes que agolpados delante de puestos de venta se disputaban a gritos y empujones casacas, bluyines, minifaldas, corbatas, blusas y cosméticos de famosas marcas mundiales traídos desde Hong Kong en complaciente contrabando o manufacturados en China por empresas mixtas solo para la exportación. Detrás de Liang, en fila india, para no perdernos, emprendimos la travesía a codazo limpio hasta una puerta. Liang la abrió de un puñetazo y nos dimos con un corredor a cielo abierto. Al fondo, encima de una puerta acolchada con cuero negro, destellaba a todo color un dragón de tubos de neón. Se compraron las entradas y un joven con uniforme de mariscal nos hizo pasar a una discoteca en penumbras y en pleno clímax de algazara. Y no sentí el fuerte olor a ajos que expelen las multitudes chinas en lugares cerrados, sino suaves perfumes y colonias mezclados con el asandalado y nocturno aroma a fresco sudor juvenil. Nos acomodaron en una mesa de la primera fila del

semicírculo del borde de la pista de baile y Liang me dijo: Esta discoteca es tan cara que solo pueden venir los jóvenes comerciantes de Xidan y los hijos y nietos de los altos dirigentes que les venden llaves para todo tipo de puerta trasera. Y Che Ma: Esos comerciantes en una sola mañana sacan más plata que yo en un mes como profesor en la universidad. Y Tin Tin comentó: Y ni siquiera han terminado secundaria. Liang, juntando sillas alrededor de la pequeña mesa, gritó burlón en español: ¡Viva la economía socialista de mercado de Deng! En la penumbra titilaban innumerables llamitas de vela que se consumían alegre en cada mesa. En la pista un apretado enjambre de jóvenes en casacas de cuero negro y bluyines ajustados y un avispero de muchachas con trajes también negros y ceñidos y cortitos a la moda de Hong Kong importada desde Londres se contorsionaban y cantaban a gritos bajo el barrido de luces de colores y al ritmo de latido de corazón de una orquesta de jóvenes que tocaban instrumentos eléctricos en un estrado con intermitentes luces y entre nubes de humo rojo. Nos aliviamos de las pesadas ropas de invierno, brindamos con el coctel de cortesía de la discoteca, pedimos cerveza y en grupo vocinglero nos volcamos al hervidero de la pista. Ahora, el joven cantante, vestido con holgado terno negro que dejaba al descubierto su pecho desnudo, despeinándose su larga cabellera y con el micro pegado a la boca, lanzó un grito melódico y ronco de león en celo mientras la rutilante batería de metal, las guitarras eléctricas y los argentados vientos arrancaban con un rock lento al estilo de Liverpool. Y como si el grito fuera una orden militar todos formamos ronda: cogidos de la mano, con la cabeza levantada y los ojos cerrados, comenzamos a ondularnos suavemente. Tin Tin me dijo: El arreglo en rock de una

antigua melodía de pastores de Mongolia. El cantante dejó el micro y se puso a jugar con un globo rojo que llevaba en trazo grueso y negro dos caracteres: *Zhong Guo*. Del techo sideral de la pista comenzaron a descender globos rojos con la misma inscripción. Y fue un loquerío. Por fin, todos logramos agarrar un globo. La orquesta dejó de tocar y callamos. Luego de un breve silencio, el cantante con las manos en alto reventó el globo y lanzó otro grito ronco, largo, dolorido. Entonces, la orquesta estalló en rock metálico y violento y reventamos los globos y fue una burbulla de alaridos desgarrados y de estremecimientos corporales en el límite de la malignidad y nuevamente la soledad y el derrumbe y Tin Tin que me dice: ¿Entiende lo que gritan? Sí, le contesto, gritan: nada nada nada nada, y esa mañana en la plaza Tian'anmen había más de un millón de jóvenes venidos en peregrinación de toda China y con chaquetas y gorras azules y verdes y overoles y multicolores trajes de minorías étnicas con ramos de flores en las manos y banderas rojas agitadas en olas de seda por el viento oloroso a acacias y los ornamentos florales de papel cubrían toda la tribuna de Tian'anmen y trepaban por la Columna a los Héroes del Pueblo y al ritmo de gigantescos tambores y batintines en infinitud de rondas en la inmensa plaza los jóvenes danzaban bellamente y gritaban Mao Zhuxi Mao Zhuxi Mao Zhuxi y lloraban al amado líder que hacía un año había muerto y el cielo era celeste y Mao Zedong reposaba en una urna de cristal envuelto en una bandera roja en el centro de un templo-chino-mausoleo construido con mármol, granito y lajas traídos del norte y del sur, del este y oeste, y desde las gradas del Museo de la Revolución vi cómo la multitud de jóvenes desbordaban la plaza Tian'anmen y tumultuosos invadían con banderas rojas y

pancartas con promesas revolucionarias aldeas, ciudades, ríos, desiertos, comunas, fábricas, caminos, montañas, universidades, escuelas y valles de la patria de Mao Zedong y diez años después los gritos adoloridos y roncos de nada nada nada nada en esta cercada y entenebrecida discoteca y nuevamente la sensación de sentirme al margen, en ningún extremo, o mejor, en la otra orilla. Dejé la pista, volví a mi mesa y de un solo trago tomé un vaso lleno de cerveza. Y fue entonces que entre la penumbra divisé un hermoso rostro. El cabello negro caía suave casi hasta los hombros, y los ojos delicadamente rasgados y la tez de bajísimo matiz atabacado destellaban como reliquias de oro viejo al fondo de un templo oscuro. Pero todo el semblante estaba dominado por un aire de contenido ardor seguramente dado por los labios sanguinos y gruesos. Ana María se sentó frente a mí y secándose el sudor de la cara con un pañuelito me preguntó: ¿Qué miras? Con leve movimiento de ojos le indiqué que observara a la izquierda. Ana María miró, abrió la boca y luego exclamó: ¡Nooo!, pero si es el joven chino más hermoso que hasta ahora he visto en Beijing. ¡No lo puedo creer! Y yo más asombrado que ella le repliqué: ¿Muchacho? Vino Jesús y le dije: Mira a la izquierda. Jesús parpadeando y bizqueando miró y comentó: Andrógino, y después de observarlo más detenidamente agregó: clásico chinese. Liang riéndose dijo: El Yang y el Yin en la misma persona. Voy a averiguar, y se encaminó hacia la mesa vecina. Al cabo de un rato, volvió con el «rostro hermoso». Era un joven alto y fornido como de veinte años con casaca azul de campesino, pantalón de pana también azul y gruesas botas de montaña. Liang conteniendo la risa hizo una venia como animador de teatro y anunció: Aquí les presento a Qui Changhun. La

mancha de amigos que ya habían dejado la pista de baile alborotó la mesa con carcajadas. El joven, un poco azorado, se unió también al jolgorio. Coco, jalando de la mano a Katrín, salió de la pista y preguntó a gritos: ¿Qué pasa? No sé, le contesté. Katrín y Coco hablaron en chino con Liang y se carcajearon. Che Ma entre el fragor de la orquesta pidió en voz alta que nos pusiéramos de pie. Un brindis para nuestro querido Lao O, dijo señalándome con la mano. Y todos apretujados alrededor de la pequeña mesa entre el ir y venir de alborotadas parejas chocaron sus vasos con el mío gritando: *gan-bei gan-bei gan-bei*. Yo sorprendido pregunté: ¿A qué se debe tanto homenaje? Y Liang: Porque vas a tener larga vida y vas a encontrar la armonía. ¿Y por qué?, volví a preguntar. Y Wang Fuli: Porque fuiste el primero en descubrir en esta discoteca a Qui Changhun. El joven de rostro hermoso adelantando el pie izquierdo irguió elegante su torso y dirigiéndose a mí habló en un chino extraño en melopea de sedas matutinas. Entonces, Che Ma dijo: Yo entiendo ese dialecto del noreste. Dice que está muy alegre por haberse encontrado esta noche con el Dios del Polo Norte. Y todos volvieron a reírse y Liang golpeando con la palma de su mano mi pecho confirmó: El mismo Dios del Polo Norte en persona: alto, gordo y canoso. Y el joven de rostro hermoso iluminado por las luces intermitentes en la oscuridad de la discoteca levantó el vaso hasta sus labios gruesos y sanguinos y luego de cubrir con la mano izquierda el vaso, cerró los ojos y de un solo trago tomó la cerveza al estilo de los hieráticos personajes de la Ópera de Beijing. Y cuando se disponía a estrecharme la mano, Ana María se apoderó de él y casi a rastras se lo llevó a la pista diciendo y suspirando: A este bombón no me lo pierdo. La mancha los siguió en gran rebujina. Che Ma sentándose a mí lado me dijo al

oído casi gritando para que pudiera escucharlo entre la barahúnda de la discoteca: Todo ha sido una broma. Ese joven campesino le dijo a Liang que se llama Lin y que mañana ingresa a un convento taoísta y que cuando apenas tenía doce años su tío monje lo inició en el Tao allá en las montañas de Chagbai cerca del lago Tianchi en la frontera con Corea y que hoy su hermano que es comerciante privado en Xidan y que tiene mucha plata le dio un banquete de despedida en El Caldero Mongol con varios amigos y luego lo obligaron a venir a esta discoteca para que consigas una muchacha zapato roto[11] dice que le dijo su hermano primero porque si quieres vivir muchos años y sobre todo llegar a ser un buen niño travieso[12] tienes que gozar mujer antes de entrar al monasterio por lo menos una vez en tu vida dice que le dijo su hermano primero, terminó de contarme Che Ma. En ese momento, se acercó a la mesa una pareja de jóvenes muy elegantes preguntando por Lin. Che Ma les dijo que estaba bailando con una profesora extranjera. El joven abrió redondo ojos y boca y lanzó un *haooooooooo* y entró a la pista con su pareja que enseñaba, entre sus altas botas negras y su ceñida minifalda de cuero negro, blanquísimas y finas piernas. Y entonces, ¿de dónde sale el otro nombre?, le pregunté a Che Ma. ¿Qui Changhun? Sí. Qui Changhun es el nombre de un legendario monje taoísta de la antigüedad. Se dice que un día al año vuelve a este mundo de abajo y puede aparecer como un funcionario, como un joven, como una doncella o como un comerciante entre la gente común y se afirma que la persona que lo descubra tendrá larga vida y además encontrará la armonía, terminó de explicarme. Los amigos iban llegando por parejas a la mesa. Sedientos tomaban cerveza, se enjugaban el sudor con pañuelos o servilletas de papel y se

arrellanaban en las sillas acolchadas. Coco, luego de pasar revista a la mesa, preguntó: ¿Y Ana María y su bombón? Todos a coro gritamos: *Meiyou meiyou meiyou*. Coco dando una palmada fuerte exclamó: ¡Gran Matanza!, se lo cargó al Hotel. La mancha aplaudió: ¡Bravo! Entonces, el poeta Jesús se subió a una silla, levantó su vaso y pidió un brindis: ¡Salud!, gritó en medio de la algarabía de la discoteca. ¡Salud!, repitió más alto. Salud por la descastidad del efebo Yang y Yin a cargo de la ambrosina y mañosa vulva de la fornicaria caleña. Liang, poniéndose de pie, me dijo: Allá viene. Por el corredor izquierdo que comunica el primero con el segundo patio del Templo de la Nube Blanca apareció un joven novicio en hábito negro con orlas blancas en la bocamanga. Su larga cabellera la tenía enrollada a manera de moño en la nuca. Me saludó con una respetuosa venia y los rasgos de su rostro a la luz anaranjada del atardecer con lluvia de arena lucían más finos y lozanos que entre la penumbra luciferina de la discoteca. Con amplio y generoso movimiento de manos, nos invitó a pasar al jardín posterior del templo. Por sinuosos senderos de lajas orillados por maceteros de crisantemos y por artísticos conjuntos de rocas de las más insólitas formas, ascendimos hasta la cumbre de un montículo artificial. En sus escalonadas terrazas, los monjes, con hábito negro y con los brazos caídos naturalmente a cada lado, contemplaban, casi sin respirar, la lluvia dorada de arena que descendía sobre Beijing. Nos sentamos en una rústica banca y también nos sumimos en la contemplación. Los ruidos de la ciudad habían desaparecido y solo escuchábamos los toques graves de una gigantesca campana y me sentí flotando en un crepúsculo de Arequipa del mes de los vientos cuando la ciudad es cubierta por polvo naranja y el galope frenado

de una adolescencia en la tortura de la duda y los colores celestiales vistos a través de un vidrio roto empañado con humo de llamas de cirio y la nostalgia de los ritos que embriagaron mi infancia y la destrucción de dios y el bien y el mal y la última luz de la tarde flameando en la línea quebrada y difusa de las cumbres de las montañas del oeste de Beijing y la arena lloviendo en luz naranja sobre nosotros con las vibraciones ondulantes del tañido grave de la campana y Liang me preguntó: ¿Has palpado lo oculto? Mi adolescencia, le contesté. Entonces, colocó suave su mano sobre la mía y me dijo: Soy tu amigo. Después de un prolongado silencio, comenzó a conversar con el novicio. Luego que los monjes salieron del jardín en silencio y en fila, el novicio, mirándome a los ojos, me habló en chino con esa su entonación de melopea de sedas matutinas. Liang fue traduciéndome: Dice que en *El libro del té* está lo que buscas y ha recitado un verso de Lao Tzu. Es un poco difícil traducirlo al español, pero lo intentaré. Al decaer el Tao se recurre a la virtud. Al decaer la virtud, se recurre a la humanidad. Al decaer la humanidad, se recurre a la justicia. Al decaer la justicia, se recurre al rito. Por eso el rito parece la ley verdadera, pero en verdad es el principio de todos los contrastes. Y le dije a Liang: Pregúntale si a través de los ritos es posible encontrar lo oculto, es decir, la felicidad. El novicio luego de escuchar a Liang, golpeándome suave la rodilla con la palma de la mano, habló mirando las llamadas del crepúsculo que se negaban a extinguirse en las cumbres de las montañas. Liang tradujo: Dice que la felicidad se apoya en la desgracia y la infelicidad está latente en el seno de la fortuna, pero ¿quién conoce los límites? ¿Entonces?, pregunté. El novicio sonriendo contestó: Solo el que sabe lo que es suficiente tendrá

siempre lo suficiente, porque la finalidad de todo es encontrar la armonía. ¿Y cómo?, volví a preguntar. El novicio habló y Liang tradujo: Dice que siguiendo el camino más sabio de la vida, es decir, hacer lo que se tiene que hacer para ser lo que se tiene que ser. ¿En cualquier parte del mundo?, interrogué. El novicio Lin poniendo su generosa mano sobre mi rodilla habló y luego Liang tradujo: En tu patria. Y yo le dije: Nunca he experimentado el sentimiento de patria. Y al fondo de una oscuridad de naranja quemada, aparece el rostro del novicio de ojos delicadamente rasgados, de tez de suave matiz atabacado y de labios gruesos y sanguinos que me repite: La patria que no está en ninguna parte, esa es mi verdadera patria. Y el rostro se pierde en aureolas verdes y coronas amarillas iridiscentes que giran y se desvanecen y vuelven a aparecer en esa misma oscuridad coloreada. Abro los ojos: el jardín del Hotel de la Amistad y los vientos fuertes del norte arrastran al sur nubes plomizas henchidas de tormenta. Sentado en el sillón de mimbre bajo un coposo nogal, hojeo un periódico de Lima y luego lo tiro al césped.

Llega Esther con una simpática joven china de cintura de avispa, esbelta como una palmera y con grandes ojos de ave fénix. Esther es la esposa de Teodoro, especialista peruano de una revista ilustrada. Esther, durante el doloroso proceso de mi enfermedad, me ha cuidado con la solicitud de una sierva de San Vicente de Paúl, y ahora, en la etapa de recuperación, me brinda el cariño de una hermana mayor. Delgada y de enérgicos movimientos, me ordena entrar al departamento, pues de un momento a otro lloverá, y mira el cielo. Yo soy Shang, me dice la joven china tocándose la puntita de su nariz con el índice derecho, y estudio español en la Universidad de Beijing y soy amiga de Tin Tin y de Liang, y me

sonríe. En fila entramos al departamento. No acabábamos de sentarnos en los sillones de la sala cuando la *ayi* sale de la cocina y se pone a conversar en chino con la joven. Esther me pregunta si estoy dispuesto para la imposición de manos. Le digo que sí. Pongo el pie derecho sobre el izquierdo y las dos manos a la altura del ombligo. Relajo todo el cuerpo y cierro los ojos. Y cuando ya estaba sintiendo la carga eléctrica de la mano de Esther colocada a cierta distancia de mi frente, entran en tumulto la señora lindao seguida por He y varios fuwuyuanes. Hablan a gritos moviendo las manos y mirando sus relojes de pulsera. Me levanto y les pido calma. La joven Shang nos dice en español que dentro de pocos minutos transmitirán por televisión en directo desde el aeropuerto de Beijing la llegada de Gorbachov. La *ayi* corre con pasos menuditos de Chaplín hasta el televisor y lo prende mientras los fuwuyuanes se acomodan sobre la alfombra. En la pantalla, la larga y pesada propaganda del avión que sale de una refrigeradora y luego secuencias de una Ópera de Henan. Se corta y aparece Gorbachov en la puerta de un avión saludando con la mano en alto. Luego se ve una panorámica del aeropuerto: niños y niñas agitando ramos de flores y cintas de colores gritan chillonas bienvenidas al ritmo de tambores y batintines; unidades del Ejército de Liberación Nacional en uniforme de gala presentan armas y una banda militar de más de doscientos músicos arremete con solemne marcha de protocolo socialista. Altos dirigentes chinos encorbatados y con terno oscuro de corte occidental se aúnan al jolgorio planificado con discretos aplausos y sonrisas. Solo el cielo gris atenta contra el ambiente de fiesta. Al pie de la escalinata, Gorbachov estrecha la mano de Li Peng y hablan en ruso mientras Raisa y el cortejo soviético se

ordenan para posar ante las cámaras de una muchedumbre de periodistas venidos de todo el mundo. Un niño pionero con pañuelo rojo al cuello entrega un ramo de flores a Gorbachov y una niña alcanza otro a Raisa, pero sorpresivamente del cortejo sale un gorilón ruso y revisa con ojos, nariz y manos los ramos de flores. En seguida, Gorbachov y Li Peng, entre vistosa escolta de honor, caminando sobre una larga alfombra roja, pasan revista a las columnas militares que presentan armas mientras se escuchan los cañonazos de bienvenida. Se corta la transmisión en directo y vuelve la Ópera de Henan. La *ayi*, los fuwuyuanes y la joven estudiante gritan y aplauden. Los fuwuyuanes me dan las gracias y se van en tumulto. ¿Han aplaudido a Gorbachov?, le pregunto a la joven Shang. No, me contesta. Aplauden el triunfo de los estudiantes: Li Peng no ha podido recibir con honores oficiales a Gorbachov en la plaza Tian'anmen.

Tarde

Son las cuatro y media de la tarde y está oscuro: oscuridad de eclipse total de sol. La puerta y las ventanas del departamento están abiertas de par en par. No aletea ninguna brisa y el calor es agobiante. A lo lejos, se escucha el canto solitario de un gallo despistado. Beijing está empozado en esta sorpresiva cerrazón. Es el anuncio de la primera tempestad de verano. Me acerco a la ventana: la calle está desierta. De pronto, el cielo encapotado se raja en luces y luego retumban miles de cañonazos y un viento desbocado agita inmisericorde a los árboles y lanza al suelo bancas y bicicletas. Y llueve granizo: pequeñas piedras blancas que rebotan en el suelo y

rompen farolas y vidrios de ventanas. ¿Y los huelguistas en la plaza Tian'anmen? Y ni Tin Tin ni Siu me han llamado por teléfono. Pasó el granizo, y ahora: lluvia copiosa y refrescante. El aroma a tierra húmeda y el olor a flores mojadas perturban mis sentidos. La lluvia comienza a amainar y vuelve la claridad de tarde y en el cielo despejado del oeste solo se ven pequeñas nubes blancas relucientes y tengo ganas de embriagarme y caminar por las amplias avenidas bajo la lluvia hasta la plaza Tian'anmen en esta tarde de gentiles: atardecer mágico de sol con lluvia. Pero no puedo tomar ni una sola gota de licor ni menos aún caminar cien metros por la amenaza de un cáncer terminal y la terrible sentencia de nunca más poder trabajar. La calle que da a la ventana se llena de ciclistas y de niños que han salido a jugar con agua de lluvia. Entra el *fuwuyuan* He: camisa blanca, sandalias y pantalones remangados hasta la rodilla. Contento y chorreando agua aplaude a la tormenta. *¿Pijiu?*, le ofrezco. *Buyao*, contesta. *Gongzuo*, por la ventana mira el jardín y agrega: lindao. *¿Cha? Hao*, y se sirve té verde. Sobre la mesita de la sala comenzamos un juego chino de cartas. No se apuesta nada, pero He emplea infinitud de trucos para ganarme y cuando lo consigue, que es la mayoría de las veces, se para de un brinco, se ríe como un niño y con el índice señala burlón la punta de mi nariz. Y esto de verdad que me da pica. He es muy hábil para los idiomas. Habla muy bien el inglés y solo de escucharme ya entiende un poco de español. Me ha contado que ha nacido en Haidian, aquí no más, a la vuelta del Hotel, y que su padre es profesor y que su novia es muy *beautiful* y que trabaja en un taller de artesanía de flores artificiales de seda y que desearía casarse de inmediato, pero hay el problema de la vivienda y además el sueldo del Hotel apenas si llega

a sesenta yuanes y ahora con los precios tan altos y que se está esforzando por aprender mejor el inglés para conseguir un puesto de guía en una agencia de turismo y así poder reunir dinero suficiente para el banquete de bodas con más de cien invitados como debe ser y para comprar un televisor, un equipo de sonido, una refrigeradora, una cocina a gas y más tarde un piano para el hijo que tendrán. Yo le recuerdo que antes de la reforma de Deng para la boda solo se necesitaban dieciséis patas. He se ríe a carcajadas: *Dui dui dui dui*, martillea y dice: *Sixteen legs, four to the bed, four to the table and eight to a pair of chairs: go to the bed and eat*, y me mira pícaro. Otra vez me ha ganado en el juego y antes de recibir sus burlas le pido por favor que me caliente la cena con la recomendación de que no le agregue nada de su invención, porque sucede que a He le agrada matizar los platos de la clásica comida casera de la *ayi* con el ímpetu de un loco y ebrio pintor surrealista que pretende perfeccionar cuadros de Rembrandt con insólitas tonalidades psicodélicas. Así, por ejemplo, la *ayi* durante toda la mañana hace hervir a fuego muy lento y en olla de barro un cuarto de gallina con jengibre, canela china, clavo de olor, anís de estrella y puerro. Luego, con la presa deshuesada y el caldo colado prepara una deliciosa sopa de agarico plateado con mandarina dentro de la línea más ortodoxa de la cocina casera de Haidian. Y cuando le pido a He que caliente la sopa y que solo en el momento de sacarla del fuego le eche sal y pimienta de acuerdo con precisas e inflexibles indicaciones de la *ayi*, no hace caso y le agrega todo lo que encuentra a la mano: espárragos, setas, fideos de arroz y hasta algunas gotitas de ají. Un día que la *ayi* volvió sorpresivamente en la tarde y encontró el invento de He casi se desmaya de indignación y

a escobazo limpio lo sacó de la cocina con la advertencia de que si otra vez cometía tal sacrilegio se iba a quejar al Buró para que lo echen del Hotel. He trae de la cocina la olla de barro y en seguida va poniendo sobre el escritorio varios platitos y un tazón de arroz al vapor. Destacan en aroma y color rodajas de tomate con abundantes escarchas de azúcar, ensalada de nabos y de berenjenas al ajo, pequeñas albóndigas de pescado al hinojo, pastelitos de harina de arroz con sésamo y polvos de rosa y rollitos de col con carne molida a la canela. Y para refrescar y endulzar el paladar, sorbete de melón de Hami con miel silvestre y cocaditas de mermelada de acerola.

Noche

Por fin llega Siu y he venido en bicicleta desde Tian'anmen y estoy cansado. Sudoroso y con botines de hule negro sucios de barro se queda en el corredor y vuelta y vuelta por los callejones porque las avenidas están repletas de obreros y empleados y campesinos que marchan a la plaza. De un maletín de mano extrae un jabón y una pequeñísima toalla y estoy de paso al Instituto y se quita los botines y tengo que sacar ropa limpia para Liang. ¿Y cómo está? No te preocupes, está resistiendo muy bien. Quitándoles el barro a sus botines. ¿Puedo bañarme? Claro ¿y Tin Tin? Se ha quedado en la plaza para atenderlo y entra al baño. Un jabón y una pequeña toalla son suficientes, pienso: los chinos prefieren el baño de fricción con toalla a la ducha o a la tina y Liang me contó que en el sur les basta una vara de bambú. Siu dentro del baño comienza a cantar una Ópera de Beijing. ¿Ya has comido?, le grito desde la cocina. No y tengo más hambre que los tres mil huelguistas juntos,

por eso canto. ¿Qué quieres, pollo o res? Los dos. ¿Con arroz o tallarines? Los dos, y ríe, no, nada: ya he comido en la Agencia. Salgo de la cocina, cruzo el corredor y sacudo la puerta del baño como si fuera terremoto: Siu grita asustado y luego se carcajea. La noche, fresca y violeta, inunda a raudales con aromas de lluvia la sala oscura. Prendo el equipo de sonido y pongo el casete del *Concierto para flauta y bajo continuo: La tempesta di mare* de Vivaldi y me entran ganas de vivir intensamente hasta las últimas consecuencias como decía hace ya muchísimos años el Choro Plantado y Siu aparece en la puerta de la sala perdido en mi bata crema con dragón bordado en la espalda y es tan flaco que siempre ha sido para mí un problema metafísico saber de dónde saca tanta energía como para poder escalar corriendo la Gran Muralla hasta la cumbre más empinada del sector de Badaling a donde solo llegan los valientes según un poema de Mao Zedong. Mira su reloj de pulsera y ya tengo que irme. Pero antes comerás algo. Gracias, tengo que contarte muchas cosas. Me pongo de pie y me dirijo a la cocina y Siu dice no te molestes. Abro una conserva de pescado y de la refrigeradora saco salchichas, jamón, salame, huevos duros hervidos en té, encurtidos, yogur. Queso, no: a los chinos no les agrada. Preparo una fuente y la adorno con rodajas de tomate y tallos de apio. *Haooo*, dice al ver la fuente y me siento frente a él. ¿Y cómo les fue con la tormenta? Fue terrible, pero si vuelve ya no habrá problemas porque el comando militar de Beijing ha enviado más de mil cobertores acolchados de algodón para que los huelguistas no cojan gripe en la noche. ¿El comando militar? Sí, el de Beijing. Pero eso significa que Deng ha perdido el apoyo del ejército. No se sabe nada, todo está muy con fuso y también el Buró de Materiales ha

llevado a la plaza tablas gruesas para que sirvan de ¿cómo se dice en español? es eso que se pone en el piso para no estar sobre el suelo húmedo. Puede ser tarima. Tarima es palabra nueva para mí y cuando ya estaba saliendo de la plaza me encontré con una caravana de casi cien autobuses grandes del servicio público y me dijeron que ahí dentro se iban a atender a los huelguistas que cayeran enfermos y en la tarde volvió el agua que habían cortado en la noche. Pero me olvidaba de contarte lo más importante ¡cómo me he podido olvidar! ¿Qué pasó? Antes de la tormenta cuando todo estaba oscuro dos provocadores lanzaron pintura al retrato de Mao de la tribuna de Tian'anmen. ¡No!, esto es muy grave. En ese momento estalló la tormenta con rayos y truenos y cayó granizo y la gente decía: Nadie puede contra Mao, Mao ya es un dragón celestial. ¿Y los provocadores? Los querían matar pero intervino un grupo de disciplina de estudiantes y los entregaron a los miembros de seguridad pública y por los altoparlantes de la plaza se pedía no caer en la provocación. ¿Y se sabe quiénes son? Se dice que son dos lumpen de Shandong. ¿Y cómo quedó el retrato? Cuando llegué a la tribuna ya lo habían cubierto con una tela. ¿Y cómo has dejado la plaza? Nunca ha habido tanta gente y con lluvia y se dice que de todo el país ya han llegado a Tian'anmen más de doscientos mil estudiantes y día y noche siguen llegando delegaciones de fábricas, talleres, entidades, ministerios, colegios, almacenes, cooperativas y campesinos de los alrededores de Beijing trayendo sal, azúcar, lavadores, toallas, medicinas, bebidas, galletas, pan, caramelos y no sé qué más para los estudiantes. ¿Y en las provincias qué pasa? Todo el país apoya el movimiento y en la tarde se realizó un diálogo entre representantes de los estudiantes y Yang Ningfu del

Secretariado del Comité Central. ¿Yang Ningfu? Sí, el que trabajaba en la Agencia. Y a propósito, ¿qué hay en la Agencia? Todos los periodistas y traductores jóvenes estamos con el movimiento. El otro día marchamos a la plaza con un gran cartel. Un dibujante de la Agencia hizo una caricatura de Deng. Le puso traje de emperador y la leyenda: El último emperador. ¡Qué buena! Y ahora la caricatura circula por todo Beijing. ¿Y el diálogo? Yang Ningfu dijo que los sentimientos de los estudiantes son patrióticos y que aprecia su deseo de impulsar la democracia y que deben levantar la huelga de hambre y volver a sus institutos y que luego resolverán todas sus demandas. ¿Y qué dicen los estudiantes? Ya no creen en promesas. Todos saben que lo único que quieren los dirigentes del Partido es tener la plaza libre para que mañana Gorbachov pueda colocar flores en la Columna a los Héroes del Pueblo y visitar la Ciudad Prohibida. Pero no has comido nada, le digo. Siu, cogiendo con los palitos la mitad de un huevo duro al té, me contesta. Con esto me basta, y de su maletín de mano saca una libreta y me la entrega diciendo: Ahí he escrito las mejores leyendas de los carteles de la plaza, lee. Y leo: Si se pierde al pueblo, se pierde todo. Los medios de comunicación son la voz del pueblo y no de un solo individuo. Vergüenza nacional: ser informados por la prensa extranjera. La democracia y la ley son la garantía para la estabilidad social; la dictadura y la corrupción son las raíces de los disturbios sociales.

16 de mayo

Despierto y llamo por teléfono a Coco: ¿Pueden acompañarme a Tian'anmen? ¿Estás loco?, todas las avenidas están bloqueadas y ya te he dicho que solo se puede llegar a pie o en bicicleta. Los patas de los comités vecinales desvían el tránsito a cinco kilómetros más o menos de la plaza. No tengas cuidado, ya todo está previsto: fíjate a la una y media tomamos la camioneta de la Agencia y luego el metro. Pero no creo que con la camioneta podamos llegar a alguna estación del metro. No importa, haremos el intento. Podría haber otra tormenta como la de ayer y ¿entonces? No, el Servicio Meteorológico dice que todo el día habrá cielo despejado. Pero tanto ejercicio puede provocarte una recaída. No, ya estoy mejor. No te confíes demasiado. No te preocupes, me siento bien. Pero es que... Nada de peros, se vienen a almorzar a las doce. Gracias, pero Katrín está resfriada. Le saludas de mi parte y le dices que se mejore. A las doce, chau, te espero. Voy a la cocina y le digo a la *ayi* que prepare otro cubierto para Coco que me va a acompañar a Tian'anmen. La *ayi* se agarra la cabeza con las dos manos y ordena enérgica y mandona: *Bu bu bu bu bu* Tian'anmen. Luego más serena me dice, palabra por palabra, que tengo que cuidarme, que el cáncer es traicionero, que hay muchos tumultos en las calles, que no se puede llegar en auto a Tian'anmen, que está haciendo mucho calor y que es peligroso que los extranjeros anden metidos en los líos de los chinos. No le hago caso y le explico con dibujitos todo mi plan. La *ayi* al ver mi firme resolución de ir a Tian'anmen me dice que soy un niño caprichoso y enojada sale del departamento. Al rato, vuelve con

la señora lindao y el joven He. Me obligan a sentarme en la mecedora y los tres comienzan a hablarme al mismo tiempo. Yo, gordo, tocándome el pecho y moviendo la cabeza, les digo una y otra vez: *Wo Tian'anmen Wo Tian'anmen*. Entonces, el joven He sale a la carrera. La señora lindao en cuclillas tomándome las manos me habla tierna y convincente en una graciosa mezcla de inglés y chino mientras la *ayi*, pequeñita, con los brazos caídos a cada lado e inclinada hacia mí sube y baja la cabeza. He entra gritando: *Meiyou meiyou meiyou meiyou* Esther. Esther Tian'anmen. Estupendo, pienso, que si la traen todo mi plan se va al agua, pues Esther es más terca que yo. La *ayi* resignada dice: *Meiyou banfa*, y se va a la cocina a preparar un cubierto más para Coco. La señora lindao se para y le secretea a He señalándome. He con la cabeza ladeada a la izquierda y mirándome de reojo desde arriba repiquetea. *Dui dui dui dui dui dui*.

A partir del mediodía

Con los palitos cojo un trozo de manzana envuelto en caramelo caliente y lo sumerjo en un tazón de agua fría. Crepita como acero que se templa y las hebras de oro en el aire y los dientes rompiendo el caramelo duro hasta encontrar la tibia y ácida ternura de su carne. De pie, aplaudimos a la *ayi* que durante todo el banquete de ocho platos nos ha estado atisbando desde la puerta de la sala como autor que escondido entre bambalinas sigue nervioso las diferentes reacciones del público en el transcurso del estreno de su última obra. Alegre y azoradísima, se cubre el rostro con las manos y rapidito hace mutis por la cocina. La señora lindao llega apurada

preguntando por He. Mira su reloj de pulsera y desde la ventana lo llama a gritos. Una y diez y la camioneta sale a la una y media en punto y He no aparece por ningún lado. La *ayi* entra a la sala y sin decir nada coloca sobre la mesita de centro la canasta de merienda para paseos campestres. Curioso la abro y lo único que atino a decir es: ¡Pero esto es demasiado! De todas maneras, *xiexie xiexie xiexie xiexie*. Dentro de la canasta hay sánguches de pollo y de jamón, mandarinas, duraznos y manzanas, salchichas de tres tipos y sabores, huevos duros hervidos en salsa de soya y otros en té, caramelos, galletas, budín inglés, conservas de sardinas y de ostras, potes de caviar chino negro y rojo, ajos en vinagre acaramelados con miel de abejas, fiambres de pollo y de carne, piernas doradas de gallina tierna y en fin. La *ayi* olvidándose de sus regaños matutinos por mi firme decisión de ir a Tian'anmen me reprocha por no haberle comunicado a tiempo mi determinación y olvidándose también de mi dieta de operado me dice que entonces hubiera preparado lomitos de cerdo en cinco perfumes, crocantes alitas de pollo dulce-picante y camarones fritos en su salsa de cabeza triturada con ajonjolí. Coco examina perplejo la comida y levantando el brazo derecho y echando la mano hacia atrás exclama: ¡No me jodan!, si vamos a apoyar a los huelguistas de hambre y tanto combo, ¡conchesumadre! La señora lindao impositiva y sin escuchar mis protestas amarra a la correa de mi pantalón un termo especial para llevarlo en bandolera. *Cha*, dice y mira el reloj y corre a la puerta y llama a gritos a He. La *ayi* nerviosa y mirando también a cada rato su reloj no termina nunca de acomodar los condumios dentro de la canasta. Y llega He recién salido de la ducha. La *ayi* lo mira de pies a cabeza y luego con gesto duro le quita la cara y lo ignora. He toma la canasta y salimos en fila

del departamento. En la puerta, la *ayi*, la señora lindao y varios fuwuyuanes nos despiden levantando la mano y atolondran a He con recomendaciones lanzadas a gritos acerca de los diligentes cuidados que deben brindarme dada mi condición de convaleciente. En la camioneta solo encontramos a la francesa René y al inglés Simons. Una y media en punto y chofer prende el motor. Por en medio del jardín aparece corriendo la señora lindao y detrás la *ayi* a trote menudo de pequeños pies entre el tole tole de los fuwuyuanes del Patio Ocho que gritan al chofer: *tan'itan tan'itan*. La señora lindao, agitada, entrega a He por la ventana aludos sombreros de paja, impermeables de plástico verde y quitasoles de seda y de varitas de bambú y la *ayi* me alcanza un recio bastón traído desde la remota Isla de Hainan y un enorme abanico de papel negro con estampado de dragón plateado. Coco me repite burlón: El Niño Goyito el Niño Goyito el Niño Goyito. Y parte la camioneta. Fuera del Hotel, poco tránsito. Antes de llegar al parque del Bambú Púrpura, un anciano con brazalete rojo y gorra verde con visera nos desvía al callejón de un antiguo barrio que aún conserva ambiente rural. Por entre casas de piedra oscura y tejados musgosos, se ven acequias, cercos arbolados y minúsculas parcelas de sembríos de pan llevar. ¡Ya nos jodimos!, dice Coco. La camioneta ha quedado atrapada en una fila de vehículos que no pueden avanzar ni retroceder en medio de la angosta calzada de adoquines. El chofer, flaco y viejo, apaga el motor y el aire acondicionado. Nos pide abrir las ventanas, prende la radio y se recuesta sobre dos asientos para hacer una siesta con el arrullo de tremolantes batintines y agudísimas y gimoteantes arias de Ópera de Beijing; la francesa René manda a la mierda el trabajo y nos comunica que marchará a pie con los estudiantes hasta

Tian'anmen, y Simons abriendo ojos de contento y paladeando palabra por palabra dice en español moviendo su bigote y barba rubia: Cerveza, mucha cerveza, cerveza toda la tarde en el hotel del zoológico, cerveza. He baja con sumo cuidado la canasta de condumios; Coco, los sombreros, los impermeables y los quitasoles; y yo, el recio bastón y el enorme abanico de papel negro. He dice que la estación más cercana del metro está muy lejos y que la única solución es salir de este laberinto de callejones. Ya en la avenida veremos qué hacer. Y comenzamos a caminar muy lentamente por la acera bajo un cielo despejado y caluroso con olor a tierra húmeda y abono orgánico y a gasolina y aceite quemado de los vehículos atrapados en la calzada. Llegamos a una avenida. Por en medio de la amplia pista, avanzan en disciplinada formación columnas de trabajadores con banderas y pancartas. En las veredas, se agolpan niños y ancianos. Pero nadie grita ni aplaude: parece una película muda. He dice que están guardando gargantas y manos para la plaza Tian'anmen. Nos sentamos en un banco y de pronto nos vemos en el centro de un gentío de curiosos que aturden a He con preguntas. Coco me traduce. He les está diciendo que los dos somos peruanos, que yo estudio en la universidad y que tú trabajas en la Agencia y que hace poco te han operado de cáncer y que a pesar de tu convalecencia quieres ir hasta Tian'anmen para dar tu apoyo internacionalista a los huelguistas de hambre. Y los curiosos exclaman: *¡Haooooooooo!* De la multitud salen dos estudiantes con brazalete rojo y vincha negra en la frente y llevan a un lado a He mientras los niños se pelean por tocar mi barriga de Buda y las viejitas señalan mi gran peluca blanca y comentan entre ellas con gran asombro mi esbelta gordura. Vuelve He y dice que todo ya está

arreglado y que tenemos que caminar hasta la cooperativa de la esquina. Y emprendemos la marcha. Por delante He: con la mano derecha sostiene la canasta sobre la cabeza y con la izquierda abre camino entre la multitud con la punta de un quitasol. Viste a la última moda de los jóvenes obreros de Beijing: zapatos de doble taco, bluyín con adornos de bronce y de cuero, camisa lila de fibra de seda, peinado descuidado a la gomina y anteojos oscuros polaroid con la marca extranjera pegada en la luna. Detrás de él, yo, calmo y pelucón, con el «uniforme de experto extranjero»: botines de planta gruesa y cuero basto comprados en alguna comuna bandera[13] pantalón azul de corduroy, polo blanco con los caracteres rojos de larga vida en el pecho y chaqueta Mao verde intenso. Y cerrando el cortejo, Coco. Viste a la moda de estudiante extranjero: bluyín desteñido, roto a la altura de la rodilla y con hilachas en la basta, polo negro con el signo del Yang y Yin en blanco en la espalda, gorra verde con visera, cartuchera canguro, mochila de colores fluorescentes traída especialmente desde Hong Kong y cantimplora de diseño aerodinámico en la correa. Coco al ver mi solemne caminar con el recio bastón empuñado como báculo en la mano derecha y con el abanico desplegado en toda la enormidad de su país de papel negro con dragón plateado en la mano izquierda, abre el quitasol de finas varitas de bambú y de seda roja estampada con girasoles de incendio y lo levanta sobre mi cabeza como regio dosel diciéndome reverente: Su Santidad, Su Santidad, imparta la bendición y haga el milagro de convertir a la doctrina cristiana a tanto ateo rojimio. Yo muy serio y orondo comienzo a dar la bendición con el abanico a la multitud que nos rodea, mientras He, en la vanguardia, como heraldo va pregonando en voz alta la triste y

ejemplar historia del experto peruano que ha sido operado de cáncer y ahora se dirige a Tian'anmen a dar su apoyo a los estudiantes. Un grupo de jóvenes en overol azul levanta el puño con el pulgar señalando el cielo y me gritan: *Hao hao hao hao*. Y avanzamos con la multitud por la amplia acera bajo la sombra de coposos árboles hacia la avenida de la Paz Celestial y hace calor y vivo a través de todos mis poros y tengo que cauterizar para siempre la húmeda y ardiente herida de soledad y de derrumbe que comenzó a devorarme cuando llegué a China y volveré al Perú y caminaré en pleno sol por La Colmena entre espejos rotos y comerciantes de baratijas y mugrientos locos desnudos y niños drogadictos y niñas prostitutas enredándome con trapos de colores y marchitas serpentinas y autos viejos y destartalados buses huyendo atolondrados de potentes chorros de agua y gases lacrimógenos lanzados por policías de feo rostro disfrazados de rambo en plena batalla con obreros huelguistas y madres pobres de los arenales y rellenos de basura y el estruendo de dinamitazos y la metralleta y botellas rotas y latas de conservas titilando como estrellas diurnas en los jardines pelados de la eterna siesta de desocupados con ratas y orines y excrementos y lechosos condones colgados de los árboles y por los portales en sol y sombra angélicos putos adolescentes en impaciente trajinar de caza y carreritas de travestis en melíficas tremolinas de chillidos y dedos invisibles de transparentes carteristas y la plaza San Martín con oscuros y fermentados olores humanos y a fritura de pobre ya no será el cementerio ardiente sin flores y con muertos enterrados verticalmente y los avisos luminosos como botes de colores en la noche y playa con carpas y cuerpos bronceados y los jirones sangrantes de mis sueños ya no flamearán en las cantinas

con rocola en amanecidas nubladas de cerveza y espuma y escupitajos en aserrín sobre piso frío de cemento y la nostalgia de desconocidas ciudades de sol y entonces será la primera y última vez en mi vida que llegue a tiempo para la gran batalla final. Allá, están, me dice Coco señalando a los dos estudiantes con vincha negra y brazalete rojo al lado de una espaciosa carretilla de cuatro ruedas, barandas de fierro, timón delantero de manubrios, pedales y sillín triangular de bicicleta. He con la punta del quitasol nos abre camino por entre el corro de curiosos que siguen atentos los afanes de un joven que trata de sujetar con cuerdas una pequeña silla de madera tosca y de estera sobre la plataforma del vehículo. Un estudiante le dice a He que esta es la única manera de poder llegar a Tian'anmen sin caminar. El otro estudiante nos presenta al joven que ya ha terminado de acomodar la silla. Es nervudo y no pasa de los veinticinco años. Nos estrecha la mano y nos dice tocándose la punta de la nariz con el índice que se llama Jo. Lleva botas de hule negro, pantalón verde remangado hasta las rodillas, camiseta de fibra de seda color pulpa de granada y enorme sombrero de paja laqueada en punta al estilo sureño. En su desenfadado rostro quemado, revolotea una sonrisa en dentadura blanca y perfecta y en ojos excesivamente rasgados. De pronto, He, los dos estudiantes y Jo gritan y se jalonean y Coco me dice: Emperador, sus cuatro mandarines se disputan el honor de ayudarlo a subir al trono, me hace una cortesana reverencia y palomilla se ríe en peruano. Les agradezco: *Xiexie xiexie xiexie*, me trepo por las barandas al vehículo y luego bien parado sobre la plataforma de madera gastada golpeándome el pecho declaro en voz alta: *Wo shenti jiankang*, y levantando los brazos y agitando las manos en el aire al modo de

comparsa de Ópera de Beijing grito: *Wo hen gao xing*. Y el tumulto de curiosos me festeja. Pero una fuerte punzada debajo de la cicatriz me obliga a sentarme en la precaria silla y río disimulando el dolor. Coco de un salto sube a la plataforma y comienza a acomodar, sobre los listones de madera sucia de la carretilla, la canasta, los quitasoles, los impermeables, los sombreros, el bastón y el enorme abanico que He le va alcanzando. Un estudiante entrega un cartel a Coco, He se trepa a la plataforma y Jo se monta en el sillín y arrancamos a todo timbre y pedal por el canal de bicicletas de la avenida repleto de vehículos y peatones. Coco señalando el cartel traduce: APOYAR LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA HUELGA DE HAMBRE. He y Coco van sentados en la baranda de uno y otro lado de la plataforma. He me alcanza una cápsula y me dice que la tome. *What is this?*, le pregunto y me pasa un pomo. Tratando de vencer la vibración de la carretilla que avanza a toda marcha logro leer la etiqueta en inglés: Complejo vitamínico con *ginseng*, jalea real, cuernos de reno, extracto de pene de perro, de mono y de toro, aceite de desove de rana gigante de Changchun y semillas de angélica china. He me dice que ya he gastado mucha energía y necesitaré más fuerza para lo que falta de la tarde. Le paso el pomo a Coco. Se baja de la baranda y luego de leer la etiqueta exclama: ¡Putesumadre!, combo, sombreros, impermeables, abanicos, bastón, paraguas, termos y ahora vitaminas y hasta extracto de pinga de perro y de mono y de toro y aceite de concha de rana arrecha y semen de ángeles chinos, ¡no me caguen! Y yo le aclaro: No, semillas de angélica china. He muy serio y preocupado por mi salud me exige que tome la cápsula y Coco le hace dúo y de su mochila saca un termo de agua fría y a tanta insistencia no me queda otro remedio que tragarme la cápsula

mojándome la ropa a causa del movimiento de la carretilla. Y seguro que esta cápsula es una divina panacea elaborada de acuerdo con alguna antiquísima receta de medicina tradicional de los rijosos monjes taoístas que desprecian los deberes sociales y que creen en un mundo paradisiaco al cual puede llegarse a través de un exceso de vida y He dice que esa medicina es de su abuelo y nos cuenta que el veterano gasta mucha energía yendo y viniendo por todo Beijing y ¿por qué? porque se pasó la vida trabajando en una tienda municipal de compra y venta y ahora su pensión de jubilado no le alcanza para nada y tiene que seguir comprando y vendiendo por su cuenta con la plata que un comerciante privado le presta a altos intereses y al final solo le queda una miseria y ahora que todo está subiendo. Sí, digo, en un informe oficial se indica que los precios de artículos al menudeo han subido en un dieciocho por ciento. Jo pedaleando duro y sacando delantera a los ciclistas escucha atento la traducción de Coco al chino, se ríe y dice volteando la cabeza que si los dirigentes afirman que es dieciocho por ciento eso hay que multiplicarlo por lo menos por tres y ¿por qué? porque el Gobierno siempre miente y que para conocer la realidad hay que ir a comprar. He moviendo la cabeza de arriba abajo dice: *Dui dui dui dui* y hasta el Servicio de Meteorología miente en sus boletines y más aún en verano que anda bajando la temperatura. Jo voltea y manejando con una sola mano dice que eso sí está muy bien, porque los viejitos cuando se enteran de que hay más de treinta y cinco grados se asustan y pueden morirse, sobre todo los que no toman esa medicina, y me lanza un guiño. Y las risas y el cochineo de Coco que luego me dice que enviará a Lima una caja de esa medicina para su abuelo a ver si del piropo y manoseo a chibolas pasa a la cama y la

carretilla se desliza por la avenida colmada de ciclistas y de columnas de gente que marchan con carteles y banderas. Y el cielo está azulísimo y hace calor y Jo pedalea y pedalea y canta con He a grito pelado una canción de moda a ritmo de rock chino y Coco martillea el compás con el bastón en la baranda de la plataforma y comienzo a traspirar y seguramente es el efecto de la panacea taoísta y siento una dulce humedad en el pecho y tengo ganas de correr por las avenidas abiertas de Beijing en otoño con lluvia de hojas doradas y nadar en los canales y lagos del Palacio de Verano y del Palacio de Invierno y He advirtiendo mi sudor y exaltación me dice: *Mei guanxi*. Y no se puede avanzar: multitud de ciclistas detenidos con un pie en el pedal y el otro en la pista tocan impacientes los timbres y alborotan. En un segundo nos encontramos en el centro de un gran atolladero. Parados sobre la carretilla tratamos de ver lo que sucede. El río de bicicletas se ha embalsado en la bocacalle que da a la avenida de la Paz Celestial por donde desfilan destacamentos de trabajadores con banderas y pancarta y escuchamos el retumbar de gigantescos tambores en el ritmo característico de las grandes celebraciones. Y el sol resplandece en las tejas esmaltadas de dos aguas en volada de punta de estilo imperial del edificio de más de diez pisos de la Academia de Ciencias y en sus pequeñas ventanas con toldo de lona desteñida y vieja se apiñan los científicos que aplauden a los manifestantes y el piloto Jo bajando de su asiento nos dice: No se muevan de aquí, ya vuelvo, y se filtra en el dique de ciclistas que se ha formado a lo ancho de la avenida tributaria. Y la multitud ya no es como hace algunos años una masa compacta de gente con camisa blanca y bolsudos pantalones azules o verdes, sino una

alegre mixtura de carnavales. De pronto, se abren las esclusas y el abigarrado y turbulento río de ciclistas se desborda gritón en la gran avenida madre y nuestro vehículo resiste el oleaje de bicicletas que trinan y brillan. Retorna Jo sudoroso y con una bandera roja en la mano. Se la entrega a He, monta en el sillín y pedaleando nos incorpora en el torrente. Y habla y habla con He mientras Coco me va traduciendo: Es el desfile de la Siderúrgica La Capital y son como treinta mil y han llegado hasta el Museo Militar en camiones y buses y ayer Li Peng fue a hablar con ellos y les dijo que el sistema socialista era de los trabajadores y no solo de los estudiantes y que si ellos, los siderúrgicos, eran verdaderamente comunistas tenían la obligación de ir a Tian'anmen a convencer a los jóvenes para que vuelvan a sus centros de estudio y a liberar a los huelguistas de hambre de un minúsculo grupito de rufianes que los han tomado de rehenes y que están provocando una conmoción política destinada a negar al Partido y al sistema socialista y que los trabajadores deben apoyar al Partido que es su partido y al sistema socialista y a los cuatro principios[14] que los han transformado en los dueños de su propio país y entonces dice que los trabajadores le contestaron que estaban de acuerdo con eso pero que había que aclarar que el movimiento estudiantil no era antipartido ni quería derrocar al gobierno socialista y que lo único que pedían los estudiantes era la moralización y democracia socialista y que Li Peng tenía la solución en sus manos: comenzar la moralización por casa. Además le dijeron que ellos también tenían sus propias demandas sobre precios y salarios y estabilidad laboral. Por último, le aclararon que ellos de ninguna manera iban a chocar con los estudiantes que eran como sus hijos y Jo dice que ahora en respuesta a Li Peng marchan a

Tian’anmen a dar su respaldo a los estudiantes, termina de traducirme Coco. Entramos a la avenida de la Paz Celestial de ciento veinte metros de ancho y cuarenta kilómetros de largo y hay un ir y venir de gente por sus ocho canales de circulación de vehículos motorizados y en las ventanas de los edificios de veinte pisos de horrible línea arquitectónica de modernidad y apertura se agolpan miles de burócratas. Jo conduce la carretilla por la pista de bicicletas y le pregunto en qué trabaja. Coco luego de escucharlo me hace un resumen: Dice que trabaja en una cooperativa de venta y de servicios que queda por el zoológico y que ayer todos sus compañeros en una reunión de base acordaron apoyar a los estudiantes y dice también que ya les enviaron alimentos y sombreros de paja y que ahora con mucho gusto nos lleva a Tian’anmen, He señala la puerta de cristales de un elegante hotel de turismo: nutrido ajetreo de periodistas extranjeros con cámaras fotográficas y de video y tropeles de guías, intérpretes y choferes chinos, y nos dice: Si estuviera trabajando en una agencia de turismo ya estaría ganando mucha plata para mi matrimonio y ¿por qué? porque esos periodistas pagan cien dólares diarios por un intérprete y además con comida, se imaginan: en un solo día lo que saco en cinco meses. Jo dice que ahora con la reforma de Deng todos se mueren por ser ricos y que ya nadie quiere aprender de Lei Feng. Y recuerdo que era una ventosa tarde de comienzos de otoño cuando al salir con el joven Liang del Templo del Cielo vimos un tumulto: el dirigente de un grupo de pioneros discutía con varios vendedores ambulantes que se habían posesionado de una acera. Nos acercamos y Liang señalándome la inscripción de una banderola que pendía de un árbol me tradujo: Aprender de Lei Feng, y luego

agregó: los pioneros quieren barrer las hojas secas y los comerciantes se oponen. Dicen que primero está el negocio. Al final, los niños, vencidos, se retiraron con las escobas al hombro. Entonces, Liang me dijo: ¡Pobre Lei Feng! Creo que nunca olvidaré sus palabras que me hicieron aprender de memoria en primaria y eran muy hermosas. Luego de una pausa, recitó: Tratar a los camaradas con la suavidad de la primavera; a los trabajadores, con el calor del verano; a los que cometen errores, con el viento del otoño, barriendo sus hojas caídas; y a los enemigos, con el frío y la crueldad del invierno. Mirando a los ambulantes que pregonaban victoriosos sus mercancías añadió: Lei Feng eran tan humilde que no quería que nadie lo conociera, pero cuando murió a los veintisiete años Mao lo declaró ejemplo de la niñez y de la juventud transformándolo en el joven más conocido de China y ahora Deng se ha propuesto cumplir su deseo, que nadie lo conozca, y una leve sonrisa irónica iluminó sus ojos. Jo metiendo la carretillera las bicicletas habla a gritos con He. ¿Qué discuten?, le pregunto a Coco. Y Coco me dice: Es sobre ese campesino millonario de Shenyang que quiere ingresar al Partido Comunista. ¡Un campesino millonario en China!, me asombro. Y Coco dice: Sí, He dice que ese campesino con sus ahorros alquiló un camión y se dedicó al negocio del transporte y que gracias a su esfuerzo y a su trabajo honrado ahora tiene más de cincuenta camiones propios y trescientos empleados y que el año pasado pagó al Gobierno como un millón de yuanes de impuestos y ha donado miles de yuanes a su pueblo natal para obras comunitarias. ¿Y qué dice Jo?, le pregunto. Jo dice que no cree en ese cuento de ahorro y trabajo honrado y que debe haber otras cosas oscuras que no se conocen. El campesino de Shenyang,

dice Jo, debe manejar buenas relaciones de familia o de negocios con los dirigentes locales y hasta de Beijing para haber podido comprar tantos camiones y ¿por qué? porque para comprar una carretilla como esta hay que hacer miles de trámites y regalar licores y cigarrillos extranjeros a los responsables de las licencias al extremo que solo mis nietos verían la autorización y además para juntar ese dineral tendría que pasarme por lo menos dos años sin comer ni vestirme y esto que la carretilla solo necesita la fuerza de mis piernas, ¡se imaginan conseguir cincuenta camiones que requieren diariamente bonos de compra de gasolina!, me traduce Coco. Y sobre el ingreso del millonario al Partido, ¿qué opinan? Coco me responde: He sostiene que el Partido debe aceptarlo, porque ese campesino ha respondido muy bien al llamamiento del Comité Central de desarrollar la economía privada y hacerse rico para luego ayudar a otros a hacerse ricos como proclama Deng Xiaoping. Pero Jo no está de acuerdo, porque todo el mundo sabe que la riqueza de un millonario se debe fundamentalmente a la explotación de sus obreros y que es absurdo que un rico quiera pertenecer a un partido que lucha por eliminar el sistema que le hace ganar dinero. He habla señalándome y Coco me traduce: Quiere saber qué opinas. Yo le digo que el problema está en ver por qué un millonario desea ingresar al Partido: o el Partido ya no es comunista o el campesino rico es un bribón. He y Jo, luego de escuchar la traducción al chino, repiquetean en dúo: *Dui dui dui dui dui*. Y el río de ciclistas comienza a embalsarse y encallamos frente a la mole de estilo soviético del edificio de la Radio y Televisión Central de China. Coco sostenido por He y por Jo se empina sobre la baranda de la carretilla para ver por encima del tumulto de ciclistas y de peatones lo que sucede y me

informa: Son los periodistas jóvenes de Beijing que marchan a Tian'anmen. ¿Qué gritan?, le pregunto. Que *Renmin Ribao* pertenece al pueblo y los carteles que llevan dicen: La reforma de la prensa es una necesidad, El pueblo tiene derecho a la información, Libertad de prensa, Vergüenza nacional: ser informados por la prensa extranjera. ¿Y son muchos? Miles de miles, me contesta. Seguramente está Siu, pienso, pero con tanta gente y ciclistas es imposible bajar de la carretilla y una locura querer acercarse a la vereda de la pista central para pasarle la voz. Hay un remolino de bicicletas, y la carretilla, gracias a los gritos de mando de Jo, se mantiene firme en el vórtice. ¿Qué pasa?, pregunto. Coco descendiendo de la baranda dice que prohíben el paso de bicicletas porque en los alrededores de la plaza ya no hay sitio para estacionarlas. Jo nos promete arreglar el problema y se zambulle en la barahúnda de ciclistas que dan la vuelta en enredo de llantas, manubrios y empujones. Coco detiene a He que de puro novelero quiere ir tras de Jo. Me siento en la arisca silla y el calor y la aglomeración y la panacea taoísta me hacen transpirar a cántaros. Al burocrático estilo de alto dirigente chino despliego el enorme abanico de papel negro con dragón plateado en ágil y sonoro movimiento de dedos y me echo aire casi al descuido como personaje de Ópera de Beijing. Y Coco se lamenta: ¡Cómo no traje mi cámara para tomarte una foto! ¿Te imaginas lo que dirían tus amigos en Lima si te ven así con abanico? Y yo le repico: ¿Y te imaginas lo que dirían los izquierdistas machistas del Perú si ven a los aguerridos y valientes soldados del Ejército de Liberación paseando por Tian'anmen con abanico y tomados de la mano? De la bullente multitud emerge Jo seguido de un viejo. El setentón viste pantalón y chaquetas verdes desteñidos y arrugados con rombo rojo

en el cuello, seguro su uniforme de la Gran Marcha sacado de un baúl de alcanfor. Lleva gorro con estrella roja y brazalete. Es recio y saludable y me sonríe mostrando sus cuatro dientes delanteros como granos de choclo y Jo dice que gracias a este veterano del Ejército de Liberación podemos seguir sin ningún tropiezo hasta Tian'anmen. He amarra la bandera roja a uno de los manubrios y le indica a Coco que sujete el cartel en la baranda de la plataforma y yo acomodo los impermeables bien doblados sobre el asiento y el respaldar de la indómita silla de madera. Y nuevamente en torno a nosotros se ha congregado un corro de curiosos que no se cansan de mirarnos. El viejo entrega a Jo una vincha roja con caracteres amarillos. ¿Qué dice?, pregunto y Coco me traduce: Comité de Vecinos-Orden Socialista. Jo solemne le alcanza la vincha a He y He digno se niega a recibirla y Jo insiste y He le dice *bu bu bu bu bu* y levanta la cabeza molesto y Jo le coloca la vincha en el hombro y He se la quita y trata de devolvérsela y Jo le dice *bu bu bu bu bu* y comienza a torearlo y desde mi silla de la plataforma veo la punta de su sombrero de paja laqueada en traviesa danza y He grita y mira a Jo con el blanco de sus ojos y pálido de cólera tira la vincha sobre el sillín de la carretilla y Jo se le acerca y le agita el índice en sus propias narices y He con sus dos manos le abanica el aire frente a su cara y el viejo interviene y ya los curiosos han tomado partido por uno y por otro y todos discuten a gritos. Coco me dice: Por modestia ninguno de los dos quiere aceptar el honor de llevar la vincha que da el título de gran timonel de la carretilla, se sonríe y frotándose las manos me apuesta: Un chifa en el Sechuan que Jo gana. Y yo le digo: Por gusto apuestas, ninguno cederá. En cuestiones de recibir honores o favores, son muy tercos: siempre los rechazan en

beneficio de otros. Pero esta virtud heredada de Lei Feng ahora solo ha quedado en el pueblo, porque los actuales dirigentes son capaces de matar por conseguir lo que sea. Coco preocupado me dice: Y si ninguno cede, ¿hasta qué hora nos quedaremos anclados aquí? Cerrando el abanico con sonoro y certero golpe de dedos le digo: Toma la vincha y amárratela en la cabeza, y asunto concluido. Coco baja de la plataforma y se dirige hacia los contrincantes. Extendiendo los brazos los separa, hace una venia al veterano, toma la vincha con las dos manos y la muestra al público como valioso trofeo. Luego se quita su gorra verde y amarra la vincha alrededor de su cabeza cuidando el peinado de su abundante peluca negra. El viejo le palmotea la espalda y le sonríe con sus cuatro dientes de granos de maíz y los curiosos gritan: *Hao hao hao hao*, y se ríen a carcajadas. He trepa a la plataforma y Jo monta en el sillín. Nuevamente listos para emprender, ojalá, la última etapa de nuestra travesía hacia la plaza Tian'anmen. Por delante, va el veterano abriendo camino entre la multitud que en desorden camina por los canales de bicicletas. Arrimado a la baranda, He en leve respiración acompasada va expulsando toda su cólera y Coco le alcanza un caramelo de la canasta y le dice que lo chupe y te pasará la cólera, le asegura. Por fin llegamos a la pista principal de la avenida de la Paz Celestial y el veterano se despide riendo con sus cuatro dientes y levantando la mano. La gente se agolpa en los balcones, ventanas y azoteas de los edificios y colma las veredas arboladas de la avenida y nuestra carretilla avanza triunfante por el centro de dos disciplinadas columnas de estudiantes que marchan con banderas y cartelones al ritmo de consignas lanzadas a toda voz. Jo con la cara levantada y el sombrero tirado a la espalda pedalea sacando pecho y

anima a los estudiantes con la mano izquierda; He montado en la baranda de la derecha se une a la gritería de consignas, y Coco subido a la baranda de la izquierda luce orgulloso su vincha roja y como gran timonel en exitosa travesía agita en el aire el recio bastón traído desde Hainan. Me pongo de pie y me agarro al travesaño delantero de la plataforma en vaivén de maremoto: a lo lejos rielan las tejas amarillas de alero doble de la tribuna de Tian'anmen y la avenida se pierde en el azul del cielo de esta tarde calurosa de fines de primavera y ha pasado una década desde esa mañana también de primavera misma avenida en un Mercedes de lujo Sheng me condujo rápido a un hotel exclusivo para altos dirigentes a trabajaren encierros más de tres semanas en la corrección de la traducción al español de los documentos de la Asamblea Popular Nacional donde se pedía desbrozar el camino de la mala hierba de dogmatismo izquierdista de la banda de los cuatro y se exigía aplicar el principio de buscar la verdad en los hechos y de enderezar todo lo que estuviera torcido para llevar adelante las cuatro modernizaciones y luego de esa Asamblea vendría la eliminación de la comuna popular y de los equipos de producción y la implantación del sistema de responsabilidad familiar por contrato y el alquiler de tierras y el fomento de ferias campesinas con mercado libre y luego más tarde vendría la reforma de la empresa con el sistema de responsabilidad personal y la expansión de diversas formas de propiedad individual y con la política de apertura al capital foráneo con inversión exclusiva y mixta y zonas especiales y entonces poco a poco comenzó a envilecerse la vida con el desempleo y la prostitución venusiana y uranista y los salarios bajos y los niños mendigos y la privatización de los derechos sociales y las pandillas juveniles y la inflación y los

drogadictos y la corrupción en el Partido y los *yuppies* alborotando discotecas de hoteles para extranjeros y los hijos de dirigentes en mercados negros y abriendo puertas traseras y el pueblo que ya no puede aguantar el reajuste del ajuste del reajuste de la economía y las manifestaciones y huelgas de hambre y las manos ocultas de Wan Runnan[15] y los capos de la CITIC[16]... ¿En qué piensas?, escucho la voz de Coco. Mira, mira, me dice señalando la puerta imperial de Zhonghanhai[17]: tejado esmaltado de dos aguas con punta volada y balcones corridos como los coloniales de Lima, pero con celosías de filigrana dorada en muros ocres. En el atrio de la puerta principal, entre los dos leones de mármol, más de ochenta soldados están sentados sobre el suelo de lajas en tres filas una detrás de otra en arco de tensión. Frente a ellos, igual número de estudiantes con vincha negra en la cabeza permanecen sentados en idéntica formación. Se miran a los ojos y en silencio. Más que un obstinado y equilibrado enfrentamiento de dos bandos enemigos que en cualquier momento de descuido puede romperse y acabar en una horrísona hecatombe parece un divertido y extraño juego de desafío de fuerzas propio de vigorosos jóvenes traviesos y alguien había gritado en la ventana de mi departamento que el cielo se estaba cayendo a pedazos en la plaza Tian'anmen y era de madrugada y dejé mi cama y salí del Hotel de la Amistad y desnudo corría casi volando por las avenidas desiertas y cubiertas de nieve apenas iluminadas con débiles focos amarillentos y tenía miedo y llegué a Tian'anmen y solo silencio y humo espeso y el cielo rojo oscuro de fragua encendida y a través del humo y de las llamas veo cadáveres y miles de cadáveres desnudos de jóvenes masacrados envueltos en jirones de banderas rojas que se apiñan en las espaciosas

escalinatas del Gran Palacio del Pueblo y se apilan en torno de la Columna a los Héroes del Pueblo y cubren la gigantesca plaza hasta perderse en las difusas y lejanísimas líneas de sombra de los torreones de la puerta de Xiamen por el sur y el humo y el silencio y el cielo de carbones encendidos y Mao Zedong con gorra y traje verde de soldado de la Revolución en la puerta de su mausoleo llora con el puño en alto y alguien me despierta y abro los ojos asustado y es el experto boliviano Lucio que me dice che tu pesadilla no me deja dormir y me convida un trago de brandy chino fuerte y aromático y por la ventana del camarote del expreso a Shanghái pasan veloces constelaciones de luces y el traqueteo del tren y era una noche de fines de 1977 y hacía apenas medio año que había llegado a China. Y la carretilla se detiene frente a la puerta norte del Gran Palacio del Pueblo: estamos en el centro mismo de la multitud que copa de lado a lado la avenida de la Paz Celestial y avanza lentamente hacia la tribuna de Tian'anmen en la puerta de la Ciudad Prohibida. Jo dice que es imposible seguir con la carretilla y He propone caminar ya que falta poco para llegar a la plaza y yo pregunto qué hará Jo con su carretilla en medio de tanto tumulto y Coco traduce y dice que Jo a firma que no hay problema y ¿por qué? porque dejará la carretilla donde un amigo que vive cerca de la avenida y nos recomienda que vayamos hasta el Museo de la Revolución y nos instalemos en las últimas gradas de la escalinata y ¿por qué? porque desde ahí y bien sentados podrán ver todo lo que suceda en la plaza y dice que luego que deje la carretilla irá a buscarnos y He moviendo la cabeza de arriba abajo repiquetea *dui dui dui dui* y me ayuda a bajar de la carretilla y Coco señalando toda la parafernalia de nuestra travesía amontonada sobre los listones

gastados de madera de la plataforma dice protestando que él no va a estar cargando tantas cosas propias de un Niño Goyito y entre esta multitud que ya se parece a la procesión del Señor de los Milagros pero a la décima potencia y además sin paleteo ni cochineo ni mucho menos punteaditas y se ríe con ojos de nostalgia y yo le digo que de acuerdo pero que me alcance el bastón y los impermeables que nos pueden servir de almohadones para las duras gradas de la escalinata y Coco dice ya y frotándose las manos agrega luego de haber sacado la punta de su lengua que con tanta apretadera ojalá que una chinita se me ponga delante y así al descuido como quien no quiere la cosa y al estilo de chibolo arrecho suelto en microbús repleto de Lima hacerle sentir suavecito al ritmo de empujones colectivos lo que es bueno y rico y observa la multitud con ojos vivos y yo le reconvengo que ni se atreva porque si la chinita asustada por tal arremetida grita de inmediato se hace presente la guardia de estudiantes y si te cuelgan de donde tú ya sabes del poste más alto de la plaza deberías estar contento con tan leve sanción le digo agitándole el índice en sus propias narices al chinólogo modo y Coco se ríe y poniendo cara palomilla de santo me jura y rejura que solo lo decía de broma y que ya sabe lo que los chinos son capaces de hacerles a los estudiantes extranjeros y sobre todo a los africanos que siempre andan armados cuando cochinean con grosería y les meten la mano a las chinitas o se las quieren tirar a la fuerza ¿y qué les hacen? le pregunto y Coco serio y con voz grave me dice que hasta son capaces de enviarlos a la cárcel o devolverlos a su país como mercadería malograda y He lo jalonea del codo y le pregunta insistente y curioso sobre lo que estamos hablando en español y mientras Coco le informa, Jo subido en la plataforma ele la carretilla

por encima del tumulto apretujado de gente hace ejercicios de *qigong* y He escucha a Coco con la boca abierta mirándolo desde arriba y de reojo y siento que el dolor de la cicatriz quiere aparecer pero se diluye y tengo fuerza como para seguir caminando toda la tarde y toda la noche y seguro que es el benéfico efecto de la panacea taoísta. Jo con ágil salto de tigre baja de la plataforma, nos estrecha la mano y mostrando su perfecta dentadura y sus ojos exageradamente rasgados nos sonríe con toda la inocente desfachatez de los jóvenes callejeros de Beijing. De nuevo, He por delante con la canasta de condumios sobre la cabeza y abriéndonos camino a codazo limpio; luego, yo, gordo, canoso y con recio bastón, y cerrando el cortejo, Coco con los impermeables y agitando en alto la bandera roja. Y así como en el mar se forman corrientes de agua fría o caliente que discurren veloces por entre las mareas, así en los oleajes de las grandes multitudes que avanzan lentas se forman ríos de gente que se deslizan libremente sin empujones ni apretaderas por entre el sofoco y turbulencia de masas apiñadas. Gracias al buen ojo de He, podemos embarcarnos en una de esas corrientes de tal manera que casi sin darnos cuenta pronto nos encontramos en el sector norte de la plaza. He señala el retrato de Mao: está cubierto con un lienzo. Salimos del río y nos abrimos camino hasta uno de los puentes arqueados de estilo imperial que dan acceso a la tribuna de Tian'anmen y a la puerta principal de la Ciudad Prohibida. Los tres caemos rendidos al pie de uno de los enormes leones de mármol que hacen guardia en la puerta. Menos mal que en esta zona hay poca gente y se puede respirar aire puro. Desato el termo de mi correa y en su tapa de vaso echo té caliente. Tomo un sorbo y se lo paso a He. Coco saca naranjas de la canasta y comienza a pelarlas.

Grupos de curiosos se acercan a constatar el atentado de ayer contra el retrato de Mao Zhuxi. En silencio se quedan largo tiempo viendo el lienzo y luego hablan y discuten. He comiendo una naranja informa en chino y Coco me traduce: Dice que la gente comenta que los provocadores fueron mandados por Deng y Li con la finalidad de desencadenar en la plaza un gran disturbio y así tener un pretexto para desalojar por la fuerza a los estudiantes pero menos mal que los propios estudiantes atraparon a los provocadores y los entregaron a los de seguridad y se dice que esos lumpen fueron traídos especialmente de una provincia. Y dicen también que las masas están asombradas de la tormenta que se desató con rayos y truenos y granizo a los pocos segundos del atentado y que ahora el pueblo ya está convencido de que Mao es un dragón celestial y de que nadie podrá nada contra él, termina de traducirme Coco con voz grave y asustado mira el cuadro cubierto con un lienzo. No, yo no soy comunista, me dijo el primer día que fue a buscarme al Hotel al mes de su llegada a China. Abrí la puerta de mi departamento y ahí estaba un chiquillo de menos de veinte años y de cabello y ojos negros, negrísimos. Sus rasgos faciales de cálida canela así como la chompa de alpaca y su alforja y chullo de colores eran peruanos, muy peruanos, y más aún su entonación de matices pícaros de hijo de provincianos afincados en Lima. Ya en la sala y con un vaso de cerveza en la mano me contó que en el Perú en cuanto terminó secundaria se había presentado a varias becas para estudiar en el extranjero, pero que debido a sus pocas influencias y sobre todo a factores económicos pues mis padres son profesores y tengo cinco hermanos menores no puede agarrar nada ni para Estados Unidos ni para Europa y menos mal que me dieron una beca completa para

China y aquí estoy. Y Coco estaba en la primera etapa de desconcierto y punzante nostalgia que sufren todos los jóvenes peruanos recién llegados a China, pues en esa etapa aún se tiene un pie en el Perú y el otro en China. Luego de comer *jiaozi* que el *fuwuyuan* He trajo del comedor por indicación mía, le dije a Coco: Vas a estar en China por lo menos cinco años seguidos sin poder volver al Perú y si quieres vivir sin angustias y dedicarte a tus estudios debes ir retirando poco a poco el pie del Perú para vivir en China con los dos pies. Si no te acostumbras a vivir plenamente con cuerpo y mente en China, puedes quebrarte y buscar compensaciones en el licor como tantos otros jóvenes latinoamericanos que terminan de alcohólicos o de malandrines metidos en negocios de moneda o de contrabando o qué sé yo con chinos mafiosos o diplomáticos corruptos. Y me dijo: No se preocupe, porque a pesar de ser bien palomilla me gusta el estudio al extremo de haber sido el chancón de la clase y no es porque me quiera tirar mis jamones pero el año pasado cuando estaba en quinto de media saqué el primer premio en el Concurso Nacional de Matemáticas y ahora la computación me ha agarrado peor que una droga, y se sonrió. ¿Y quién te dio mi dirección?, le pregunté. Manuel, el colombiano que estudia medicina, me contestó y en seguida me contó que cuando Manuel le dijo que en el *Youyi* vivía un escritor peruano que trabaja para la Agencia se alegró y cuando se enteró de que se trataba del autor del «Príncipe» el cuento que el profe de literatura les hizo leer en secundaria se alegró mucho más y de inmediato vine a verlo, me dijo ese día de invierno. Y tomando cerveza y conversando le pregunté si era comunista. No, no soy comunista ni pertenezco a ningún partido y el día que me decida por

la política seré de izquierda, pero no como esos dirigentes universitarios ociosos y vividores ni mucho menos como estos lingdaos chinos hipócritas como beatas. Seré un militante honesto y luchador. ¿Y usted qué es? Socialista, pero de nuevo tipo, le contesté. ¿Cómo es eso? Entonces le expliqué que ese socialismo es igual al marxista, pero que como base fundamental del nuevo sistema social coloca la plena libertad del hombre, único camino que conduce a la felicidad, fin supremo de la humanidad. Ya habrá tiempo para seguir hablando de este asunto, le dije. Y desde que llegó a China se dedicó al estudio intensivo del chino a tal punto que luego de un solo año de practicarlo ya se hacía sus cachuelos como traductor. Ahora, sentado a mi lado a la sombra del enorme león de mármol guardián en la tribuna de Tian'anmen en el centro mismo del país socialista más grande del mundo en pleno derrumbamiento, no deja de mirar con reverencia el cuadro de Mao Zedong cubierto con un lienzo y me pregunta: ¿Por qué si los chinos son comunistas y ateos siguen creyendo en dragones celestiales? Luego de chupar el último gajo de mi naranja le digo: Para nosotros que no somos chinos nos es tan difícil comprender estos problemas de tradición milenaria como para He entender cómo una procesión católica puede convertirse en el campo libre de manoseo y cochineo público y hasta de cachería colectiva. Coco me mira con sus ojos negros y brillantes y se queda pensando. He se para y dice que va a buscar algún hueco entre la multitud que nos permita llegar sin problemas de apretaduras hasta las escalinatas del Museo de la Revolución y antes de meterse entre los compactos grupos de gente que siguen desfilando por la pista norte de la plaza nos ordena esperarlo pase lo que pase. Sonriendo le digo a Coco: Nuestro hombre de avanzada. Y

Coco agrega: El explorador vigía, y me pregunta: ¿Tú alguna vez has sido *boy scout*? No, ¿y tú? Sí, ahora te cuento: en el parque sucio y descuidado de mi barrio un domingo apareció un pata como de veinte años y nos dijo que venía de parte de una asociación encargada de salvar a los muchachos de la droga y recuerdo que en ese entonces nosotros aún éramos chibolos con decirte que el mayor apenas llegaba a los quince y nos entusiasmó para organizar un grupo de *boy scout*. Dijo que se llamaba Pepe y prometió venir el otro domingo. Toda la semana nos pasamos exigiendo uniforme a nuestros viejos. Ya nos veíamos como esos *boy scouts* gringos y limpios que aparecen en la tele con botines chillantitos y pantalón corto de explorador de antigua película de Tarzán y sobre todo con esa cuchilla que tiene hasta cuchara y tenedor y el pañuelo verde en el cuello y los cordones rojos en el hombro y el sombrero de *cowboy*. Pero mi papá me dijo que por el momento no había plata y tuve que contentarme con el pañuelo verde que mi mamá me hizo con la tela de un vestido que ya no usaba. Como tenía vergüenza de presentarme con solo el pañuelo verde, ese domingo me fui temprano al parque y escondido detrás de un banco esperé la llegada de mis amigos. El único que vino con uniforme completo fue Javicho el hijo del ambulante de Polvos Azules. Los demás estaban así como yo: solo pañuelo verde en el cuello. Pepe no dijo nada del uniforme. Ese domingo el parque pelado sin jardines se convirtió en una tupida selva y teníamos que explorarla cruzando caudalosos ríos y matando venenosas y grandes culebras y el otro domingo fue una altísima montaña de roca y teníamos que escalar hasta su cumbre cubierta de nieve sin marearnos al ver los profundos abismos a nuestros pies y el domingo siguiente se transformó en lo que era en

realidad: un arenal, y teníamos que salir de él caminando sobre la ardiente arena y con poquísima agua y cuidándonos de los alacranes y orientándonos con el sol. Y así de domingo a domingo fuimos dominando la técnica y el arte de un buen *boy scout* en cualquier terreno. Por fin llegó el día del verdadero campamento. Como el dinero que reunimos no alcanzaba para ir a una playa ni mucho menos a Santa Eulalia tuvimos que levantar el campamento en el mismo parque. Esto devolvió la alegría a nuestros padres que no se cansaban de decir: Mejor cerca de la casa. El viejo de Chicho prestó el toldo de su camioneta para la carpa y la mamá de Calincho colaboró con parrilla, carbón, corazones y palitos para anticuchos. Pepe con la plata de su asociación y con lo que le dimos compró salchichas, caramelos y galletas. Y así se armó el campamento de sábado a domingo. Esta noche nublada el parque se transformó en un campo con árboles a orillas de un río con cielo despejado y hasta con luna llena. En torno de una fogata se cantó, se comió y se relataron anécdotas personales y chistes y el tío de Aldemar que trabaja en una peña folclórica del centro se dio tiempo y vino a tocar charango y quena y hacernos reír con cuentos de serranos sabidos recién bajaditos. Fue un campamento bien paja y ya a la medianoche se tendieron frazadas dentro de la carpa y ahí nos echamos vestidos. Solo nos quitamos los zapatos. No sé cuánto tiempo había pasado desde que me quedé dormido, pero el cuento es que abro los ojos y mis amigos están agolpados en la apertura de la carpa. Asustado me levanto y me integro a los curiosos. Las luces potentes de un auto me dejan ciego. Luego de pestañear distingo a Pepe discutiendo con tres comandos. Salimos y en ese momento se suceden varias acciones tan rápido que no nos dio tiempo para

pensar. El comando más alto encañona a Pepe y el maceta nos obliga a tirarnos al suelo con la cara abajo y las manos sobre la nuca. Enseguida, el chato nos bolsiquea. Al no encontrar nada de plata se enfurece y como un loco fumón comienza a pateamos. Pepe se enfrenta al comando armado y se traba en una pelea. Suena una ráfaga y Pepe se desploma. Los comandos, al verlo ensangrentado, corren hacia el auto gritando: ¡Terruco conchetumadre! Y después, ¿qué pasó?, le pregunto. Coco mirando el cuadro de Mao cubierto con un lienzo me dice: Lo mataron. Me aliso las canas y solo escuchamos el atronador zumbido de la muchedumbre de la plaza. Luego de un rato, Coco me dice: Allá viene He, y se pone de pie. He llega agitado y sudoroso y ordena: *Let's go*. Coco me ayuda a levantarme y He coge la canasta de condumios. Y emprendemos la marcha hacia el Museo de la Revolución bordeando el estacionamiento de bicicletas que en más de quince filas apretujadas se prolongan en destellos niquelados en esta tarde de sol hasta el Hotel Beijing a ochocientos metros de la plaza. En esta zona ya pueden oírse más claramente las consignas lanzadas por altoparlantes y de vez en cuando las irritantes sirenas de ambulancias. El canal derecho de circulación automotriz de la avenida de la Paz Celestial entre el extremo noreste de la plaza y el Hotel Beijing está totalmente vacío y libre para el tránsito lo mismo que la pista que corre a lo largo de las escalinatas del Museo Nacional. Al borde de las aceras, estudiantes con vincha y brazalete rojo fuertemente entrelazados por los brazos forman firmes cadenas de contención de las rugientes mareas de la multitud que ya está a punto de desbordarse en la calzada. He, con la canasta sostenida con una mano sobre la cabeza, nos abre camino entre la muralla de

gente con la temeraria intención de cruzarla hasta la pista. En inglés nos informa que el comando estudiantil de la plaza ha dado la orden de dejar libres estos canales para facilitar el tránsito rápido de las ambulancias que llevan a los hospitales a los huelguistas de hambre que caen en estado de coma. Pienso en Liang, y Coco adivinando mi preocupación me dice: Liang es fuerte. Sí, claro, le digo. Gracias a la pericia de He, llegamos a la cresta de una ola que nos arrastra hasta la cadena de contención. Vuelve el dolor en la cicatriz y las piernas se me doblan y me falta aire y para no caer entre el tumulto me aferro a un estudiante con vincha negra y brazalete rojo de la cadena que resiste los embates de la multitud. El estudiante voltea enojado, pero al verme se desprende de su compañero y asustado me saca de la marejada a la pista. He con la canasta en la cabeza y Coco con los impermeables y la bandera roja se cuelan como peces por el resquicio que se ha abierto en la cadena de contención. Coco entrega los impermeables y la bandera a He y con el estudiante me ayuda a caminar hasta un parterre de ornato de la pista. Me siento en el zócalo y hacía calor y la cicatriz como un duro cincho y sudo y el fragoso zumbido de la muchedumbre y las voces chillonas de los altoparlantes y las sirenas y el olor fétido que sale de una enorme carpa como de circo levantada frente al Museo de la Revolución aumentan mi lasitud al punto de ponerme al borde del desmayo. He saca una naranja de la canasta y rápido y hábil la ablanda con las manos, le abre un hueco con su cuchilla y la exprime gota a gota en mi boca. El aroma de la fruta y la calidez y dulzura ácida de su jugo me reaniman. Coco se lamenta de haber dejado en la carretilla el enorme abanico que muy bien hubiera servido para darte aire, me dice. Y cuando el estudiante se disponía a llamar una ambulancia, le

digo: *Bu bu bu bu*, y tocándome el pecho: *wo hao wo hao wo hao*, y poniéndome de pie: *buyong buyong* y estrechándole la mano: *xiexie xiexie xiexie*. El estudiante luego de hablar con He se despide y se integra en la cadena de contención. Por la orilla de la pista despejada de gente y de vehículos, avanzamos sin mayor dificultad hasta la altura de la Columna a los Héroes del Pueblo y de la puerta principal del Museo y Coco me pregunta: ¿Podrás subir hasta la última grada? Claro, le con testo; pero, si llego, de ahí nadie me mueve hasta mañana, agrego. He saca el pomo de la panacea y me obliga a tragar otra cápsula. Sobre las treinta gradas de la espaciosa escalinata de doscientos metros de largo, se apiñan bien sentados hombres y mujeres de edad madura y niños. Comiendo frutas, caramelos o helados y bebiendo refrescos o agua caliente de sus termos individuales siguen atentos las incidencias de la multitud que colma la plaza y comentan y corean las consignas y aplauden y chismean. He luego de echar una rápida y penetrante mirada al público de la escalinata, nos dice que lo sigamos. Ha detectado entre las nutridas filas de la galería de curiosos un pasadizo ascendente formado seguramente por el insistente trajinar de los vendedores ambulantes de helados y gaseosas. Apoyándome en el brazo de Coco y con la ayuda del recio bastón y con los ojos cerrados para no ver la alta escalinata y así poder aliviar en algo el esfuerzo que tendré que hacer, inicio la ascensión grada por grada. Cuando ya mis piernas se están doblando y un intenso dolor me punza en la cintura, Coco me dice: Abre los ojos, ya llegamos. ¡Cómo sudas! Sí, le confirmo, y a mares. Un niño poniéndose de pie me dice: *Laoshi, qing zuo*. Le toco la cabeza diciéndole: *Xiexie xiexie xiexie*. He pone la canasta de condumios en el suelo y Coco acomoda los

impermeables sobre la piedra a manera de almohadones. Las piernas comienzan a temblarme y tomo asiento lanzando un prolongado suspiro de alivio y satisfacción. Nuestros vecinos de grada nos miran curiosos y alarmados. He, para no estar respondiendo a uno por uno las preguntas que le hacen sobre nosotros, opta por contar en voz alta la triste y ejemplar historia del experto peruano que en plena convalecencia de una operación de cáncer ha venido caminando y en carretilla desde el lejano Hotel de la Amistad a dar su apoyo internacionalista a los estudiantes en huelga de hambre. Los vecinos de grada subiendo y bajando el puño con el pulgar levantado dicen a coro: *Hen-hao hen-hao*. He entusiasmado remata su información gritando en falsete de dirigente chino: CHANG ZHEN DE GUANG RONG JIE SHU. Y hay risas y aplausos de aprobación y Coco palmoteando el hombro de He me dice: Este chinito es el deshueve. ¿Qué ha gritado?, le pregunto. Coco contesta vociferando como dirigente estudiantil peruano: GLORIOSO FIN DE LA GRAN MARCHA, y agita en el aire la bandera roja. Mi reloj marca las cuatro y veinte. Casi tres horas desde que salimos del Hotel, digo y Coco sentándose a mi derecha exclama: ¡Qué bestia!: tres horas. He se ubica a mi izquierda y la mediatarde está cristalina y el sol nos da en pleno rostro. Coco se lamenta de haber dejado en la carretilla los sombreros y quitasoles. Desde la altura de nuestros asientos, se pueden divisar todos los confines de la plaza de cuarenta hectáreas. La abigarrada multitud de más de un millón de personas se agita en ondulación de trigal de la Mongolia desde la tribuna de Tian'anmen hasta el lejano torreón de la puerta de Xiamen. Sobre la marejada rugiente se levantan como escollos el mausoleo de Mao Zedong al sur y la Columna a los Héroes del Pueblo de treinta y ocho metros

de altura en el centro mismo de la plaza. Y siguen entrando legiones de estudiantes, de obreros y de empleados con cartelones y banderas. Entre el bramido de la muchedumbre y el tam tam tám tantantán de tambores y el tañido tremolante de batintines al ritmo de las grandes celebraciones, apenas si se escuchan los discursos en tono atiplado alternados con música ejecutada por grupos de eléctricos jóvenes subterráneos. ¿De dónde transmiten?, pregunto y Coco me contesta: Desde ahí, y señala el amplio y elevado cuadrilátero de base de la Columna. Aguzando la vista, distingo entre el apiñamiento de jóvenes que desbordan casi en el aire el cuadrilátero y trepan hasta la alta base de la Columna una precaria tribuna con toldo de plástico verde en medio de banderas de colores flameadas incansablemente. Frente a nosotros, al otro lado de la plaza, el Gran Palacio del Pueblo permanece silencioso. Nutridas cadenas de estudiantes impiden en la grada de arranque el acceso a sus espaciadas y larguísimas escalinatas. Arriba, en el frontis, de columna a columna, al lado de ventanales y puertas cerradas, hacen guardia soldados armados, quietos como estatuas. ¿Y los huelguistas de hambre?, pregunto. Allá, me dice Coco y señala el centro de la plaza. En torno a la Columna a los Héroes del Pueblo, se levantan toldos de plástico de diversos colores sostenidos por varas de bambú. Al este de la Columna, se alinean en tres filas uno al lado de otro más de sesenta autobuses y frente a ellos como cincuenta ambulancias listas para partir. Los más graves, me informa Coco, están dentro de esos buses, y traduce: He dice que esos buses han sido enviados por la Corporación de Transporte Público de Beijing. Luego de una pausa, agrega: ¿No te dije que era muy difícil verlo a Liang? Y efectivamente Coco tenía razón, pues para llegar hasta la

zona de los huelguistas había que cruzar una compacta muchedumbre y luego pasar de control en control por varias cadenas de estudiantes. Nuestros vecinos de grada discuten agitando las manos y He después de escuchar atentamente nos informa: *More than three thousand*, y sigue hablando en chino. Dice, me traduce Coco, que cuando sacan un huelguista al hospital entran dos de reemplazo y se comenta que ya son muchos los huelguistas que se niegan a tomar agua. He agitando de arriba abajo el índice pegado al cordial apunta en dirección al Gran Palacio del Pueblo y Coco habla: Dice que los estudiantes han dejado un corredor libre entre la puerta este del Palacio y la Columna para que Gorbachov en compañía de Deng Xioaping o de Li Peng o de Zhao Ziyang pueda llegar a pie sin ningún tropiezo hasta la Columna y colocar una ofrenda floral como lo hacen todos los dirigentes extranjeros de categoría que visitan China, termina de traducirme Coco y pasándose la lengua por los labios y frotándose el estómago insinúa: ¿Abrimos la canasta? Ya, le respondo. De inmediato coloca la canasta en sus rodillas y levanta la tapa. Los tres al mismo tiempo y riendo nos lanzamos sobre los sánguches. Después de dos buenos mordiscos, les digo a mis vecinos: *Chifan, bu keqi*, sabiendo de antemano que van a decir *xiexie xiexie xiexie* sin aceptar nada. Y en el caso de que insistiera, solo cogerían un caramelo que luego al despedirse se lo devolverían por lo bajo a He o lo dejarían sobre el asiento. Así fue y una vez más comprobé esa extraña costumbre de los chinos de no aceptar regalos o invitaciones de extranjeros a no ser que hubiera una larga y probada amistad. Claro que, en los últimos tiempos de reforma y apertura, esta conducta se ha relajado sobre todo entre los dirigentes que sin ningún pudor exigen regalos,

banquetes o coimas a los extranjeros. ¿Y a qué se debe esa extraña costumbre de desconfianza y en muchos casos de abierto rechazo al extranjero? Fernando, un pintor colombiano que está en China desde la Revolución Cultural, una vez dijo en el club del Hotel: Indudablemente, se debe al desarrollo egocéntrico de China, de *Zhong Guo*, sí, el País del Centro, y luego de tomar una copa de brandy añadió: del centro del mundo. Y Enrique, otro colombiano escritor con varios años de residencia en Beijing, dijo: Pero a eso habría que agregarle el justificado resentimiento contra los demonios extranjeros de nariz larga y apestosos como cadáveres que quemaron sus palacios y saquearon sus ciudades y los llevaron a la fuerza a ultramar como esclavos en remplazo de los negros y les metieron el opio y prostituyeron a sus muchachas. Y Paulo sirviéndose cerveza dijo: Me parece que también hay algo de orgullo socialista, no olvidemos que los chinos se pusieron de pie en la fundación de la República como lo declaró Mao el primero de octubre de 1949 y desde entonces han trabajado duro para dejar de ser los enfermos de Asia. ¿Y tú qué opinas?, me preguntó. Luego de tomar de un solo trago el ron de mi copa, dije: Creo que todos esos factores confluyen, pero pueden atenuarse o exasperarse de acuerdo con la actitud que asuma el extranjero. Yo de chino mandaría a la mierda al extranjero que por razones raciales o de cualquier otro tipo se crea superior a mí y me sonría si soy dirigente y a mis espaldas ande diciendo que soy torpe, ignorante o cabeza cuadrada y si soy su intérprete o guía me trate como a un sirviente y que además tenga la insolencia de querer enseñarme a resolver los complejos problemas de mi propio país con recetas de curandero o de brujo, me serví más ron y continué: y esa actitud prepotente del

extranjero occidental en China es la misma que tiene el emigrante europeo medio o el norteamericano estúpido frente a los pueblos de América Latina. Lo lamentable es ver aquí en este mismo Hotel a muchos latinoamericanos imitar esa actitud frente a los chinos. Me da la impresión de que creen que en China les ha llegado la hora de dulce desquite. Y el argentino Carlos de la última hornada de especialistas apolíticos y hasta anticomunistas reclutados de acuerdo con la política de apertura me interrumpió: Pero no hablés pavadas, che. Comprendé: el chino es chino y nosotros europeos, métete eso en la cabeza, europeos, entendés, y comenzó a golpearse la sien con el índice. Tomó un trago y volvió a la carga: ¿Sabés por qué los chinos nunca nos dan la mano? Y nada, este coso lo contaron en lo de Marie la francesa. Mirá, porque dicen que los extranjeros les vamos a contagiar enfermedades incurables, ¡fenómeno!, che, y vos qué decís. Riéndome le contesté: Yo de chino nunca te daría la mano. Y Coco me dice: Ajá, quien a solas se ríe de sus maldades se acuerda. No, no es nada, le digo, solo me estaba acordando de un experto argentino, y termino de comer una galleta con caviar rojo. Sin darnos cuenta ya nos hemos despachado casi todos los condumios de la canasta y recuerdo con cariño a la *ayi*. Cuando He pone punto final al banquete con un sonoro y prolongado eructo, recién entonces nuestros vecinos de gradas derriban los muros que en un gesto de cortesía habían levantado en torno a nosotros en cuanto iniciamos el ágape, claro que cuando abrimos la canasta, impulsados por su chinísima curiosidad, habían tasado veloces y expertos cantidad, variedad y calidad de los condumios. Y le comunico a Coco que me siento muy avergonzado por el reprobable espectáculo que hemos dado al comer vorazmente en plena

escalinata del Museo de la Revolución y lo más imperdonable frente a los huelguistas de hambre y Coco mirando satisfecho las migajas, las cáscaras de fruta, las envolturas brillantes y arrugadas de los caramelos, los potes de caviar vacíos y los huesos mondos de las presas de pollo, pruebas flagrantes e incriminatorias de nuestra descarada cuchipanda, me dice que eso lo he debido de pensar antes del gran papeo. He le exige a Coco que le traduzca. Coco le traduce y He cubriéndose la boca con la mano izquierda y escarbándose los dientes con un palito de bambú con la derecha dice displicente. *Mei guanxi mei guanxi*, y lanza otro eructo. Se quita los anteojos oscuros y señala el Gran Palacio del Pueblo. La gente de las gradas del Museo en gran oleaje de norte a sur comienza a ponerse de pie y yo me lamento de no haber traído mi largavista y esforzando mis ojos diviso en el primer rellano de la escalinata una gresca: como un centenar de estudiantes con buzos y vinchas negras, brazaletes rojos y zapatillas blancas resisten con aéreos y rapidísimos golpes de kung-fu la arremetida de igual número de jóvenes con overoles azules y armados de varas de bambú que pugnan por llegar a la puerta este del Palacio. Arriba, en el frontis, se ha redoblado la guardia de soldados que siguen la pelea con sus armas en ristre. La multitud que ocupa la explanada entre el Palacio y la plaza comienza a encresparse en suave marea con la amenaza de convertirse en terrible maremoto en todo Tian'anmen. Y le digo a Coco: Si aquí se produce una estampida puede desencadenarse la hecatombe más grande de la historia. ¿Te imaginas a este millón de personas tratando de salir como sea de la plaza? Coco me mira y volteamos la cabeza: las puertas del Museo están cerradas. No hay salida, asustado me dice Coco. En la grada de arranque de la

escalinata del Gran Palacio del Pueblo varias cadenas de estudiantes forman una inexpugnable muralla de contención. En el rellano medio de la escalinata, frente a más de un millón de personas, se ejecuta una diabólica danza: puños y zapatillas blancas vuelan deteniendo varas de bambú que centellean como sierpes en esta tarde de fines de primavera. He con la cabeza ladeada a la derecha y el índice levantado a la altura del oído habla atropellándose y Coco me traduce: Dice que por los altoparlantes se pide conservar la calma y no caer en la provocación de un grupo de hampones que quieren tomar por asalto el Gran Palacio del Pueblo y que confíen en la correcta dirección del comando unificado de la plaza y que los estudiantes no están en contra del sistema socialista ni quieren crear disturbios y que solo exigen democracia socialista, libertad de prensa y lucha sincera y a fondo contra la corrupción. Los estudiantes de buzos negros y zapatillas blancas ya han desarmado de sus varas de bambú a los jóvenes de overoles azules y los tienen echados sobre el suelo con la cara abajo. Los vecinos de grada aplauden y hablan en voz alta y Coco me traduce: Dicen que esos provocadores como los de ayer que lanzaron pintura al cuadro de Mao son enviados por Deng y Li Peng para crear caos de tal manera que el mismo pueblo se vea obligado a pedir la intervención del Ejército a fin de que ponga orden desalojando a los estudiantes de la plaza, pero menos mal, dicen, nadie ha caído en la trampa del astuto Deng. Los vecinos de grada se sientan y el amago de maremoto se diluye en suave oleaje de trigal. Por en medio de la pista despejada, entra a la plaza una caravana de camiones militares con toldos de lona pintada con colores de camuflaje. Los vecinos vuelven a pararse nerviosos; pero luego de escuchar los altoparlantes se sientan tranquilos. Coco me

dice: Esos camiones traen más de mil colchas de algodón para los huelguistas de hambre. Después de consultar la traducción correcta de algunos términos con He, agrega: son de la Zona Militar de Beijing. Y entonces, ¿quién apoya a Deng Xiaoping?, me pregunto. Seguramente, pienso, el nuevo poder capitalista monopólico conformado poco después de la muerte de Mao por una camarilla de altos dirigentes del Partido y sus familiares adeptos a Deng que desde sus cargos clave en el Gobierno y en el Ejército de Liberación cierran el paso a los industriales y campesinos ricos y financistas y comerciantes individuales e independientes generados por la política de reforma y apertura del mismo Deng que quieren manos libres para el pleno desarrollo de sus empresas y negocios sin ningún control estatal con la máscara de directivas ideológicas de un partido que ya ni siquiera es socialdemócrata. Y en medio de esta pugna de alturas, el movimiento estudiantil y de masas a favor de la democracia y moralización socialistas y como un estallido de no aguante a las políticas de reajuste. Ahora, en esta azulísima tarde de protestas, ¿dónde estará Deng Xiaoping? Tal vez como un decrépito emperador esté atisbando a la muchedumbre de la plaza por entre los cortinajes de algún salón del último piso del Gran Palacio del Pueblo y esté rabiando por no haber podido culminar triunfalmente su política de siete años de acercamiento a la URSS: recibir a Gorbachov en la puerta este del Gran Palacio del Pueblo y luego marchar con él hasta la Columna a los Héroes del Pueblo entre niños que agiten guirnaldas de flores y chillen bienvenido tío viejo, entre banderas flameadas por hermosas muchachas de largas trenzas y por altos y atléticos jóvenes, frente a destacamentos de honor de las tres armas en uniforme de gala y en medio de batintines y tambores

batidos alegremente por coloridos danzantes de minorías nacionales y seguidos por periodistas y camarógrafos venidos de los cuatro puntos cardinales de la tierra, y hubiera sido, como hoy, una celeste tarde de comienzos de verano con apacible viento del norte, justo el necesario para que ondeen con imperio las banderas de seda de China y de la URSS izadas al tope y cruzadas en fraternal abrazo de amistad en las altas farolas de la plaza Tian'anmen diez veces más grande que la plaza Roja de Moscú. Pero, no: ahí, a sus pies, está Tian'anmen con el escándalo mundial de una huelga de hambre de más de tres mil estudiantes, con la ofensa de una concentración espontánea de más de un millón de personas y con el infamante desfile de columnas de trabajadores que exhiben caricaturas de un vejete disfrazado de emperador con la leyenda: *El último emperador*. Sería interesante escribir un relato a la manera de *Vidas paralelas* de Plutarco sobre Puyi y Deng Xiaoping: el primero, emperador convertido en sabio y humilde trabajador científico en un país socialista, luego de su derrocamiento y prisión; y el segundo, hombre de masa y fundador de la República Popular China, convertido en emperador luego de haber destruido el sistema socialista. A lo mejor, oculto tras los densos cortinajes de un sombrío y desolado salón del Gran Palacio del Pueblo se pregunte: ¿Cómo la masa no puede comprender la importancia de la visita de Gorbachov? Hace treinta años, Mao tuvo que viajar hasta Moscú para entrevistarse con Stalin; ahora, Gorbachov viene a Beijing, olvidándose de las urticantes heridas de la feroz lucha contra el revisionismo, a firmar la paz. ¿Y cómo a él, sobre todo a él, que había dirigido grandes batallas como la de Tianjin contra los japoneses donde comandó un ejército de trescientos mil soldados,

se le había podido escapar en sus minuciosos cálculos estratégicos y tácticos ese pequeño detalle del focalizado disturbio estudiantil que contra todo lo previsto estaba creciendo hasta la desmesura? ¿Cómo no había tenido el suficiente olfato para haber detectado a tiempo la podredumbre del traidor Zhao Ziyang, si a él, a Deng, todo el mundo lo conocía por su astucia puesta a prueba en las tres veces que había resucitado de su definitiva muerte política con los más esplendorosos honores e hiperbólicas alabanzas que solo un partido comunista chino puede tributar, después de haber sido vejado con los más ignominiosos remoquetes que también solo un partido comunista chino puede inferir? Los estudiantes tendrían que pagar caro esta afrenta; pero no ahora, porque cualquier acción punitiva con tantos periodistas del mundo en Beijing sería tan insensata como querer ocultar un incendio con papel. Y habrá sangre. Sangre. ¿Sangre?, me pregunta Coco y luego con todo el asombro de sus ojos negros agrega: No te estará haciendo daño esa medicina de He, ya varias veces te he pescado riendo solo y ahora estás hablando solito. Y de sangre. No, no es nada, le digo. Y las sirenas de las ambulancias como flechas hieren el cielo y huyen de la plaza por la avenida de la Paz Celestial y todos nos estremecemos de compasión por los pobres estudiantes en huelga de hambre que son llevados de emergencia en estado de coma a los hospitales. He y varios vecinos de gradas puestos de pie agitan el puño en dirección al Gran Palacio del Pueblo y gritan indignados y Coco me dice: Están amargos y exigen a Deng que no deje morir a los estudiantes. Y yo le digo: Esto es muy grave: En China se puede jugar con todo, menos con la comida. Coco afirma: Claro, fíjate que el saludo corriente de los chinos no es ¿cómo estás? ni ¿cómo te ha ido?, no, es *zhi fanla*, que

quiere decir: ¿ya comiste? Por en medio de la pista despejada entran varios carros cisternas de bomberos. *Shenme?*, le pregunto a He. He ya sentado y tranquilo me contesta y Coco me traduce: Son los bomberos que vienen a limpiar con chorros de agua los baños que la Municipalidad de Beijing ha instalado debajo de esas carpas. Sacando el último caramelo de la canasta, le digo: Esas letrinas son muy prácticas. Cuando llegué a China y veía en esta misma plaza grandes manifestaciones que duraban horas siempre me preguntaba: ¿dónde pueden defecar y mear más de un millón de personas? Y mi amigo Sheng me resolvió la incógnita. Mira, me explicó, por debajo de la plaza y de las veredas de las avenidas que dan a Tian'anmen corren cloacas especialmente construidas para baños improvisados. En caso de movilizaciones de masas, se levantan las baldosas previamente señaladas y ya se tiene retretes a la turca en fila uno al lado de otro suficientes para toda la gente que quieras. Luego, encima se instalan carpas para hombres y para mujeres y problema resuelto. Y Coco exclama: ¡Bestial!, cuando sea alcalde de Lima voy a introducir ese sistema para que las calles que dan a la plaza San Martín no amanezcan todas cagadas y meadas después de las manifestaciones políticas. Pero tendrías dos graves problemas, le señalo. ¿Cuáles? Primero, con los gordos como yo que no podemos utilizar esos baños a la turca. ¿Y cómo entonces haces en Beijing? En los hoteles para extranjeros, le respondo. ¿Y el otro problema?, me pregunta. Nosotros los peruanos, le digo, no estamos acostumbrados a cagar en público y en forma colectiva; a mear, sí. Recuerda eso de pinga peruana nunca mea sin su hermana. Y Coco riendo comenta: Tienes razón: a mí no sé qué me da tener que cagar con el culo al aire en esos huecos hediondos de los baños

públicos y de la U sin puertas y a la vista de todo el mundo. Es difícil, lo compadezco, pero si te gusta comer en compañía, lo de menos es... Y Coco me interrumpe: Sí, ya sé, pero mejor no sigas, de todas maneras me jode. Y a propósito cómo me olvidé de contarte lo que me pasó el otro día: Sucede que entré a un baño público en Wangfuching porque ya no aguantaba más y cuando estaba en pleno cague mi vecino de hueco me pide fósforos y me invita un cigarro mientras que los de la fila de enfrente, también en pleno cague, intercambian revistas y los del fondo conversaban sobre las ventajas de los equipos de sonido japoneses y al rato los diez cagones estábamos discutiendo sobre ecualizadores y como la mesa redonda, no, ¿qué sería? bueno, tú me entiendes, se ponía interesante nos quedamos ahí en cuclillas con el culo calato en entretenida..., y se ríe, adrede, ronco. He se pone de pie y alegre señala una carretilla que avanza por en medio de la pista despejada. Jo Jo Jo Jo Jo, grita He blandiendo el bastón en el aire con el gorro verde de Coco bailoteando en el puño. Me paro y efectivamente es la carretilla de Jo y Coco agita la bandera roja. En el travesaño delantero de la plataforma ha amarrado una larga vara de bambú de donde pende un gran letrero y de las barandas laterales y trasera cuelgan campanitas de colores que bailan con el movimiento de la carretilla. Pero no son campanas, tal vez flores u objetos de artesanía. ¿Qué son esos adornos?, le pregunto a Coco y Coco carcajeándose me contesta: sandalias, zapatos y zapatillas. Jo detiene su carretilla frente a nosotros. Parado sobre los pedales, con sus botas de huele negro, su pantalón verde remangado hasta las rodillas y su camiseta de fibra de seda color pulpa de granada nos saluda zarandeando su enorme sombrero. Ahí, abajo, solo, en medio

de la pista despejada entre el mar encrespado de más de un millón de personas que colman la plaza desde la tribuna de Tian'anmen y la puerta de la Ciudad Prohibida hasta los lejanos torreones de la puerta de Xiamen y desde el Museo Nacional hasta el Gran Palacio del Pueblo y alrededor del mausoleo de Mao Zedong y de la Columna a los Héroes del Pueblo, está Jo saludándonos con su sombrero de paja laqueada terminado en punta al estilo sureño. Sus ojos exageradamente rasgados y su desenfadada sonrisa de joven callejero de Beijing brillan en esta azulísima tarde de comienzos de verano. ¿Alcanzas a leer el letrero?, le pregunto a Coco. Algo, me contesta. Consulta con He y agrega: es un juego de palabras muy chistoso, difícil de traducir. Más o menos dice que los camaradas que hayan perdido sus zapatos en los tumultos o marchas pueden encontrarlos en su carretilla; pero, por favor, no le pidan zapatos rotos. Sonriendo comento: Ya me imagino ese doble sentido. ¿Y no?, dice Coco lanzando una impúdica carcajada ronca. Nuevamente los efectos de la panacea taoísta: dulce y húmeda turbulencia y ganas de bajar a la carrera las escalinatas y sumergirme en la multitud y en las venas el ígneo y desbocado galope de mi juventud y el bramido de la plaza va diluyéndose en acezantes gruñidos de tigre enjaulado hasta solo escucharse la voz monocorde de una muchacha por los altoparlantes. La señora vecina saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas. La gente se pone de pie y Coco me dice: Esa muchacha del altoparlante está comunicando que doce estudiantes se prenderán fuego como bonzos frente al Gran Palacio del Pueblo si hasta las nueve de la noche no vienen a dialogar en la plaza Li Peng o Zhao Ziyang.

17 de mayo

Mañana

Siento la cama dura y cualquier intento de moverme son candentes agujas y el desgarro de la cicatriz y nado en una anaranjada penumbra de crepúsculo arequipeño que inunda el dormitorio y sigo rumiando la resaca calidoscópica de imágenes centelleantes en pedregosos ríos entre neblinas que trepan desde profundos valles a la cumbre de cerros pelados y la soledad y la sangre manando del brazo y corro desnudo y joven por desolados dormitorios de internado y por túneles oscuros y el desamparo de luces blancas de gimnasio desierto y la dulce y anaranjada penumbra y la ardiente turbulencia y una toallita humedecida con colonia acaricia mi frente y es la suave mano de Katrín. Gracias, le digo. No se mueva, por favor, me recomienda. ¿Cómo te sientes?, me pregunta Coco parado al otro lado de la cama. Más o menos, pero me duele todo el cuerpo, le contesto. Y no es para menos con la faena de ayer, me dice. Sí, ¿podrías descorrer las cortinas? Entra la *ayi* con un tazón humeante de caldo seguida de la señora lindao. Coco abre las cortinas y la mañana de Beijing anega el dormitorio y tengo la sensación de estar flotando en medio de un celeste acuario. He y Coco me ayudan a sentarme obre la cama. La señora lindao acomoda almohadones en mi espalda y la cicatriz parece que se abriera. Pero la quietud del cuerpo mitiga el malestar y la *ayi* se apresta a darme el caldo cuchara da por cucharada. *Xiexie xiexie xiexie*, le digo quitándole el tazón. Es un concentrado de gallina,

caliente: armoniosa mezcla de esencias de jengibre, apio, puerro, ajo, anís de estrella y canela china. Y flotando sobre la superficie ambarina, hojitas verdes como de perejil y gajos de mandarina. Entra Esther muy preocupada jalando de la mano a la doctora de la clínica del Hotel que camina al ritmo de ronda infantil. La doctora es alta, de cabeza pequeña y cuerpo marsupial. Me regaña maternalmente en su especial mixtura de palabras de español, francés, italiano, inglés, chino y árabe en babélica sintaxis, jerga personal que ha ido construyendo durante dos décadas de trabajo en el Hotel en apuradas exigencias idiomáticas de comunicación con expertos extranjeros de diversas lenguas llevados de emergencia a la clínica. Me pone el termómetro en la boca y me suspende la manga del piyama para el control de la presión y Esther enojadísima y en la misma onda jergal de la doctora le toma cuentas a Coco y a He por haberme arrastrado a Tian'anmen sin medir las consecuencias y poniendo en grave peligro mi recuperación que tanto trabajo y sacrificio nos ha costado, sí, nos ha costado, remarca. He nervioso y ya con uniforme de verano, pantalón crema y camisa blanca, sin saber qué hacer, opta finalmente por ponerse a arreglar los impermeables de plástico, los quitasoles de seda y de varitas de bambú, los alones sombreros de paja, el recio bastón comprado en la isla de Hainan, el enorme abanico de papel negro con estampado de dragón y los termos que desde anoche están desperdigados sobre la mecedora, el escritorio de innumerables cajones y el viejo baúl de alcanfor de pirata cojo y tuerto de los cálidos Mares del Sur de China mientras Coco baja la cabeza y juega con la mano de Katrín. Cuando He coge la canasta de merienda campestre, Esther mirando alternativamente la canasta y a la *ayi* y a

la señora lindao la emprende contra esas personas de edad alentadoras y cómplices de imprudencias. En un pestañeo de Esther, la señora lindao le arrancha la canasta a He y huye del dormitorio y la *ayi* sume la cabeza entre los hombros levantados, abre boca y ojos y de puntas con los brazos sueltos como alas abatidas se va a la cocina. Okey, dice la doctora marsupial guardando su instrumental en un maletín negro cuero propio de comadrona de pueblo. Prescribe tisanas calientes de hierbas relajantes, emplastos y frotaciones con aceites trementinosos de medicina tradicional. He estirando el cuello por encima del hombro de la doctora, lee la receta. Moviendo las manos sobre la cabeza marsupial atrae mi atención. Hace arcadas, se aprieta las alas de la nariz con la punta de los dedos, aplaude burlón y abre la boca en gesto de risa de mimo. Coco, después de leer de soslayo la receta, se me acerca y me dice al oído: Ya te jodiste, seguro que ese mate será tan amargo como esa balsamina que los cantoneses comen con ratón y con las frotaciones y parches estarás apestando a perro muerto. Y yo le digo: No te preocupes, seguiré con mis pastillas occidentales y con la panacea taoísta del abuelo de He. Coco moviendo la cabeza hacia arriba y levantando las cejas pregunta: ¿Y Esther? ¿Dónde la dejas? Resignado le contesto: Verdad, ¿no? Con ella no hay forma de escaparse. Y la marsupial sigue recomendando: Reposo absoluto con solo dos caminatas de *qigong*, una antes del almuerzo y la otra después de la comida. Y para mayor tranquilidad de Esther, dice que llegando a la clínica llamará por teléfono al médico que me operó y la tendrá al tanto de sus indicaciones. Esther la toma del brazo y la acompaña hasta la puerta del departamento. Vuelve rápido. Enérgica, ordena a He, Coco y Katrín que se vayan a la sala y se

estén en silencio, porque me va a aplicar una imposición de manos al estilo combinado de *qigong* chino con *mahikari* japonés.

Mediatarde

¿Y qué más?, dice Fernando a manera de saludo entrando al dormitorio. Fernando, pintor colombiano con actitudes de despreocupado *playboy* cincuentón en turismo de aventura por el exótico oriente, trabaja en Beijing como corrector de estilo desde inicios de la Revolución Cultural por temporadas de dos años o uno o menos a tono con sus repentinos ataques hipocondriacos diligentemente cultivados con una bien nutrida dotación de fármacos occidentales y de yerbas, parches, pomadas, linimentos, extractos, pócimas, jaropes y ojimieles de medicina tradicional china, mongola y hasta tibetana, y con insistentes controles clínicos que para su desgracia siempre resultan negativos. De mediana estatura y expresión simpática y muy viva, esta tarde calza blancas alpargatas italianas y viste pantalón de fina pana azul de Prusia y liviana cafarena de algodón del mismo color y además de marca. Su gorra blanca marinera hace pensar que en la puerta ha dejado acoderado un lujoso yate de disparatadas y ebrias travesías por el mar meridional de la China y no una vulgar y sólida bicicleta de obrero chino. Le ofrezco una bebida, dice gracias, se va a la sala y vuelve con una copa de coñac generosamente servida. Se sienta en la mecedora de mimbre al lado de mi cama y luego de aspirar el aroma del licor me dice que este trago le cae de perillas, pues verás: me vengo del Ton Li Kuan del Palacio de Verano de un banquete que gente de la embajada ha ofrecido a los periodistas amigos que han

llegado a Beijing a cubrir la reunión cumbre del comiquísimo Gorby con el chiquito Deng y que de pronto se han encontrado con lo de Tian'anmen, dice y debe entrecerrando los ojos. Me siento sobre la cama entre los almohadones y le digo: Entonces debes tener noticias frescas. Cómo no, contesta, pero antes quiero decirte que te has convertido en el extranjero más famoso de Beijing. ¿Yo? Pero si has aparecido en el noticiario de la que se transmite a todo el mundo. Ahí se te ve desfilando entre las multitudes, ¡dios mío!, sobre una carretilla. ¿Ah, sí?, le pregunto un poco incrédulo. Si yo mismo te he visto en la pantalla de un amigo diplomático que tiene antena parabólica. Me sonrío y le digo: Sí, fue una gran aventura. Ya habrá tiempo de contarte con mayores detalles. Felizmente ya me están pasando las consecuencias de ese hermoso peregrinaje: intenso dolor muscular, agotamiento de muerte y esa sensación tan fea de dureza de cincho en la cicatriz. ¿Y qué más querías ?, me reprocha, yo en tu grave estado de salud no hubiera cometido el desatino de ir y venir en carretilla hasta Tian'anmen, es decir, ni a la esquina. Solo la ida fue en carretilla. ¿Y cómo volviste con tanto jaleo?, y seca la copa. En ambulancia. ¿En ambulancia? Deja, te cuento: Estuvimos en la plaza hasta cuando por los altoparlantes anunciaron que un grupo ele famosos catedráticos habían convencido a los estudiantes que querían inmolarse como bonzos que no lo hicieran. Después de bajar las escalinatas del Museo de la Revolución donde estuvimos toda la tarde cómodamente sentados, las piernas se me doblaron y ya no podía caminar. Con la ayuda de Coco, me senté en el zócalo de un parterre y el *fuwuyuan* He y el joven de la carretilla se fueron a pedir ayuda. Al rato volvieron con un dirigente estudiantil y una ambulancia. Yo les dije que exageraban y que me parecía ridículo

llegar al Hotel con tanto ruido de sirenas. Pero nada, señor, a la ambulancia, y en menos de una hora llegamos a casita, pero a exigencia mía sin sirenas, termino de contarle. Qué bien, dice Fernando, se pone de pie y con la copa vacía se dirige a la sala. Por favor, le pido, me traes un vaso de jugo de naranja. La tarde está fresca luego del bochorno de ayer y por la calle que da a la ventana del dormitorio siguen pasando pelotones de ciclistas con pancartas y banderas. Pedalean rápido y en silencio. Vuelve Fernando con el vaso de jugo de naranja y su copa llena: Con la naranjada tomo tres cápsulas y Fernando se sienta en la mecedora y dice: Todas las agencias noticiosas se ocupan de la suspensión de los actos preparados para Gorby. Es verdaderamente una lástima que nuestro pobre Gorby se haya quedado sin pisar la plaza Tian'anmen y es aún más conmovedor saber que no podrá conocer la Ciudad Prohibida ni admirar las reliquias del Palacio Imperial. Y por si esto fuera poco, el lugar de la conferencia de prensa tuvo que cambiarse a último minuto, toma un trago de coñac y luego comenta: Y Deng debe estar que se muere de rabia. Pero hay más, agrega: Ayer los cerebros de China establecieron la Federación de Intelectuales de Beijing y para variar, como dicen ustedes los peruanos, exigen al Gobierno que atienda las demandas del pueblo para evitar una verdadera conmoción que pueda llevar al abismo a China. Pero lo más delicado es lo que Zhao Ziyang dijo al comenzar su entrevista con Gorbachov. Espera, te leo, y saca del bolsillo del pantalón un cable. Escucha: Zhao Ziyang dijo que en los problemas de mayor importancia aún necesitamos que el camarada Deng Xiaoping tome el timón. A partir del Decimotercer Congreso Nacional del Partido siempre hemos pedido sus consejos cuando tratamos asuntos

importantes. Esta es la primera vez que se hace pública esta decisión del Partido de consultar con Deng Xiaoping, termina de leer y guarda el cable. Estas declaraciones traerán mucha cola, comento, pues con esto se confirma oficialmente lo que todo el mundo sabe: que Deng Xiaoping sin ser presidente de la república ni primer ministro ni secretario general del Partido gobierna China como un emperador. Fernando con la copa entre las manos dice: Pero, hombre, si te digo que con el cuento del rejuvenecimiento del cuerpo dirigente obligó, con su renuncia a todos los cargos que tenía, a renunciar a los viejos que quedaban de su generación y a otros de promociones más jóvenes para luego colocar en esas vacantes a sus áulicos cincuentones, y después de tal maniobra, aceptar a mucha exigencia de esos mismos protegidos nada menos que la Presidencia de la Comisión Militar quedándose como el único dirigente de la época gloriosa con poder efectivo. Frotándome la barbilla le digo: Sí, recuerdo esa movida, y añado: es un grandísimo carajo y aplica muy bien el principio: el poder nacer del fusil. Fernando interrumpiéndome dice: Pero ya le han salido dos tiros por la culata. Hu Yaobang y ahora Zhao Ziyang, sus más queridos delfines y además los dos, secretarios generales del Partido, seca la copa, pondera el coñac, se para y me dice que luego de una reparadora siesta y una ducha muy caliente se irá a Tian'anmen a recoger información pues en la noche tiene que transmitir por teléfono un reportaje para una cadena radial de Colombia. Desde la puerta del dormitorio, dice: ¡Ah!, me olvidaba de darte otra información: ayer, por la tarde, Deng se entrevistó con el simpatiquísimo Gorby en el Gran Palacio del Pueblo.

Atardecer

No sé en qué momento caí en un denso sueño sin imágenes ni sensaciones. Solo recuerdo a Fernando en la puerta diciéndome que Deng se había entrevistado con Gorby en el Gran Palacio del Pueblo. El brazo izquierdo lo tengo adormecido y la boca un poco amarga: seguro, las cápsulas sedantes. ¿Y qué me importa que Deng se haya entrevistado con el otro sepulturero? Creo que esto ya no interesa a ningún pueblo del mundo. En la posible novela que escriba no me ocuparé de esta entrevista. Solo me lamentaré de no haber estado en Beijing cuando Mao volvió de Moscú luego de hablar con Stalin sobre la revolución mundial. Sin embargo, en la entrevista de ayer hay algo que me intriga: ¿cómo Deng y Gorby pudieron llegar hasta el Gran Palacio del Pueblo por entre más de un millón de personas sin que nadie los viera? Yo estuve toda la tarde en Tian'anmen y no vi ni oí nada de la tal entrevista; es más, mis vecinos de grada que todo lo veían y comentaban en ningún momento hablaron de ello. Supongo que Gorby haya llegado dentro de algún Mercedes negro con ventanas cubiertas hasta la pequeña y casi clandestina puerta del sur del Gran Palacio por entre los intrincados y estrechos callejones del centro del antiguo Beijing, pues las amplias avenidas que dan a la plaza estaban atiborradas de incansables manifestantes. ¿Y cómo de pronto apareció Deng en el Gran Palacio? ¿Magia china? Sí y no. Seguramente, utilizó las modernas y controladas pistas que cruzan la secreta ciudad subterránea de Beijing y a los cuatro meses de mi llegada a China en 1977 a los expertos extranjeros de la Agencia nos llevaron a una fábrica de pinturas en el noreste de la ciudad. Para nuestra sorpresa, no hubo

la rutinaria recepción con frutas, caramelos, té y cigarros ni las plomíferas informaciones estadísticas sobre mentirosos incrementos de la producción gracias al derribamiento de la Banda de los Cuatro y a la acertada política de dejar de lado los dogmas y partir de los hechos, recepciones tan de moda por aquella época, no. Directamente nos condujeron a los doce expertos con sus respectivos intérpretes y a los jefes de la Oficina de Extranjeros de la Agencia al depósito de útiles de limpieza del edificio principal. Ahí nos recibió el camarada Qing, gordo, con pantalón bolsudo y chaqueta azul, de edad mediana y muy reilón. Apretando fuerte la mano a cada uno de los extranjeros nos informó que era el *lingdao* del buró de asuntos para una entidad de la ciudad. Pregúntale, por favor, le pedí a mi intérprete Ren, que te diga de qué asuntos y de qué entidad. Y Ren me contestó: No se puede preguntar eso. ¿Y por qué?, le repliqué un poco fastidiado. Ren, tratando de zafarse del aprieto, me dijo: Si Qing no lo ha dicho es porque no debe decirlo. Y esa fue la primera vez que me enfrenté a esa curiosa afición de los lingdaos de medio y alto nivel por el misterio y fue también la primera vez que caía atrapado en esa habilidosa manera de decir y no decir las cosas tan propia de los chinos y a lo largo de más de diez años he ido comprendiendo que todo esfuerzo por sorprender en una mirada o en el gesto de un *lingdao* un fugaz destello que aclare el misterio o que a través de una palabra nos dé un indicio que nos conduzca a la verdad es inútil y siempre he tenido frente a mí rientes máscaras de mirada neutra con palabras tan resbalosas como holoturias y en este decir y no decir las cosas he comprendido además que para los dirigentes chinos entre el «sí» y el «no» hay un espacio tan enorme como el firmamento y ahí precisamente en tal

inmensidad hay que descubrir las casi imperceptibles huellas de intrincadas y largas rutas dejadas con minucioso esmero por esos hieráticos dirigentes para poder arribar al «sí» o al «no» o simplemente a la nada. En fin, en fin, pero el caso fue que esa tarde de otoño el camarada gordo retiró basureros y escobillones de un rincón del depósito hasta dejar al descubierto una pequeña puerta de madera. Con ademanes de mago, la abrió; viéndonos de reojo y reilón, prendió la luz, y con ampulosos movimientos de mano nos invitó a bajar por unas gradas de piedra bien limpias y conservadas. Tocándose aparatosamente la cabeza nos advirtió del peligro de chocar con las vigas del techo. Y en fila india descendimos hasta una amplia rotonda de bóveda alta con varias bocas de túneles oscuros enrejadas por donde salían frescas corrientes de aire. Qing abrió una reja, prendió la luz y entró. Tras de él comenzamos a bajar por una rampa de paredes descascaradas con inscripciones borroneadas y con manchas de pinturas donde era posible encontrar fragmentos del rostro de Mao. Son restos de la Revolución Cultural, me dijo Ren. Y descendimos hasta un auditorio débilmente iluminado de por lo menos cien butacas. Qing nos invitó a sentarnos en las primeras filas y luego subió al escenario. En la pared del foro, se veía un enorme plano de líneas de diversos colores entrecruzadas. Qing siempre reilón y gordo inició su charla hablando con el estilo propio de dirigente de alto nivel, es decir, con sonsonete gangoso en término de período arrastrado. Ren me tradujo: Está diciendo que cuando China estuvo amenazada por los países imperialistas del mundo luego de su liberación y durante las guerras de Corea y de Vietnam, Mao lanzó un llamamiento a todo el pueblo del país para que construyan refugios subterráneos en previsión de un inminente

bombardeo atómico y como bases de ataque y defensa en una posible invasión y ocupación armada. Entonces, los setecientos millones de habitantes de esos años entre estudiantes, trabajadores, soldados campesinos, artistas, intelectuales, empleados y cuadros de todos los niveles y niños y ancianos en turno de noche y de día construyeron centro urbanos subterráneos con ingeniosos sistemas de agua, ventilación, luz calefacción, alcantarillado y rápido transporte horizontal y vertical y con todos los otros servicios que una población necesita para poder desarrollar una vida tan normal e independiente como la de cualquier aldea o ciudad de la superficie, dijo Ren. Cuando todos los intérpretes chinos terminaron sus traducciones al inglés, árabe, francés y español de la reseña introductoria de Qing, se apagaron las luces y en el plano se iluminaron delgadísimos tubos de neón rojo y foquitos del mismo color. Qing con un puntero de metal señaló un círculo y dijo que ahí nos encontrábamos en el segundo nivel del refugio y que esas líneas rojas indicaban las galerías de conexión. Luego, presentó nivel por nivel graficados por diferentes colores. Por último, se iluminó el lado izquierdo del plano y pudimos apreciar el esquema del corte transversal de los cuatro niveles. Qing aplaudiéndose dio por terminada su charla. Se prendieron las luces y cuando se disponía a bajar del proscenio, André, el experto francés, preguntó a través de su intérprete: ¿Por qué ha dicho usted que estos refugios también pueden servir como bases de ataque y defensa en caso de una invasión y ocupación armada? Y yo por lo bajo le dije a Ren: ¿Eso también es misterio? Ren un poco incómodo contestó: No sabemos. Qing risueño le dijo a André, a través del intérprete, que eso lo explicaría al término de la visita, y abrió la puerta lateral del

auditorio. Manipulando los interruptores de un tablero de luces dijo: Esta es la calle comercial, y se iluminó una amplia galería. Y en efecto era una verdadera calle con aceras, faroles y puertas y una vía central adoquinada cuya perspectiva se rompía intempestivamente en una oscuridad sin cielo. Después de recorrer el tramo iluminado de unos cien metros más o menos, Qing nos dijo que podíamos entrar a cualquier ambiente. Y comenzamos a visitar peluquerías, talleres de costura y de reparación de bicicletas, carpinterías, tiendas de diversos géneros y de abastos, lavanderías, bancos, correos, hoteles, zapaterías, oficinas de burós vecinales y del Partido, bares, servicios higiénicos, clínicas, puestos de emergencia y de bomberos y en fin todos los establecimientos indispensables en un centro comercial, pero desiertos. Sin ventanas y con techos abovedados. Por último, entramos a un restaurante. La luz blanca de lámparas en forma de flamas destellaba en manteles de mesas redondas y en servilletas dobladas dentro de vasos como palomas abatidas en pleno vuelo, rutilaba en tazones de porcelana con ribetes dorados y en palitos rojo lacre y titilaba en vitrinas de marco de madera negra con botellas de licor y latitas de té. Esta atmósfera de capilla ardiente abandonada y la ausencia de comensales y fuwuyuanes me produjeron una desesperanzada impresión, no de haber venido con anticipación a un gran banquete, sino de haber llegado minutos después de un desbande provocado por la noticia de una terrible amenaza de destrucción. Dejé el restaurante y caminé por la calle-galería tratando de aliviar esa sensación de desesperanza pero cuando reconocí en este refugio la construcción real y tangible del laberinto de túneles y de ambientes subterráneos y abovedados y sin ventanas que aparecían desde mi

juventud en mis sueños recurrentes esa desesperanza se transformó en miedo y cuando comprendí que no se trataba de sueños premonitorios sino que efectivamente estaba en el centro mismo del dédalo de mis pesadillas por donde trajinaba y corría desnudo y joven con la sangre manando por el brazo izquierdo ese miedo se acrecentó y cuando descubrí que el problema no estaba en saber distinguir el límite entre el sueño y la realidad puesto que el refugio de Beijing y el laberinto de mis pesadillas eran la misma construcción sino en saber hasta dónde y hasta cuándo mi desesperanzada juventud seguiría galopando por estos túneles y ambientes subterráneos ese miedo acrecentado se convirtió en pánico y fue la primera vez que sentí esa sensación de soledad y de derrumbe que a lo largo de mi estadía en China ha afligido mis sueños y ha agitado mi vigilia y sin embargo había venido desde el Perú a buscar la felicidad. Y Ren me dijo que el camarada Qing nos estaba llamando para visitar el campo deportivo. Lingdaos y expertos extranjeros con sus respectivos intérpretes chinos, siempre en fila india, descendimos por la rampa de un túnel oscuro hasta la puerta de un gran ambiente con graderías que rodeaban una cancha con tableros de baloncesto, pequeños arcos de fútbol, mallas para juegos de pelota, mesas de billar y de ping-pong y aparatos de gimnasia. Pero lo que más llamó la atención de todos fue el sistema de iluminación: numerosas y pequeñas claraboyas tachonaban como estrellas la alta bóveda del recinto. Qing, con sonrisa neutra, no se sabe si de humildad o autosuficiencia, y con el cuello regordete tirado para atrás, dijo señalando las claraboyas: es luz natural, sí, del sol. Luego nos informó que en el campo deportivo se podía disponer de luz día y noche y en todas las estaciones del año esté o no nublado el cielo

y que la luz llegaba desde la superficie por unos tubos larguísimos que también filtraban la contaminación tan grave de Beijing y que este sistema de espejos y lunas de aumento de almacenamiento y distribución de luz solar era el invento de un trabajador modelo de la fábrica de pinturas, terminó de traducirme Ren. Ajá, dije y Qing encabezando la comitiva salió del campo deportivo. Nuevamente descendimos en fila india por la rampa de un túnel oscuro hasta una pequeña rotonda con varias puertas cerradas que parecían ser desembocaduras de galerías. Qing presionó un botón de la pared, se descorrió una puerta y apareció un ascensor. Como la caja era pequeña, nos dividimos en grupos para entrar. Aprovechando la espera de mi turno, me escabullí burlando la vigilancia de Ren. Luego de empujar varias puertas, cedió una y entré. Era una sala angosta con focos de luz amarillenta. Pegada a la pared corría una larga tarima de madera de medio metro de alto por dos de ancho con base de ladrillos. Sobre la colchoneta de la tarima había como quince cobertores de diferentes colores bien tendidos uno al lado de otro con su respectiva almohada. Al pie de cada cobertor, en el piso, descansaba una pequeña palangana de fierro enlozado y dentro de ella un jabón de tocador y otro de lavar, un cepillo de dientes, un tazón y palitos. En mis posteriores visitas a cuarteles, internados y cárceles de China siempre he encontrado cuadras de este tipo con camas corridas y la vez que visitamos el dormitorio de una escuela de reeducación por el trabajo para jóvenes delincuentes en las afueras de Beijing una experta francesa, hermosa, liberal y joven, preguntó algo a través de su intérprete. Al término de la traducción al chino, el joven Li me dijo en español: La francesa pregunta que sin con esas camas corridas no se está incitando a los adolescentes

en reclusión forzada a tener relaciones homosexuales. El director de la escuela, alto y seco de carnes, contestó de inmediato y Li me tradujo: Dice que se han presentado casos, pero que eso no se debe a las camas corridas ni a los impulsos incontrolados de esos jóvenes delincuentes, sino a las decadentes y asquerosas costumbres occidentales y burguesas que están contaminando a algunos jóvenes chinos con débil formación ideológica. Entonces, la francesa conteniendo su enfado habló y su intérprete titubeando tradujo. Li me dijo: Ahora la francesa dice que la ciencia ha demostrado que la homosexualidad no es patrimonio exclusivo de una clase social ni mucho menos de oriente u occidente y que esa libre opción sexual, y no lacra asquerosa, se presenta tanto en los países socialistas como en los capitalistas y que no es una cuestión ni de ideologías ni de moral proletaria o inmoralidad burguesa y que por último le diga claramente cuál es la posición del Partido Comunista de China sobre este problema que tiene que ver con el respeto a los derechos humanos de una minoría. Todos miramos alarmados y en silencio al seco de carnes que había seguido la traducción impertérrito subiendo y bajando la cabeza con rítmicos y ronroneantes jah jah jah jah. En mi larga permanencia en China, solo tres veces he escuchado a los especialistas extranjeros plantear este problema a los dirigentes chinos en reuniones de visita o de informes. Supongo que tal parquedad de interés se deba a que muchos expertos izquierdistas den por sentado que la educación socialista y sobre todo la alta moral comunista ha erradicado de China esa desviación burguesa o que haya que investigar otras realidades más importantes que sirvan de invalorable experiencia en la lucha revolucionaria de los pueblos del mundo como saber por ejemplo de

qué manera la política de enderezar lo torcido de Deng Xiaoping es un factor determinante en el aumento de la producción de la fábrica de resortes de una aldea de un distrito de Shenyang en la provincia de Liaoning en el noroeste de China. Creo que tal desinterés se debe también a una autocensura para no contrariar la actitud de silencio, de hábil evasión o de sesgada negativa de los altos cuadros de tocar tan superfirolítico asunto o para prevenir cualquier malentendido si se insistiera demasiado. El director, mirando el techo y entrecruzando los dedos, contestó en el mejor estilo chino de escape. Dijo que la escuela había sido declarada centro modelo experimental para todo el país por los avanzados métodos que empleaba en la reeducación por el trabajo de los jóvenes delincuentes. La francesa, luego de escuchar la traducción, habló fuerte, enojadísima, mientras su intérprete bajando la mano abierta trataba de serenarla, pero era inútil: la francesita estaba desbocada. Seguramente, pensé, su intérprete no quiere traducir su réplica. Cuando el desacuerdo ya estaba tocando peligrosamente los límites del escándalo, intervino el director. ¿Qué dice?, le pregunté a Li. Que le traduzca no más lo que la francesa dice, me contestó ¿Y qué ha preguntado? Li levantando la oreja izquierda en dirección al intérprete de la francesa me informó: Dice que si no le puede contestar su pregunta por lo menos que le diga qué hacen en esta escuela modelo cuando descubren algún caso. Ajá, dije sonriendo y esperé ansioso la respuesta. El director comenzó a hablar, tieso. Al término de cada período con arrastre de falsete, miraba fijo al que parecía ser cuadro del Partido sentado a su diestra. Gordo, cuarentón con sonrisa congelada en el rostro y párpados caídos devolvía cada mirada del director con bajada de cabeza en señal de

asentimiento. Li me tradujo: Dice que a los... ¿A los de las camas corridas?, le llené la pausa. No, no habla nada de camas, me dijo incómodo con leve rubor de seminarista. Aspiró bastante aire y prosiguió: Dice que a los focos de contaminación occidental se les aísla en celdas especiales y ahí permanecen encerrados día y noche y con solo un jarro de agua y un tazón de arroz diario hasta cuando terminen de escribir una carta de autocrítica y hayan estudiado muy bien algunos documentos escogidos del Partido. Miré a la francesa y le dije en español: Ejercicios espirituales completos: retiro, lectura meditada de *Imitación a Cristo* y confesión con dolor de corazón y propósito de enmienda. Solo falta la penitencia, agregué. La bella francesa explotó: Sí, con varas de bambú, desnudos, y en pleno invierno: ¡pobrecitos! ¿Es verdad?, lo emplacé a Li. No sabemos, contestó observando temeroso al director. Tomándola por el brazo a la francesa la llevé aparte y le pregunté: ¿Cómo lo sabes? Ya más serena me confió: Por un experto que desde hace muchos años viene investigando en forma muy oculta el homosexualismo en China. Pero eso de las varas no es nada. Me ha dicho que hace algún tiempo a los homosexuales que detectaban los metían en un bote y luego los fondeaban en alta mar. Asombrado le dije: No puede ser, este es un país socialista. La francesa enfadada me gritó: *Oui!*, por eso mismo. Y ahí en la cuadra de refugio subterráneo, el quemado y picante olor que se desprendía de las tibias camas corridas y la tierna humedad de las ropas tendidas en cordeles que iban de pared a pared y el vapor que se escapaba por entre los corchos de grandes termos con toscas rejillas de fierro y la mesa mohosa y vieja del fondo con macetas de cactus florecidos y dos canarios dentro de una jaula de bambú y los tazones perlados de

agua me produjeron la misma alegría que se puede sentir al descubrir en una oscura caverna el destello de una gotita de rocío puesto que esa sala-dormitorio era una palpitante burbuja de vida olorosa y cálida en el centro de roquedad gélida del refugio subterráneo de Beijing y esa alegría se convirtió en júbilo al sentirme transportado a las soleadas mañanas de domingo de mi infancia en Arequipa cuando después de la misa mayor corría a mi casa de San Lázaro con las espermas que había sacado de los cirios de colores de los altares para derretirlas y luego volcarlas en el agua fría de una vasija de vidrio y el encanto de ver desde su fondo los paisajes y castillos que se formaban de la superficie del agua hacia abajo y la magia de deslizarse por frágiles senderos de cera y la aventura de descubrir salones de transparentes tonalidades abigarradas y la dulce angustia de perderse por luminosas galerías submarinas y la desesperanza de no encontrar el tesoro escondido y la palpitante y cálida burbuja estalló cuando Ren desde la puerta de la cuadra me llamó. ¿Quiénes viven aquí?, le pregunté. Posiblemente los soldados encargados del refugio, pero usted no ha debido dejar el grupo, me dijo molesto y salimos del dormitorio. Al volver a la rotonda del ascensor, en otro descuido de Ren abrí una puerta, prendí la luz y se iluminaron cientos de bustos de Mao de diversos tamaños bien acomodados y limpios en escaparates de madera que cubrían las paredes de piso a techo y sobre mesas largas que llenaban la amplia sala y el sol de esa tarde de invierno destellaba hasta el enceguecimiento en los cientos de budas dentro de pequeñas hornacinas de las altas y blancas paredes exteriores del Templo Budista de Beijing donde se venera un diente de Buda y eran cientos de cráneos humanos pegados en las paredes y bóvedas de las

catacumbas del convento de San Francisco de Lima y cuando ya estaba sintiendo el vértigo que siempre me produce el apiñamiento de objetos iguales o similares apareció Ren. Ocultando su enfado con una forzada sonrisa me volvió a llamar la atención por mi falta de disciplina. Apagué la luz y tomándolo del brazo le pregunté: ¿Y esos maos? Caminando al ascensor me contestó: Son los premios que se daban durante la Revolución Cultural a los trabajadores modelo y a los pioneros que sobresalían en las campañas de la Liga de la Juventud de aprender de Lei Feng. Ya integrados al grupo que esperaba su turno para entrar en la caja del ascensor le reproché. Y para qué los guardan si ahora con la política de los seis y cuatro de valoración de Mao ya no sirven para nada. Ren bajando la voz y mirando de reojo al *lingdao* de la Agencia me contestó: Por economía. ¿Cómo por economía?, le dije extrañado. Sí, para no hacer otro gasto, me dijo y bajando aún más la voz agregó: Mao volverá. Riendo le dije: No tienes necesidad de bajar tanto la voz si aquí los únicos que hablamos español somos tú y yo. Ren dándose una fuerte palmada en la frente dijo: *Dui*, y comenzó a reírse. Entramos al ascensor y subimos hasta un corredor. En la puerta del fondo, nos estaba esperando Qing. Rápido, me dijo Ren y el grupo de los últimos avanzamos a trancos hacia el biombo de madera laqueada que franqueaba la puerta. Como descargándose de una gran preocupación, Qing nos hizo pasar a un gran salón iluminado con antiguas arañas de cristal de roca de estilo veneciano. Frente al terciopelo azul de los cortinajes que cubrían totalmente las paredes del salón sin ventanas como foro de teatro, estaban formadas ocho jóvenes camareras de falda negra plisada, camisa blanca y corbata de lazo rojo. Nos sonreían hermosamente balanceando sus negras y

largas trenzas. Sobre el piso brillante como pista de baile se distribuían treinta mesas redondas. Los expertos que ya estaban bien acomodados en las cinco mesas de la primera fila del fondo nos aplaudieron jocosamente. Ren sacó de su bolsillo un papelito y luego de leerlo me dijo: En la cinco, y nos encaminamos a un extremo de la fila. Mi sitio reservado estaba a la siniestra de un subjefe de la Oficina de la Agencia y al lado de Ren. Sobre la mesa de siete comensales —tres expertos con sus intérpretes y el subjefe que la presidía— llameaban provocativos en color y aroma una gran variedad de fiambres, bocaditos, caramelos, semillas de girasol y frutas. Frente a cada cubierto —un plato y palitos—, se alineaban en acción de combate vasos, copas y copitas al lado de tazas de té verdeceledón con tapa. Se acercó una camarera y bailarina-mariposa nos sirvió cerveza, vino blanco y tinto y *maotai*. Según la costumbre china, durante la comida, su ocupación sería la de mantener siempre al tope los vasos, copas y copitas. De acuerdo con el riguroso protocolo para con los expertos, al viejo francés Claude lo sentaron a la derecha de Qing en la mesa de honor. En cambio, a mí, por ser el más nuevo entre la partida de extranjeros y por no conocerse aún a plenitud mi rendimiento profesional, me ubicaron en la última mesa y a la siniestra del *lingdao* de más bajo nivel del cortejo de chinos. Acicateado por los banquetes que en cada nivel de jerarquía se hacían más refinados en calidad, variedad y exquisitez, puse todo mi empeño en el trabajo de corrección y de profesor a fin de ir ascendiendo de mesa en mesa y de lugar en lugar en la ronda de invitados. Con el tiempo, llegué a ocupar la derecha del Presidente de la República en su mesa de honor en la Sala de Banquetes del Gran Palacio del Pueblo para cinco mil comensales.

Desgraciadamente, cuando arribé a este supremo escalón del protocolo, después de varios años de esfuerzos, el Consejo de Estado dictó medidas de austeridad y entre ellas la más grave fue la limitación a cinco platos sencillos en banquetes oficiales y además sin *maotai*. Y como el presidente tenía que dar el ejemplo, en fin, en fin, en fin. En la sala de terciopelos azules del refugio, mientras saboreábamos los bocaditos y las muchachas-mariposas se esmeraban en tener siempre llenos nuestros vasos, copas y copitas, Qing nos informó sobre la red de vías subterráneas vehiculares que conectan todos los refugios de Beijing. Luego, lanzando una abierta sonrisa a André le agradeció la pregunta que le había formulado al iniciar la visita. Y el pobre Ren traducía y traducía sin darse un tiempo para probar siquiera un bocado. Dice Qing, me dijo, que si el más poderoso ejército del mundo ocupa Beijing no duraría mucho tiempo pues sería derrotado no por el Ejército de Liberación sino por las milicias populares bien entrenadas en la tradición revolucionaría de la guerra de guerrillas de túneles y que si las fuerzas enemigas cercaban la capital el sitio sería roto de inmediato ya que esas vías de transporte se prolongan hasta las montañas de las afueras de la ciudad. André levantó la mano y le hizo otra pregunta. Mientras traducen al chino, le dije a Ren, aprovecha la pausa y prueba esas alitas crocantes de gallina de carne negra al aceite de té con caviar joven que están deliciosas. Ren, luego de saborear las alitas, tradujo: Qing ha dicho que si los enemigos logran infiltrarse en los túneles serían ahogados gracias a un complicado sistema automático de puertas diques y de bolsones subterráneos de agua para el anegamiento. Qing levantó su copita de *maotai* pidió un brindis por la política de apertura que anulaba la amenaza de una guerra lo que

permitiría a China transformarse a fines del presente siglo en un poderoso país siempre y cuando se logren en un ambiente de paz las cuatro modernizaciones. Extranjeros y chinos nos pusimos de pie y tomamos de un solo trago el licor. Qing con gozosa sonrisa en su cara de luna y mostrando a todos su copita volteada exigía a gritos de falsete: *Gan-bei gan-bei gan-bei* y las muchachas volaban mariposas en torno a las mesas sirviendo licor y sonrientes. Y yo aprovechando la euforia tomaba copa tras copa ante el asombro de Ren. Cuando ya iniciábamos el tramo de las frutas y del té verde jazmín, Qing, dejando de lado su permanente sonrisa, nos dijo que éramos los primeros especialistas extranjeros que visitábamos ese refugio y nos pidió por favor que no comentáramos nada con los otros expertos para no despertar envidias. Sin embargo, en las semanas siguientes, fui descubriendo en confidencias de trago en el club del Hotel que eran muchos los especialistas que se ufanaban de ser los primeros extranjeros en haber visitado ese mismo refugio y me quedé perplejo cuando me contaron que un *lingdao* gordo llamado Qing les había pedido por favor guardar en secreto tal privilegio. A pesar de que juegos de esta laya se repitieron en innumerables visitas e invitaciones de importancia, nunca he podido desentrañar el objeto de tan chinescas triquiñuelas. En fin, otra extraña costumbre de los lingdaos. Ren me dijo que Qing, a nombre de su buró, estaba pidiendo propuestas a los amigos extranjeros sobre la mejor utilidad que podía darse a estos refugios ahora que ya se había disipado en lo fundamental la amenaza de una guerra. La norteamericana Susan levantó la mano y habló en chino. En espera de la traducción, di cuenta de los rombitos rojos de jalea de acerola y de las hojuelas de camarón que aún quedaban en las

fuentes. Ren sosteniendo una pera por el rabillo comenzó con un fino cuchillo a sacarle la cáscara en una sola tira sin tocar la pulpa de la fruta. Cuando estuvo totalmente mondada me la ofreció. Le di las gracias y me dijo: Qing agradece a Susan por su propuesta de transformar los refugios en centros turísticos con hoteles, restaurantes, museos y tiendas de artesanía, de sedas y de porcelana. Ajá, comenté y di el último mordisco a la jugosa pera. Esa fue la primera vez que me topé con esa manía de los lingdaos de andar pidiendo a troche y moche sugerencias a los amigos extranjeros sobre puntos precisos cuando ya habían determinado qué hacer al respecto. Después de haber observado durante una década la reacción de los «íntimos de China» ante tal exigencia, los he clasificado, a estos, en tres grupos. A saber: ingenuos, realistas y bribones. Ingenuos: los que creen que gracias a su alta formación política (la de ellos), a su conocimiento de los chinos —bajo nivel cultural, según ellos— y a su amplio espíritu de colaboración socialista (de ellos), pueden satisfacer con creces el pedido de los lingdaos con sabias y oportunas sugerencias sobre los más disímiles problemas, desde el cambio del arroz a vapor por el arroz con pato o la valenciana o la introducción de la arepa o de la tortilla en reemplazo del *min pao*, hasta la conveniencia estratégica de un pacto secreto con el Japón para invadir los Estados Unidos o la mejor ubicación de una central hidroeléctrica. Realistas: los que habiendo descubierto el juego se mantienen fuera de él con corteses sonrisas y prudentes silencios al chinólico modo. Bribones: los que habiendo descubierto también el juego entran a la farsa disparando a diestro y siniestro sugerencias con la esperanza de acertar una y así tener fundamento para vociferar a los cuatro cardinales su alta y

probada categoría de consejero y abultar de paso el currículum vitae de su lucrativa profesión informal de «amigo de China». Qing se puso de pie y Ren me dijo: Dice que hasta aquí la visita. Nos paramos y nuevamente en fila india detrás de Qing abandonamos la sala pasando revista a las muchachas mariposas que paradas una al lado de otra frente a los terciopelos azules nos despedía hermosas balanceando sus largas y negras trenzas. Avanzamos por un corredor y para mi sorpresa en lugar de subir por las gradas de la derecha hacia la salida del refugio subterráneo bajamos por una oscura rampa hasta un depósito de cajones y fardos de tela. Qing abrió una estrecha puerta y tocándose la cabeza nos previno del dintel demasiado bajo. Al cruzar el umbral me quedé estupefacto al encontrarme de pronto detrás del mostrador de una tienda de sedas repleta de clientes gritones y belicosos. Siempre detrás de Qing, la comparsa de visitantes nos abrimos camino a punta de codazos y empellones hasta la puerta principal de salida. La destellante y fría luz otoñal me encegueció. Luego de repetidos pestañeos, pude reconocer la estrecha y tumultuosa calle comercial Tashalan. Habíamos caminado más de cien metros bajo tierra. Entre el burbujeante gentío y el atolondrado piar de bicicletas, Qing volvió a recomendarnos que no dijéramos nada a nadie de esta invitación y nos felicitó por el privilegio que nos había concedido su buró. Al estrecharnos fuerte la mano, nos prometió, entre sonrisas, una pronta visita a la de comunicaciones subterráneas de Beijing. Precisamente por esas vías se movilizaban los altos dirigentes de tal manera que, por ejemplo, Deng Xiaoping podía aparecer y desaparecer por arte de birlibirloque en cualquier punto o edificio público de Beijing y más aún en el Gran Palacio del Pueblo para

estrecharle la mano a Gorby. El reloj del velador marca las site y veintidós y aún no anochece. Ya no me duele el cuerpo y puedo moverme sin dificultad y tengo hambre.

Noche

Ninguno de mis amigos chinos ha venido ni me ha llamado por teléfono. Coco y Katrín camino a Tian'anmen pasaron a verme. ¿Y cómo estará Liang? Voy a la cocina y saco del horno presas de pollo doradas con miel y aceite de sésamo que me ha dejado la *ayi*. Las devoro de pie y luego tomo un vaso de leche. Sobre el piyama me pongo una bata de seda y salgo al jardín: los fuwuyuanes han desaparecido de los bancos y de la puerta de la oficina de control. El cielo está celeste-limón y los murciélagos azules vuelan por los aleros de tejas verdes esmaltadas de los edificios del Hotel. Escucho lejanas detonaciones y no sé si son disparos o cohetes. En las ramas de los nogales se balancean botellitas como ahorcados, y me sonrío[18]. Se acerca un rumor de gritos y de tambores. Camino en dirección a la puerta principal del Hotel, pero un agudo dolor en la cintura y un debilitamiento corporal me obligan a sentarme en un banco. Las ventanas de los bloques de vivienda están oscuras, cierro los ojos, me concentro e inicio un pausado ejercicio de respiración de *qigong*. Es inútil insistir: no puedo acumular fuerzas. Me paro y vuelvo paso a paso a mi departamento. Llamo por teléfono a mis amigos del Hotel. Nadie contesta: estoy solo en este inmenso gueto para extranjeros y cuando esa conocida sensación de soledad y de derrumbe comienza a escarbar en el punto más profundo del estómago mi dormitorio se ilumina con fuegos artificiales. Me acerco

a la ventana. Grupos de niños alborotan chillones en torno a un joven con túnica blanca que a manera de cruciferario abre el cortejo con altísimo mástil de bambú del cual pende en forma horizontal una banderola blanca con inscripciones negras tensada al viento como vela de balandra. Entre dos columnas de estudiantes con vinchas y brazaletes rojos, ocho jóvenes con túnica blanca cargan sobre los hombros un ataúd de madera de embalaje de gallinas. Detrás se agolpa un tumulto de gente que vocea consignas al ritmo de tambores y de batintines y flamean banderas rojas y de colores. Y en el cielo celeste-limón, estallan racimos de luces. Dejo la ventana y apresurado llamo por teléfono a la Agencia para que me informen sobre lo que está sucediendo en Beijing. Solo escucho el timbre de ocupado. Prendo la televisión: óperas chinas. Vuelvo a la ventana: otro cortejo igual al anterior. Me dirijo al bar consola. Destapo la botella de cristal del dorado licor de melón: no puedo tomar ni un solo trago. Aspiro su aroma. Contemplo la hermosa variedad de etiquetas: las lunas de mis anteojos se humedecen. Cierro las ventanas, en el equipo pongo la *Quinta sinfonía* de Mahler, apago las luces y me siento en la mecedora de mimbre y Liang estará debajo de esas feas carpas de plástico de colores chillones en torno a la Columna a los Héroes del Pueblo tirado sobre una colchoneta y a pesar de su lasitud por la huelga de hambre seguirá sonriendo sin dejar de jugar con inauditas combinaciones de tonos para crear expresiones de doble y triple sentido al refinado estilo de dinastía Tang. El ruido que llega desde la estrecha calle cada vez es más intenso. Me pongo de pie. Prendo las luces. Abro las ventanas. Apago el equipo. Y siguen pasando tumultos bulliciosos. Me acerco al bar de la consola. Me sirvo una copa de coñac. Aspiro su aroma y

contemplo su color de maravilla de quemado crepúsculo arequipeño. Dejo la copa servida. Vuelvo a la ventana del dormitorio. Suena el teléfono. Sí, con él. ¿Sheng? (el mismo Sheng que hace justamente diez años vino a buscarme por encargo de su buró para conducirme hasta el *binguan* de lingdaos de altísimo nivel donde trabajé encerrado más de veinte días en la corrección de estilo de la traducción de los documentos de la Asamblea Popular Nacional, de la nueva letra del himno nacional y de las modificaciones de la Constitución que dieron fuerza de ley a las medidas aprobadas en la Tercera Sesión Plenaria del Undécimo Comité Central del Partido de acuerdo con el principio de buscar la verdad en los hechos y corregir todos los errores que se descubran, reformas y políticas que, luego de una década de aplicación, han desencadenado la actual crisis de Tian'anmen). Aló, ¿ahora mismo? Bueno, te espero. Vuelvo a apagar las luces, me siento en la mecedora de mimbre y Sheng entró apurado a la sala de espera del aeropuerto de Narita. Como siempre, alto y huesudo; pero, ahora, con discreto corte de cabello y con el traje universal de los *businessmen*: puntiagudos zapatos negros, pantalón gris y saco azul marino de ligero casimir y escrupulosa confección, camisa de popelina blanca y corbata rojo-vino con pulquérrimo nudo Windsor. En una mano llevaba un James Bond con gruesas y metálicas chapas de seguridad y un maletín marrón Blue Angel y en la otra sostenía cuidadoso una caja de cartón con grandes letras: SONY VHS. En cuanto me vio por entre el tumulto de pasajeros de tránsito a Beijing en su mayoría chinos, casi todos hombres, me sonrió y se acercó. Ya no eran los chinos que hace ocho años de vez en cuando aparecían en los aeropuertos internacionales: zapatos de tosca suela, terno de estilo occidental de

burda tela negra o azul y arrugada confección, camisa blanca de cuello desorbitante y perdulario nudo de corbata. Y de remate, cabeza al cepillo: olorosa brillantina. Apenas ocho años de economía de mercado y había desaparecido la sonrisa en ojos y labios de los chinos que golondrinos se asomaban al mundo occidental como seminaristas en día de paseo urbano, o como campesinos en traje dominguero en feria de pueblo ajeno. Ahora, eran distantes, individuales, atribulados. Hombres de negocios. ¡Qué sorpresa!, me dijo. Alguien me contó que usted ya había dejado definitivamente China, agregó. Sí, pero no bien llegué a Lima que ya me estaban llamando de nuevo, le dije y con tono de guerrero vencido añadí: es muy difícil dejar China y como dice mi amigo Kent: China es como el opio, agarra fuerte. ¿Y tú?, le pregunté. Sheng acomodando la caja de video y el maletín de mano sobre una butaca me contestó: Vengo de México vía Vancouver, y sin soltar su James Bond se sentó a mi lado. Su pálido y estirado rostro exhalaba el suave aroma de una colonia de Loris Azzaro, de esas que venden en los aviones. Supe que dejaste el buró, le dije. Sí, me contestó. No querían soltarme; pero, al final, tuvieron que ceder ante la exigencia del ministro de Comercio Exterior. ¿Del ministro Li Chang?, le pregunté asombrado. Él mismo, afirmó y arrastrando las palabras agregó: Usted ya sabe que él siempre me ha preferido como su intérprete de español, y cambiando de tono me dijo: Así que usted viene del Perú. Sí, le contesté. Me miró y comenzó a pisar seguido el suelo con la punta del zapato derecho. Después de una larga pausa, dijo como hablando para sí mismo. Ahora, con la política de reforma y apertura de Deng, se comprende mejor que el camino de los pueblos subdesarrollados no está en la revolución violenta, sino en el impulso

pacífico de una economía de mercado. Luego de tomar aire, continuó: El error de Mao estuvo en haber llevado al extremo la lucha de clases en China y en haberla fomentado en todo el mundo. Si China hubiera invertido en su desarrollo el dinero que dio a los partidos comunistas aventureros de los países del tercer mundo para que hicieran su revolución maoísta ya hubiéramos dejado de ser el enfermo de Asia. Seríamos una potencia. Además, esa política equivocada nos aisló del mundo occidental y actualmente nos está costando mucho trabajo insertarnos en la comunidad financiera internacional, y suspiró apenado. Lo miré a los ojos y acariciando el suave cuero de su James Bond le dije: ¡Qué hermoso!, ¿dónde lo compraste? Sheng sorprendido me contestó: En Nueva York, en la Quinta Avenida. Observando las chapas metálicas de seguridad de su maletín le dije: Se progresa, la modernidad. Después de un prolongado silencio, le pregunté: Y ahora, ¿qué haces? Sheng mirando su reloj de pulsera me contestó: Soy miembro de la gerencia de una empresa mixta con capitales mexicanos. En Liaoning criamos langostinos y en México tenemos una red de restaurantes de comida china que ustedes los peruanos llaman chifas, y se rio. Sí, chifa; pero chifá en chino es comer. Sin dejar de reír dijo: Vamos a comer al comer. En ese momento, por los altoparlantes anunciaron en japonés, inglés y chino que el vuelo 108 de la CAAC con destino de Beijing tendría un retraso de dos horas. En la sala de espera colmada de chinos se produjo un discreto oleaje de distinguida contrariedad. Hace ocho años, los chinos de tránsito se hubieran agolpado avispas delante del despacho de la CAAC en alboroto de preguntas y de reproches haciendo valer su condición de dueños del país, pensé. Sheng moviendo de un lado al otro la

cabeza comentó: Siempre lo mismo con las empresas chinas: hay que hacerlas mixtas para aprender las técnicas más avanzadas de la gerencia capitalista. Sonriendo le dije: Con ese cuento de aprender lo mejor del capitalismo, los japoneses y los yanquis les están vendiendo tecnología de tercera y hasta obsoleta y de paso les arriman toda su basura cultural. Sheng siguió moviendo la cabeza. Luego de una larga pausa, me preguntó: ¿Y ya se enteró de la muerte del veterano Liu? Sí, le contesté, y fue una lástima que no me dejaran visitarlo en el hospital y lo más grave aún fue que solo me avisaran de su muerte tres meses después, añadí acongojado. Así es la política para con los extranjeros, me confirmó. Sí ya sé, le dije. Un joven chino me ha explicado el motivo de tal misterio, agregué. ¿Qué le ha informado? Que para dar una buena imagen del socialismo chino, al Partido solo le interesa mostrar a los expertos las vitrinas de lujo especialmente preparadas para los amigos extranjeros y ocultar las condiciones reales de vida de sus colegas chinos de oficina, le contesté y en seguida le pregunté a quemarropa: ¿Qué problemas tuviste con el veterano durante la Revolución Cultural? Nada, me respondió y mirándome de reojo habló con voz quebrada: ¿Qué le contó el veterano? Nada. Tú sabes muy bien que a él no le gustaba hablar de eso con nadie y menos con un extranjero. Entonces, ¿quién?, insistió. Unos amigos extranjeros y también chinos. ¿Y qué le contaron? Tú lo sabe mejor que yo. Sheng bajando la voz y mirando la punta de su fino zapato negro me dijo: Yo no tuve la culpa de nada. ¿Qué iba a hacer si la Liga de la Juventud Comunista del Buró me eligió jefe de la Guardia Roja de la Oficina?, y suspirando añadió: había que hacer cumplir las decisiones de la masa y eran épocas de desorden y de caos.

Buscándole la mirada le pregunté: ¿Y qué delito tan grave cometió el veterano Liu para que delante de sus hijos y de su esposa lo raparan, le pusieran un cucurucho de papel en la cabeza, lo pasearan así por las calles, lo apalearan y por último se metieran en su casa y le rompieran todos los objetos de arte que había heredado de su familia y encima le quemaran sus libros extranjeros y de obras clásicas chinas? Por eso quizás, agregué, la primera vez que vino a mi departamento se esmeró en que yo comprara cuadros y artesanías ya que él no podía tenerlas y recuerdo que me dijo que los objetos de arte daban calor a la vida. Sheng restregándose los dedos y eludiendo mi mirada contestó: Se sacó a relucir su procedencia de familia burguesa de Shanghái. Cortándolo en seco le dije: Pero si después de la liberación no huyó con su familia a Hong Kong para luego radicar en Londres como lo hicieron sus hermanos. ¿Acaso no se quedó en China trabajando para el socialismo? ¿Y qué más se le achacó? Sheng rascándose la mano contestó: También se le acusó de querer difundir la decadente cultura occidental con sus traducciones del inglés de obras pornográficas. ¿Pornográficas?, me pregunté indignado y sin darle tiempo a la réplica seguí interrogándome: ¿Hemingway, Faulkner, Poe, Wilde, Conrad pornográficos? Es que usted debe comprender, intentó interrumpirme, pero se lo impidí diciéndole: Cada vez que escucho hablar a los lingdaos en sus campañas contra la pornografía me acuerdo de los curas españoles que allá en Arequipa con sus infiernos jodieron para siempre mi niñez y adolescencia, y como hablando conmigo mismo concluí susurrando: pero, ese, es otro cuento. Y recién noté que los chinos de tránsito sentados cerca de nosotros nos estaban viendo de reojo recatadamente alarmados.

Sheng comenzó a hablar con su vecino de butaca mientras los otros pasajeros, neutros y sordos, ladeaban disimulados la cabeza en dirección nuestra. Ya sé, le dije a Sheng en cuanto terminó su plática, le has dicho que soy *milu* y que hace años trabajo en *Zhongguo* pero no he entendido lo último. Sheng mostrándome su caja de video me dijo: que estábamos discutiendo sobre la calidad de la marca. Señalando las especificaciones escritas sobre la caja le dije: Claro que la Revolución Cultural era necesaria para cortar de raíz la restauración capitalista que ahora estamos viendo, pero creo que no se aplicó correctamente la política de las cien flores y en algunos casos se utilizaron los grupos en pugna para saldar antiguas cuentas personales de rivalidades laborales o de pequeñas envidias profesionales como en el caso del veterano Liu. Shen molesto dijo: No es tan simple, y suspirando agregó: ustedes los extranjeros nunca comprenderán a los chinos. Contrariado le contesté: Siempre se escapan con lo mismo; sí, ya sé, los chinos son diferentes. Por favor, dejemos eso. Pero dime ¿acaso ahora con la política de apertura no siguen con la misma vaina de prohibir toda obra extranjera que apenas roce el sexo o de recortar impúdicamente los pasajes que a un *lingdao* vejete le parezcan pornográficos como si ustedes los chinos fueron angelicales? Y antes de que Sheng respondiera le dije: Si ustedes los chinos son tan putañeros como nosotros los extranjeros, ¿o no? Sheng preguntó curioso: ¿De puta? Sí, putañero, le contesté, de andar con putas, de enviciarse con el sexo, ¿entiendes? Sí, contestó, sacó una libretita y escribió la palabra silabeándola. Y volví a la carga diciéndole: Pobre veterano, y ahora hasta la Estación Central transmite la más sucia chatarra infracultural de occidente como la telenovela mexicana *Los ricos también lloran*

que está haciendo llorar a mares a los que fueron poderosos campesinos y obreros de China, pobre veterano Liu. Sheng mirándome de frente me elijo: Sí, pobre veterano Liu, fue una víctima de la Revolución Cultural. Y yo también: la cuatrinca me engañó. Yo estaba muy joven y tenía que hacer cumplir los acuerdos de la Guardia Roja. Luego de un prolongado silencio, le pregunté: Y ahora, ¿qué piensas? Sheng con los ojos clavados en el gran tablero del anuncio de vuelos de la sala de tránsito del aeropuerto de Narita me contestó: Como cuadro disciplinado del Partido tengo que llevar adelante la política de reforma y apertura e intervenir activamente en el desarrollo de una economía socialista de mercado. Y de esto hace dos años. Tocan la puerta. Prendo la luz. Salgo a la sala y grito: Chin chin. Y entra Sheng. Calza zapatillas negras de astronauta de famosa marca japonesa con lengüeta ancha y larga y viste pantalón y polo plateados de tela sintética brillante. Si no fuera por el elegante maletín James Bond que lleva en la mano se pensaría en un *yuppie* oriental de multinacional en traje de *jogging* dominguero. Su huesudo rostro despide una leve fragancia de colonia francesa. Nos sentamos a uno y otro lado de la mesita de la sala y le pregunto: ¿Qué está sucediendo en Beijing? Sheng lanza una instantánea y molesta mirada a la calle tumultuosa a través de la ventana del dormitorio, levanta la mano derecha a la altura del oído y la agita como espantando impertinentes moscas y me dice en tono neutro de *lingdao*: Parece que están celebrando la supuesta caída de Deng, y sin darme oportunidad para formularle atropelladas preguntas de sorpresa, continúa: la gente se ha vuelto loca; mire usted, todos han salido a la calle y lanzan fuegos artificiales y revientan cohetones como si fuera la fiesta de primavera. Nunca se

ha visto una cosa igual. Y en Tian'anmen los estudiantes cantan y bailan en rondas y queman muñecos y retratos de Deng y pasean ataúdes negros con letreros de ¿cómo se dice? ¿Qué?, le pregunto. Eso que se escribe sobre las tumbas. Epitafios, le con testo. Del bolsillo saca una libretita y apunta mientras silabea: e-pi-ta-pios. No, le corrijo, con efe, así: e-pi-ta-fios. Sheng tacha y vuelve a escribir la palabra y luego me dice: Sí, epitafios de insultos contra Deng. Y cuando venía una llanta de mi bicicleta casi se revienta por la cantidad de botellas pequeñas que han roto en las calles. ¿Y cómo así cayó Deng?, le pregunto. No se sabe, me responde y levantando la ceja izquierda y cerrando el ojo derecho en tono de confidencia me dice: Solo es un rumor, claro que Zhao por el momento domina un sector del Comité Central, pero Deng tiene al Ejército en su mano, y torciendo la boca a la derecha y hacia abajo afirma: hay que ser realistas y no dogmáticos: Zhao debe caer y no Deng, mira su reloj y me pregunta: ¿Y cómo está de salud? La recuperación va muy lenta, le digo. Abriendo su maletín James Bond me dice: Así es en operaciones delicadas, y sin darme tiempo de contarle que estoy aprendiendo un *qigong* especial para operados de cáncer, continúa hablando: como le dije por teléfono, se trata del proyecto de contrato de la construcción de una gran fábrica de abono natural para un país latinoamericano, y me alcanza un fólder de plástico negro con papeles de fotocopia. La verdad, le digo, que con tantos tumultos ya me había olvidado del asunto. Cerrando su maletín me pregunta: ¿Podría corregir la traducción en tres días? No sé, le contesto, ando muy preocupado por lo que le pueda pasar a un amigo que se ha metido en la huelga de hambre. ¿Quién?, ¿lo conozco? Creo que no, le contesto, es un estudiante del Instituto de

Lenguas Extranjeras. Sheng alarmado se pone de pie y me aconseja: Como viejo amigo le digo que tenga cuidado. No le conviene involucrarse demasiado en este problema: usted y ese joven chino pueden salir muy perjudicados. Me levanto y a manera de excusa le digo: Si todos los estudiantes están en la protesta y además casi todos los expertos se pasan día y noche en Tian'anmen y en las universidades. Sheng con calladas inflexiones de misterio comenta: Pero los del Buró de Seguridad no descansan; precisamente, esperan estas primaveras de las cien flores para detectar a las que más florezcan. Buscándole la mirada le concluyo la frase diciendo: Para luego podarlas. Así es, confirma, contempla las lengüetas de sus zapatillas de marca y añade: gane Deng o Zhao, habrá poda y hasta con esto, y extiende el índice a manera de cañón de revólver y dispara seguido contra la alfombra[19]. Y ganas que no le faltan a Deng, le digo y mirándolo extrañado le pregunto: Pero Zhao, ¿por qué tendría que sacar podaderas si todo el pueblo lo apoya y además quiere democracia socialista? Por eso mismo, me contesta, echa una ágil mirada, a través de la ventana, al desfile de estudiantes y agrega: si quiere aplicar su reforma política, antes tendrá que acabar con esos tumultos y con mano dura. Respira profundo, exhala lento el aire y prosigue: tendrá también que eliminar a tantos jovencitos insolentes que ahora lo han hecho su líder. El pueblo quiere enriquecerse en paz; tiene miedo de volver al caos: no ha olvidado los desórdenes de la Revolución Cultural. Sorprendido le digo: Pero eso es traición. No, se apresura a contestar, es velar por la continuidad histórica del Partido que como usted sabe es la única garantía de la unidad y estabilidad de China. Entonces, le replico, los estudiantes por las puras están haciendo

huelga de hambre, porque a las finales ganen o pierdan de todas maneras serán barridos por los eunucos inmortales. ¿Eunucos inmortales?, pregunta retirando rápido la cara hacia atrás. No, nada. Olvídalo, le digo. Sheng mira su reloj de pulsera y me dice: Ya es tarde, me voy. ¿Cuándo regreso por el trabajo? No sé, le contesto, estoy preocupado por lo de Tian'anmen, ¿qué le sucederá a mi amigo? Dentro de tres días, ¿está bien?, me propone. Mejor me llamas por teléfono. Sheng toma su maletín James Bond y salimos del departamento. El jardín sigue desierto y el cielo ya está añil oscuro. Me señala las botellitas que cuelgan como ahorcados de los árboles y se indigna: ¡A lo que se está llegando! Me sonrío, saco un caramelo del bolsillo de la bata y pruebo mi puntería lanzándolo contra una botellita. Sheng se hace el ciego al más clásico estilo de dirigente y mientras quita la cadena de seguridad de su bicicleta me aconseja: Envíele un mensaje a su amigo. Dígale que levante la huelga de hambre y regrese a su Instituto. Acercando la boca a mi oreja me comunica: Deng está dispuesto a todo. Buscándole de nuevo la mirada le pregunto: ¿Hasta meterles de verdad el ejército? Sí, me confirma observando atento el ajetreo de sus manos que están sujetando el maletín en la parrilla trasera. Ya está, dice satisfecho, se lava las manos con el aire y comenta: Y si gana Zhao y no entran en orden, el Partido se encargará de tratarlos como a rufianes. Lo miro confundido sin decirle nada y él continúa hablando: Deben comprender a las buenas o a las malas que ahora recién nos encontramos en la etapa primaria del socialismo. Sí, ya sé, le corto y jugando con el timbre de su bicicleta comento: ese híbrido de Deng. Sheng como si no hubiera escuchado prosigue en tono de comunicado oficial: y a esa etapa le corresponde la construcción de

una economía socialista de mercado. Sí, ya sé, le repito y agrego en su misma cantaleta: sin persistencia en la lucha de clases, en la comuna popular, en el igualitarismo, en el tazón de hierro[20]; pero, eso sí, con la persistencia en la dictadura omnímoda del Partido, en la censura del arte, en la lucha contra la contaminación cultural de occidente, en la falta de libertad y democracia. Y todo al servicio del libre mercado socialista en beneficio solo para altos dirigentes y parentelas: ¡Bestial! Sheng me lanza una regañosa sonrisa y monta en su bicicleta. Con un pie en el pedal y el otro en el suelo, me dice: Por favor, no se olvide de hacerme el trabajo. ¡Pobres muchachos!, me lamento. Sheng desviando la mirada sentencia: Para que la primavera sea primavera de verdad hay que podar las flores venenosas, y se despide agitando la mano. En impávido pedaleo, se pierde por el sendero de nogales.

Nuevamente solo en el jardín y tengo náuseas. Entro al departamento y me recuesto sobre la cama: cada vez que araño la apacible realidad cotidiana de China aparecen fragmentos del fétido rostro que los eunucos inmortales vienen construyendo desde hace décadas. Levanto las manos y en la penumbra añil se iluminan de sangre tinta. Sudo y me desespero hasta el horror de la culpa. Dejo la cama y entro en la sala. Prendo la luz y contemplo las sillas y sillones cubiertos con fundas caqui terroso y así están desde que llegué hace más de diez años. Los primeros días de mi alojamiento supuse que la permanencia fantasmal de esas fundas de casona deshabitada era la rastra de alguna negligencia venial de los fuwuyuanes. Pero, no. Cuando descubrí que tal incuria se extendía a los muebles de mi oficina, mi extrañeza inicial se transformó en sospecha de la ocurrencia de algo perverso. Y cuando comprobé que

esa indolencia abarcaba también las salas de recepción y de banquetes en entidades de todos los niveles desde la más remota aldea montañosa hasta los majestuosos salones del Gran Palacio del Pueblo, esa sospecha se convirtió en repugnante evidencia. No había dejadez: era el estricto cumplimiento de una orden oficial. Así es, me confirmó un compañero de oficina, con las fundas se conserva la propiedad de todo el pueblo, me aclaró. Pero en las grandes celebraciones, le dije, las quitarán. No, nunca, me contestó cortante. Y sentí vértigo. Desde entonces, levanto las puntas de las fundas terrosas de las sillas y sillones donde me siento y saboreo clandestinamente y a pedacitos la magnificencia de la China barroca de coloridos y labrados tapices de brocado y damasco, de cuero fino como la seda y de maderas densas y olorosas de los bosques del norte. Pero, ¿de dónde viene esa manía de los eunucos inmortales de dar a su país un ambiente feo, grave, social, sombrío, penumbroso, como calificó Martín Adán a su primer amor de adolescencia? ¿Por qué en otoño las jóvenes y señoras fatigan a las vendedoras de lana exigiéndoles colores vivos?, ¿por qué en oficina, teatros, salones de reunión política, colas, buses, tejen y tejen con hebras de arco iris pantalones, chompas y calcetas para su novios, esposos, hijos o padres si llegado el invierno estos tendrán que cubrir tal carnaval de colores con pantalones, chaquetas y abrigos grises, negros o azules? Contemplo la sala y sé que lo único que ha dado calor a mi permanencia en China han sido mis amigos jóvenes y las artesanías de laca, jade, cristal y porcelana, los rollos de pinturas, las linternas imperiales y los muebles de madera negra con láminas de alabastro y escenas míticas con figurillas de concha de perla que fui comprando bajo la exquisita guía del veterano Liu.

Nada de este socialismo. Y nuevamente esa sensación de derrota y desesperanza. Vuelvo al dormitorio y me tiendo sobre la cama. En la penumbra añil veo desfilar a Liang, Tin Tin, Chin Lu, He, Jo, Siu y a miles de millones de jóvenes por senderos, calles y avenidas. Visten de colores. Los muchachos con melena crecida y los jóvenes con la cabellera suelta irrumpen en las salas de casa abandonada y cantando desenfundan todos los muebles de la China. Sin embargo, tengo miedo. Presiento que los vejetes del Partido, de uno u otro bando, luego de banquetes de inútil búsqueda de la juventud perdida con platos de medallones del Emperador[21], *ginseng* con gallinita de carne negra, nidos de golondrina con aletas de tiburón, sesos de mono fritos en aceite de rana y sopas con extracto de polipenes y atendidos por bellas jóvenes disfrazadas de enfermeras, estén afilando gigantescas podaderas.

En el marco de la puerta se perfila Paulo. Entra, lo invito. ¿Vivo?, me saluda. Y coleando, le contesto sonriendo y le pido por favor que prenda la luz. Me incorporo sobre la cama y le pregunto: ¿Y cayó Deng? Todo indica que sí, me contesta. ¿Te sirves algo?, le ofrezco. Gracias, una cerveza, ¿y tú? Un vaso de leche. Deja su mochila de cuero en el suelo y se va a la cocina. Ahora, la calle está desierta. Vuelve y alcanzándome el vaso de leche me dice: Me vengo pedaleando desde Tian'anmen. ¿Y qué hay de la gran fiesta?, le pregunto. Se sienta en la mecedora, se sirve un vaso, deja la botella sobre el piso y comenta: Desde las gigantescas movilizaciones de la Revolución Cultural no he visto nada que se le parezca. Me acomodo sobre los almohadones y vuelvo a preguntarle: Y por fin, ¿qué pasó con Deng? De Deng no se sabe nada, me informa. ¿Entonces? La cosa comenzó, me responde, cuando circuló un mensaje de Zhao a

nombre de todos los miembros del Comité Permanente del Buró Político en el que se expresa que el Comité Central del Partido y el Consejo de Estado reconocen el espíritu patriótico de los estudiantes en su demanda de democracia y legalidad y a favor de la reforma y contra la corrupción. Es decir, lo interrumpo, todo lo contrario de lo que sostiene Deng. Así es, me confirma Paulo, toma un trago de cerveza y continúa: y no solo eso sino que Zhao en un discurso ha dicho que no habrá ninguna represalia contra las manifestantes y ha reconocido que los objetivos de los estudiantes son positivos y les ha pedido que pongan fin a la huelga de hambre. Dejo el vaso vacío sobre el velador y comento: Así que Zhao se le paró firme a Deng. Paulo sirviéndose cerveza me dice: Y no solo Zhao y el Comité Central y el Consejo de Estado sino también doce miembros del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional que han pedido la convocatoria de una reunión y exigen que se inicie de inmediato el diálogo con los estudiantes. Me bajo de la cama y poniéndome la bata negra de seda le digo: Pero, según lo que me acaba de decir un amigo chino, Deng tiene el apoyo de las fuerzas armadas. Paulo abriendo su mochila de cuero me dice: Es lo que se comenta. Parece ser que Yang Shangkun[22] y toda su parentela de altos mandos del Ejército apoyan a Deng. Paseándome lentamente por el dormitorio le pregunto. ¿Y cómo así se ha fortalecido la posición de Zhao dentro del Partido y del Gobierno? Paulo poniéndose de pie me dice: ¿Te parece poco que todo Beijing pida la salida de Deng y de Li? Además, con cada hora que pasa crece la indignación de la gente contra los dirigentes que se niegan a dialogar con los estudiantes para que pongan fin a su huelga de hambre que ya ha mandado al hospital a muchos jóvenes en estado de coma. Y esa indignación es

explicable, comento, los chinos respetan demasiado la comida, para ellos es un rito religioso. Paulo de su mochila saca un cable y me dice: Te leo, escucha: Destacados intelectuales chinos en una declaración dada a conocer hoy en Beijing afirman que debido al control de un ilimitado poder por parte del dictador, el Gobierno ha perdido su propia función y su naturaleza humana. Interrumpo la lectura diciendo: Pero esto es mu y grave. Y Paulo: Espera, eso no es nada, pon atención: a pesar de la desaparición de la dinastía Qing hace setenta y seis años, todavía existe en China un emperador sin tal título, un dictador senil y fatuo. Ayer, por la tarde, el secretario general Zhao Ziyang declaró abiertamente que todas las decisiones en China deben ser aprobadas antes por ese decrépito dictador. Paulo, después de una pausa, añade: y la declaración termina pidiendo que se acabe con la política gerontocrática y se exija la renuncia del dictador. Alisándome las canas, comento: Esos insultos le estarán hincando más que los recibidos durante la Revolución Cultural. Así es, me dice Paulo. Guarda el cable en su mochila de cuero, seca su vaso de cerveza y agrega: Veo a mi familia y vuelvo a Tian'anmen. Te tendré al tanto, me promete y se despide.

Me siento en la mecedora y no tengo sueño ni ganas de hacer nada. Ni siquiera tengo la suficiente energía para revolverme dentro del dormitorio como un tigre de Manchuria. Y nuevamente esa sensación de derrumbe y ya no podré en vitalicias tardes soledosas o en conturbadas noches cartujanas atenuarla con alcohol. Y en la posible novela que escriba en el Perú, ¿cómo podría contar ese estado anímico sin enredarme en engorrosos análisis filosóficos sobre la incomunicación del ser, sin perderme en legañosas disquisiciones psicológicas sobre problemas de desajustes

emocionales o sin recurrir a callosos dogmas sobre las ineluctables crisis ideológicas de los intelectuales de sociedades capitalistas trasplantados a sociedades socialistas? Claro que lo más fácil sería elaborar un solo punto de vista y aderezar con diversas técnicas todos estos engorros, legañas y callosidades para luego, valiéndome de personajes y situaciones típicas, contar tal estado anímico. Pero no, de aplicar tal procedimiento estaría convirtiendo ideas en personajes y no me agradaría contar nada con esta técnica; porque, sencillamente, nunca me ha gustado leer novelas de tal laya: me aburren. ¿Y entonces? Bueno, contaría ese estado anímico dentro de los estrictos límites de una personal narratividad poética. ¿Y cómo? Es muy difícil, pero mientras tanto trataré de sumergirme más en ese cenagoso estado anímico de colores quebradizos, de superficies séricas y rugosas, de sonidos lacerantes, de sicalípticos olores y de sabores ígneos a líquidos y a humores interiores a fin de iluminarlo con palabras exactas y vivas y recrearlo con estructuras de narratividad poética, muy personal. ¿Y emplearía frases tan recargadas de adjetivos? Sí, si con ellas doy el matiz conveniente. Sin embargo este problema lo resolveré después. Pero, ¿dónde y cuándo ese estado anímico comenzó a devorarme? Es posible que haya sacado sus garras por primera vez en el refugio subterráneo de Beijing cuando reconocí en esos túneles y ambientes oscuros y sin ventanas y con techos abovedados las construcciones reales de mis pesadillas recurrentes; sin embargo, creo que su origen hay que buscarlo en la fuerte impresión que me produjo China al término del jubileo de recepciones con banquetes, con visitas rituales a fábricas, a granjas modelo, a talleres de artesanía, al Palacio Imperial, a la Universidad Pedagógica, al Palacio de Verano, a la Colina Perfumada,

al Templo del Cielo y a la Gran Muralla y con asistencia a funciones de magia y de Ópera de Beijing. Sí, el origen hay que encontrarlo ahí, precisamente en el punto que marca el término de la ventolera de bienvenidas y el inicio de la noria de la oficina y de la vida de encierro y de alcohol en el Hotel de la Amistad y entrábamos al invierno y las noches pobladas de murciélagos y de densos silencios aldeanos iban de cinco de la tarde a ocho de la mañana y el sol como bola de fuego en eterna extinción se balanceaba sobre la línea inferior del horizonte proyectando a mediodía largas y extravagantes sombras y fue entonces que en esa atmósfera tan desconocida para mí por cuanto yo procedía de una zona tórrida donde la sombra es un punto en el nadir comencé a ver a China y era imposible escaparse de la melancolía bajo un cielo seco y eléctrico de sucio color de perla que se ennegrecía más aún con los humos de las estufas de carbón mineral que salían por pequeñas chimeneas de lata sobre techos de dos aguas de calamina o tejas de casas de un solo piso de paredes grises que se apiñaban viejitas en los intrincados y estrechísimos callejones de los antiguos barrios de Beijing y era imposible no sentirse extraño en esta urbe de ciudadelas rodeadas por altas y negras murallas vigiladas por soldados armados en torreones y puertas de estilo chino con sólidos muros rojos que a manera de gigantes biombos rectangulares exhibían doradas y hermosas caligrafías de poemas o consignas trazadas por Mao u otros dirigentes y eran ciudadelas a las cuales los extranjeros no teníamos acceso por cuanto eran entidades estatales o del Partido y las altas y negras murallas encalabozaban tristísimos y despiadados edificios de tonos pardos de siete a ocho pisos con multitud de ventanitas cuadriculadas donde funcionaban

oficinas y teatros y gimnasios y comedores y tiendas y clínicas y viviendas familiares y oscuras cuadras para solteros y en fin eran modernos falansterios con banderas rojas y era imposible mantener la alegría cuando el verde había desaparecido en los jardines y parques y los árboles con sus troncos desnudos y añosos y sus ramas peladas simulaban siniestros personajes en danza estática a contraluz de crepúsculos de bronceados celofanes y era imposible no sentir la soledad en medio de millones de millones de hombres y mujeres y de niños y ancianos y jóvenes uniformados con abultados abrigos guateados azules o verdes y chalinas grises que solo dejaban al descubierto nariz y ojos y con grandes gorros de piel de perro y peluche y orejeras suspendidas a los lados como élitros de insólitos y enormes escarabajos apretujándose en ascensores y autobuses y vagones del metro y tiendas y veredas y teatros y estadios y un olor ajeno a sudores guardados de ajo picante y millones y millones de ojos rasgados mirándome día y noche y era imposible integrarse en las vocingleras concurrencias de restaurantes populares humosos y de luz amarillenta y aromas fermentados de soya con pacientes hornadas de comensales de pie en espera de mesas redondas colmadas de comilones y con fuentes y soperas y tazones y platitos de olorosas viandas de presas de volátiles y de tiritas y rollos y trozos de cerdo entre relucientes verduras de invierno y crujientes pescados enteros cubiertos con alegres sainetes agridulces y hondas palanganas de fierro enlozado rebosantes de arroz cocido al vapor sobre bancos especiales al lado de las mesas y los devorantes comilones bulliciosos y rápidos amontonando en los manteles con manchas marrones y rojas de salsa huesitos y espinas luego de haber sido chupados y mascados hasta el tuétano del

saboreo y tratando de adivinar a gritos el número exacto de dedos extendidos repentinamente del puño de uno y otro contendor enfrentados pico a pico para que tome el ganador y no el perdedor como en los juegos de dados de cantina del Perú y atolondradas libaciones con cerveza en tibios y feos vasos de plástico o con licor fuerte de cabeza en tacitas de porcelana y escalofriantes ruidos de carraspeos pulmonares y de triunfales esputos lanzados con eximia puntería a escupideras dispuestas convenientemente entre las mesas y de retumbantes sorbos de sopa y eructos de complacencia por la buena culinaria de los camaradas cocineros que desde los fogones y las enormes sartenes voladoras atisbaban nerviosos a los exigentes comensales y por último era imposible no sentirse excluido de los que hubieran sido grandes compadres de trago y comilona al no entender su idioma de múltiples entonaciones cromáticas de terciopelos rasgados en estallidos de finos cristales y entonces en lo más hondo de mi estómago comenzó a ovillarse una angustia física que luego se desmadejaba dolorosamente en mis venas y acuchillaba mis sueños y azotaba inmisericorde mis memorias duermevelas y a esa angustia visceral había que darle un contenido psíquico y entonces venía la búsqueda desesperada en los olvidos de una palabra dicha al desgaire o de un gesto indeliberado o de una acto no pensado que hubiera podido desencadenar a mis espaldas un conflicto o una situación gravísima y entonces toda actitud vivida se hacía sospechosa y era el mismo proceso de exploración de culpa en el recuerdo que me atormentaba cuando adolescente caía de rodillas en el confesionario o cuando me metieron en una celda en el Perú sin formularme cargo alguno y entonces y entonces ¿por qué te has quedado más de diez años en China? ¿por masoquista? ¿o a lo

mejor porque querías expiar una culpa? ¿o tal vez porque creías de verdad que ibas a encontrar en medio de tanto derrumbe y soledad la clave que te daría la felicidad? Pues bien, sucede que al término del primer invierno que pasé en Beijing y cuando ya estaba llegando al límite de la desesperación comencé a descubrir otra China, la China de los chinos, y me vence el sueño. Me pongo de pie, me quito la bata y me acuesto en la cama deshecha. Por la ventana abierta, entra el tupido silencio aldeano de Beijing y en la puerta oscura del dormitorio se iluminan los claros ojos de Katrín y le digo que pase. ¿No lo molesto? No, de ninguna manera, le respondo y enciendo la lámpara del velador. Me sonríe arrugando el puente de la nariz, se quita su abultado abrigo verde de soldado chino y lanzando un suave suspiro de cansancio toma asiento en la mecedora. Acabamos de venir de Tian'anmen, me dice. ¿Y Coco?, le pregunto. Se ha quedado con sus amigos africanos tomando cerveza en el bar del Hotel, me informa. Incorporándome sobre los almohadones le digo: ¿Y qué pasa con Deng? Y Katrín: Nadie sabe nada. Y yo: ¿Y la fiesta que se armó celebrando su caída? Y Katrín: Todo quedó en nada, parece que solo fue un rumor. Y yo: ¿Y la huelga de hambre continúa? Y Katrín: Sí, y se van por el quinto día y se dice que en los hospitales de todo Beijing ya hay más de mil huelguistas en gravísimo estado de salud y por los altoparlantes de la plaza están informando que los rectores de diez universidades han pedido a los dirigentes del Partido y del Gobierno que dialoguen con los estudiantes. Y yo: ¿Y cómo estará Liang?, y muy preocupado agrego: Ni Tin Tin ni Siu han venido ni me han llamado por teléfono, no sé qué está pasando. Y Katrín: Supongo que no quieren comprometerlo con el Buró de Seguridad, fíjese que una compañera

china de internado me ha contado que Deng y Li han ordenado a sus agentes buscar pruebas de las conexiones que hay entre los dirigentes estudiantiles y algunos especialistas extranjeros o gentes de embajada. Se dice también que esos supuestos extranjeros están dando a los estudiantes dinero que a su vez reciben de grupos y de gobiernos capitalistas interesados en derrocar el sistema socialista. Riéndome comento: Sí, el sistema socialista de hacerse ricos primero los familiares de Deng y de Li y también de Zhao para que a fines del siglo veintiuno todos los chinos sean ricos, y luego de una pausa le pregunto: ¿Ya has comido? No. Entonces prepárate algo en la cocina. Gracias, ¿y usted? Te agradezco, pero ya comí. Katrín se pone de pie y le digo: Si quieres te quedas a dormir. Tú sabes que cuando Coco se encuentra con sus amigos africanos y se ponen a tomar tienen para rato. Sí, me dice, lo conozco, agrega resignada. Apagando la luz del velador, le recuerdo: En el ropero están la colchoneta, la frazada y las sábanas de emergencia, y me sonrío. Katrín arrugando graciosamente el puente de su nariz me dice: Que duerma bien. Gracias, le contesto y poco a poco voy hundiéndome en un liviano y celeste sueño.

18 de mayo

Madrugada

Emerjo de tranquilas aguas celestes y tengo el levísimo recuerdo de haberme deslizado como una anguila por interminables acueductos de cristal y abro los ojos y ya es de madrugada. El cielo entra por la ventana y una caravana de carretas con enormes montículos de paja transita por la estrecha calle al lento paso de sonámbulos caballos viejos. Sobre la paja duermen plácidamente jóvenes campesinos tomados de la mano. En la mecedora reposa Coco tapado con el grueso abrigo verde de Katrín. Tomás, echado en un sillón traído desde la sala y cubierto con mi bata púrpura, sueña, seguramente, voluptuosidades místicas de trópico. ¿Y cómo lo contaría a Tomás en mi novela? Lo narraría así: Tomás es un joven de Guinea Ecuatorial que estudia medicina tradicional en un instituto de Beijing con una beca del Gobierno chino. Tiene veintidós años y su negrura es tan negra que reluce en visos azules. Habla español como segunda lengua materna. Pero su español no es el mañoso y sandunguero de los negros y mulatos mandingas del Perú ni tampoco el atolondrado y concupiscente de los afrocaribes que andan comiéndose sílaba tras sílaba. No, su español es tranquilo y salpicado de insólitos arcaísmos y rancias entonaciones que nos permiten imaginar el habla del Siglo de Oro. Tomás es muy inteligente y bueno; y su catolicismo, sincero y militante, sin llegar a los melindres amariconados de los beatos pitucos del Perú ni al desparpajo totémico y putañero de zambo de hermandad religiosa

de escombrosa quinta limeña. En el Perú, por su planta de negro fornido y hermoso rostro, no hubiera pasado de ser portero de hotel de tres estrellas o de discoteca exclusiva o chofer o guardaespaldas de narco, de potentado o de político oficialista. Y en el mejor de los casos: puto apetecible de Venus o de Urano; y en el peor: malandro sin remisión de culpa. Aquí, en Beijing, sin saber de esas estulticias peruvianas, cometió el atrevimiento de enamorarse de la hija de unos expertos peruanos que vivían en el Hotel de la Amistad. Y había que ver el escándalo que armó la madre, una recia chola, y de ninguna manera voy a permitir que mi hija blanca —así veía a su hija de sabrosa canela y ojos de capulí— se vaya a enredar con un africano, primero tendrán que pasar sobre mi cadáver, ¿te imaginas?, con un negro chivillo que como tú ya sabes solo buscan en nosotras lo que todo el mundo sabe, ¿me entiendes?, mi amor, y no pararé hasta verla casada con un joven blanco y de tipo decente así como nosotros, porque, hija, hay que mejorar la raza y además hay que aprovechar este encierro de Beijing con tan pocas muchachas guapas y tantos jóvenes europeos rubios, altos y de ojos azules. Y el pobre Tomás sufre que sufre por esa tierna peruanita más dulce que la miel de chancaca. Luego, para olvidar penas de amor, se enamora de una compañera china de aula. Inaudita temeridad: solo una joven china que no sabe controlar sus impulsos sexuales puede hacer caso a un negro, la acosan sus condiscípulos chinos por lo bajo mientras en ceremonias oficiales proclaman su amistad sin prejuicios raciales a los pueblos africanos. Y en cuestiones de sexo, la comunidad de extranjeros blancos de Beijing (expertos, estudiantes y diplomáticos), ¿qué oficios les pondrían a jóvenes apuestos y negros como Tomás? Los pondrían de trofeos de

cama de señoritas francesas o italianas liberadas y arrechas o los pondrían de machucantes de maduras poetisas locas que de vez en cuando naufragan en Beijing con picazones de vulva elevadas a problemas metafísicos o los pondrían de consoladores furtivos de esposas insatisfechas o los pondrían de discretos acompañantes talámicos de diplomáticos seniles con problemas de conducta. Pero Tomás ha rechazado todos esos oficios porque cree que el sexo y el amor son indisolubles como el alma con dios en eterna comunión. Y en mi departamento, en tardes invernales (eléctricas y secas), en medio de vapores perfumados que se elevan de jofainas con agua en continua ebullición, el joven Tomás en ropa de baño, refrescándose con cerveza helada, recordaba a la novia que había dejado en Bata su pueblo natal y al ritmo de lubas, glorias, mambos, sanctus, tambores y kyries de Mozart y de Vivaldi me contaba de cataratas, selvas tupidas, celajes y playas doradas que hacían renacer mi antigua nostalgia de desconocidas ciudades de sol. Y mientras en los jardines del Hotel caía silenciosa y lenta la nieve haciendo más distantes a los árboles, en la sala, en medio de un microclima tropical, conversábamos plácidamente sobre la simbiosis del catolicismo con mitos africanos y andinos saboreando presas de pollo al cacao con ralladuras de coco y macedonias de frutas con miel virgen de abejas y alados vinos blancos. Afortunadamente, ahora, el joven Tomás ya puede refrescar y aquietar sus lúbricos tormentos con las delicias de amor que le prodiga una aromática malgache que estudia derecho internacional en la Universidad del Pueblo. Así lo contaría al joven Tomás. Coco sigue reposando en la mecedora y por la estrecha calle comienzan a deslizarse en marcha lenta y uniforme los primeros ciclistas matutinos que van o vienen de

turnos de trabajo en fábricas u oficinas estatales y carretillas con verduras, frutas o aves para el mercado libre de Haidian y abrí los ojos y ahí estaba Coco contra el fuerte sol de verano echándome sombra. Me incorporé sobre la silla plegable de lona y me alcanzó una lata de cerveza fría. Gracias, le dije y se sentó frente a mí en un banquito. ¿No te bañas?, le pregunté al verlo vestido con ligero pantalón de seda cruda y polo verde estampado con motivos peruanos de Paracas. Después, me dijo y se quitó las zapatillas de tela negra. Y era una tarde sabatina de ocio y la piscina del Hotel estaba muy alegre y concurrida. ¿Qué te sucede?, le pregunté al descubrir una leve tristeza en su rostro y una escondida cólera en sus ojos negros. Nada, me dijo y de un solo trago secó la cerveza de su lata. Acabo de nadar diez largos, le dije. Coco forzando una sonrisa me dijo: Sigue en pie la apuesta. No me atrevo, le contesté. Se sacó el polo verde y señalando con el índice la plataforma de los diez metros del trampolín me recordó: Ya sabes, si saltas de ahí, un banquete en el restaurante que escojas. Burlón le agregué: y además un viaje de turismo a Hong Kong, porque sabes mu y bien que nunca haré tal locura. Coco examinando minuciosamente la etiqueta de la lata de cerveza me dijo: Katrín. Me corrí hasta el borde de la silla y le pregunté: ¿Katrín? Sí, me contestó y mirándome a los ojos añadió: Con el novicio taoísta, y sus ojos negros brillaron húmedos en esa tarde de verano. ¿Con el joven Yan Yin que conocimos en la discoteca del Dragón de Fuego?, más que preguntarle me asombré. Sí, con él, se paró y me dijo que iba a traer más cerveza. ¡Increíble!, pensé alisándome con los dedos las canas, y ¿cómo?, me interrogaba incrédulo golpeando el piso mojado con el pie. Volvió y me alcanzó una lata. ¿Es solo un chisme

o hay otra cosa más seria?, le pregunté. Se sentó en el banquito y me dijo: Yo mismo me las busqué. Con calma, le rogué bajando la mano extendida, ¿cómo es? Tomó un trago largo de cerveza y luego de limpiarse con la mano la espuma de la boca me dijo: Sucede que hace como dos meses Katrín me dijo que tenía algunos problemas con el curso de Chino Clásico y que necesitaba un profesor particular. Consultamos con Liang y él nos recomendó al novicio Lin, porque nos dijo que en su convento enseñan a fondo esa materia. Así que una tarde nos fuimos al Templo de la Nube Blanca a buscarlo. Lin nos recibió como si fuéramos viejos amigos. Aceptó de inmediato la propuesta y quedó con Katrín en ir los sábados por la tarde a la universidad aprovechando su salida semanal del convento y no quiso cobrar nada, por algo sería, ¿no? ¿Y entonces?, le pregunté secándome el agua que me habían salpicado varios niños que se perseguían por entre las sillas plegables. Coco tratando de contener su cólera siguió contándome: A las dos semanas de clases ya no solo eran los sábados sino también los miércoles, y un domingo que Katrín no quiso salir conmigo la sorprendí volviendo en bicicleta con el taoísta de la Colina Perfumada y fíjate que me salieron con el cuento que habían ido a examinar los caracteres grabados en la estela de piedra del Templo del Buda Durmiente, ¿tú les puedes creer? Y sin darme tiempo para contestarle dijo concluyente: Claro que no, y no solo eso: hay mucho más. ¿Cómo qué ?, le pregunté. Escucha bien, y comenzó a contarme: El día que mi Instituto organizó una visita a las Tumbas Ming, le dije a propósito a Katrín que iría al paseo, pero no fui. En la tarde le caí de sorpresa y adivina con quién la encuentro. Con quién iba a ser: con el taoísta. Y otra vez me salen con el barajo del estudio. ¿Y qué

estaban haciendo?, le pregunté. Coco aplastando con la mano la lata de cerveza vacía me dijo: Como siempre, estudiando. Entonces, no hay nada, le dije, creo que solo son celos infundados. Coco abriendo otra lata contestó: Es que tú no sabes todo. Mira, Katrín día y noche solo habla del taoísta y que Lin es tan inteligente y que Lin sabe mucho y que Lin esto y lo otro y ya me tiene harto, tomó un trago de cerveza y con la voz quebrada de dolor y de resentimiento se preguntó: Y yo, ¿qué?, y nuevamente sus ojos negros brillaron húmedos en esa tarde de verano. En silencio, nos quedamos contemplando la piscina: europeas y yanquis exuberantes en bikini y muchachas chinas con senos de botón de rosa en trajes negros de baño de una sola pieza. Y en las plataformas del trampolín una escandalera de gritos y empujones de jóvenes chinos de piel blanquísima, delicada y sin vellos. Entonces Coco sin sacar los ojos de una sonrosada alemana de piernas y ancas de potranca me dijo: Pero si tú mismo y Liang me han contado historias de monjes taoístas que salen a los caminos con grandes bolsas a raptar muchachas vírgenes y además están todas esas medicinas que fabrican desde hace siglos para tenerlo a uno siempre bien armado y ese dibujo del libro de pornografía china que compraste en Hong Kong donde se ve a un monje taoísta calato tan viejo y arrugado como esas raíces secas de los árboles de cuchucientos años de Shaoli ensartando a una chinita de quince en la puerta misma de un templo y ¿te lo imaginas al taoísta Lin solito con Katrín sin hacerle nada? No, ¿verdad? Además recuerda que Lin ya probó carne extranjera esa noche de la discoteca cuando Ana María se lo cargó al Hotel y tú sabes que gallina que come huevo aunque le quemen el pico. ¿Ves? Y ahora, ¿qué me dices? Me puse de pie y sonriendo le

dije: Mejor vamos a nadar. Coco parándose ágil del banquito me increpó: Ya te conozco: cuando vas perdiendo, cambias de tema. Se quitó el pantalón y quedó en trusa. ¿Y qué piensas hacer?, le pregunté. Caminando sobre el piso caliente de lajas en dirección a la alberca, me contestó: La he invitado a comer esta noche y ahí le hablaré francamente, ¿qué te parece? Lo empujé a la piscina y cuando sacó la cabeza del agua le grité: Está bien, pero ten cuidado con lo que le digas: Katrín te quiere. Coco chapoteando duro y seguido comenzó a salpicarme agua, y de esto, ya para un año. Katrín asoma sonámbula su bello rostro por la puerta del dormitorio y de puntitas se va al baño, y el joven Liang sentado en la banca de remeros señaló con el índice el norte y me dijo: Esa es la Colina de la Longevidad, se dice que la construyeron con la tierra que sacaron para cavar este lago de casi trescientas hectáreas hace como doscientos años siguiendo el famoso diseño de metáfora que consiste en imitar la naturaleza utilizando la misma naturaleza. Y nuestro pequeño bote de madera con roda de cabeza de dragón se mecía tranquilo sobre las olas del lago Kinming. Esa tarde de domingo había poca gente en el Palacio de Verano y el calor era tan intenso que daban ganas de tirarse de cabeza en las tibias aguas y nadar hasta el Barco de Mármol que parecía flotar en el atracadero. Tanto Liang como yo llevábamos pantalón, de baño y delgadísimo polo de fibra con seda y por supuesto gran sombrero blanco de paja y burdas alpargatas de campesino. Bien acomodado en el asiento del timonel me serví generosamente whisky en un pesado vaso de cristal, le puse unos daditos de hielo que saqué de un termo y dije: Salud. Liang levantó su vaso de cerveza tibia y contestó: *Gan-bei*. Liang se negaba a tomar whisky por dos razones: a) porque ese licor

era demasiado fuerte y convertía su rostro en un tomate, y b) porque parecía medicina y había que beberlo con hielo y como buen chino no le agradaban las bebidas frías: té o agua hirviendo, no solo en invierno, sino también en sofocantes veranos para encontrar el equilibrio entre el cuerpo y el ambiente, decía. En fin, nunca he podido comprender ni mucho menos acostumbrarme a esa cultura china de bebidas calientes. Liang se puso de pie y me dijo señalando el embarcadero: Ahí, mira, Coco. Efectivamente, en el pequeño muelle de madera, estaba Coco gritando y llamando nuestra atención con un sombrero de paja que agitaba en el aire. Liang se sentó y de inmediato remó rápido hacia la orilla. En cuanto tocamos la planchada, Coco saltó al bote, se sentó al lado de Liang y cantando a todo pulmón se va se va la barca comenzó a remar pegando a propósito fuerte la pala del remo en el agua de tal manera que en menos de un minuto los tres estábamos empapaditos. Nos detuvimos frente al Puente de los Diecisiete Ojos y Liang le preguntó a Coco: ¿Cómo diste con nosotros? Coco dejó el remo, me pidió el vaso de whisky, lo secó de un solo trago y contestó: Fui al Hotel y el *fuwuyuan* me dijo que estaban aquí. ¿Y arreglaste con Katrín?, le pregunté. Y Coco moviendo la cabeza en dirección de Liang: ¿Le has comentado algo? No, le dije. Coco luego de sacarse su polo verde con estampados de Paracas contó: Ya tú sabes, dijo mirándolo a Liang, que el taoísta la estaba ayudando a Katrín con su chino clásico. Liang bajó la cabeza y Coco prosiguió: Como los dos pasaban tanto tiempo juntos comencé a tener mis dudas y así que anoche la llevé a Katrín a ese restaurante de Xinjiang que queda por el antiguo mercado de Haidian y mientras comíamos esos como anticuchos de cordero con bastante comino le

dije francamente lo que yo pensaba de ella y de su taoísta. Y quién te dice que Katrín se pone a llorar y a decirme que si estoy loco y que ella ya se había dado cuenta de mis celos pero que no había dicho nada porque le parecían niñerías y que por qué pongo en duda su cariño y cosas así por el estilo. Me dio mucha pena el verla llorar; pero, ¡qué se le hace!: en estos casos hay que ser muy fuerte, luego amistas y la hembra te domina. Liang al escuchar esto lo miró de frente y tomó un sorbo de cerveza. El calor se hacía más intenso y me refresqué pasándome unos cubitos de hielo por la cara y el pecho. Coco volvió a quitarme el vaso y continuó con su cuento: Pedaleando al lado de su bicicleta y sin hablar la acompañé hasta su universidad. En la puerta del internado, estuvimos parados como media hora frente a frente mirando el suelo y en silencio. Y cuando ya las lágrimas se me saltaban de los ojos y quería abrazarla, Katrín me invitó a subir a su dormitorio a tomar un café. Al principio, me hice el rogado, y por último, acepté, pero le dije que tomaba el café y luego me volvía al Instituto porque mañana, es decir, hoy, tenía que jugar un partido de fulbito con mis amigos africanos. Como quieras, me dijo Katrín y con su pañuelo se secó las mejillas. Subimos al primer piso y avanzamos por el corredor. Estaba oscuro y desierto. ¿Qué pasa?, no hay nadie, le dije. Todas mis compañeras se han ido a las playas de Beidahe en un ómnibus de la universidad y yo no he ido porque tengo que terminar un trabajo de traducción para Hong Kong, me informó y sacó un llavero de su cartera. Abre la chapa y un candado, empuja la puerta, prende la luz y lanza un grito. Todas sus cosas están revueltas en el piso. Ha desaparecido su pequeño equipo de sonido y su cámara fotográfica semiprofesional. Temblando de miedo abre el ropero y como una loca va tirando al

suelo trajes y ropa interior y del fondo saca una caja de cartón. Nerviosa la rompe y grita: ¡No! ¡Mi plata!, se echa sobre la cama y cubriéndose la cabeza con la almohada llora desesperanzadamente. Retiro ropas y libros de la cama y me siento cerca de ella, le quito la almohada y acariciándole el cabello le digo: Cálmate, por favor, podemos dar con el ladrón y recuperar todo, le aprieto suave las manos y la sereno. ¿Quieres té o café?, le ofrezco. Entre suspiros y sollozos me dice: Gracias, un café. Mientras le preparo la bebida, se lamenta. Todo el dinero que ahorré con mi trabajo de traducciones y ya no podré ir en esta Navidad a ver a mis padres. Pensaba tomar el Transiberiano hasta París. ¿Y cuánto era?, le pregunto alcanzándole el café bien cargado y humeante. Se sienta en el borde de la cama y me contesta: Más de mil dólares, y vuelve a llorar. ¿Sospechas de alguien? Mirándome de frente me dice resuelta: Sí, de Lin. ¿Del taoísta? Sí, es el único que ha podido robarme. Entonces tuve ganas de descargar todo mi resentimiento diciéndole: ¿Dónde está tu Lin tan bueno? ¿Dónde está que Lin es esto y que es lo otro? Yo te lo advertí. Ves en lo que paró. Pero solamente le pregunté: ¿Y por qué sospechas de él? Y Katrín me contó: Cuando salí a comer contigo lo dejé aquí revisando un trabajo que había hecho sobre cinco caracteres de la dinastía Jin del oeste y le dije que cuando se fuera echara candado a la puerta. Además, él me había visto guardar plata en esta caja. Prendí un cigarro a falta de pipa y al puro estilo de Sherlock Holmes me puse a pasear por la habitación esquivando las cosas regadas por el piso. Espérame, ya vuelvo, y salí. Bajé a la portería y a lo disimulado interrogué a la lindao del control. La cuarentona me dijo que el único que había entrado al internado en la tarde y había salido en la noche antes que llegáramos era ese

zhongguo ren que estudia con Katrín. Volví a la habitación y Katrín ya más calmada y colgando sus trajes en el ropero me preguntó: ¿Qué hacemos? Me serví una taza de café y nuevamente hecho un detective prendí un cigarro, aspiré hondo y me puse a cranear como buen campeón de matemáticas del Perú, de secundaria, claro está. Tenemos dos opciones, le contesté, denunciarlo o no. Si lo denunciamos, hay dos posibilidades: no lo cogen, y no pasa nada; lo atrapan, y si es el ladrón se recupera algo y al angelito me lo encierran veinte años en una granja de trabajos forzados en el último rincón de la Mongolia por haber robado a una extranjera y además en el internado de la Universidad de Beijing. Y si quieren escarmentar hasta pueden darle la pena de muerte. Y si no es el ladrón, también se friega: lo pueden expulsar del convento por estar enredado en un caso grave de robo y además saldrían a luz sus continuas visitas a una hermosa joven francesa. ¡Pobre Lin!, en el lío que se ha metido, se lamentó Katrín. Pero cabe la otra opción, dije: no denunciarlo y tratar de arreglar todo esto sin el temible Buró de Seguridad. ¿Cómo?, preguntó Katrín. Tomé el café y le dije: Mañana, temprano, iremos a buscarlo al convento y si no lo encontramos averiguaremos la dirección de su hermano, el comerciante de Xidan, y con él arreglaremos. Sirviéndome otra taza de café, agregué: Pero algo no está claro. ¿Qué?, me preguntó Katrín. ¿Recuerdas qué le dijiste al dejarlo solo aquí? Sí, le dije que tú me habías invitado a comer y que yo estaba muy apenada porque tú me estabas celando con él y seguramente ibas a romper conmigo esta noche. ¿Y él qué te dijo? Nada. ¿Y le dijiste a qué hora más o menos íbamos a volver? Sí, como a las ocho de la noche. ¿Es la primera vez que lo dejas solo en la habitación? No, muchas veces se ha quedado solo revisando

mis trabajos. Boté una densa bocanada de humo y dije: Hay algo que no puedo explicarme, si es tan inteligente, como todos dicen, ¿por qué escogió precisamente esta noche para robar cuando todas las evidencias lo acusan y además poniendo en peligro hasta su propia vida? Katrín me dijo: No sé, no me lo explico. Siguiendo con el hilo de mi pensamiento dije: A lo mejor mañana descubramos este misterio. Miré mi reloj y añadí: Ya es muy tarde, y al verla tan llorosa y asustada le propuse. ¿Quieres que me quede?, y sin esperar su respuesta la besé y suavecísimo la tendí sobre los almohadones de la alfombra. Entonces, Liang que, durante el relato de Coco había permanecido con la cabeza baja como si estuviera controlando el nivel del agua del fondo del bote, nos miró y comenzó a hablar en un chino antiguo de voluptuosas cadencias de sedas derramadas sobre espejos. Al término del recitado, le pedí que lo tradujera. Es difícil, dijo, pero lo intentaré. Es así: Y esta noche la pasión crece y armoniza el uno con el otro. Él oprime con fuerza el hombro oloroso, mejilla contra mejilla. Su mano sobre el pecho suave acaricia los lindos senos turgentes: ¡Oh maravilla! El pantalón se ha deslizado y se ha quitado las bordadas chinelas. Su cuerpo de jade está en el regazo del muchacho. La boca perfumada se abre al dardo de su lengua. El fénix macho cubre a la hembra. Nubes rompiendo en lluvia. Fin. Coco dijo: ¡Así fue! Y sobre todo: nubes rompiendo en lluvia. Y yo exclamé: ¡Qué hermoso!, ¿de dónde lo has sacado? Es una de las mejores descripciones del amor de la literatura clásica china que aparece en la novela *Jou Pu Tuan*[23], me contestó Liang y luego de tomar un trago de cerveza añadió: y como es tan bella y perfecta y ya no vale la pena escribir otra, los novelistas chinos cuando quieren describir una escena de amor la

copian exactamente. Coco dijo: Pero eso es plagio. Y Liang: No, préstamo. Y yo: Creo que lo aplicaré, pero ampliado a otros temas, en el relato que estoy escribiendo sobre mi encuentro con Aladino en Turfán. ¿Con el Aladino de la lámpara maravillosa?, preguntó sorprendido Coco. Sí, con el mismo y en cuerpo y alma, le contesté. Liang sonriendo rojo como un niño: Cuéntanos. Ya, pero después, le prometí y dirigiéndome a Coco le pregunté: ¿Y qué pasó ahora en la mañana? Coco, luego de secar su vaso y refrescarse el pecho con los cubitos de hielo, continuó con su historia: Temprano nos fuimos en bicicleta al Templo de la Nube Blanca. Sentados en una batiente tuvimos que esperar media hora hasta que abrieran la puerta. En la oficina de control, preguntamos por Lin. El encargado, después de pedirnos nuestros nombres, nos entregó una nota. Desdoblé el papel y asombrados leímos: Para Coco y Katrín: los espero ahora mismo en el callejón de las Cuatro Encrucijadas de Xuanwu. ¿Sabes por dónde queda?, me preguntó ansiosa Katrín. Sí, por el restaurante de Sichuan, le indiqué. Sin decir nada montamos en las bicicletas, dejamos los callejones y rápido pedaleamos por la avenida Guan'men hasta la catedral de Beijing. Ahí doblamos a la izquierda y avanzamos por Xuanwy. En la entrada del callejón donde está ese McDonald's chino, nos detuvo un niño con la cabeza rapada. Luego de saludarnos con mucha cortesía, nos preguntó si éramos Coco y Katrín. Sí, le contestamos. Entonces, nos pidió que bajáramos de la bicicleta. Tomó la mano de Katrín y nos condujo por el entrevero de callejones hasta una antigua casa de muros negros. Dijo que él cuidaría las bicicletas, empujó una puerta roja y nos hizo pasar a un corto zaguán oscuro que daba a un patio lleno de sol. Al fondo, entre macetas y jaulas con canarios azules y frente a la puerta de

una mampara de madera con pequeñas ventanas que iba de pared a pared, estaba Lin con la cabellera anudada en la nuca y en bata blanca de seda. Con elegante movimiento de abanico de sándalo, nos invitó a pasar. Cruzamos el patio y Katrín conteniendo su cólera le dijo que si se había vuelto loco para haber hecho tal barbaridad, sacó su pañuelito y se secó las lágrimas. Lin, sin decir nada, solo nos miraba de reojo con la expresión del que ya sabe lo que va a suceder. Con leve aleteo de abanico, nos indicó que entráramos en la sala de la mampara. Y entramos: era un comedor con grandes ventanales de vidrios azules que daban a una huerta con árboles y jaulas de bambú. En el centro, había una mesa redonda con tres sillas. La mesa estaba repleta de platos y fuentes con *jiaozi*, pasteles, bocaditos, frutas y caramelos. También había tazas de té y copas y botellas de vidrio de vino y de porcelana de licor chino. Lin, como un mago, abrió el abanico en el aire, lo agitó y luego con golpe seco de dedos lo cerró. El comedor estaba perfumado con sándalo y se oía una suave música china. Nos hizo una venia y con amplio movimiento de brazos nos invitó a sentarnos a la mesa. Cuando me disponía a retirar la silla, Katrín me contuvo agarrándome del codo. No, dijo, antes tiene que darnos una explicación. Mirando directamente a Lin lo aclaró: No trates de disimular, ¿por qué has sacado las cosas de mi habitación y sobre todo mi plata? Tú muy bien sabías que ese dinero lo necesitaba para visitar a mis padres que hace dos años no los veo, y soltó el llanto. Lin, sin contestarle nada, siguió mirándola con esa expresión del que ha visto dos veces la misma película y se sabe de memoria lo que van a decir los personajes. Puso el abanico sobre la mesa y lentamente caminó hacia el sillón de la esquina derecha del

comedor. Levantó un pañolón de seda con estampado de ave fénix y dragón y quedaron al descubierto el equipo de sonido, la cámara fotográfica y los dólares acomodados artísticamente como un ramo de flores. Katrín comiéndose las lágrimas guardó sus cosas en la mochila que el propio Lin le había alcanzado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?, le increpó. Hemos podido denunciarte al Buró de Seguridad. Esas bromas no se hacen: me has hecho llorar y hasta te hubieran condenado a muerte, y jalándome de la mano me dijo: Vamos. Salimos del comedor y cuando ya estábamos en el zaguán volteé la cara: por entre las macetas y las jaulas con canarios azules, vi a Lin parado frente a la puerta de la mampara de madera negra con los brazos cruzados y las manos metidas en las mangas de su bata de seda blanca. Por su rostro corrían algunas lágrimas y abracé fuerte a Katrín. Abro los ojos y Coco sigue durmiendo sobre la mecedora al lado de mi cama cubierto con el abrigo verde de Katrín y recuerdo las enseñanzas del Tao: Hay que influir en lo que no existe todavía. Hay que ordenar antes de que empiece el desorden. Me sonrío y vuelvo a navegar en el sueño.

Mediodía

Las cortinas de la ventana del dormitorio están corridas y el reloj del velador marca las doce y veinte. Me levanto de la cama, me pongo bata y chinelas, abro la puerta que da a la sala y me reciben con vivas. La luz intensa del jardín entra por la ventana y me hiere los ojos. Luego de un breve pestañeo, distingo a Esther, Katrín y Marie la malgache con tazas de café en la mano y a Coco y Tomás con vasos de cerveza. Qué bien que descanses así, me dice Esther y

Coco me informa: Temprano fui al mercado libre de Haidian y Katrín y la Malgache han preparado el almuerzo. ¿Y qué han cocinado?, pregunto y Katrín responde: Sopa de cebolla Montparnasse y pollo provenzal y de postre macedonia de frutas al estilo Tananarive. ¡Bravo!, exclamo y pregunto: ¿Y la *ayi*? Le dimos el día libre y corriendo se ha ido a Tian'anmen, me informa Esther.

Cuando ya estamos por terminar la macedonia de frutas al estilo de Tananarive, entra alborotada la señora lindao seguida de como diez jóvenes fuwuyuanes, hombres y mujeres. Todos gritan, se empujan y se señalan la punta de la nariz con el índice y el cordial pegados. *Shenme?*, *shenme?*, pregunto y un tumulto de voces me aturde. Coco contagiado por la barbulla se para y me dice: noticia importante, y prende el televisor. Jalamos sillas y sillones frente al televisor y los fuwuyuanes juguetones se sientan a la turca sobre la alfombra. Se transmite una Ópera de Beijing y los fuwuyuanes gritan disgustados. Cuando ya están parándose para irse burlados por una falsa información, se corta la ópera y aparece la panorámica de un gran salón. A la derecha, se ve a Li Peng con el alcalde de Beijing Xitong y otros altos dirigentes. Están sentados en amplios sillones y visten sencillas casacas azules tipo Mao, bolsudos pantalones y zapatos de tela. Frente a ellos, al otro lado de una alfombra, sentados también en sillones hay varios jóvenes, muy jóvenes. La cámara los enfoca en primer plano. Se distinguen dos muchachas. Están demacrados y lucen vinchas blancas con caracteres negros. Algunos llevan piyamas a rayas y sostienen sobre sus rodillas grandes bolsas de oxígeno que a cada rato aspiran. Coco, sentado a mi lado, me dice: Es una transmisión en vivo y en directo desde el Gran Palacio del Pueblo. Y yo digo: ¡Qué tal humillación para Deng!:

tener que mandarlo a Li a dialogar con los huelguistas de hambre y en el Gran Palacio del Pueblo y encima transmitir en directo para todo el país, tomo un sorbo de té y añado: pero aún tengo mis dudas, a Deng no se le vence tan fácilmente. La cámara enfoca a Li Peng y yo le digo a Coco: Habla muy rápido, solo una que otra palabra alcanzo a comprender. Sí, me dice, pero trataré de traducirte lo más importante. Está saludando a los estudiantes y les dice que ahora solo desea hablar con ellos sobre cómo lograr que los estudiantes en huelga de hambre salgan de su apuro. Les dice que el Partido y el Gobierno están profundamente preocupados por este asunto y su salud y que primero hay que resolver el problema de la huelga de hambre y que los otros problemas podrán discutirse más tarde. Les dice que son muy joven apenas llegan a los veintidós o veintitrés años y que el menor de sus hijos es mayor que ellos y les asegura que ninguno con sus tres hijos está metido en actividades ilegales y que los estudiantes son como sus propios hijos. Los fuwuyuanes manotean el aire y se burlan de Li Peng y Coco le grita: ¡Hipócrita! Ahora, la cámara enfoca a un joven casi desfalleciente y los fuwuyuanes aplauden, levantan el puño con el pulgar señalando el techo y aúllan: *Hao hao hao*. Coco me dice: Ese es el famoso Wuer Kaixi de la Universidad Pedagógica de Beijing. ¡Ah!, ese es el uygur, le digo, ya Tin Tin me habló de él, dice que es un buen dirigente y que apenas llega a los veintiún. En la pantalla aparece en piyama y con una bolsa de oxígeno sobre las rodillas. Su delicado estado de salud ha debilitado su vehemencia y lo obliga a hablar en forma entrecortada. Coco me dice: Aquí la traducción ya se fregó. Habla con el dejo de los xinjiangneses y no entiendo muy bien su pronunciación, pero haré todo lo posible por traducirte. Está

diciendo: Premier Li, si seguimos así, no tendremos tiempo. Debemos entrar de inmediato al diálogo. Usted acaba de decir que solo vamos a discutir un asunto, pero en realidad usted no nos ha invitado a venir aquí: son las masas que están en Tian'anmen las que le han pedido a usted que vaya a la plaza a hablar con nosotros. Por esto, el número de asuntos que debemos discutir nos corresponde a nosotros fijarlo y no a usted. Los fuwuyuanes aplauden y gritan. La cámara enfoca a Li Peng. La expresión de su rostro permanece impasible; pero la mano derecha fuertemente empuñada presiona el brazo del sillón mientras el alcalde de Beijing no puede ocultar su asombro y desagrado. Y le digo a Coco: Es la primera vez que veo en China a un joven dirigirse con tanta irreverencia a un altísimo cuadro. Coco sigue traduciéndome: Wuer Kaixi le está diciendo que siente no haberlo llamado Laoshi Li en vista de su avanzada edad. Pero que la cuestión ahora no es convencerlos para que se marchen de la plaza. Ellos pueden ir a la plaza y pedirles a los estudiantes que la abandonen; pero, ahora, allí, no existen reglas como la de acatar la mayoría. Allí, el 99.99 por ciento de la gente debe respetar la voluntad de 0.01 por ciento. Si un solo huelguista de hambre no quiere irse, los otros miles tampoco lo harán. Y los fuwuyuanes gritan: *Hen-hao hen-hao hen-hao hen-hao*. Está bravo como buen uygur, le digo a Coco. Sí, me contesta, ahorita le saca su puñal de Xinjiang, y sigue traduciéndome: dice que en relación a los dos puntos propuestos por los estudiantes: la retractación del editorial del *Renmin Ribao* del 26 de abril y el diálogo se pueden encontrar diversos caminos: Primero, sería conveniente que el camarada Zhao Ziyang o el camarada Li Peng vayan a la plaza a hablar directamente con los estudiantes, y

Segundo, *Renmin Ribao* debe publicar un editorial para negar el del 26 de abril, para disculparse ante el pueblo de todo el país y para reconocer el gran significado patriótico del actual movimiento estudiantil. Si se cumplen estos dos pedidos, entonces se podría hacer todo lo posible para persuadir a los estudiantes a pasar de la huelga de hambre a la huelga de sentados y en tales circunstancias se podría continuar con los esfuerzos para encontrar una solución. Pero si estas demandas no se satisfacen será muy difícil predecir el desarrollo de los acontecimientos. Así se habla, ¡carajo!, grita Coco y continúa traduciendo: dice que el diálogo debe ser abierto, en igualdad de condiciones, directo y sincero con los representantes de las masas de estudiantes. Hace una pausa y la cámara lo enfoca en primer plano: está pálido y ojeroso y respira con dificultad. Con la toalla que lleva en el cuello a manera de chalina, se enjuga el sudor del rostro y luego aspira largo y profundo el oxígeno de la bolsa que sostiene sobre sus rodillas. Moviendo la mano indica que va a seguir hablando. Coco me traduce: Dice que para los estudiantes abiertos significa transmisión vivo por televisión y con la presencia de periodistas chinos y extranjeros. Dice que directo y en término de igualdad significa que el diálogo debe levarse a cabo entre líderes que tengan poder de decisión y los genuinos representantes de los estudiantes directamente elegidos por los propios estudiantes. Además, dice que durante el diálogo no se pueden permitir respuestas como «no puedo responder a esa pregunta» o «esta es mi opinión personal». La cámara enfoca a otro estudiante huelguista y Katrín señalándolo con la mano grita: Wang Dan de mi universidad. También es muy joven y está demacrado. Coco me dice: Está apoyando la propuesta de Wuer Kaixi. Después habla Xiong Yan

otro dirigente de la Universidad de Beijing y Coco me traduce: Dice que el fondo del problema está en que el pueblo quiere ver realmente si el gobierno actual es su propio gobierno o no. Enseguida aparecen en la pantalla varios dirigentes estudiantiles que amplían o refuerzan las demandas de Wuer Kaixi. En sus rostros juveniles pueden verse los estragos de seis días de huelga de hambre. Durante sus intervenciones, la cámara ha estado enfocando brevemente a Li Peng y ha sido imposible advertir un solo gesto en su máscara neutra de mirada indiferente. Si no fuera por su mano derecha que se abre o se cierra o presiona compulsivamente el brazo del sillón podría pensarse en una escultura de piedra de santón de templo budista. Se reanima y como emergiendo de un profundo sueño comienza a hablar y Coco me va traduciendo. Dice: todos ustedes quieren hablar de cuestiones substanciales, pero yo quiero referirme a una sola: sugiero que la Cruz Roja traslade de inmediato a todos los huelguistas de hambre a los hospitales para prestarles los cuidados necesarios y darles la absoluta seguridad a sus vidas. Por otra parte, quiero aclarar lo siguiente: ni el Gobierno ni el Comité Central del Partido han dicho jamás que los estudiantes están causando disturbios. Los fuwuyuanes gritan señalando con el dedo la pantalla y Coco sigue traduciendo. Dice: nosotros hemos afirmado el entusiasmo patriótico de los estudiantes. Y los fuwuyuanes en coro: *Pian pian*. Coco, luego de tomar un trago de cerveza, me traduce. Ahora dice: Los problemas que ustedes han planteado son justamente los problemas que el Gobierno trata de resolver. Y esto es lo positivo del movimiento estudiantil. Pero el desarrollo de la actual situación ya no depende de sus buenas intenciones y de su entusiasmo patriótico. El desorden ya ha

comenzado a aparecer en Beijing y se va extendiendo por todo el país. Por ejemplo, ayer en Wuhan bloquearon por tres horas la vía férrea Jing-Guang y mucha gente que no tiene ocupación conocida en sus ciudades está llegando a Beijing en nombre de los estudiantes. Y Beijing en estos días está básicamente en anarquía. Yo quiero que los estudiantes piensen en esto. ¿Qué puede llegar a suceder si las cosas siguen como hasta ahora? Por último, quiero pedirles que no malinterpreten el apoyo que están recibiendo de algunos funcionarios, trabajadores e incluso personal de algunos departamentos del Consejo de Estado. Si esta gente que ha salido a las calles los persuade a comer y a beber y se preocupan por su salud y los aconseja a dejar la plaza para luego discutir con el Gobierno los problemas planteados estarán procediendo correctamente; pero si los incitan a seguir con la huelga de hambre estarán actuando incorrectamente y yo los repruebo. Deseo también referirme a los dos puntos propuestos por ustedes. Como primer ministro y miembro del Partido yo no intento disimular mis puntos de vista, pero no estoy dispuesto a hablar de esto ahora. Yo solo espero que finalicen su huelga de hambre y en nombre del Partido y del Gobierno les expreso un cordial saludo a los huelguistas de hambre. ¡Qué tal concha!, grita Coco y luego le pide disculpas a Esther por la grosería. La cámara vuelve a enfocar en primer plano a Wuer Kaixi y Coco me traduce. Dice: quiero repetir una vez más lo que he dicho. Hay que parar las peleas y dar una rápida respuesta a nuestras demandas, porque de lo contrario los estudiantes seguiremos con nuestra huelga de hambre y diremos que el Gobierno no es sincero y por lo tanto es inútil que los representantes de los estudiantes sigamos sentados aquí por más tiempo, y se pone de pie. *Hen-hao*

hen-hao, aúllan los fuwuyuanes y aplauden. En la pantalla aparece Wang Dan y Coco me traduce. Dice: si el primer ministro Li piensa que la protesta estudiantil puede desembocar en una agitación social, yo digo en nombre de todos los estudiantes que el Gobierno deberá cargar sobre sus hombros toda la culpa. Hay una panorámica del salón: los estudiantes salen y Li Peng y los otros dirigentes permanecen sentados. Wuer Kaixi se acerca a la cámara y habla y Coco me traduce. Dice: esto no ha sido un diálogo, sino simplemente un encuentro.

Atardecer

Estoy parado en la esquina del Hotel. Un suave viento alborota mis largas canas que contrastan con mi pantalón y blusón negros de *qigong*. Comienzo a sentir los efectos de la panacea taoísta que tomé antes de salir del departamento. Un dulce calor hormiguea en todo mi cuerpo y tengo deseos de comunicarme con la gente que se agolpa en la acera, pero prefiero saborear en soledad este tibio y nublado atardecer de inicios de verano y grabar para siempre en la memoria la hermosa imagen de los estudiantes con vinchas y banderas que desfilan alegres y bulliciosos por la avenida del Puente Blanco en contraluz del crepúsculo broncíneo recortado por los añosos troncos y las tupidas copas de los árboles de las aceras. Por la pista de la derecha, pasan en interminables columnas estudiantes recién bañados y frescos rumbo a Tian'anmen a reemplazar a los contingentes de jóvenes fatigados y sudorosos que vuelven a sus universidades a descansar por la vía de la izquierda. Y ahí, en medio de la calle, está Toño. Su flacura y talla mediocre hacen resaltar aún

más el alicate de sus piernas. En la cara perruna zangolotean incansables sus ojos de gato. Con una moderna cámara de video al hombro, se desliza ágil por entre los estudiantes. Desde que llegó a Beijing hace más de un año, no ha dejado un solo día de acosar con su metete presencia la vida de los latinoamericanos que residimos en China. Bordea los treinta años y le agrada calzar botas y vestir pantalón y casaca beige o verde de disciplinado color castrense. Su habla es una mixtura oprobiosa de palabras, entonaciones y requiebros yanquis, caribeños, andinos y mexicanos propia de los latinos radicados en Miami. Ha venido a Beijing con una beca de intercambio a estudiar acupuntura y dice que en su país es paramédico. Luego de las primeras clases, a diferencia de sus compañeros extranjeros que estaban interesados en aprender técnicas de anestesia acupuntural, él exigió a sus profesores que le enseñaran los puntos precisos para provocar dolor sin dejar huella. Y Toño, por sus estomagantes preguntas políticas, por su cámara fotográfica o de video lista para sorprender indisciplinas de licor o de sexo hasta en las más encubiertas cachuleras o hasta en plena promiscuación entre talámicas palomas y por sus reojos, quites y garambainas, se ha ido construyendo palma de espía. A estos inmereceres habría que arrimarles los envíos atosigantes a su país de cartas en clave y de panzudos sobres de manila con fotografías, casetes y videos: fruto de su trabajo secreto a cielo abierto. Pero Toño, soplón sembrado en Beijing por algún servicio de burda inteligencia, en lugar de ser tan leve e invisible como la sombra del viento, es tan estruendoso y notorio que hasta el Buda Durmiente de la Colina Perfumada ya lo tiene entre ceja y ceja. Por último, Toño, a pesar de sus trazas de fifiriche, es atrevido e insolente hasta la

desmesurada. Y ahí sigue, en medio de la avenida, con la cámara al hombro registrando los rostros de los jóvenes que dirigen las columnas de estudiantes que marchan o vuelven de Tian'anmen. Y era una noche de verano y yo estaba con varios amigos en la terraza del Hotel tratando de aliviar con cerveza helada el denso sofoco nocturno cuando llegó Toño con terno crema de seda cruda. Sin saludarnos, borracho y violento, se sentó a nuestra mesa y dijo que venía de la recepción de una embajada y que una australiana lo había arrechado y que era una vergüenza para China no tener burdeles como cualquier país civilizado del mundo. Y yo sonriendo le agregué: occidental y cristiano. Esa noche, la terraza, en la amplia azotea del edificio central del Hotel entre aleros de tejas esmaltadas, semejaba un barco con mascarón de cabeza de dragón navegando ebrio en el cielo celeste de Beijing. En su cubierta se apiñaban más de cincuenta mesas redondas arracimadas de turistas, expertos estudiantes de todo pelaje y con esas locuras demoniacas que solo suelen dar a los extranjeros que se emborrachan en China. Dejamos de lado a Toño y continuamos con nuestra conversa acalorada sobre semejanzas y diferencias entre la Ópera de Beijing y la occidental. De pronto, Toño se paró de un salto, bizqueó feroz y señalando con el dedo la mesa vecina gritó en incontenible rabieta. Miren y no se hagan los cojudos, miren a esa puta francesa degenerando la raza: ¡Puta traidora! Coco inútilmente trató de calmarlo con palabras. A la fuerza, tuvo que arrastrarlo a su silla. En la mesa vecina se hacinaban en tragos y abrazos como quince estudiantes africanos. Algunos vestían túnica blanca o de colores y otros llevaban trajes de comando tan de moda entre los jóvenes negros. Hablaban en una escandalosa mezcla de francés, chino y kiswahili que parecía que

unos a otros se estuvieran declarando la guerra a punta de cañonazos. Y en medio de tales azabaches rutilaba una estudiante francesa, rubia y dorada, con pantalones cortísimos verde olivo y de amplio vuelo que dejaban al aire sus piernas hasta casi el nido de las mieles y con blusa de gasa negra que se adhería translúcida a erectos senos blancos saturnales. Gatita, se acunaba entre los brazos de un joven zaire de esbelto y recio torso cubierto con ajustada camiseta de seda negra tan fina como su piel y de uránico rostro varonil. Es posible que la grita de Toño se haya diluido en el barullo de la terraza; porque, de lo contrario, ya hubiéramos recibido el ataque de los africanos tan quimismiquis en pertinencias raciales. Sin embargo, parece que la francesita sí intuyó, desde el primer alarido de Toño, que ella era el blanco de su berrinche. Y en lugar de ir con jeremiadas mujeriles a sus condiscípulos africanos, optó por provocar, arañar y revolver hasta la herida el orgullo machista de Toño. Muñeca *biscuit*, se sentó en las rodillas del zaire y lo olió profundo. Embriagada de aromas a pantano y a humos de pimienta tostada, cerró los ojos y comenzó a mordisquear, voraz, la túrgida carne morada de los labios de su amante. Y este, en beatífico silencio, devolvió tal arrechura exprimiendo suave, pero perverso, con fálicos dedos los albos senos que palpitaban ubérrimos. Luego sus manos bajaron a los muslos y prietas y sabias se deslizaron por los terciopelos dorados de la piel buscando hambrientas las dulzuras nocturnales de albaricoque partido. Entonces, Toño, lanzando un berrido de muerte, dio un salto de kung-fu y trastabillando caminó hacia la mesa vecina gritando en español: ¡Puta! ¡Puta traidora a la raza! Y antes de que el zaire se le pusiera al frente, alcanzó a darle una bofetada a la muñeca de *biscuit*. Al instante, los fuwuyuanes,

temerosos de que se extendieran al Hotel los desarreglos raciales que estaban incendiando algunas universidades de Beijing y de Shanghái, vinieron corriendo por entre las mesas desde la proa y popa de la terraza dispuestos a sofocar con limpias llaves de kung-fu cualquier amago de camorra, y la concurrencia extranjera, borracha y burbujeante, se puso de pie y con los vasos en la mano y estirando el cuello trataban de averiguar en todos los idiomas del mundo la dimensión y la índole de la bronca africana. Y cuando Coco se levantó, gallito, a defender a Toño, lo contuve diciéndole: ¡Déjalo!, ¡que se joda por huevón!, y Coco, sorprendido por mi falta de impulsos patateros, me increpó: Pero si es peruano, y yo le contesté: Sí, pero una mierda, un pobre mestizo que se cree blanco y encima racista. Y el zaire, ejecutivo, ya le había asestado un soberbio moquete en el ojo izquierdo y los otros africanos puestos de pie nos pedían no intervenir en la merecida zurribanda. El zaire, sin perder tiempo y ardido de furia, lo inmovilizó ajustando su esmirriada figura por los brazos; luego, lo levantó en vilo y, cuando lo tuvo a su altura, le lanzó un escupitajo en el ojo golpeado. En seguida, lo arrojó, suave pero con fuerza, sobre el piso de resbaladizos mosaicos, con tal arte y puntería tribal que vino a aterrizar directamente debajo de nuestra mesa. Los jóvenes africanos secaron sus vasos y aplaudieron en tanto que la indignada francesita tocándose, delicada, su ultrajado rostro de *biscuit* le gritaba en español a Toño: ¡Sudaca! ¡Sudaca! ¡Sudaca apestoso! Y cuando me incliné para ayudar a Coco a levantar a Toño, solo vi en la oscuridad bajo la mesa y entre las patas de las sillas el brillo de un ojo claro de gato, tal vez la única herencia blanca en la sangre de Toño que un ingeniero yanqui depositó en una noche de borrachera

y de lujuria en el útero de su abuela, una chola andina de campamento minero. Y de una acera a otra, Toño, con la cámara de video al hombro, no se cansa de filmar los rostros de los estudiantes que dirigen las marchas hacia Tian'anmen.

Un atolondrado viento se arremolina en la esquina, el cielo se obscurece y todos los curiosos corren a guarecerse de la inesperada tormenta que se acerca con fuertes descargas eléctricas. Camino despacio hacia el Hotel y cuando estoy cruzando la puerta de rejas comienzan a caer enormes granizos que golpetean las tejas y rompen las farolas del edificio principal. Un *fuwuyuan* cubierto con grueso impermeable de hule negro viene a mi encuentro con un paraguas. Se termina el granizo y se inicia un diluvio de baldazos de agua. Por fin, llego a mi departamento empapado y cansado. Luego de un duchazo, con agua caliente primero y después muy fría, entro a la sala y temeroso de que un buen trago especial para este húmedo y tibio atardecer de tormenta malogre los adelantos de mi recuperación tengo que contentarme con un sorbete de leche con vainilla, coco rallado y miel de abejas que la diligente malgache me ha dejado en la refrigeradora.

Suena el teléfono. Es Fernando. Pues, aquí, hombre, me dice, en el Hotel Beijing tratando de pasar la tormenta con brandy. ¿Y qué más?, lo saludo al estilo colombiano. Que este es un loquerío, me contesta, creo que toda la tribu de corresponsales extranjeros se ha refugiado aquí huyendo de la tormenta, con decirte que en los bares y comedores ya no cabe una aguja y casi no se puede caminar por el *hall* y por los pasillos del primer piso por la cantidad no solo de la gente que entra y sale sino por los que han decidido sentarse en el piso rodeados de toda su parafernalia y con una lata de cerveza o un

vaso de whisky en la mano y las tiendas de sedas, porcelana, souvenirs y estimulantes sexuales están que revientan y el *lingdao* de fuwuyuanes me acaba de decir que se les agotó el stock de licores extranjeros y que han tenido que comprar más en la Tienda de la Amistad. Lo interrumpo y le digo: O sea un burdel. No, me replica, en esos templos hay más orden. Y a propósito, me dice, te cuento que entre las chinas que acompañan a los periodistas extranjeros ya he reconocido como a cinco putifarras disfrazadas de intérprete-guías. ¡Qué bien!, exclamo y luego le pregunto: ¿Y qué otras novedades? Que corren muchos rumores, me contesta, algunos muy disparatados como el que afirma que luego del fracaso del diálogo entre Li y los estudiantes, Zhao se ha asilado en la embajada de los Estados Unidos, pero otro rumor asegura que el refugiado es Li y en la embajada de la URSS y que Deng está en una base militar no se sabe si como prisionero o como jefe de la resistencia. Como te darás cuenta es un mierdero de rumores. Sin embargo, lo que más se comenta aquí es el comunicado conjunto de China y la Unión Soviética. Lo interrumpo diciéndole: Perdóname, pero no me interesa nadita. Pues a mí tampoco, me contesta, pierde cuidado, y continúa: a mis manos han llegado varias de las octavillas que están volanteando en todo Beijing. Eso sí me interesa, le digo. Y Fernando me informa: En una octavilla se proclama la fundación del Comité Preparatorio de la Conferencia Popular de todos los círculos de Beijing en reemplazo de la Asamblea Popular Municipal. Y yo le digo: Abierta sedición. Sí, en efecto, comenta y prosigue: En otras octavillas, al Consejo de Estado se le llama pseudogobierno. Ahora te leo el cable que transcribe lo que nuestro patético Gorby dijo en la conferencia de prensa de ayer. Espera, ya: dice que el punto de vista

que sostiene que la Unión Soviética procedió a la inversa de China, es decir, primero la reforma política y luego la económica, es erróneo. Realmente, en nuestro país fueron los problemas económicos los que procuramos solucionar antes que nada. Pero los problemas económicos eran tan difíciles de erradicar, que nos dimos cuenta de que no podríamos resolverlos sin reforma política. ¿Qué te parece?, me pregunta. Y yo le digo: Que tanto Gorby como Deng con sus reformas, apertura y perestroikas se han metido en un callejón que solo los está conduciendo a un sistema capitalista híbrido y descarado. Y hay más, me dice Fernando, está corriendo la noticia de que el Comité Permanente del Buró Político del Comité Central del Partido ha acordado anoche declarar el estado de sitio en algunas zonas de Beijing con el único voto en contra de Zhao Ziyang. Espera, ahí viene Coco. Seguro trae las últimas de la plaza, no cuelgues. Aló, ¿sí? Y oigo la voz ronca de Coco: Estoy empapadito, la tormenta me cogió en plena plaza. No vayas a engriparte, tómate un buen trago, le aconsejo. En tu nombre me tomaré un brandy doble, me dice. ¿Y qué hay de nuevas?, le pregunto. Todo Tian'anmen está que arde, me informa. A los huelguistas los han metido en los ómnibus para librarlos de la lluvia. A cada rato salen las ambulancias llevando a los estudiantes enfermos. Dicen que se sabe de buena fuente que en cualquier momento las tropas que están acantonadas en las afueras de Beijing entrarán con tanques a la ciudad y tomarán Tian'anmen a sangre y fuego. Pero todos creen que se trata de una bola más. La gente asegura que si Deng o Li se atreven a dar tal orden los altos mandos del Ejército se rebelarán. Sin embargo, los estudiantes por grupos están jurando frente a la Columna a los Héroes del Pueblo resistir

hasta la muerte. ¿Y qué sabes de Liang?, le pregunto. Está bien, me contesta, un amigo chino lo ha visto y manda saludos. En cuanto haya algo nuevo, te llamo, chau. Cuídate, le digo y cuelgo el fono.

Noche

Pasó la tormenta y se nos vino encima el verano. Acomodo la mecedora frente a la ventana del dormitorio que da a la estrecha calle, me siento y contemplo la noche apenas iluminada con farolas ambarinas. Por entre el vaho azul que se levanta de las aguas de la lluvia, que aún corren por la calzada, aparece en trote ligero un desnudo potro de brillante pelaje negro. De la collera pende, a manera de tiro, una larguísima reata de cuero trenzado que hala en su extremo una bicicleta sobre la cual va alegremente montado un chiquillo con sus descalzados y traviesos pies al aire fuera de los pedales. Viste pantalón corto y camiseta carmín, lleva sombrero campesino de paja y canta a gritos con toda su cara abierta. Al divisarme tras los recios barrotes de la reja del Hotel, me sonríe y antes de desaparecer por entre los vahos azules destellantes de luz amarilla me saluda quitándose el sombrero con amplio y distinguido movimiento de brazo al milenario estilo de los personajes de Ópera de Beijing y cierro los ojos y pienso que nunca olvidaré esta imagen de China y recuerdo que luego de visitar la exposición de cometas en la puerta del Tambor el joven Liang me condujo al laberinto de callejones del barrio de Kaolom en el norte de Beijing. El cielo estaba terso y a pesar de nuestras ligeras ropas de verano se sudaba a cántaros. Aún no era mediodía y en la puerta del restaurante de *jiaozi* al estilo de Tianjin reptaba una larga cola de clientes. Bajo la

sombra de coposos árboles, niños, jóvenes y viejos, sentados en banquitos o echados sobre esteras, soportaban en silenciosa duermevela el bochorno salvaje de agosto. Cuando exangüe, más por el calor que por la caminata, ya le iba a pedir a Liang un descanso, frente a nosotros apareció una amplia calle arbolada que moría en un lago. Contra el fresco azul de las aguas, se delineaban como papel recortado los arabescos de bronce de la cabecera de una soberbia cama imperial apoyada en un altísimo sauce y al lado se perfilaba la silueta negra de una anciana con enorme sombrero de paja. Calma y diligente, lavaba con descomunal escobilla un paraguas abierto como un rutilante girasol. Nos detuvimos y le dije a Liang que a China siempre la recordaría por esas hermosas imágenes y le describí otra que sorprendí en la acuática ciudad de Zhuozho. Hacía calor, como ahora, y paseaba en un bote ornado de dragones. A uno y otro lado del canal, se levantaban las fachadas de inmemoriables casas de piedra con muslo y olorosas enredaderas. Al dar la vuelta a una esquina, me di de cara con una insólita imagen. Como linterna de sombras, contra el celaje limón-cereza de un lago, resplandecía en el air el aro de una bicicleta sostenido con fino sedal del brazo de una estela de piedra de estilo mandarín y al lado se recortaba en perfil la esbelta silueta de un joven en traje de baño. Miccionaba plácidamente mirando el cielo, no sé si en procaz desafío a los demonios o en inocente arrobamiento. Y el chorro se elevaba alto en hilo centellante para luego caer en filigrana de cascada fraguando en las quietas aguas de jade un arco iris que ruborizaba la tarde de acacias y melocotones. Liang riendo comentó: Lo insólito está en la forma como lo describes. Cuando le iba a replicar, escuchamos lejanas armonías de flautas en el cielo que al acercarse

se transformaron en suspiros de caramillo y al extenderse sobre el lago vibraron en trémolos de órgano para luego desaparecer por encima de las copas de los árboles en tiernas melodías de ocarina. Y este raudo concierto que aleteó en la bóveda del cielo sobre el lago me transmitió una prodigiosa sensación de paz. Liang señalando con el índice y la mirada una bandada de aves blancas que se perdían por el sur me dijo: Las palomas, y al ver en mis ojos el asombro me explicó: Es una antigua artesanía de Beijing que consiste en sujetar con mucho arte en alas y patitas de palomas pequeñísimas flautas de bambú de diferentes calibres de tal manera que echadas al aire la bandada se convierte en un órgano volante de diversos registros que con el viento en contrario ejecuta esa música celestial que acabamos de escuchar, además cada artesano tiene su propia composición, me dijo en su español impregnado de culta entonación mandarín. Se sonrió y me preguntó: ¿Qué ibas a decir? No, nada, le contesté. Todo o nada es suficiente, añadí esperando el retorno de las palomas y abro los ojos y me angustia el aldeano silencio nocturno del Hotel.

Me paro, apago las luces, prendo el equipo de sonido y me recuesto sobre la cama. Con la *Quinta sinfonía* de Mahler, vuelvo a navegar en el recuerdo y ese mediodía caluroso de agosto Liang entró a un callejón del barrio de Kaolom y me dijo que lo siguiera. Cuando vio que tenía que ladearme un poco para poder pasar entre las dos paredes comenzó a reírse a carcajadas mientras yo le echaba la culpa al callejón y no a mi esbelta figura de gordo elegante. Y así de costado tuve que caminar hasta una puerta de vaivén igual a la de un *saloon* de película de vaqueros. Liang de un solo golpe abrió las dos hojas de tupida persiana horizontal y entramos a un

amplísimo local. Bajo una compacta enramada había un gentío de jóvenes sentados en torno de mesas redondas: bulliciosos, tomaban cerveza en jarras de plástico; valientes, trasegaban estruendosos licores de cereales en tacitas de porcelana, y ávidos y parlanchines, cogían con palitos de pequeñas canastas de bambú panzudos *jiaozi* humeantes y resbaladizos. La última moda femenina de verano, me dijo Liang señalando las cortas y casi transparentes faldas de gasa negra y los ligeros politos verde aceituna con mangas cero que lucían candorosas las muchachas maquilladas con discreta elegancia. Y la masculina, le contesté señalando los shorts blancos y las camisas de níveo algodón levemente arrugado con bolsillos de parche y anagramas bordados y con graciosas hombreras que vestían él y los jóvenes de pulcro y moderno corte de cabello que acompañaban a las vaporosas muchachas de cintura de avispa, y al advertir que en China, inclusive en la moda, se tendía a lo parejo, pensé que aún seguía revolviéndose en lo más pantanoso de la herencia colectiva de los chinos esa perniciosa afición por el uniforme civil que durante decenios había maculado con su monotonía el paisaje de sus campos y ciudades. Recostada a la pared de la derecha, se alargaba una cola de comensales en espera de mesa. Caminando hacia el mostrador del fondo, Liang me dijo: Como se ha puesto de moda entre los jóvenes artistas e intelectuales comer *jiaozi* en verano, ahora este restaurante anda repleto; antes, solo venían veteranos y además solo en invierno. ¿Y no hacemos cola?, le pregunté. No, me contestó, tú eres extranjero, y se fue a hablar con el *lingdao*, y yo había venido a China a vivir y a trabajar como cualquier socialista de la masa, pero los reglamentos me tenían reservado el rango de ciudadano de primera categoría con

derecho al goce de pueriles privilegios que no por ser nimios dejaban de ser importantes como para hacer más encantadora la vida cotidiana. Verbigracia: nada de agobiantes colas, ni de somnolientas esperas en consultorios, oficinas, bancos, hospitales, teatros, hoteles o restaurantes, y además, teniendo en cuenta que en cualquier parte del mundo la comodidad de las posaderas está en relación directa con la posición social o económica, esa primera categoría me aseguraba, en lugares públicos, buses, aviones y trenes, mullidos y ortopédicos asientos de térmicas y elásticas espumas sintéticas o de frescos copos de algodón o de calientes plumas de pato con elegantes tapices de terciopelo, raso, seda o cuero, pero desgraciadamente enfundados con telas de sucio permanente, y atrás habían quedado en el Perú las humillantes sillas de madera, plástico o fierro, los pétreos y alcahuetes bancos concejiles, las torturantes graderías de cemento y los estrechos y sebosos asientos de buses con resortes a flor de tafiletes como garfios y cuando mi cuerpo ya comenzaba a escarapelarse al solo imaginar mi retorno al Perú y la vuelta a mi condición de profesor cesante eternamente de pie en malolientes ómnibus asardinados hasta rebasar las extremaduras del sofoco y la injuria, volvió Liang con un *fuwuyuan* que traía sobre la cabeza una pequeña mesa para dos. En el rostro de los jóvenes que esperaban turno sorprendí la misma mirada de odio que yo lanzaba en el Perú a los insolentes del poder. Pero no había nada que hacer: si no aceptaba este privilegio, Liang y el *lingdao* del restaurante podían ser criticados. Por fin, nos acomodaron incomodando a varios comensales y mientras una camarera ponía tazones y alcuzas y palitos y vasos y copas y botellas de vino y de cerveza y servilletas en la mesa, Liang me dijo: Aquí

vas a comer los *jiaozi* más exquisitos de Beijing y además vas a ver la forma más rara del mundo de hacer tallarines, y me sirvió una copa de vino blanco la Gran Muralla ligeramente helado. Sonriendo y levantando las cejas y haciendo brillar picardía en sus ojos, me emplazó: Ahora sí me cuentas esa historia de tu matrimonio con una china. Recuerda que me has prometido. Sequé la copa y le contesté: Ya, pero no entraré en detalles, porque cuando vengan los famosos *jiaozi* quiero dedicarme exclusivamente a ellos. No te preocupes, me dijo, he pedido especiales y de todas variedades y eso demorará. Serví más vino y arranqué: Hace como tres meses recibí la inesperada visita de Lu. Después de múltiples rodeos de inútil cortesía, me informó que los camaradas de la oficina le habían encomendado una misión muy delicada. Me miró a los ojos y luego de sorber a borbotones de locomotora el té caliente de su taza, continuó. Usted ya sabe, me dijo, que nuestro sincero deseo es que viva para siempre en China. Sí, y les agradezco infinitamente, le contesté. Pero creemos, me interrumpió, que usted necesita una compañía que lo atienda, que lo cuide en caso de enfermedad y que en el futuro le alivie las molestias de la vejez. Y cuando ya le iba a completar su frase con: es decir, una sirvienta de por vida, Lu sin dejarme hablar prosiguió: Aquí en China son rarísimos los casos de las personas que llegan a la edad madura sin haber contraído matrimonio y hasta los que se quedan viudos de inmediato se casan. Y era cierto lo que decía Lu, pensé, pues en mi larga estadía en China solo he conocido un soltero entre personas de treinta años para arriba. Lu, tomando viada, continuó: Así que los camaradas de la oficina hemos decidido casarlo con una china ya que usted es señorito y hasta donde sabemos no tiene ningún compromiso de

familia en el Perú. Liang atorándose con una carcajada me preguntó: ¿Y qué le contestaste? Limpiando los palitos con una servilleta, le dije: Emití un hum tan neutral que podía ser un sí o un no de acuerdo con el gusto del cliente y te adelanto que durante toda esta historia solo me limité a decir hum al mejor estilo de *lingdao* de alto nivel cuando quiere escabullir el bulto. ¿Y ese Lu no es un flaco cuarentón que todo el día se la pasa fumando?, me preguntó Liang. Sí, le dije, ¿lo conoces? Claro, ha sido mi profesor de gramática en el Instituto, me contestó y agregó: De esta no te escapas. Ya te jodiste, como dice Coco. Ese Lu es conocido como Mano de Buda, porque es capaz de casar a la mismísima Serpiente Blanca con el Rey Mono, y festejó su propia ocurrencia con un brillo fugaz de sonrisa en sus ojos almendrados. La camarera trajo una fuente de entremeses y nos avisó que ya estaban por salir los *jiaozi* especiales. Yo seguí con mi historia: Lu, antes de irse, me recomendó que por el momento guardara en secreto el *asunto*. Al despedirse, me informó que ya había adelantado bastante en su delicada misión y torciendo la boca en gesto cómplice me dijo en voz baja: Ya la tengo, sonrió y montó en su bicicleta. Durante una semana ninguno de mis compañeros de oficina hizo la más remota referencia al *asunto* pese a que yo tercamente hacía derivar al tema del matrimonio cualquier conversación que se armara en el *xiuxi*. Por su parte, Lu, no solo eludió mi mirada, sino que hizo más tenue su presencia. Una mañana, cuando ya estaba por creer que el tal *asunto* no era más que una locura del nervioso Lu, sorprendí en la oficina un intrigante ajetreo de miraditas y sonrisas alcahuetas. Se acercó a mi escritorio el jefe y me entregó una invitación para la Exposición Anual de Crisantemos en la Ciudad Redonda del parque Beihai. Tiene que

esperar en su Hotel a un compañero que va a recogerlo a las dos de la tarde, me dijo. Antes de salir de la oficina, la señora Wang me recomendó que fuera con terno y corbata, pues se trata de una inauguración de lujo, de lujo, insistió. Y los *jiaozi* especiales no llegaban y Liang pidió otra fuente de entremeses. El vino y el calor atizaban tanto el ambiente de la concurrida enramada que los sonoros brindis de pie ya estaban llegando a su máximo grado de ebullición y en el aire aparecían y se escondían dedos a un palmo de la cara del contrincante entre carcajadas y metralletas de números gritados a todo pulmón. Entre el barullo, seguí contando: A las dos en punto ya estaba listo: bien bañado y discretamente perfumado. Vestía terno de casimir plomo arena y corbata de seda negra estampada con sellos imperiales en rojo muy oscuro. Tocaron la puerta. Cuando la abrí y me encontré con el Señor Mano de Buda con flamante chaqueta azul y cabello recién cortado entre un halo de fresco aroma a jabón de sándalo, mis sospechas se confirmaron. Rápido, me cambié la camisa blanca por otra palo de rosa con el pretencioso afán de dar un toque juvenil a mis canas y con la insensata esperanza de hacer más esbelta mi figura de gordo elegante; sin embargo, cuando me di la última mirada en el espejo, comprobé con aflicción que el palo de rosa solo había agregado a mi presencia un agresivo tono propio de narco o de caficho caribeño. Y como el tiempo apremiaba, no tuve más remedio que salir con tal facha. Luego de los tediosos discursos de inauguración y de haber admirado flores y maceteros, nos sentamos en un banco a la sombra de un árbol. De esas dos que se acercan, me dijo Lu sacándome de la contemplación de la Pagoda Blanca, esa, la más joven, la de la falda azul y blusa blanca, esa, terminó de decirme acercando su

boca a mi oído. Obsérvela atentamente sin que ella se dé cuenta, me recomendó. Sonriendo le contesté: Aún no he aprendido ese difícil arte chino. ¿Y era bonita? ¿Y cuántos años tenía? ¿Y sus senos eran grandes como les gusta a ustedes los extranjeros? ¿Y era de tipo antiguo o moderno?, curioso me atolondraba Liang. Vamos por partes y cucharadas, lo calmé bajando la mano extendida. Después de tomar un trago de vino y respirar profundo, le respondí: De treinta y cinco a cuarenta; no era muy bonita, pero sí agraciada; la blusa un poco holgada escondía hábilmente el verdadero volumen de sus senos; en cambio, su falda sí dejaba imaginar apetitosas y robustas piernas de choclona peruana. ¿Choclona?, me interrumpió Liang. Sí, choclona, le repetí, mujer en punto de piña madura y rellenita y sabrosa como un choclo, y al ver en el rostro de Liang la angustia por llegar a comprender en su plenitud esas insólitas relaciones verbales entre los alimentos y los atributos sexuales de la mujer, le prometí explicarle mejor esta dimensión del habla peruana en otra ocasión y volviendo a la choclona china concluí: sus cabellos los llevaba al estilo de corte cuadrado. ¿Y? ¿Y? ¿Y? ¿Y?, me ametrallaba Liang levantando seguido cejas y cara. Serví más vino y le dije: Y una y otra vez pasó frente a nosotros con la cincuentona que la acompañaba, sin darnos la mínima importancia. Seguro, su casamentera, me dijo Liang. Y le pregunté a Lu: ¿Y ella ya me ha visto? Desde que llegamos, me contestó palmoteándome la rodilla. Y ¿qué parece?, me preguntó nervioso pendiente de mis labios. Aspira una gran bondad en el aire y luego la expelí emitiendo un prolongado hum. Lu considerando que ese hum era la feliz coronación de la más difícil y primera etapa de su delicadísima misión me informó satisfecho y atropellándose: Se llama Mey Li, es

viuda y sin hijos, graduada en la Universidad Fudan, tiene treinta y seis años, es de Shanghái, habla muy bien inglés, español y ruso y toca piano y canta bonito, tiene certificado de buena salud, ha vivido en Lima en la embajada china y ha sido guía e intérprete de varios peruanos que han venido de visita, ahora trabaja en un ministerio, pero si se casa pediremos su traslado a la Agencia, sí, a nuestra sección. ¡Ah!, me olvidaba decirle que no le gusta comer ajos crudos y que su dentadura está completa y no ronca y no tiene callos ni juanetes y que es experta en la técnica de hacer cosquillas en la planta de los pies con plumas de codorniz para provocar un sueño placentero. Pero lo más importante para usted, me dijo agitando sus dedos en mis narices, es que sabe preparar platos de las ocho escuelas culinarias de China y también conoce cocina occidental. Además, un cocinero peruano que trabajó en nuestra embajada en Lima le enseñó a hacer arroz con pato al culantro y…, espere, sacó del bolsillo un papelito y leyó: Cebiche, sí, cebiche, y se rio. Sin darme tiempo para que hablara continuó: sus holoturias con salsa picante a lo Sechuan y su pescado Wuchang al vapor con brotes de bambú invernal y su arroz tostado con camarones en salsa de tomates dulce al vinagre son dignos de la antigua cocina imperial del Palacio de Invierno. Ya los probará cuando se case con ella y a propósito de esta exposición le recomiendo que le pida gallina tierna al cangrejo con crisantemos blancos y si quiere un postre delicado para la primera noche de bodas que le prepare nidos de golondrina con azúcar candi y frutos de cambrón o semillas de loto acarameladas con leche. Y tuve que interrumpirlo: un plato más y me levantaba, corría hacia Mey Li, la tomaba de la mano y volando me la llevaba al departamento. Liang conteniendo una carcajada y

señalando la punta de mi nariz me gritó: ¡Comelón!, ¡comelón!, ya caíste en la trampa. Ese Mano de Buda sabe por dónde agarrarte, y soltó la carcajada tan fuerte que atrajo la atención de los jóvenes de las mesas vecinas que no se cansaban de engullir *jiaozi* tras *jiaozi* y de tomar candente licor en tacitas de porcelana. Retomando el hilo de mi relato dije: Entonces le pregunté a Lu: ¿Y ella qué pensará de mí? ¿Le habré caído bien? No se preocupe, me serenó palmoteando mi rodilla, su camarada ya me hizo la seña convenida, aunque no era necesario. ¿Cómo que no era necesario?, me extrañé. Sí, y acercando su boca a mi oído me dijo en susurro de dirigente clandestino: Ya su Buró de Asuntos Civiles decidió casarla con usted. Y el hum que expelí aleteó entre los árboles y voló hasta la teja más alta del Templo de la Benevolencia. Por fin, la camarera comenzó a traer las canastitas de *jiaozi* humeantes. Para sopar los *jiaozi*, Liang escogió el fuerte vinagre añejo de Shanxi mientras que yo me decidí por algo más suave, la salsa de soya. Claro que el relleno de algunos exigía ají y el de otros, mostaza silvestre al natural y en polvo que luego de cumplir su deliciosa y perversa función en el paladar se concentraba violenta en la parte superior de las fosas nasales como éter de chisguete o gas de bomba lacrimógena provocando un instantáneo y perturbador mareo de sabores luciferinos. Y se tenía que tomar ese licor recio de cabeza para limpiar el paladar y así poder seguir disfrutando sin ninguna interferencia sápida los otros sabores del óptimo banquete de *jiaozi*. Había con relleno de camarones, de pollo, de ostiones, de calamares y de cerdo; al ajo, al jengibre, al hinojo, al puerro y al culantro, con huevos de codorniz y con aromas a aceite de sésamo, a pino, a canela china, a té de Tong y a ostras y también a polvos de cinco perfumes. Cuando ya

habíamos dado cuenta de más de seis canastitas, la camarera puso sobre la mesa un tazón de porcelana colorida y Liang dijo: La sopa. Levanté la tapa y me quedé asombrado al ver enormes *jiaozi* humeantes con pasta tensa a punta de estallido y sin nada de caldo. ¿Y la sopa? Ahí, dentro de los *jiaozi*, me contestó. ¿Y cómo diablos la meten? Muy sencillo, afirmó. Conteniendo la risa y mirándome desde arriba, me informó: Primero se congela la sopa en daditos y luego cada dadito se lo envuelve en fina capa de masa de tal manera que cuando se dilate por el vapor el *jiaozi* no se rompa ni tampoco quede como zapatilla vieja. Agitando enérgico el índice y el cordial juntos señaló la sopera diciendo: Así, así deben quedar, como globos inflados que al primer pinchazo revienten. ¿Y cómo se logra tal prodigio?, le pregunté con fingido interés. Liang tecleando impaciente la mesa me llamó la atención: ¡Tantos años en China y no sabes una cosa tan conocida! No, no sé, le dije bajando la cabeza. Compasivo me reprendió: Claro, a los occidentales se les hace muy difícil conocer a fondo muchas cosas importantes de China, porque no pueden penetrar en los insondables misterios de nuestra milenaria cultura asiática, recitó con travieso retintín y se quedó mirándome de reojo subiendo y bajando las cejas. Luego, soltó una carcajada y con los palitos cogió diestro un *jiaozi*. Manteniéndolo en el aire me dijo: Fíjate, esto se come así. Se llevó el *jiaozi* a los labios, con el colmillo de la derecha le abrió un huequito y tronante sorbió la sopa. Ves, ¡qué fácil! Ahora, tú. Bajo su atenta mirada, después de varios intentos, logré por fin coger con los palitos un enorme *jiaozi* resbaladizo. Apretándolo tenso, lo elevé hasta mi boca. Apenas le hinqué los dientes, un chorro de sopa salpicó mi cara. Liang con tono serio, pero finamente burlón me

tranquilizó diciéndome: Ya Mey Li, cuando sea tu esposa, tendrá el tiempo necesario para enseñarte con calma y paciencia esta técnica china de comer *jiaozi* de sopa sin mojarse. Secándome la cara con una servilleta, le dije: Creo que no habrá esa oportunidad. ¿Y por qué?, ¿cómo así?, ¿qué pasó?, me volvió a atolondrar. Espera, ya te cuento, le dije y puse varios *jiaozi* en mi tazón. Con el palito les abrí un hueco y renunciando al placer de sorber tronante la sopa directamente del *jiaozi* tuve que contentarme con tomar una simple sopa de mariposas. Liang, después de haber sorbido como seis *jiaozi* de sopa, insistió: Cuéntame rápido, porque de un momento a otro sale el gordo de los tallarines, ya lo vas a ver. Me acomodé en la silla y retomando el hilo de mi historia continué: Sucede que a los tres días de la Exposición de Crisantemos Mano de Buda fue a visitarme. Estaba satisfecho y a cada rato se frotaba las manos y me palmoteaba el hombro. Me entregó un boleto numerado del Teatro de las Nacionalidades para una presentación de cantos y danzas de Xishuangbanna y me dijo que la butaca de la derecha ya estaba reservada para Mey Li. Y luego de este encuentro, ¿qué viene?, le pregunté. Bueno, contestó, como ahí los vamos a presentar oficialmente, usted ya puede invitarla a una casa de té o a un parque para que hablen a solas. ¿Y ahí termina su delicada misión? No, de ninguna manera, me respondió. La señora que la acompaña y yo estaremos viéndolos de lejos por si se les presenta algún problema, agregó. Ajá, le dije y lo encaré: ¿Y también estarán presentes en la luna de miel? Claro que no, me contestó, pero como responsables del matrimonio estaremos atentos a lo que suceda, me dijo y se frotó las manos. Le ofrecí un trago y solo me aceptó caramelos y té verde. Le alcancé el termo y yo me preparé un

whisky doble con hielo. Luego de comentar sobre lo amargo de las hierbas que estaba tomando para bajar de peso y de mi dieta de frutas y carne de cerdo, le dije que estaba profundamente agradecido a mis compañeros de oficina por el interés que tenían por querer hacer más placentera mi estadía en China y que de verdad me sentía muy abrumado por el trabajo y la dedicación que él, Lu, se había tomado por conseguirme una hermosa novia; pero que después de haber analizado fríamente el asunto creía que aún no era el momento más propicio para tomar una determinación tan delicada e importante puesto que todavía no había decidido dejar para siempre el Perú y que además a estas alturas de mi existencia cuando ya estaba jugando los descuentos me sería demasiado difícil cambiar de un día para otro mi estilo de vida de soltero y que a la larga la única perjudicada vendría a ser Mey Li que me había impresionado gratamente y que por las referencias sobre su persona que me había dado no tenía ninguna duda de sus altas calidades humanas que la harían una magnífica esposa y una incomparable compañera para toda la vida pero desgraciadamente mi decisión ya estaba tomada. Y después de tu gran discurso, ¿qué te dijo Mano de Buda?, me preguntó intrigado Liang. Nada, le contesté se quedó tieso con los brazos caídos a cada lado del sillón y con la mirada fija en un punto del infinito situado exactamente a dos centímetros sobre mi cabeza, le terminé de contar. ¡Pobre Mano de Buda!, exclamó Liang y luego se lamentó: Su primer fracaso en más de veinte años de casamentero. Es una pena, agregó, porque con Mey Li hubieras tenido con quién practicar todas las noches la técnica del *Tao del amor* para conseguir la inmortalidad. ¿Y cómo es eso?, le pregunté. Escucha bien, me dijo agitando su índice. Hace poco

desenterré del jardín de mi casa el baúl donde mi papá había escondido algunos libros para salvarlos de la Guardia Roja. Entre ellos, encontré un ejemplar antiguo de *Los secretos de la cámara el jade* que hasta ahora el Partido considera pornográfico. En este libro aparecen los consejos que Su Nu, la Muchacha Pura, le da al emperador Huan Ti de hace más de dos mil años sobre los beneficios de lograr el orgasmo sin eyaculación. Asombrado dejé de lado mi sopa de mariposas y le reproché: ¿Y cómo recién ahora se te ocurre contarme algo tan importante? Riéndose, me dijo: Porque está en chino clásico y me ha tomado mucho tiempo traducírtelo al español. Escucha bien, y volvió a agitar el índice cerca de mi nariz. Su Nu le dice al emperador que cuando un hombre ama una vez sin perder su semen, fortalece su cuerpo; si dos veces, agudiza su oído y su visión; si tres veces, elimina todas las enfermedades; si cuatro veces, alcanza la paz de su alma; si cinco veces, revitaliza su corazón; si seis veces, endereza su espalda; si siete veces, vigoriza sus nalgas e ijadas; si ocho veces, suaviza su piel; si nueve veces, prolonga su vida hasta la vejez; y por último, si diez veces, logra la inmortalidad. ¡Qué bien!, dije aplaudiendo. ¿Y cómo se consigue tal prodigio?, le pregunté. Mirándome de reojo y desde arriba, me contestó: Eso se lo hubieras preguntado a Mey Li, y soltó una carcajada. Señalando el fondo de la ramada me dijo: Ya salió. Detrás de una mesa estaba parado un cuarentón de recia contextura y cara redonda. Llevaba pulcra camisa blanca de manga corta y altísimo gorro de cocinero. Con sus robustas manos estiraba una bola de masa de harina para luego lanzarla con furia sobre el mármol de la mesa. Durante su faena de amasijo, su rostro cetrino y mongol de ralos bigotes caídos como melancólicas estalactitas permaneció

impasible mientras sus ojos de ojalillos miraban metafísicos a la nada. Cuando por fin logró una masa compacta y suave la cubrió con un mantel y se sentó al lado de la mesa. Ahí permaneció con los ojos cerrados y las manos sobre las rodillas. ¿Y qué casamentero te consiguió a Wang Fuli?, le pregunté a Liang. Un árbol, me contestó serio, y al mismo tiempo que en rostro iba apareciendo una sonrisa me contó que la había encontrado debajo del árbol más hermoso del Instituto. Y como pasa en las películas, dijo, nos miramos y al instante nació un gran amor eterno, y se río. Tomó una copa de vino y triste me confesó que por eso tuvo muchos disgustos con su mamá que se empeñaba en casarlo con la joven que la familia ya le había escogido, suspiró y agregó: lo mismo le pasó a Wang Fuli y esto que mi mamá como los padres de mi novia son cuadros del Partido. En el fondo no han olvidado las enseñanzas feudales de Meng Tse. ¿Cuáles?, le pregunté. Cerró los ojos y recitó: El deber de un padre es desear una esposa para su hijo en cuanto nace y lo mismo si es una hija y este sentimiento lo experimentan todos los hombres y si los jóvenes sin esperar la voluntad de sus padres y los encargos de los casamenteros abren huequitos en las paredes para verse a escondidas o atraviesan las paredes para reuniones íntimas serán despreciados no solo por sus padres sino por todos los hombres del reino. Luego de servirse más vino me contó: Lo aprendí de memoria para recitárselo a mi mamá cada vez que me tocaba el tema y lo traduje al español para joderlo, como dices tú, al profesor chino de español que era cuadro del Partido y había reemplazado a Mano de Buda como casamentero en el Instituto. Los casamenteros se suceden unos tras otros: nunca se acabarán. Son más antiguos que el Hombre de Zhoukoudian. En épocas de mucha demanda,

como la de ahora por el boom de nacimiento produjo a inicios de la Revolución Cultural, hasta el Municipio de Beijing se ha transformado en el Gran Casamentero. ¿Cómo?, ¿cómo?, lo interrumpí. ¿Lo del Municipio?, me preguntó. No, eso ya me lo contó Coco. ¿Es cierto que de cola a cola los jóvenes y las chiquillas se hacen ojitos, que mandan a la mierda la inscripción y que sin decirse nada se agarran de la mano y corriendo se van al fondo del parque de los Trabajadores a besarse? Sí, es cierto, me dijo, entonces lo que te extraña es lo del boom. Sí, le contesté. Al inicio de la Revolución Cultural, comenzó a contarme, los jóvenes de toda China venían a Beijing a respaldar a Mao. Los trenes eran gratis lo mismo que el alojamiento y la comida. En esa vida comunitaria de viajes, desfiles, danzas, trabajo voluntario en granjas, fábricas y comunas tenían que florecer no cien flores sino millones de amores y millones de millones de niños. O sea, le dije, que Deng tiene razón cuando dice que esos años fueron de caos. Claro, me dijo Liang, pero de dulce desorden, agregó y en sus ojos se prendió una traviesa lucecita. Salud, me dijo y señalando la punta de mi nariz me amenazó: Ahora, yo voy a ser tu casamentero y no te vas a escapar: yo no soy ese Mano de Buda. Te voy a casar con una campesina. Para hacerte agua la boca te diré que en las aldeas las bodas duran diez días con dos banquetes diarios, con fuegos artificiales, funciones de ópera y de magia y mucho licor, ¿qué te parece? En el *dong fang hua zhu ye*, yo haré un huequito en la pared de la habitación de bodas para ver si del Perú has traído algo nuevo que valga la pena[24], tomó una tacita de licor fuerte y se sonrojó. Tal vez, le dije y en la ramada fue acallándose el alboroto de brindis y de risotadas. Los comensales acomodaron sus sillas para ver mejor al cuarentón de tristes bigotes de estalactitas

que de pie detrás de la mesa levantaba el mantel que cubría la bola de masa. Con exquisita ceremonia, se quitó su altísimo gorro blanco de cocinero dejando al descubierto una enorme, hermosa y reluciente cabeza calva. Con esmerado arte, se colocó la bola de masa sobre su limpia y soberbia testa y luego la modeló como tocado redondo de medio mapamundi. De la mesa, levantó dos largos y filudos cuchillos con cada mano. Hizo una reverencia y luego vimos en el aire el relámpago incesante de los cuchillos a uno y otro lado de la cabeza rebanando fino y preciso la masa de harina y el vuelo de tallarines que caían en cascada en oblongas cestas de bambú. Cuando en su calva testa solo quedaba una delgadísima capa de masa, hizo una reverencia y aplaudió. Entonces, todos los comensales puestos de pie prorrumpimos en palmas y gritos de *hao hao hao hao* mientras un joven camarero en sonrisa abierta de boca y de ojos en líneas paralelas a las cejas con enormes trinches nos mostraba uno a uno los tallarines. Todos tenían el mismo grosor y longitud. Y ahora, ¿qué me dices?, me emplazó Liang. Que esto es de la pitimitri, como se dice en el Perú, le contesté. Y las jóvenes camareras corrían rápido rápido a la cocina con las cestas de bambú. Al rato, nos trajeron dos tazones de tallarines humeantes con salsa picante y rociados con áureas semillas de sésamo y siento un agradable aroma a canela y clavo de olor y a empanada recién sacada del horno. Abro los ojos: al pie de mi cama, Mohamet con una fuente de empanadas de espinaca de tres puntas al estilo palestino. En su medio español aprendido en sus más de quince años en el Hotel con sus amigos latinoamericanos me dice que él mismo las ha preparado y que lo disculpe de no quedarse más tiempo, porque tiene que atender en su departamento a unos

periodistas de El Cairo que han llegado a Beijing para cubrir lo de Tian’anmen.

19 de mayo

Mañana

Adolescente y desnudo camino por las extensas playas de Mollendo y siento hirientes en mi piel las imágenes calidoscópicas de un ígneo rostro angelical lanzadas desde espejos rotos esparcidos sobre arenas nocturnales y sé que es el rostro frente al cual inmolé a dios entre flamas orgásticas del Gloria de Gounod y todo el mar en mi mano en dulce y tibio despertar. A través de las cortinas celestes, se filtra la luz morada de la mañana. Me levanto y entro a la sala: las cortinas corridas, He pasa un enorme plumero sobre los muebles y Coco duerme recostado en un sillón. En el baño, ducha caliente, y luego el delicioso estremecimiento del agua fría. Me pongo una bata azul y vuelvo a la sala. Coco ya está de pie desperezándose. He descorre las cortinas: la intensa luz del jardín delinea en el rostro de Coco fatiga y enormes ojeras. La *ayi* pasa a la cocina con la canasta de compras diarias y cuando Coco se dispone a contarme lo que ha sucedido desde anoche en Tian'anmen irrumpe en la sala la señora lindao. Llama a gritos a la *ayi* y me pide permiso para prender el televisor. En el noticiario matutino se está transmitiendo la firma del Comunicado Conjunto Chino-Soviético. Sorpresivamente, aparecen imágenes tomadas con cámara muy movida. Se ve a Zhao Ziyang con chaqueta azul Mao bajando las escalinatas del Gran Palacio del Pueblo completamente iluminado y Coco me traduce: El locutor dice que a las dos de la madrugada Zhao Ziyang y Li Peng fueron a hablar con los huelguistas de hambre. Ahora la cámara enfoca a

estudiantes con vinchas y brazaletes rojos que forman un cordón de seguridad en torno de Zhao Ziyang que avanza rápido seguido de Li Peng por la plaza oscura hacia la Columna a los Héroes del Pueblo. Coco me cuenta que en ese momento él se encontraba con unos patitas chinos y franceses de su aula tocando guitarra y cantando en la puerta de Xiamen y que cuando les llegaron los rumores del alboroto y corrieron para ver lo que estaba pasando un grupo de estudiantes del Comité Disciplinario de la plaza les impidió el paso a la altura del mausoleo de Mao. En la pantalla, se ve a Zhao Ziyang dentro de un autobús iluminado con los reflectores de los camarógrafos sentado en un banquito conversando con varios huelguistas de hambre en buzos y en piyamas tendidos sobre colchonetas y con toallas amarradas en torno de la cabeza. Al fondo, se distingue el rostro serio y duro de Li Peng. Zhao Ziyang toma la mano de un huelguista y le habla en tono suave y Coco me traduce: Dice que lo disculpen por no haber venido antes y que está dispuesto a aceptar las críticas de los estudiantes y que deben terminar su huelga de hambre antes de que sea demasiado tarde. La cámara enfoca su rostro en primer plano y se ve claramente que está llorando. Ahora dice, me traduce Coco, nos estamos poniendo viejos y ya no contamos para mucho. Pero ustedes jóvenes tienen un largo camino que seguir y por eso mismo deben cuidarse mucho. Los problemas que ustedes han planteado tendrán necesariamente que resolverse, pero las cosas son muy complicadas y necesitan para su solución un proceso, me traduce Coco. La cámara muy movida trata de captar las imágenes de los jóvenes huelguistas que se incorporan sobre sus colchonetas y se pelean por estrecharle la mano mientras otros le piden que ponga su autógrafo en sus

camisetas y piyamas sudados de prolongada huelga de hambre y húmedos de lluvia. Intempestivamente se corta la transmisión y en la pantalla aparecen varios dirigentes hablando sobre la contaminación ambiental en la desembocadura del rio Huangpu en Shanghái. La *ayi* baja la cabeza, suspira y llorando se va a la cocina; la señora lindao con un pañuelito seca algunas lágrimas, y He con el plumero en alto no sabe qué hacer. Coco apaga el televisor y me cuenta que antes de venir de la plaza todo el mundo comentaba que en una reunión muy violenta de los más altos dirigentes del Partido y del Gobierno en el Gran Palacio del Pueblo Zhao Ziyang se había opuesto al empleo del ejército para desalojar a los estudiantes de la plaza a fin de evitar un derramamiento de sangre innecesario y que él estaba dispuesto a poner a sus hijos en manos de la justicia para que se esclarezcan los cargos de corrupción que los estudiantes hacían contra ellos y que esta conducta debía también ser adoptada por todos los dirigentes sin ninguna excepción y que una manera efectiva de demostrar a los jóvenes la sincera actitud del Partido en favor de la democratización era ir de inmediato a dialogar con los huelguistas de hambre. Y se dice, siguió contándome Coco, que Zhao fue atacado duramente y hasta se le acusó de ser el principal instigador de esta conmoción antisocialista. Entonces, Zhao abandonó la reunión y decidió salir solo a la plaza dispuesto a convencer a los estudiantes para que levanten su huelga de hambre y regresen a sus institutos pues la suerte ya estaba echada. Se dice que en la puerta este del Palacio del Pueblo Li Peng lo detuvo sujetándolo fuerte por el brazo pero que Zhao se zafó y bajó las gradas y a Li Peng frente a los periodistas y las cámaras no le quedó otro camino que seguirlo, termina de contarme Coco. ¿Y qué dicen

los estudiantes de todo esto?, le pregunto. Que resistirán hasta la muerte. Paseándome por la sala, comento: Esto cada vez se pone más grave: habrá sangre. La *ayi* entra con la fuente del desayuno y la coloca sobre la mesa de centro. Está triste, y calladita se vuelve a la cocina. ¿Y Katrín?, le pregunto a Coco. Con tantas novedades me olvidé de contarte que anoche en el Hotel Beijing un periodista francés la contrató como intérprete a tiempo completo por cien dólares diarios fuera de comida y movilidad. ¡Qué bien! ¿Y qué pasó con los intérpretes chinos?, indago. Ya no quieren saber nada con los periodistas extranjeros, tienen miedo de ser denunciados como espías o colaboradores de los enemigos de China, me informa. No tengo hambre y apenas si tomo un café con leche. Coco me dice: Prepárate que a las dos de la tarde Katrín vendrá a recogernos al Hotel en el auto que un empresario francés le ha prestado al periodista. *Hao hao hao hao hao*, grito como los chinos y se me abre el apetito y a la *ayi* le pido más *jiaozi*. Pero es necesario, le digo a Coco, tomar algunas precauciones para que nadie se entere de nuestro plan. Sí, me dice Coco, porque Esther es capaz de amarrarte a la cama. Luego de comer una bolita crocante de arroz con camarones, propongo: Le diremos a la *ayi* que se tome el día libre porque un *miluren* nos ha invitado a almorzar en el comedor del Hotel y ya de ahí será muy fácil escaparse. ¡Bestial!, me dice Coco y antes de que vuelva a recostarse en el sillón le digo: Descansa mejor en mi cama que yo salgo a hacer mis ejercicios de *qigong* y luego tomaré un baño de sol.

Tarde

Todo el tránsito vehicular del centro de Beijing ha sido desviado a los anillos de circunvalación de tal manera que nuestro Datsun en medio de desordenadas filas de autobuses, camiones, autos y camionetas, en un bramido de bocinas, apenas si puede ir a menos de diez kilómetros por hora por la autopista sin contar las agotadoras paradas en los atolladeros que se forman en los cruces de las avenidas subsidiarias por donde avanzan de bordillo a bordillo nutridas e interminables oleadas rítmicas de ciclistas en intermitente piar de timbres. Jean Pierre, el periodista: flaco, melenudo, barba tupida y cuarentón con bluyín gastado, flamante camiseta blanca con estampado de Yang y Yin y chaleco crema con múltiples bolsillos de ropero, se desespera golpeando el timón y maldiciendo en francés y español el sistema de aire acondicionado del auto que se descompuso al salir del Hotel. Junto a Jean Pierre, Katrín se echa aire con un afiligranado abanico de sándalo y en el asiento de atrás Coco y yo vamos asándonos lentamente. Las delgadísimas nubes brillantes que se estiran de sur a norte en el cielo —azul, duro y quieto— anuncian quizá la tarde más calurosa de comienzos de verano. Jean Pierre nos cuenta que ha estado en los grandes hornos del mundo, pero el calor de Beijing abrasa, ahoga, es único, nos dice en español. Y yo le digo que eso tal vez se deba a la fuerte tensión eléctrica de la atmósfera. Coco riéndose recuerda la vez que al darle un beso en la boca a Katrín los dos salieron disparados por una descarga eléctrica. Katrín cuenta que los niños extranjeros se cargan de electricidad frotando los pies en las alfombras y luego se divierten haciendo saltar a la gente dándoles la mano con mucha educación. Jean Pierre propone salir de la pista y buscar un bar para refrescarnos con algunas cervezas heladas. Coco le informa que eso

solo puede encontrarse en establecimientos para extranjeros y que por donde estamos no hay tiendas con refrigeradoras. Cuando Jean Pierre está por estallar, le recuerdo que China es una cultura de bebidas calientes, y en las cuatro estaciones del año, subrayo. Katrín dice que por eso los campesinos chinos rechazan la Coca Cola: se resisten a tomarla fría, y tibia, les parece medicina. Coco pregunta: ¿Qué es más caro mantener bebidas calientes o frías? Creo que calientes, le contesto. Jean Pierre toca la bocina con repetidos golpes de cabeza. Por fin, llegamos a la intersección con la avenida que va al aeropuerto La Capital y por indicación de Coco tomamos una estrecha calle que nos conduce a un canal. Por la despejada pista de su orilla derecha, avanzamos bajo la sombra de sauces hacia Sam Litung. Katrín le informa a Jean Pierre: Esta es la zona de embajadas. El auto se desliza por amplias, limpias y arboladas avenidas silenciosas que se entrecruzan en perfecto damero de rejas y muros que encierran edificios y residencias de diversos estilos arquitectónicos. En la puerta de cada embajada, bajo una sombrilla de acero y lona, hace guardia un soldado chino armado. Cada sede luce su bandera nacional al tope. Coco pregunta: ¿Cuántas embajadas habrá aquí? Más de cien, le respondo, ten en cuenta que China tiene relaciones diplomáticas con casi ciento treinta países del mundo. Claro que aquí no están todas. Las de los países pobres como el Perú funcionan en oficinas de edificios especiales, explico. Jean Pierre escucha y maneja. Miren, miren, dice Coco señalando la tienda para el cuerpo diplomático donde se venden artículos extranjeros libres de impuestos. En la puerta, intenso ajetreo de empleados chinos y personal de servicio de las embajadas que atiborran autos y camionetas con cajas de licores y cigarros y

conservas y frascos y paquetes de alimentos. Katrín dice: Ya está cundiendo el pánico por la huelga general e indefinida que se anuncia para mañana. Coco sugiere ver lo que está pasando en la Tienda de la Amistad y Katrín propone visitar de paso Wal Steet, ¿Wall Street?, pregunta saltando de su asiento Jean Pierre. Sí, Wall Street chino, le contesta Coco y luego le explica: Es la calle donde se vende contrabando y los artículos que China produce en forma exclusiva para famosas marcas del mundo. Y yo comento: En el Perú, cholo barato, y aquí, chino baratísimo y sin derecho a huelga. Jean Pierre subiendo y bajando la cabeza dice: Socialismo, socialismo: ¡merda! Coco le pide detener el auto. Esto es Wall Street dice Katrín. Por el estrecho corredor de puestos de madera sobre las aceras de una calle de dos cuadras más o menos de largo, solo se ve a uno que otro extranjero despistado. Frente a cada puesto abarrotado de fina ropa de marca, los jóvenes comerciantes chinos discuten, juegan a las cartas o hacen la siesta echados en el mostrador. Coco nos informa: Hasta hace tres días esto ardía de extranjeros y había que ver el mercado negro de dólares y certificados. No vale la pena bajar, dice Katrín, y Jean Pierre acelera y seguimos por la avenida Jianguomen de modernos edificios hasta la Tienda de la Amistad de uso exclusivo para extranjeros y para algunos afortunados chinos que pueden conseguir pases especiales de entrada. Todo el parque de estacionamiento está ocupado por lujosos automóviles que muestran su estatuto diplomático con una banderita alicaída en la asta cromada del capó y con el nombre de su país trazado en exagerados caracteres sobre letreros de cartón colocados en la ventana trasera. Mejor espéranos en la cafetería mientras buscamos un sito para estacionar, me dice Katrín. Bueno, le

contesto y salgo del auto. Ingreso al almacén de abastos. No hay clientes, y las jóvenes vendedoras en vocerío camaraderil comentan el tumulto que en la mañana armaron las extranjeras desesperadas por aprovisionarse de alimentos. Las vitrinas frigoríficas abiertas para carnes, aves y pescados y las cerradas para quesos, embutidos y caviar, así como los escaparates de venta directa de arroz, tallarines, menestras y conservas están completamente vacíos. Entro a la cafetería que da a la avenida, y la misma soledad. En la mesa del fondo, están como todos los días, mañana y tarde, los jóvenes que controlan el mercado negro de dólares y de certificados de divisas de la Tienda de la Amistad y alrededores. Vestidos a la última moda veraniega de Hong Kong, toman cerveza alemana directamente de la lata, fuman cigarrillos ingleses y huelen a colonia francesa. En el parque de estacionamiento, niños harapientos acosan a los extranjeros pidiendo limosna. El risueño y atrevido Yang se acerca a mi mesa y me pregunta si tengo dólares o certificados para cambiar. Le digo que no y me informa en inglés y chino que con tantos disturbios ya no hay turistas y escasean los dólares y los certificados y que a pesar del alza del cambio no hay movimiento. ¿Y los diplomáticos y expertos?, le pregunto. No sueltan ni un solo dólar, pues piensan que si las cosas van tan mal tendrán que abandonar China de un momento a otro. Ellos creen que se viene una guerra civil. Se despide y vuelve a la mesa de sus compinches. Luego de una espera de cuatro helados y dos jugos de fruta, en la puerta de vidrio ahumado aparece Coco pidiendo a gritos y en chino una cerveza bien helada. Levantando la mano saluda a la banda del fondo y se sienta a mi mesa. Me dice que Jean Pierre y Katrín se han ido a dar un vistazo a los cuatro pisos de la Tienda. De un solo trago

seca un alto y panzudo vaso de cerveza, emite un prolongado ¡ah! de satisfacción, pide otra cerveza y comenta que en la mañana las viejas diplomáticas cagándose en la diplomacia se han dado de codazos y empujones y hasta se han arañado tratando de arrancharse de las manos pollos, lomos y pescados. Y yo le digo: Estarán rezando y temblando de miedo. Llegan Katrín y Jean Pierre. Están contentos: Jean Pierre ha tomado fotos de la Tienda y Katrín le ha traducido muy bien la conversación con las empleadas de la Tienda. Jean Pierre pide en inglés una cerveza china y un helado con frutas para Katrín. Saca una libreta y escribe. Nadie habla. Cuando termina sus apuntes, Katrín le informa en francés sobre las trafas de los jóvenes de las mesas del fondo. Coco dice que en estos días ha recrudecido la pelea de esta banda con la de Wall Street por zonas de influencia al mejor estilo de película de kung-fu hongkonesa y hasta con chaveta. Yo cuento que es voz pública en Beijing que en estas bandas hay nietos, bisnietos y choznos de dirigentes de alto nivel. Coco añade: Y se rumorea que también hay espías infiltrados del Buró de Seguridad para chequear a los extranjeros que se meten al mercado negro ¿y para qué? para ajustarles las clavijas si algún día se les ocurre atacar con artículos o reportajes publicados fuera de China a Deng Xiaoping. En fin, le digo a Jean Pierre, tú muy bien sabes que cuando no hay libertad de prensa la verdad hay que buscarla en la calle. *Oui*, confirma Jean Pierre y pide otra cerveza. ¿Y qué hacen tantos diplomáticos en la Tienda?, le pregunto a Katrín. Tratan de salvar sus certificados comprando sedas, porcelana, pieles y artesanía de jade, laca y marfil, me contesta. Ajá, le digo. Coco se levanta de la mesa y con el vaso de cerveza en la mano se va a hablar con los jóvenes elegantes del mercado negro. Pierre vuelve a

sus anotaciones mientras Katrín y yo nos entretenemos viendo a través de los grandes ventanales de vidrio ahumado de la cafetería a los diplomáticos con sus esposas llenando sus automóviles con cajas y paquetes. Regresa Coco y nos informa que le han dicho que en Tian'anmen están pasando cosas muy importantes y que si estamos con auto nos recomiendan dejarlo estacionado en algún callejón transversal a Wangfujing, caminar hasta el Hotel Beijing y de ahí ya es fácil llegar a la plaza[25].

Anochecer

Estoy solo en el bar del local antiguo del Hotel Beijing. Apenas Coco me dejó, se acercó el joven camarero Li con una copa doble de brandy. En correcto inglés, me dio la bienvenida después del largo viaje de vacaciones al Perú. Le di las gracias y le aclaré que mi ausencia se debía más bien a una operación de cáncer al estómago. Abrió ojos y boca, exclamó oh oh oh oh oh, me estrechó la mano y retiró la copa de brandy. Me hizo una venia, se fue y rápido volvió con un jugo de frutas. Estoy agotado y nuevamente ese malestar de cincho duro de acero en la cicatriz y no es para menos después de haber permanecido varias horas entre la multitud de la plaza con la apreciable ayuda de Coco, pues Jean Pierre y Katrín se habían metido al centro de la plaza con la terca resolución de lograr una entrevista exclusiva a Wuer Kaixi, el joven uygur de veinte años de edad que ayer, frente a miles de millones de televidentes chinos y de todo el mundo, se había enfrentado al despótico primer ministro Li Peng. Mientras tanto, Coco y yo, luego de una larga espera de turno, pudimos sentarnos en un banco al lado de la altísima asta de la

plaza. Ahí, Coco, entre la bulla de la muchedumbre, fue traduciéndome lo que apenas podía captar de los informes, discursos, mensajes y adhesiones que se transmitían por pequeños y débiles altoparlantes amarrados en árboles y postes de la plaza. Ahora, me dice Coco, están leyendo una declaración firmada por varios institutos de investigación y desarrollo del Consejo de Estado, por la CITIC y por la Asociación de Economistas Jóvenes de Beijing en la que se pide que se publiquen las intimidades de la toma de decisiones de la dirección máxima y su divergencia de opiniones y se pide que de inmediato se convoque una sesión especial de la Asamblea Popular Nacional y también un Congreso Extraordinario del Partido. Por último, se pide a los estudiantes que levanten su huelga de hambre porque el Gobierno está dispuesto a tomar acciones extremas, termina de traducirme Coco. La lectura de esta declaración se repite cada cuarto de hora. De pronto, se anuncia la presencia en la plaza de altos cuadros de la Comisión Estatal de la reforma estructural y luego se escucha una voz alta y enérgica. Es un miembro de esa comisión, me informa Coco y me traduce: Dice que su obligación es comunicar con profunda pena e indignación la noticia absolutamente cierta de la destitución de Zhao Ziyang de su cargo de secretario general del Partido. ¿Cómo?, le pregunto a Coco. Sí, lo sacaron, me contesta. Aquí se arma la grande, le digo y mientras se repite una y otra vez la noticia de la destitución de Zhao la multitud va callándose paulatinamente hasta solo escucharse en el amplísimo cielo de mar o de estepa de Tian’anmen la voz ronca y enfurecida de un joven y Coco me traduce: Pide a los obreros, estudiantes y trabajadores estatales y de comercio de todo el país que se declaren en huelga general y exige a las masas que de

inmediato se pongan en acción para desplegar una lucha de vida o muerte, me dice Coco. La muchedumbre, como emergiendo de un tenso letargo, comienza a hormiguear de un lado para el otro y grupos de estudiantes con banderas y carteles y gritando huelga general se lanzan a recorrer la plaza y Coco me dice: Mejor nos vamos al Hotel Beijing, puede haber disturbios. Sí, le digo, tienes razón, nos paramos y emprendemos la lenta marcha hacia el Hotel Beijing. Ojalá que a Liang no le pase nada grave, digo y me apoyo en el brazo de Coco. Y caminamos por entre la gente y los ciclistas que en tumulto van y vienen a la plaza copando de canto a canto los ciento veinte metros de ancho de la avenida de la Paz Celestial. Va anocheciendo y aún no se encienden las luces del alumbrado público y el calor que desciende del cielo destella en amarillo quemado sobre las tejas de la tribuna de Tian'anmen y sobre los ventanales del Hotel Beijing y baña los rostros de la multitud silenciosa, y le digo a Coco: Parece que estuviéramos ingresando al paisaje urbano de un sueño. Coco me mira. Sí, así es el color de los sueños, afirmo, y para salir de este sueño tendremos que seguir caminando por esta avenida miles de miles de kilómetros con esta muchedumbre de millones de millones de personas todas iluminadas con esta luz ámbar y tal vez al final de la marcha cuando salgamos del sueño no encontremos nada, le digo. Saco el pañuelo y me seco algunas lágrimas. Ya falta poco para llegar al Hotel Beijing y Coco me estrecha el brazo.

Noche

Desde que llegué a China, siempre me ha gustado venir a este bar del local antiguo del Hotel Beijing a paladear brandy, en soledad, copa tras copa, frente a sus grandes ventanales que dan a la avenida de la Paz Celestial. Su ambiente de vetusta película de aventuras en el lejano oriente —barrocas arañas de cristal, cortinajes púrpuras, columnas oro viejo, mostrador de madera negra con barra dorada y vitrinas con espejos— nunca ha dejado de introducirme en la oscuridad de los melancólicos cines de Arequipa donde mi adolescencia comenzó a inflamarse en la nostalgia de desconocidas ciudades de sol y a estremecerse en el descubrimiento de la belleza en rostros que titilaban en la penumbra azul de la vermut y el camarero Li con elegante uniforme de cadete entra corriendo por entre las mesas agitando en el aire un telegrama y gritando mi apellido con el tratamiento de sir. El *groom boy* chino de la década del treinta al acercarse a mi mesa se transforma en la camarada Li con pantalón negro, camisa blanca y corbata de lazo granate que me trae un vaso de leche. Cinco para las nueve en el reloj de pesas y péndulo de la pared y no aparece Coco ni Katrín ni el periodista. Entre un grupo de personas que sale del viejo comedor del fondo distingo a Fernando. Me ve y se acerca a la mesa. Viste tropical conjunto safari de seda cruda azulina. ¿Y dónde estacionaste tu carretilla?, me pregunta burlón, toma asiento y pide un brandy doble. Señalando a su grupo que a paso lento se dirige al ambiente nuevo del Hotel me informa: Periodistas, no saben nada de China. ¿Y cómo llegaste ahora con tanto alboroto? ¿En burro o en helicóptero?, sigue con sus bromas. En auto, le contesto y le informo que Katrín está trabajando de intérprete de un periodista francés que he conseguido un auto. Justo lo que necesitabas. ¿Y qué te

parece la destitución de Zhao?, me pregunta. Que ahora Deng de verdad domina el Ejército, le digo, y esto es muy grave, creo que habrá resistencia civil. Sí, dice, saca del bolsillo una octavilla y me la entrega. Ahí, en el reverso está escrita la traducción al español que ha hecho un amigo chino. Y leo en silencio: Varias sugerencias sobre las tácticas del movimiento estudiantil en el presente: la huelga de hambre y el diálogo ya no son nuestros medios ni demandas. Debemos efectuar una huelga pacífica de sentados en la plaza y exigir que el camarada Zhao no sea removido de su cargo. Luego leo la repetición de las exigencias que he escuchado en la plaza y el volante termina aconsejando a la gente que no se asusten como pájaros cuando lleguen las tropas. Le devuelvo el volante y Fernando me dice que lo están repartiendo tiendo por todo Beijing. Se pone de pie, levanta el brazo y tecleando el aire llama la atención de Katrín que con el cuello estirado está repasando con la mirada la escasa clientela del bar, pues el grueso del contingente de periodistas y camarógrafos extranjeros o están en el plaza o en el sector moderno del Hotel donde se ubican las cabinas telefónicas de discado directo con el extranjero o en las oficinas de fax. Nos divisa y se acerca. Voy a decirle a Jean Pierre donde estamos, dice y me pregunta: ¿Y Coco? Me dejó aquí y volvió a la plaza. No te preocupes, no tarda en llegar, le contesto. Katrín nos entrega un ejemplar del *Renmin Ribao*. Es una edición extraordinaria que acaba de salir, nos informa y se va. Son apenas cuatro páginas con grandes titulares y fotografías de Zhao Ziyang, de huelguistas de hambre, de jóvenes con vinchas y de dirigentes de edad mediana. Mientras Fernando traduce algunos caracteres, el camarero Li mete su cabeza por sobre su hombro con los ojos bien abiertos. Vuelve Katrín, ¿y qué te sirves?, le ofrezco. Un

brandy, le pide el periódico a Fernando y nos dice: Este artículo de primera plana es el discurso que el alto cuadro de la Comisión Estatal de la reforma estructural pronunció esta tarde en Tian'anmen. ¡Pero qué tonta he sido!, me olvidé de contarles que los estudiantes a las nueve de la noche levantaron su huelga de hambre y de inmediato han iniciado una huelga pacífica de sentados. ¿Y qué se sabe de la destitución de Zhao?, le pregunto. Las fuentes oficiales niegan tal destitución, pero reconocen que Zhao ha pedido licencia de tres días por enfermedad. Fernando insinuando una intrigante sonrisa palaciega comenta: Nunca más volveremos a verlo al pobre Zhao. Y yo digo: Parece que el pleito con Deng viene de lejos. Zhao siempre se ha opuesto a los negociados que el hijo de Deng hace desde la Presidencia de la Fundación de Ayuda a los Minusválidos. Jean Pierre se acerca a la mesa. Deja sus cámaras y libretas de notas sobre una silla, estrecha la mano de Fernando, se sienta, pide una cerveza y dice: Gracias a dios que ahora trabajo para un semanario y no para una agencia y tengo tiempo hasta para tomarme una cerveza. Desde el sector moderno del Hotel nos llega el rumor de un tumulto y cuando Katrín se dispone a ir a ver lo que está sucediendo aparece Coco y nos dice que todos los extranjeros que estaban en la plaza han venido corriendo al Hotel para ver por televisión algo demasiado importante que de un momento a otro se transmitirá. Y nuestro tranquilo bar antiguo es invadido por un tropel de periodistas con sus intérpretes que arrastran sillas y se acomodan frente al pequeño televisor del estante de madera al lado izquierdo de las vitrinas de licores. Recién entonces nos percatamos de que están pasando una antigua película en blanco y negro sobre la Gran Marcha. Coco me dice que se encontró con Tin Tin y que ella le dijo

que Liang había resistido muy bien la huelga de hambre y que ahora en la misma plaza estaba siendo chequeado por los médicos de la Cruz Roja. Se corta la película y en la pantalla aparece la panorámica de un auditorio débilmente iluminado. En el proscenio, Li Peng preside una larga mesa de vejetes con uniforme militar o casaca tipo Mao azul o gris. Detrás de los más ancianos, hay enfermeras listas para atender cualquier emergencia de senectud. Las butacas de la platea están ocupadas también por viejos con igual vestimenta: el ambiente en su conjunto es demasiado sombrío. Mientras Katrín le traduce al francés a Jean Pierre lo que está diciendo el locutor, Coco me dice en español: Es una reunión de emergencia de altos cuadros del Partido, del Gobierno y del Ejército. La cámara enfoca a Li Peng. Se pone de pie, hace una venia y comienza a leer un discurso. Coco traduce: Dice que Beijing se encuentra en una situación crítica. El estado de anarquía que ha dominado estos días se ha ido agravando a tal extremo que el orden y la ley están seriamente amenazados. Un grupito muy reducido de maleantes ha estado utilizando a los huelguistas de hambre como rehenes para forzar al Partido y al Gobierno a aceptar sus demandas políticas. Este puñado de manipuladores ha querido usar la conmoción para conseguir sus intereses políticos: negar la dirección del Partido y alterar el sistema socialista, traduce Coco. Toma cerveza y luego de escuchar un rato dice: Ya no vale la pena seguir traduciendo, está repitiendo lo mismo. El hermoso bar se ha transformado en una iglesia con misa mayor: la voz gangosa y arrastrada del obispo Li Peng seguida en cada pausa por las susurrantes letanías de las traducciones de los intérpretes. Luego la cámara enfoca al presidente de la república Yang Shangkun que informa en tono monocorde que para mantener

el orden social las autoridades no han tenido otra alternativa que movilizar las tropas hacia el centro de la capital. Y los periodistas, camarógrafos e intérpretes abandonan en tropel el bar atropellando sillas y mesas e invaden el *hall* del sector moderno del Hotel Beijing. ¿Y la entrevista a Wuer Kaixi?, le pregunto a Katrín. Muy difícil, me contesta, a lo mejor mañana.

Medianoche

Al lado de Jean Pierre que maneja el auto se ha sentado Coco para poder orientarlo mejor por las calles y avenidas de Beijing; en el asiento de atrás, voy con Katrín. Fernando se embarcó con los latinoamericanos. En las esquinas de los oscuros callejones que dan a las grandes avenidas, se ven numerosos grupos de personas en ropa de pleno verano: pantalón corto y camiseta, los hombres, y faldas y blusitas ligeras, las mujeres. Discuten o hablan tranquilamente o se organizan en comités de resistencia vecinal. Nadie duerme en Beijing: todos están en las calles esperando el anunciado ingreso de las tropas que rodean la capital, más de ciento cincuenta mil soldados. El calor es pesado y la noche demasiado clara. Detenemos el auto en el barrio de la calle Dongzhimen y al instante nos vemos rodeados por niños y jóvenes que se esfuerzan en hablarnos en un inglés rudimentario y Katrín y Coco les responden en chino y todos se ríen y festejan golpeando cariñosamente el auto. Preguntan sobre lo que hemos visto en otros sitios de la ciudad. Un señor de edad mediana con brazalete rojo se abre camino por entre los curiosos y no aconseja que pongamos en el parabrisas un letrero que diga que somos periodistas, porque la

gente puede confundir nuestro auto con el de algún alto dirigente y podemos tener problemas. Dos niños salen corriendo del grupo y un joven ciclista nos informa que en Gongzhufen se está dando en estos momentos la primera resistencia civil contra el avance de las tropas a Tian'anmen. Los dos niños vuelven corriendo con un cartel y lo sujetan en el parabrisas*. Xiexie xiexie xiexie xiexie*, les agradecemos en coro y el señor del brazalete rojo nos dice que mejor vayamos con las luces interiores del auto prendidas para que tanto los soldados como los civiles vean que somos extranjeros. Jean Pierre enciende el motor y la multitud que se ha ido congregando alrededor del auto nos pide que volvamos para contarles lo que está pasando en la ciudad y nos despiden agitando la mano. Y la noche sigue calurosa, quieta, sin aire. Por indicación de Coco doblamos a la izquierda para salir a una avenida que nos lleve directamente a Gongzhufen, un cruce de pistas a siete kilómetros de Tian'anmen. Pero es imposible avanzar rápido: las calzadas están tomadas por grupos de gente de toda edad. En cada intersección con principales calles de populosos barrios, nos encontramos con miembros de los comités de resistencia vecinales que nos piden transmitir al extranjero lo que estamos viendo porque la prensa oficial es muy mentirosa. Y nuevamente a encender el motor y avanzar. Cuando ya estamos por llegar a Gongzhufen, un grupo de mujeres en plena pista levantando los brazos nos impiden el paso. Jean Pierre frena y apaga el motor. Salimos del auto y vemos un intenso ajetreo de colmenar: cientos de jóvenes a puro pulso y a los gritos de *yi er san si* trasladan pesados bloques de cemento de señalización de carriles de circulación a la esquina donde los vecinos de los barrios aledaños están construyendo una alta y gruesa barricada con bolsas de arena,

palos, fierros y viejas carretas. Y recuerdo los documenta les que hace años vi en el Perú de chinos hormigas construyendo represas. Coco, luego de hablar con un joven, nos dice que el chinito le ha indicado el camino que debemos tomar para llegar sin ningún tropiezo a Gongzhufen. Entramos al auto y nos metemos a una calle estrecha, silenciosa, desierta. Coco señalando un tumulto de gente en medio de una avenida exclama: ¡Por fin, nuestra meta! Katrín aconseja estacionar ahí no más y caminar hasta el cruce de pistas. Jean Pierre con sus cámaras y lentes seguido de Katrín se mete por entre la multitud mientras Coco atento a mi salud camina a mi lado. Son miles de miles de personas que en masa compacta, pacífica y silenciosa, ocupan la avenida de pared a pared impidiendo la entrada de una larguísima columna de vehículos militares con soldados armados, muy jóvenes. Entre la barricada humana y el camión piloto hay una anciana sentada en el suelo. Llorando y moviendo las manos les habla a los soldados. ¿Qué dice?, le pregunto a Coco. Les está diciendo, me traduce Coco, ¿cómo pueden tener corazón para reprimir a esos estudiantes que están tan débiles? Ahora, les dice: Todo Beijing apoya a esos jóvenes y si ustedes insisten en seguir adelante primero sus camiones tendrán que pasar sobre mi cuerpo. Los soldados la miran con reverencia, bajan la cabeza, y lloran. Entonces, los niños se trepan a los camiones y obsequian a los soldados frutas y caramelos. Un viejo le dice a Coco que esta resistencia pacífica se está dando en todos los puntos importantes de ingreso a la ciudad y que los ciento cincuenta mil efectivos que el Gobierno ha concentrado en las afueras de Beijing no podrán avanzar porque no se atreverán a manchar con sangre del pueblo su gloriosa tradición revolucionaria. La gente de la barricada humana se

disgrega y rodea cada camión y yo le digo a Coco que este espectáculo visto desde arriba debe parecerse a un tablero de *go* donde las fichas enemigas, negras y blancas, se confunden en intrincadas figuras. Nuevamente la debilidad en todo mi cuerpo y el intenso dolor en la cintura, y Katrín y Jean Pierre no aparecen. Coco me consigue un banquito y va a buscarlos. Un suave viento enfría la madrugada, y una señora me invita una taza de té verde caliente. Por fin, Katrín y Jean Pierre llegan en bicicleta y me dicen que unos jovencitos se las prestaron para que recorran toda la columna de vehículos militares. ¿Y cuántos han contado?, les pregunto. Ciento veinte, me responde Katrín, y Jean Pierre agrega: y en cada uno hay más de treinta soldados. Viene Coco y volvemos al auto. Me muero de hambre, dice Katrín, y yo los invito a mi departamento. Ahí podremos preparar algo, porque a esta hora no encontraremos ningún sitio abierto en Beijing, digo. Por el este, ya se anuncian los primeros celestes y dorados del día.

20 de mayo

Mañana

Sueño profundo.

Mediodía

En crepuscular duermevela, masajes en los pies dados por la *ayi* y dolor en todo el cuerpo. Sopa de gallina con canela, jengibre y mandarina, medallones de cerdo con berenjena y abundante ajo, y arroz al curri con pasas y manzana. Jalea de acerolas y jarras de jugo de naranja.

Tarde

Sueño denso y agitado.

Noche

Esther y la doctora marsupial a uno y otro lado de mi cama. Presión: buena. Temperatura: normal. Pulso, ojos y lengua denotan leves disfunciones renales. Seguir con la misma prescripción anterior y no volver a escaparse del Hotel. Se va en trote de ronda la doctora

marsupial, y Esther me aplica la imposición de manos mientras el *fuwuyuan* He desde la puerta de la sala me hace señas y gestos de protesta y de enojo por no haberlo llevado en auto.

21 de mayo

Mañana

Nueve y cuarto y mi sueño ha sido tranquilo y sin sobresaltos ni sudores. Llamo por teléfono a Fernando: no está. Descorro la cortina celeste de la ventana: ciclistas y peatones transitan con la normalidad de cualquier día de trabajo. En la cocina, la *ayi* conversa con la señora lindao, y en la sala, He hace la limpieza. Lo saludo y entro al baño. El agua fría de la ducha me reanima y ya no me molesta la cicatriz de la operación. He toca la puerta y me dice que Coco me está llamando por teléfono. Me pongo una bata y salgo chorreando agua. ¿Qué está pasando en Beijing?, averiguo. ¿Cómo te sientes?, me pregunta. Muy bien, el reposo absoluto de ayer me ha dejado listo para otra aventura más. Pero dime, ¿qué está pasando en Beijing? Ayer en la mañana, me contesta, el Consejo de Estado impuso el estado de sitio en algunas zonas de Beijing y el Gobierno Municipal ha dictado tres decretos muy fuertes para poner orden en la ciudad. ¿Y las tropas? No pueden avanzar hacia Tian'anmen, me dice y luego me explica: En la noche, los comités de vecinos levantan barricadas como la que vimos en Gongzhufen y en la mañana las desmontan para no alterar el tránsito. Durante el día, la gente rodea los camiones y los estudiantes sentados con las piernas cruzadas sobre las cabinas discuten con sus camaradas soldados la actual situación política y económica de China mientras los niños trepados como monitos en las barandas de la plataforma alcanzan a los soldados galletas, cigarros, frutas y caramelos de

parte de las ancianas que desde las aceras les sonríen como abuelitas. En toda la ciudad se han normalizado las actividades. Como la policía se ha retirado, la ciudad está bajo la autoridad de los comités de vecinos, de los milicianos y de los trabajadores, y todos dicen que nunca en Beijing se ha visto tanto orden. No hay robos, ni peleas callejeras ni mucho menos accidentes de tránsito. ¿Y el estado de sitio?, le pregunto. Ni mierda, me responde, nadie le hace caso y en las esquinas la gente dice que esos decretos del Gobierno Municipal solo son maullidos de gatos de papel. ¿Y en Tian'anmen? Sigue la huelga de sentados en las Aldeas de la Libertad. ¿Y eso? Mira, me explica, los huelguistas se han organizado por centros de estudios en conjuntos de carpas. Se está comentando que a partir de mañana se inicia la huelga de hambre por relevos otra novedad? Sí, me contesta, un grupo de estudiantes se declara en huelga de hambre por setenta y dos horas y luego es reemplazado por otro grupo igual y así hasta cuando todos los millones de millones de estudiantes chinos hayan cumplido con su cuota de sacrificio. O sea que tienen para largo, le digo. Claro, me confirma: la infinitud numérica. Y a propósito de las barricadas, lo interrumpo, estaba pensando que para los chinos ese trabajo de levantar altas y gruesas barricadas por la noche para desmontarlas en la mañana debe ser un juego de niños si pensamos que hace más de dos mil años construyeron la Gran Muralla de cinco mil kilómetros de longitud. Y Coco exclama: ¡Estos chinitos son como la gran puta!, luego me dice: Bueno, te llamaré más tarde. ¿Dónde estás?, le pregunto. En el Hotel Beijing, con Katrín y Jean Pierre. ¿Sabes algo de Liang?, indago. Nada. Si lo encuentro en Tian'anmen, de inmediato te llamo. Cuídate, chau, y cuelga el fono.

Tarde

El cielo está nublado y corre un viento agradable por la avenida del Puente Blanco. Ya no hay manifestaciones y el tránsito de auto, ómnibus y bicicletas es fluido y normal. Solo se ven largas y ordenadas colas en la cooperativa y en los puestos del mercado libre que quedan frente al Hotel. Todo esto me huele mal, le digo a Fernando. Sí, me contesta y proseguimos nuestro paseo hasta la Universidad del Pueblo a un kilómetro del Hotel de la Amistad. Y digo: En la televisión solo están pasando comunicados que no entiendo, óperas de provincias y antiguas películas sobre las hazañas del ejército. Fernando luego de prender un cigarro me dice: Después del discurso de Li Peng, el ejército tomó todos los locales de televisión, radio y prensa de Beijing. Esos comunicados son los mensajes de apoyo de dirigentes de provincias a las medidas tomadas en Beijing. Descansemos, le propongo. Cómo no, y entramos a una pequeña tienda de artesanía para extranjeros con aire acondicionado y *snack bar*. Ni un solo cliente. Fernando pide una cerveza y yo un jugo de frutas. Te cuento, me dice Fernando, que toda la mañana he estado recorriendo en bicicleta los alrededores del Hotel y la gente dice que no se justifican las medidas del Gobierno puesto que no hay ningún tipo de violencia y el pueblo sabe controlar sus cosas por sí mismo y que eso de ordenar el ingreso de más de ciento cincuenta mil soldados armados para instaurar el orden social en la ciudad es como querer utilizar cañones para matar mosquitos, termina de contarme riendo. Salimos de la tienda y proseguimos nuestro paseo. Por en medio de la pista, avanza una camioneta con banderolas y gente con brazalete rojo. Un

estudiante chino nos informa en inglés que es un piquete de milicianos de un barrio de la zona de la Colina Perfumada que viene a ayudar a dirigir el tránsito y a cuidar el orden en la ciudad y que en todo Beijing se han formado tales piquetes. Llegamos a la Universidad del Pueblo, más grande en extensión que el Hotel de la Amistad. Entre la multitud de curiosos que se congregan en la entrada y en su avenida interna trajinan expertos, estudiantes y periodistas extranjeros con cámaras fotográficas y de video. Por los altoparlantes de las altas columnas que sostienen el largo dintel de la puerta de estilo chino, se emiten las últimas noticias. Se acerca Carlos, estudiante mexicano que en esta universidad investiga las políticas demográficas de China, y nos pregunta si ya vimos el periódico mural. No le contesto y nos dice que lo sigamos. Nos abre camino en el tumulto hasta su turno frente al mural. Se exhiben fotografías a todo color de los huelguistas, de las manifestaciones, de los camiones del Ejército rodeados por el pueblo y de las barricadas y hay recortes de periódicos de Hong Kong y dazibaos. Carlos nos dice que son copias de los comunicados de las federaciones que han comenzado a formarse desde ayer en Beijing. Ese de la izquierda es de la Federación de Intelectuales y el de al lado de los patriotas que defienden la Constitución. Y esos papelitos de abajo son las transcripciones de los telegramas que han enviado a las unidades militares que rodean Beijing pidiéndoles que no apliquen el estado de sitio. De pronto, cesa el rumor de la multitud y solo se escucha la voz enérgica de un estudiante emitida por los altoparlantes. Carlos nos dice: Está leyendo el último comunicado del comando de la plaza Tian’anmen. Dice que si el Gobierno quiere que los estudiantes y el pueblo que los apoya dejen la plaza se tienen

que cumplir las siguientes exigencias: Primero, el retiro inmediato de las tropas; Segundo, el levantamiento del estado de sitio; Tercero, la destitución de Li Peng; Cuarto, la renuncia de Deng Xiaoping; Quinto, la renuncia de Yang Shangkun; Sexto, la restitución de Zhao Ziyang; y Séptimo, la convocatoria de una reunión de emergencia del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional, termina de traducir Carlos. Fernando dice: El enfrentamiento será a muerte.

22 de mayo

Mañana

El timbre insistente del teléfono me despierta. Es la señora Shang que me llama desde la Oficina de la Agencia. Se interesa por mi recuperación, me informa que el trabajo continúa normal como cualquier día y después de pedir disculpas por molestarme tan temprano dice que va a leer el primer párrafo de un artículo que acaba de traducir sobre una reserva natural de la grulla de cresta roja. Escucho con atención y le indico el cambio de un tiempo verbal y la sustitución de una preposición. Me agradece y me comunica que ya se han hecho todas las gestiones para el viaje a China de mi sobrina Rosita que vendrá a cuidarme hasta octubre para luego acompañarme en mi retorno definitivo al Perú. Me levanto de la cama, corro a la cocina y abrazo a la *ayi* de alegría y le digo que muy pronto llegará mi sobrina. La *ayi* aplaude y yo salgo a tomar mi diario baño de sol cantando la Marcha Triunfal de Aída.

Atardecer

Abro los ojos y ahí sentada en la mecedora al lado de mi cama está Tin Tin leyendo un libro. ¡Tin Tin!, exclamo y me levanto de la cama. ¿Y qué fue de tu vida?, me has tenido sumamente preocupado, le reprocho. Tin Tin arreglándose sus largas trenzas negras me dice en su español con vestigios de cantarina entonación

cantonesa: Estuve atendiendo a Liang, y luego de suspirar agrega: además, no era conveniente llamarlo a cada rato por teléfono. Entiendo, le digo y nos vamos a la sala. ¿Te sirves algo? Un té, gracias. ¿Y cómo está Liang? Solo tuvo un resfriado y ahora sigue con la huelga de sentados. ¿Pero no te parece que ya es mucho exigirle? Sí, pero él se ha propuesto llegar hasta el final de la lucha, se triunfe o se fracase, me dice y luego de prepararse el té añade: le agradece mucho por los casetes y el *walkman* que le envió a través de Coco. Y ahora mire bien, me dice y mueve sus delicadas manos en el aire y luego de un rápido pase de magia frente a mis ojos aparecen dos tarjetitas entre sus dedos de bailarina. Riendo me explica que son las entradas para la función de magia a la que me invitó Liang pero que debido a los tumultos de estos días tuvo que postergarse hasta hoy y así que alístese que la presentación comienza a las siete de la noche. Gracias, miro el reloj y le digo que la invito a cenar en el comedor del Hotel. Tin Tin, al estilo antiguo, pone una mano sobre otra al lado derecho de su cintura, hace una grácil inflexión de piernas como apenas sentándose un segundo en el aire y en tono agudo de cortesana de Ópera de Beijing canta: *Xiexie xiexie xiexie xiexie*.

Anochecer

Y mientras Tin Tin me va contando que los estudiantes en huelga de sentados han levantado en Tian'anmen *Aldeas de la Libertad*, el taxi avanza rápido por la autopista de circunvalación número uno. Hace calor y la gente está en las veredas y en las barandas de los pasos a desnivel esperando el refresco del sereno. Me informa

también que cuando dos altos dirigentes del Buró Político del Partido visitaron a los huelguistas de hambre que atendían en un hospital un alumno de la Universidad de Beijing les dijo que los dirigentes del Gobierno y del Partido ya habían perdido la confianza del pueblo y que debido a sus erradas políticas los estudiantes universitarios se dedicaban preferentemente a cuatro actividades: primera, jugar cartas todo el día; segunda, solo estudiar inglés para irse al extranjero; tercera, emplear el tiempo en ganar plata en cualquier tipo de comercio o negocio para poder divertirse en discotecas o hacer viajes de placer; y cuarta, estudiar bastante para obtener becas en el exterior y ya no volver a China o para lograr altos puestos en empresas extranjeras que operan en el país. ¿Y qué le contestaron los dirigentes?, le pregunto. Como siempre, nada, solo movieron la cabeza. El auto deja la autopista, seguimos por una avenida y al voltear a la izquierda para entrar a un callejón nos topamos con una tranca de costales de tierra, maderas y fierros de construcción. Tin Tin me dice: Materiales para la barricada de la noche así que tenemos que ir a pie hasta el teatro, y habla con el chofer. Vendrá a buscarnos a las nueve. Y entramos al callejón. ¿Por aquí no vive Liang? Sí, me contesta Tin Tin. Es uno de los pocos barrios antiguos que aún quedan por esta zona, agrega. Y en efecto, el barrio está rodeado de feos paralelepípedos de quince pisos con pequeñas ventanas y un depósito de agua en la azotea a manera de sombrero cursi con aleros de remedo imperial al estilo modernización y apertura Deng Xiaoping. La casa de Liang, me dice Tin Tin señalando una puerta de madera ocre en medio de una pared de ladrillos grises con tejas musgosas. ¿Estará su mamá?, le pregunto. No creo, debe estar en Tian’anmen, pero veamos. Y toca

la puerta con un aldabón de bronce y se abrió la puerta y entramos a un zaguán. En una de las paredes vi un espejo enmarcado en madera negra con talla de dragones. ¡Qué hermoso adorno!, comenté. No es un adorno, me aclaró Tin Tin, es para espantar de la casa a los demonios malos. Sucede que los demonios malos se creen muy hermosos de tal manera que cuando quieren entrar a una casa y ven en el espejo su horrible rostro imaginan que es la residencia de un demonio más cruel que ellos y huyen asustados, me informó. Y yo que pensaba mirarme en ese espejo, le dije con fingida seriedad. El zaguán era corto y oscuro y conteniendo el llanto había corrido por el zaguán abovedad de sillar de mi casa de San Lázaro de Arequipa y con Tin Tin y Liang cruzamos el patio de lajas adornado con macetas y un níspero en el centro y el patio de mosaico con un pino en el centro era muy grande y por más que corría no llegaba al comedor de mamparas de vidrio y Liang abrió la puerta de la mampara de simétricas ventanitas de madera negra cubiertas con papel lechoso y transparente y nos recibieron Siu el joven de la oficina y Chin Lu una compañera de estudios de Tin Tin y por fin había llegado al comedor y ahí estaba mi papá sentado en un sillón de cuero y raulí con una garrafa de vino y por el gran ventanal que daba a la huerta se veía la higuera y más arriba en el cielo azulísimo la nieve del Misti y en el comedor sobre una mesa redonda de madera almagrada refulgían en la penumbra del atardecer antigua porcelana blanca con diseño azul de dragones y copas de cristal púrpura y caramelos y frutas en canastitas de bambú y mientras Tin Tin y Chin Lu ayudaban en la cocina Siu me rodeaba caminando al estilo de los jóvenes intelectuales de la dinastía Tang y primero asentaba el talón y luego la planta con la punta del pie en

ángulo obtuso en relación con el hombro y me ofrecía frutas y caramelos y Liang frente a mí con los pies un poco separados y las manos caídas naturalmente a los costados y en suave vaivén de péndulo sonámbulo me miraba con adormilados ojos almendrados y recitaba antiquísimos poemas sobre la amistad y el vino en melodías clásicas y cortesanas y los sollozos incontenibles no me habían permitido contarle a mi papá que mis amigos con piedras y feroces insultos me habían corrido del atrio de la capilla del barrio y así como nunca he podido recordar lo que había pasado ese remoto atardecer nunca he podido olvidar que esa fue la primera vez que tuve miedo a la soledad y que sentí la concreta existencia del infierno y el joven Liang luego de hacerme una imperial reverencia me mostró una maceta con un cactus que colocó en el alféizar de la ventana que daba al jardín interior de la casa y en medio del marco de madera negra a contraluz de un cielo todavía lila de luna llena rutiló el botón rojo del esbelto y verde cactus y llorando le había agarrado la mano a mi papá y mis innumerables hermanos con sus amigos jugaban en la huerta y mi mamá les preparaba dulce de membrillo y entre risas y bromas nos sentamos a la mesa y mientras la madre de Liang iba y venía del comedor a la cocina con fuentes y soperas Tin Tin y Chin Lu y Siu y Liang y yo saboreábamos gallinitas de carne negra con salsa de hongos blancos abiertos como orquídeas y filetes de cerdo en olla de barro y crocante pescado agridulce con azufaifas y vermicelis de harina de arroz con fresca y amarga balsamina y para endulzar el paladar semillas de nenúfar confitadas con azúcar cande y Liang luego de lanzar una suave y prolongada espiración con la boca en forma de «o» dijo leve dieta para operado de cáncer y todos reímos y apareció la mamá de Liang

con un tazón de sopa humeante solo para usted me dijo y los cuatro jóvenes cuchichearon mirándome de reojo y Tin Tin y Chin Lu se taparon la boca sonrojadas y la madre de Liang dijo que había llegado la hora de los brindis y sirvió vino en las copas de cristal púrpura pero como usted todavía no puede beber licor tome la sopa me invitó y se brindó por mi pronta recuperación y porque nunca me fuera de China y era una sopa de fuerte y agradable sabor desconocido y pregunté ¿de qué es? y todos en coro me contestaron *niu bian* y dije ¡ah! y aplaudiendo les di las gracias porque ahora sí tenía la seguridad de llegar a los cien años de edad y había dejado a mi papá sentado en su sillón de cuero y raulí con una garrafa de vino tinto y había corrido por el laberinto de habitaciones de techo abovedado con ventanas de iglesia de la casa de sillar de San Lázaro hasta llegar a mi dormitorio y ahí echado sobre mi cama en posición fetal había cerrado los ojos con la determinación de nunca más despertarme y como en el transcurso del banquete Liang me había sorprendido varias veces mirando de reojo el esbelto cactus y no había hecho ningún comentario supuse que se trataba de un juego sorpresa y no le dije nada pero en cada furtiva mirada advertía que el botón iba abriéndose poco a poco a la luz de la luna llena y que su aroma también iba incrementándose de tal manera que justo al término del banquete el cactus lucía una flor roja de cultivada fragancia silvestre y Siu colocó la maceta sobre la mesa y Liang con unas tijeras cortó la flor y me la entregó y Tin Tin apagó la luz y en las ondas argentadas de la penumbra del comedor la flor destelló como un incendio entre mis manos y sin embargo mi mamá me había despertado y era de noche y salí a la alameda y luego de cruzar el patio con un níspero en el centro y entrar al zaguán con Tin

Tin y Chin Lu y Siu y Liang vi desde la puerta de mi casa de sillar el atrio de la capilla desierto y tuve miedo y lloré y nunca he podido saber si todo esto solo fue un sueño de niño y Tin Tin vuelve a tocar con el aldabón de bronce y me dice: No hay nadie. Seguramente su mamá se ha ido a Tian'anmen a verlo, y reiniciamos nuestra marcha por el callejón rumbo al teatro para llegar a tiempo a la función de magia.

Noche

Por fin, después de una larga caminata por laberínticos callejones, estamos sentados en cómodas butacas. El teatro del barrio de Liang es grande y viejo, pero bien conservado. Vamos a ver al mejor mago de China, me informa Tin Tin cascando una a una semillas de girasol. Grupos de curiosos en el antepecho del foso de la orquesta observan el afinamiento de los instrumentos músicos, los niños corren y se llaman a gritos por los pasadizos laterales y los jóvenes de pie frente a sus butacas de espaldas al escenario ven sin ver y son las matinés de seriales de los cines de mi adolescencia arequipeña. Del techo con barrocas molduras de yeso penden ruidosos ventiladores con enormes paletas de madera. Suenan tres gongs, se apagan las luces y el público se me da en sus asientos numerados. Dentro de una semana viaja a Múnich al concurso mundial de magia, me sigue informando Tin Tin, y apenas si llega a los veinticinco años, me dice asombrada, y desciende de una famosa familia de magos como de hace doscientos años, añade con respeto. En la primera parte del programa, se presentan números de acrobacia y de canto y danzas. Luego de un intermedio, sin

apagarse las luces de la platea, se abre el telón de terciopelo negro y aparece el escenario con cortinajes rojos también iluminado totalmente. Del cielo penden gallardetes amarillo oro de seda estampados con dragones de fuego. ¿No crees que es mucha luz para un mago?, le pregunto a Tin Tin. En China, los magos de alto nivel no necesitan telones de fondo negros ni medias luces, me responde. La orquesta irrumpe con un a marcha de suonas[26], batintines y tambores. El público se pone de pie, mira en dirección a la entrada de la platea y aplaude: ahí está el mago. La orquesta concluye en un solo de batintines y el mago avanza por el pasadizo central. Ahora, en el teatro solo se escucha la melodía de una flauta y la cascada de una pipa[27]. El mago lleva bata talar de brocado negro con dragones entretejidos con hilos de plata. En la coronilla de cabellos cortados al cepillo, luce bonete chino de segrí negro con larga trenza de lana también negra. Camina lento con los brazos cruzados y las manos metidas en las amplias mangas al estilo de los monjes tibetanos. Avanza con los ojos semicerrados y la cabeza gacha. En su rostro juvenil, apenas si puede percibirse la apacible pero profunda respiración de un singular *qigong*, tal vez una esotérica herencia familiar. Sube al escenario bien iluminado y se coloca en el centro entre los cortinajes rojos y los imperiales gallardetes amarillo-oro. Saca las manos de las mangas, respira suave y levantando en semicírculo los brazos hace una amplia reverencia. El público aplaude y la orquesta contraataca con su marcha de suonas y batintines. Abre los ojos. Y sus ojos no son pequeños ni rasgados. Son negros, grandes y redondos, pero con un aire que los hace extrañamente chinos. Y se queda extático mirando la platea iluminada. No trae el tan subido y recargado maquillaje que

acostumbran ponerse los comediantes chinos al extremo de convertirlos en espectrales andróginos. No. Su rostro varonil luce ebúrneo con delicado rubor en las mejillas. Tengo la impresión de que solo me mira a mí, le digo a Tin Tin. Ese es su primer número de magia, me contesta, hacerle creer a cada uno que solo a él lo mira. La orquesta calla y en el silencio del teatro el joven mago con elegante movimiento de brazos suspende sus amplias y largas mangas dejándolas bien dobladas a la altura de la muñeca y muestra sus manos. Luego aletea su mano derecha como paloma blanca y del aire iluminado saca un tazón de porcelana perlina con dragones azules. El público aplaude y el mago con la mano izquierda ruega silencio. Exhibe el tazón: está vacío. Su porcelana es tan delgada y translúcida como la cáscara de un huevo. Lo arremolina entre sus dedos y va llenándose de lustrosos y humeantes granos de arroz. La orquesta vuelve con su marcha y el público de pie lo aplaude. Pero ahora yo sé que no es simplemente una impresión compartida con todos, es una evidencia: el mago solo me mira a mí. Pide silencio y nuevamente se escucha la flauta y la pipa. Con la dignidad sacerdotal de su bata talar de brocado negro con dragones de hilo de plata, baja del proscenio, carnina hasta la fila ocho de mi butaca y se coloca frente a mí. Me levanto y nos quedamos mirando. Con exquisita reverencia me ofrece el tazón de arroz. Apenas mis dedos tocan la porcelana siento fuego en las yemas y el tazón cae al piso hecho trizas y los granos de arroz salen disparados como chispas de una hoguera inagotable. Todo el público de la platea se pone de pie y me mira aterrado mientras el joven mago se abre la bata negra de broca y me muestra el caracter que tiene dibujado con espesa tinta china en su desnudo pecho marfileño y siento un

tenue y asandalado olor a sudor fresco de montaña. Es el mismo caracter del rollo de pintura que Liang me mostro una tarde de verano en una tienda de antigüedades de Dazhalan. Y en la intensidad de la luz que irradian los ojos negros, grandes y redondos pero con un aire extrañamente chino del joven mago comprendo que lo que busco no es la clave de la felicidad, sino la verdad, y descubro que esa verdad, lacerante y bella, siempre ha estado presente en las desconocidas ciudades de sol de mi nostalgia. Y en esa intensidad de luz de los ojos del joven mago y en ese caracter dibujado en su pecho con tinta negra encuentro el camino que debe conducirme al inmenso país de mi adolescencia. El mago con el índice de su mano derecha señala enérgico la punta de mi nariz, abre boca y ojos como mimo y a trancos se precipita por el pasadizo central hacia la salida. El público en estampida gritona lo sigue. Empinándome frente a mi butaca solo alcanzo a distinguir en la puerta de la platea sobre la turbamulta el bailoteo de la trenza negra de lana del bonete de segrí del joven mago y digo: Sangre. Tin Tin, como despertándose de una pesadilla, me dice: Tengo miedo, y me aprieta la mano. Está sentada a mi lado y el público, sonámbulo, desde sus butacas, sigue contemplando el tazón luminoso de arroz humeante que no deja de girar en la mano de paloma blanca del joven mago que permanece en éxtasis de *qigong* sobre el proscenio. ¿Y ahora Liang?, le pregunto angustiado a Tin Tin.

Coda

10 de junio

Un airecillo en ondas verde-azul de jazmines diluye la calina vespertina y encarroña mis sentidos. Son más de las siete de la noche y en el silencio del toque de queda solo se escucha el *Concierto para flauta y arpa* de Mozart. Estoy sentado en un banco frontero a mi departamento en el jardín del Hotel de la Amistad. Visto de luto: blusón y pantalón blancos holgados de corte tradicional chino. Alpargatas de cáñamo. Y en las manos, crisantemos también blancos. He, desde la puerta de la oficina de control, apenas si me ha saludado con un temeroso movimiento de ojos clandestinos. El Hotel está desierto. A los tres días de la masacre de Tian'anmen, llegaron al Hotel cinco ómnibus con bandera de los Estados Unidos custodiados por fornidos *G-Men* —gringos y negros, encorbatados con terno azul, *walkie talkie* en la mano y no disimulada arma corta debajo del saco— para transportar al aeropuerto a los expertos de ese país y sus familias. Y esta colonia es numerosa; pues, en los últimos años, debido a la urgencia de profesores, traductores e intérpretes chinos de inglés para atender las exigencias cada vez mayores de la política de apertura al capital extranjero, fue creciendo el personal de especialistas norteamericanos al tiempo que disminuía el de los expertos del tercer mundo, aumentaba discretamente el de europeos y se expandía sigiloso el de japoneses. Y el Hotel, de tolerante santuario socialista, se convirtió en centro turístico oriental con encendidos matices de campus universitario de relajadas costumbres californianas. Esa mañana, al llamado de altavoces portátiles, los

norteamericanos salieron en estampida a los jardines arrastrando apresuradas maletas bajo la distante vigilancia de soldados chinos armados. En inglés, español, francés y chino nos recomendaban a gritos el cuidado de las cosas que dejaban en sus departamentos. La incomparable vecina Kelly, antes de correr hacia los ómnibus, me aconsejó llorando que dejara de inmediato China. Bajando la voz me dijo que un amigo de su embajada le había dicho que de un momento a otro podría estallar una guerra civil, pues una poderosa división militar acantonada en las afueras de Beijing se había rebelado contra Deng Xiaoping y amenazaba con tomar a sangre y fuego la capital. Apretándome la mano y sin dejar de llorar, me confió asustada: Son manchúes y no saben chino, y se fue corriendo hacia los ómnibus llevando solo un maletín de mano. En la noche, comentando las incidencias del día con un grupo de latinoamericanos, Fernando dijo: A la gringa esa no le falta razón para estar asustada. Los manchúes nacen guerreros y desde cuando los desalojaron de la Ciudad Prohibida después de tres siglos de gobierno siempre han estado esperando la primera oportunidad para expulsar a los Han y volver a disfrutar el poder y sobre todo las delicias del imperio, y se sonrió al estilo de eunuco viejo de la dinastía Qing. Y si hay guerra civil, anoté, China se desintegra: los uygures y los tibetanos se independizan; los mongoles se anexan a la República Popular Mongola; los coreanos del norte de China llaman a Kim II Sung para que tome posesión de las zonas montañosas donde combatió y derrotó a los japoneses y que además por historia son de Corea; Hong Kong y Macao seguirían como colonias en calidad de ciudades-estado y China así desmembrada aún podría convertirse en el Tigre Mayor de Asia con

regiones atrasadas en el interior sometidas a las urbes de capitalismo moderno de la costa. Y también con zonas liberadas por un Ejército Rojo Maoísta de nuevo tipo. Entonces, Paulo me apuntó con el dedo diciéndome: ¡Tremendista! Y cuando le iba a replicar, la jamona María Candelaria sugirió pedir al Buró el retiro inmediato de las tropas que acampan en el Hotel. ¿Y si los manchúes confunden el Hotel con un cuartel? ¡Pobre de nosotras las mujeres!, exclamó. Aguantando una carcajada le dije: Para iniciar el verano, no te vendría mal una buena violación por parte de jóvenes manchúes maestros en milenarias y refinadas lujurias esteparias, y solté la carcajada. María Candelaria me amenazó blandiendo el filo de su mano en mi cara. Al día siguiente, la función corrió a cargo de los europeos: ómnibus, banderas, altoparlantes, correrías con maletas a medio hacer, llantos y gritos en todos los idiomas recomendándonos las cosas que dejaban. Y feliz viaje a Roma, Madrid, Bonn, París, Londres o Viena y a Bangkok, Manila o Hong Kong. En cambio, los japoneses, que recibieron la orden de su gobierno de no abandonar China, solo salieron del Hotel con rumbo desconocido y fuerte protección china cuando dos empresarios nipones murieron víctimas de un atentado. Se dice que los insurgentes habían amenazado con matar uno a uno a los japoneses que se quedaran en China como castigo por la movida estratégica que hicieron en la Bolsa de Hong Kong al comprar a precio nuevo acciones de inversión extranjera en China que por la crisis de Tian'anmen casi había tocado fondo. *Nadie engordará con la heroica sangre de los estudiantes de Tian'anmen*. Esta era una de las tantas consignas que circulaban de boca a oído en todo Beijing. El éxodo de algunos latinoamericanos fue discreto. Gracias a las gestiones de sus gobiernos, retornaron a su país o se

refugiaron en su embajada. En el Hotel, solo han quedado los espectrales sobrevivientes de la *legión extranjera de la pluma roja* que vinieron a China antes de la Liberación y uno que otro europeo o norteamericano (apolíticos, agentes secretos o defensores de los derechos humanos que tratan de salvar a estudiantes de la feroz represión). Y nosotros, expertos de países pobres del tercer mundo. Yo solo espero la llegada de mi sobrina para volver definitivamente al Perú. Katrín voló a París. Tomás, su malgache y Coco están en hoteles de la zona de extranjeros donde sus embajadas los han recluido para ponerlos a salvo de una posible intervención armada en sus universidades. Paulo, sus hijas y esposa tuvieron que salir a volandas de China en precaución de alguna represalia por haber estado muy cerca de dirigentes estudiantiles. Fernando, luego de transmitir su testimonio de la masacre de Tian'anmen desde el teléfono de su departamento a una cadena radial de Colombia, tuvo también que dejar China. Por lo intempestivo de su partida, solo pudo llevar una bolsa de plástico con medicinas en una mano y un libro en la otra. En estos días, los compañeros chinos de la oficina me han estado consultando por teléfono —mañana, tarde y noche— la corrección de estilo de algunos párrafos dispersos que me permiten suponerla pronta publicación de un comunicado oficial que en su título llevará la palabra *pacificación* al mejor manejo de las consignas del Gran Hermano del sistema social de Orwell: *La guerra es la paz*; comunicado que será difundido por la Agencia, es decir, por el *Ministerio de la Verdad* de esa pesadilla. Sin embargo, la única verdad son las dolorosas noticias que hoy me trajo Coco de mis jóvenes amigos chinos. Se fue en bicicleta antes del toque de queda: no quería tener problemas de disciplina con la embajada en su hotel-

refugio al otro extremo de la ciudad ni mucho menos con los soldados que patrullan Beijing y que disparan por las huevas, me dijo secando su copa de vino. Luego, mirando de reojo a la *ayi* que recogía platos y fuentes de la mesa en silencio, comentó: Así están todos los chinos desde la masacre de Tian'anmen. Sí, le dije, tristes y asustados. La *ayi*, agregué, apenas si me saluda, suspira a cada rato y se encierra en la cocina. Seguramente, me dijo Coco, a escribir la carta que deben entregar al Buró Político de su centro de trabajo. ¿Carta?, le pregunté extrañado. Sí, una carta, me contestó, donde tienen que informar día a día lo que hicieron durante los tumultos y hora a hora dónde estuvieron y con quiénes hablaron un día antes de la masacre, en la masacre y un día después. Y no pueden mentir: tienen que nombrar con pelos y señales a esas personas. Luego, vendrán las confrontaciones. Asombrado dije: ¡Mezcla perfecta de Kafka con Orwell! Coco abriendo redondo los ojos me preguntó: ¿Y quiénes se encargarán de leer esas millonadas de cartas y sobre todo de ese chuchonal de careos? ¿Te imaginas? No te preocupes, le contesté, para eso están los eunucos inmortales que después de haber roto botellitas como locos en todo Beijing ahora están quemando sándalo y billetes a Deng[28], y golpeé la mesa con el puño. En el silencio del toque de queda, en esta noche de duelo, solo se escucha en el desolado jardín del Hotel el *Concierto para flauta y arpa* de Mozart. De un trago, acabo la cerveza del vaso: es la primera bebida alcohólica que tomo desde finales del año pasado cuando me llevaron de emergencia al hospital y por entre las sombras azul-turquí de los nogales del jardín se acerca atlético y desnudo el joven Liang. Su peluca peinada con elegante descuido relumbra como nimbo de estampa de San Sebastián. Pero la albura

de su cuerpo no es lechosa con destellos azulinos a incienso; no, es de cálidos alabastros con centelleos anaranjados a sándalo. Y el cristal coralino de sus heridas se aureola en pólvoras de metralla. Me pongo de pie y reverente camino hacia él con el vaso de cerveza en una mano y un crisantemo blanco en la otra. Me sonríe con sus ojos almendrados y desaparece entre la bruma azul. Los murciélagos de seda negra vuelan a los tejados de jade y apuro hasta las heces la cerveza del vaso y ofrendo el crisantemo a las tinieblas. Y siempre los ritos; nunca lo oculto. En el jardín, sigue el contrapunto entre la flauta y el arpa. Me siento en el banco, cierro los ojos y era la tarde de un soledoso domingo de invierno de hace dos años. Desde el amanecer no había dejado de nevar y yo estaba en mi departamento borracho como todos los domingos escuchando música y sopesando los adjetivos de mi relato *En busca de Aladino*. Tocaron la puerta. La abro, y ahí, en el corredor, un joven chino de ojos almendrados. Me saludó con discreta cortesía y me pidió disculpas por interrumpir mi descanso dominguero y que Siu, el joven que trabaja con usted en la Agencia, me dio su dirección y que él, Liang, se presentó golpeándose suave la punta de la nariz con el índice, deseaba que le revisara un trabajo sobre la preposición para su curso de gramática española. Como en el chino no tenemos esas partículas, ya se imagina lo que sufrimos para comprenderlas, dijo moviendo la cabeza de fastidio y con clara y perfecta dicción española, pero con graciosa entonación de chino mandarín. Mientras lo hacía pasar a la sala, lo tranquilicé diciéndole que hasta los profesores de español teníamos dudas en su uso correcto. Se quitó sus guantes de cuero negro; luego, su gorro de piel con orejeras desplegadas a los lados como élitros de un bello escarabajo; en seguida, su grueso abrigo

guateado verde-militar con cuello de peluche marrón; y por último, su larguísima chalina gris. Al percibir el contrapunto entre la flauta y el arpa del concierto de Mozart que yo estaba escuchando ese domingo de invierno, se quedó parado, ahí, en medio de la sala. El magenta de la camisa y el negro del bluyín delineaban su grácil y varonil contextura en el resplandor de la nieve del jardín que se filtraba por las cortinas celestes de la ventana y se mezclaba con la luz gualda de la lámpara china de dragones. Lo miré y en su rostro marfileño enmarcado en abundante peluca peinada con diligente descuido descubrí el jugueteo de un vientecillo que rutilaba en las lágrimas que caían lentas por sus mejillas aún sonrosadas por el frío de la intemperie. Paulatinamente, la sala fue inundándose de la cálida y contenida presencia anaranjada de ese joven chino de ojos almendrados y de finos labios entreabiertos. Cuando acabó el concierto me dijo indignado: ¿Pero en nombre de qué nos privaron de esta música? ¿Con qué derecho nos prohibieron este placer que no tiene nada de burgués? ¿En qué hiere la moral socialista? Era la primera vez en mi larga estadía en China que escuchaba a un joven nacido en la Revolución Cultural, educado en la dialéctica marxista y formado con los cuatro principios de la política de reforma y apertura de Deng Xiaoping lanzar tales reproches a la dictadura cultural del Partido, pues siempre me había topado con jóvenes de esa generación a los que no les importaba el arte ni la literatura y únicamente proclamaban a los cuatro vientos que el único objetivo de su vida era triunfar, es decir, hacerse ricos, cueste lo que cueste, dentro, o mejor fuera de China. Es más, evitaban hablar no solo de la Revolución Cultural (pecado de sus padres que había que ocultar) si no de cualquier tema político o ideológico. Lo invité a tomar

asiento y le dije: Ahora mismo voy a crear un trago especial para ti, en tu homenaje. Ruborizado se secó las lágrimas y recitó un verso en un chino de crepitantes sonoridades y desfallecidas cadencias. Al advertir mi sorpresa, me dijo: Es el verso de un poeta de la dinastía Ming. Se acomodó en el sillón y me contó: Sucede que al cruel y corrupto Emperador Wu Zong se le metió el capricho de homenajear con una francachela a un poeta que apoyaba por lo bajo los levantamientos campesinos. Como cualquier desaire al tirano se pagaba con la vida, el poeta envió al Emperador este verso que de acuerdo con la melodía con que se recite puede ser aceptación o rechazo, terminó su relato con sonrisa de joven mandarín: fugaz y travieso brillo en la mirada lanzada al infinito a través de mis ojos. Y ahora, ¿con qué melodía lo has recitado?, le pregunté. Adivine, Señor Emperador, me dijo juntando las palmas de la mano a la altura del mentón. Hizo tres reverencias y luego se rio con púdico desenfado de muchacho pequinés. Entonces, te preparo el trago, le dije. ¿Quieres escuchar el concierto completo?, le pregunté. Sí, gracias. ¿De quién es? De Mozart, su *Concierto para flauta y arpa*. Mirando el estante de libros y artesanías, hizo memoria: Sí, ya recuerdo. Su biografía la he leído en la *Encyclopaedia Britannica*, pero nunca había escuchado nada de él. Para los dirigentes, la música clásica occidental es cortesana, decadente, dijo con voz quebrada. Acomodé el casete en el equipo y me dirigí a la antigua consola de madera negra convertida en bar. Después de pasar revista a las botellas, me decidí por el ron dorado Havana Club. Saqué dos vasos Collins y vertí en cada uno onza y media de ron y unas gotitas de limón para fijar su personalidad tropical. Este trago tiene que ser heterodoxo, me dije. Entré a la cocina y preparé té de

peonía blanca Yinzhen en una tetera de arcilla púrpura Yixing especial para darle al té un sabor más penetrante y resaltar su aroma. Volví a la sala con la tetera. En los vasos, eché la infusión caliente y una cucharadita de miel de abejas, y removí. El toque final lo di con dos lichi. ¡Ya está!, exclamé y le alcancé un vaso. Lo recibió. Dijo: Salud, y tomó un trago. Cerró los ojos y paladeó con sobria delectación. Luego, los abrió y se quedó niño mirándome alucinado de júbilo. Es magia, le dije moviendo las manos como un prestidigitador. Tomó otro trago, lo saboreó y aplaudió exclamando: *Hao hao hao hao*. Y yo, al puro estilo de modestia china, le respondí agitando la mano: *Bu bu bu bu*. Se sonrió y Mozart ya había terminado. Dirigiéndome al equipo le propuse escuchar el *Triple concierto para flauta, violín y cello* de Telemann. Te gustará, le dije. Mientras cambiaba el casete, le pregunté: ¿Desde cuándo estudias español? Lo hablas muy bien. No, no, me falta mucho, tomó un trago y agregó: Comencé a estudiarlo en primero de secundaria. ¿Y por qué escogiste el español? No, yo no lo escogí. Me lo impusieron. Yo quería estudiar inglés o alemán. Pero, usted sabe, los planes estatales, y agitó la mano como espantando moscas. Y ahora, ¿estás contento con el español?, le pregunté. Sí, puedo leer obras de escritores latinoamericanos y españoles directamente en su idioma y sobre todo sin censura. Las pocas traducciones que hay al chino tienen tantos cortes que ya no se parecen en nada a su original. Los dirigentes se preocupan demasiado por sacar pasajes pornográficos. ¡Se imagina *La casa verde* en traducción china? Sí, ya sé, le dije, esos vejetes de los burós de cultura del Partido son capaces de ver pornografía hasta en el vuelo de una mariposa en torno de una flor. El joven Liang soltó una carcajada diciendo. *Dui dui dui dui*. Sequé

mi vaso y añadí: Igualitos a los beatos y a algunos izquierdistas del Perú. Liang terminó también su trago y le ofrecí: Vino, cerveza o whisky. *Pijiu*, dijo. Pero antes, ¿qué te parece unos bombones con licor? *Xiexie xiexie*, aceptó goloso. Sacando de la consola-bar una caja de dulces suizos, comenté: Música clásica, tragos, bombones, libros en español sin censura y además conversación de amigos, y no oficial de intérprete asignado: suficientes pruebas para que los vejetes del Partido me expulsen de China por corruptor de jóvenes. Ya no soy tan joven, protestó. Discúlpame, le dije, serví cerveza y agregué: entonces, por corromper a un estudiante *hong weibing*. Cogiendo un bombón afirmó. Eso sí, pero ya pasó de moda, y en su rostro jugó una sonrisa burlona. Y a propósito, ¿cuántos años tienes? Quitando la platina morada del bombón, me contestó: Cálculo chino clásico: veintiuno; cálculo moderno occidental: Veinte. Al ver mi asombro, me explicó: En la antigua China, en algunos lugares se contaba la edad a partir del día del... del... Bueno, en chino se dice: *zuo ai* o *sing jiao* en forma grosera. ¡Ah, ya sé!, exclamé, tomé un trago y traduje: Polvo. ¿Polvo? Sí, polvo, le confirmé. ¿Y por qué polvo? Alisándome las canas, le confesé: La verdad, no sé. Luego, aventuré: Tal vez sea por la frase bíblica de polvo eres y en polvo te convertirás. ¿Has leído la Biblia? Solo fragmentos en inglés, sacó una libretita y repitiendo polvo polvo polvo escribió en ella la palabra con letra menudita. Serví cerveza y comenté: El cálculo chino no me conviene: me hace más viejo. Entonces, el joven Liang se puso de pie y reverente me dijo: *Laoshi*, para los chinos, la vejez es hermosa. Emocionado, lo invité a hacer un brindis. De la consola-bar, saqué dos copas altas de cristal y un tinto francés. Serví y levantando la copa dije: Salud por la hermosura

de la vida. Suavemente me quitan el vaso de la mano. Abro los ojos: el *lingdao* del Patio Ocho del Hotel. Gordo, de edad mediana, me llama la atención en mezcla de inglés y chino: La cerveza es un veneno mortal para los operados de cáncer, concluye. Le entrego un crisantemo blanco y le digo: Tian'anmen. En su rostro, aparece el dolor, y en sus ojos, el miedo. Levanta el índice a la altura del oído y mira en dirección a la avenida del Puente Blanco. En el jardín, se escucha una voz chillona propalada por altoparlante. Con gesto compungido, me sugiere que apague el equipo de sonido que he sacado a la ventana de mi departamento. Le digo que no hay problema y que por favor lo guarde. La noche se estanca en calor. Silencio. En oleadas, chirrido de grillos. Tomo cerveza. De pronto, ráfagas de metralla. Desde la calle angosta que pasa frente a mi departamento, llegan gritos y correrías. Y nuevamente, el silencio. Por el lado del comedor, aparece el francés Michel: flaco, calvo y cuello de pavo con cañones de barba. Me pide permiso para sentarse en el banco. Esta es la primera vez que se acerca a conversar y a tomar conmigo después de habernos saludado desde lejos durante ocho años. Me pasa una lata de cerveza y maldice a los dirigentes chinos. Este tipo de relaciones entre especialistas no es raro. Sucede que el Hotel siempre me ha parecido un barco navegando a través del tiempo y que solo hace escalas los fines y comienzos de semestre académico para dejar a los expertos que han cumplido su contrato de trabajo y recoger a los nuevos. Con el correr de los años, he tenido que aprender a convivir con esa población de viajeros transitorios. Intensas amistades, enconadas envidias y ruines intrigas se viven y se agotan en menos de un año. Y de pronto, entre esa bruma trashumante de rostros, se descubre a

un viajero permanente como uno. ¿Desde cuándo nos hemos estado cruzando en la cubierta de la popa, en las escaleras de estribor o en los pasillos de los camarotes? Nadie sabe; tampoco interesa. Algunas veces, ese descubrimiento es mutuo, y recién entonces comienzan los saludos a la distancia y la sonrisa cómplice de quienes se reconocen como camaradas enrolados en la misma travesía y sin puerto fijo de llegada. Pues bien, Michel es uno de esos viajeros permanentes. En París, ha enseñado literatura latina y ahora en Beijing es profesor de francés, estudia intensamente el chino y ya ha emprendido con éxito la traducción de obras clásicas como los poemas de *El palacio de Afanggong* de Du Mu[29]. Katrín me contó que Michel había escogido China por su aislamiento del mundo occidental para esconderse de su mujer, una millonaria loca, que lo anda persiguiendo de continente en continente. Ráfagas de metralla retumban en el jardín del Hotel. Michel termina su lata de cerveza y mirando el cielo dice: Y mañana, la gente hablará de cadáveres de soldados flotando en los canales y de ejecuciones sumarias de estudiantes en el Puente de Marco Polo, y tira la lata vacía. Ya no hay nada que hacer, le digo, todo está perdido. Ganó el último emperador, y tomo cerveza. ¿Y el concierto de Mozart?, indaga. Tuve que apagar el equipo, le informo y en seguida le explico: el *lingdao*, el estado de sitio, la ley marcial, usted comprende, y seco la lata. Era en homenaje a un amigo chino, al joven Liang, y le entrego un crisantemo blanco. ¿Tian'anmen? Sí, y lanzo la lata contra un árbol. Le pido por favor que saque cerveza helada de la refrigeradora. Okey, dice, se pone de pie y va a mi departamento. Las ventanas de los edificios permanecen oscuras. Retorna con cuatro botellas pequeñas y un vaso. Se sienta y me pregunta: ¿Y dónde estuvo la

noche de la masacre? Destapo las botellas y le contesto: Aquí, bloqueado en el Hotel. Katrín y Coco no pudieron venir a recogerme en auto: estuvieron atendiendo a un periodista francés que fue herido de bala en los enfrentamientos que hubo por Zhongnanhai la tarde del sábado víspera de la masacre. Por otra parte, era imposible conseguir un taxi por la orden del Gobierno de que nadie saliera de su casa ni mucho menos fuera a Tian'anmen a riesgo de perder la vida. A eso, agréguele esta maldita convalecencia. ¿Y usted dónde estuvo? Al igual que usted bloqueado, pero en el Hotel La Gran Muralla. Menos mal que no cerraron el bar, se felicita. Tomamos sin hablar y pienso que por razones más éticas que técnicas solo dedicaría un párrafo a la masacre en la novela que tal vez escriba en el Perú. Este párrafo sería así: Y entonces, solo en la mañana del domingo, desde la puerta del Hotel, pude ver el espectral retorno de los estudiantes de la plaza Tian'anmen. En silencio, descalzos, con sus trajes desgarrados, pasaban en grupos cargando a sus heridos bajo las titilantes sombras de añosos árboles y por entre las densas columnas de humo que se elevaban de autos oficiales y de vehículos militares incendiados a lo largo de la avenida del Puente Blanco. Y había sido tan pavoroso el infierno del cual salían que nunca se borraría de sus rostros sudorosos y sucios de lágrimas y de sangre reseca el horror de lo que habían visto y vivido esa madrugada en Tian'anmen. Nunca más volverían a sonreír, niños, con sus ojos almendrados o rasgados hasta el límite horizontal de la línea. Nunca más las muchachas volverían a hechizamos con el delicado aleteo de sus manos de bailarinas imperiales o con el vaivén de sus largas trenzas de pudorosas campesinas. ¿En qué piensa?, oigo la voz de Michel. Saliendo de mi ensoñación, le contesto: En la infernal poda

de cien flores. ¿De qué habla? Del Sanguinario Jardinero en Tian'anmen. Ah, ya lo entiendo. Ahora estará afilando sus tijeras, comenta y luego me pregunta: ¿Y escribirá algo sobre la masacre? Creo que no, todas son iguales, y estrello una botella contra el piso. En el jardín, vuelve a resonar la voz chillona del altoparlante. Michel escucha atento y traduce: Deben quedarse en sus casas sin hacer bulla y con la luz apagada. Hay orden de disparar a matar contra los infractores. Tomo más cerveza y como hablando conmigo mismo digo: Prendo la mecha y lanzo la molotov. La calle oscura se ilumina con una antorcha humana que corre dando alaridos y los milicos desde las esquinas descargan su fusilería contra nosotros que nos guarecemos detrás del parapeto de la azotea de una casona de dos pisos. Era junio en Arequipa. Hacía frío y la nieve de los volcanes cristaleaba en la noche azul. Aún no había cumplido veinte años y lloré. Todo comenzó hace tres días cuando el dictador Odría ordenó a la tropa desalojar a punta de bala y bayoneta a los estudiantes de la Independencia que habían tomado el local de su colegio. Y luego los muertos y heridos y las protestas populares y las sirenas de fábricas y de bomberos y la campana mayor de la catedral llamando a somatén y los enfrentamientos cuerpo a cuerpo con la Guardia Civil y los caballos y los sables y las piedras y la construcción de inexpugnables barricadas de adoquines. Después vendrían los piquetes de civiles y durante tres días escaramuzas con patrullas militares en toda la ciudad, ataques de hostigamiento a cuarteles y comisarías y asaltos al Casino Militar y a clubes de tiro. Y yo en un piquete de estudiantes y obreros y llegar a mi casa solo a comer algo de pie, tranquilizar a mis padres, preguntar por mis hermanos, no, no se sabe nada de los mayores, me dice mi mamá ocultando

sus lágrimas, y nuevamente escaparme a la lucha callejera. En la noche del tercer día, en una esquina de la plaza de Armas, mi amigo Hudson me ve y corre a abrazarme gritando: ¡Hermano, estás vivo! Todos dicen que te mataron cerca del Cuartel de Tingo. Limpiándose las manos sucias de pólvora y gasolina en su camisa rota, me informa que mi casa ha sido allanada tres veces por soldados. Avioneros y soplones. Buscaban armas y a tu hermano Alberto que desde hace tres días con una metralleta los tiene a raya por toda la ciudad. Quiero volver corriendo a mi casa, pero una descarga de fusilería me obliga a buscar refugio. Se abre una puerta y me jalan del brazo. Una señora me hace pasar al zaguán y tranca la puerta con fierro. Me dice que todo el centro está rodeado por la tropa que avanza disparando para tomar la plaza de Armas y que mejor suba por una escalera de madera hasta la azotea. Ahí me integro a un piquete de muchachos. Por su manera de hablar y de vestir, deben ser obreros o aprendices de oficios. Protegidos por el parapeto de la azotea, se mueven ágiles. Han pasado cuarenta años y nunca he podido olvidar esa noche: lanzo la molotov, el soldado en llamas corriendo por la calle oscura, el cielo azul, estrellado, y la nieve de los volcanes. Y era junio en Arequipa. ¡Alto el fuego!, gritan en una y otra parte. Silencio. Desde la Municipalidad, donde funciona una Junta Civil de Gobierno, llega la orden: Entreguen las armas. Todo se ha perdido. No más muertos. Por los techos vecinos, avanzan los soldados disparando. Se tiran todas las bombas a la calle y bajamos al patio. La señora nos hace pasar al comedor. Luz amarillenta y muebles destartalados, pero fina cristalería y porcelana japonesa en el aparador de lunas rotas. Sobre la mesa, varias palanganas de fierro enlozado, toallas, jabón de pepita, piedra pómez y timolina.

Compungida, nos dice que nos lavemos las manos pues los soldados lo primero que revisan a los prisioneros son las manos. Si están sucias de humo y huelen a gasolina, ahí mismo los rematan de un tiro. Rápido y en silencio, nos refregamos duro con piedra pómez. La señora, luego de perfumarnos con timolina, nos conduce al patio interior. Nos hace entrar a un cuarto oscuro de enseres viejos. Cierra la puerta y echa candado por fuera. La habitación es fría y huele a ratones. De pronto, sentimos a los soldados en el patio. De un tiro vuelan el candado, abren la puerta a culatazos y nos sacan a patadas. Ya está amaneciendo y el cielo luce celeste y escarchado. Son campesinos aimaras en servicio militar obligatorio de cuerpo macizo y rostro moreno cuarteado por la altitud y el frío de Puno. Y tan muchachos como nosotros. Están borrachos y su mejilla izquierda revienta con el bollo de coca. Nos ponen cara a la pared con las manos en alto y nos cachean gramputeándonos y el responsable del Partido Comunista un abogado de ilustre apellido nos dijo en la última reunión clandestina de la juventud que el único camino para liberar a los indígenas de su servidumbre feudal era luchar contra la dictadura de militares y latifundistas lacayos del imperialismo yanqui. Y los soldados aimaras nos miran con odio, nos hincan la espalda con la punta de la bayoneta y nos insultan: *¡Mistis!* Seco el vaso y le explico a Michel: *Misti* en quechua significa patrón blanco. Me mira y luego me pregunta: ¿Y esto ya lo ha escrito? No nunca lo escribiré. Sirvo más cerveza y continúo con mi soliloquio. A culatazos nos condujeron a la plaza de Armas reverberante de sol. En los techos de los portales y de la catedral, los soldados borrachos y coqueados disparando al aire pedían que nos fusilaran. En ese momento, de la municipalidad salió un oficial, alto y blanco, con una

corneta indígena. Bastó un toque agudo de corneta para que cesaran de inmediato los gritos y los disparos. El oficial nos ordena echarnos en el suelo con las manos sobre la cabeza. Desde el piso de mosaicos del portal y atisbando a través del arco del codo, puedo ver a los soldados sacando de las casas talegas de arena. Entre cuatro las balancean para luego tirarlas a las carrocerías de camiones militares. Cuando completan la carga, la cubren con lona y el vehículo sale tronando de la plaza. ¿A dónde llevarán tantas talegas de arena?, le pregunto a mi compañero de al lado. A la fosa común, me contesta, son cadáveres de jóvenes como nosotros. Bebo más cerveza; el jardín del Hotel, desierto. En Arequipa, hace cuarenta años, con dictadura militar, fosa común; ahora, en Beijing, con dictadura de Partido, pira común, comento. Le sirvo cerveza a Michel y le digo: No vale la pena escribir sobre masacres. Siempre los eunucos inmortales, de aquí o de allá o de cualquier punto de la tierra, ordenan a otros matar jóvenes. ¿Eunucos inmortales? Sí, eunucos inmortales, le afirmo, los burócratas, esos especímenes que siempre se aferran al timón del barco que sea sin importarles el rumbo que tomen. Esos que siempre flotan. Rojos, blancos, verdes o amarillos, qué más da, la misma mierda. Entonces, usted no solo es pesimista sino también anarquista, me aclara Michel. No, de ninguna manera. Yo creo en el pueblo, en los pobres. Recuerde lo que dice el Tao: *El pueblo no teme la muerte / Porque desea con exceso vivir / Por eso, no teme la muerte*. Además, por eso mismo soy socialista. Creo en un socialismo con libertad, sin dictaduras de ninguna especie. Sin comisarios mandones: dueños de vidas y de sueños ajenos. Seco mi vaso y Michel va a traer más cerveza de mi departamento. La noche sigue azul y calurosa y ahora que ya no me

interesa descubrir en el vuelo de los murciélagos los trazos del carácter de la felicidad o mejor de la armonía recién comprendo el significado de lo que me dijo el joven Liang esa tarde de verano cuando paseábamos por la estrecha calle comercial de Dashalan. Recuerdo que le pregunté ¿dónde está el secreto? y él colocando la cálida yema de su índice derecho en el centro inferior de mi frente me contestó aquí en tu Yin Tan. Y efectivamente, el secreto de la clave no estaba en comprender el significado del carácter, sino en sentir sus llamas en el Templo de la luz. Vuelve Michel con cuatro botellas de cerveza heladas. El *fuwuyuan* He y la señora lindao salen de la Oficina de Control a tomar el fresco de la noche. Con prudentes movimientos de manos, agradecen la invitación que les hago para que se acerquen. Se sientan en un banco distante y en silencio comienzan a cascar semillas de girasol. Michel abriendo una botella me dice: Katrín me ha contado que usted piensa escribir una novela sobre su estadía en China. Tal vez, le contesto, y sería en homenaje a mi amigo el joven Liang. Michel me sirve cerveza y luego me pregunta: ¿Y sabe cómo fue lo de su amigo en Tian'anmen? Del bolsillo del pantalón saco un casete roto y varios papeles doblados y le digo: Hoy, a mediodía, Coco, el novio de Katrín, usted lo conoce, me trajo esto de parte de Tin Tin, una amiga del joven Liang. Me dijo que recién hoy un compañero chino se los había entregado. Mire, le señalo el casete roto: los *Conciertos brandenburgueses Uno y Dos*. Dirección de Pinchas Zukerman, y desdoblando los papeles le pido que escuche la lectura de la carta.

Qin'ai de Laoshi O:

Ojalá que esta carta llegue a sus manos. Le pido disculpas por la letra y por las faltas que pueda cometer, pues la estoy escribiendo rápido en la Estación Central ya que dentro de media hora tomaré el tren a mi tierra natal. Para mayor seguridad viajo con tres amigas así que no debe preocuparse por mí. Le cuento que esa noche de la masacre llegué a la plaza como a eso de las diez. Venía directamente del Instituto donde había estado atendiendo a los compañeros heridos que traían en bicicletas y carretillas desde Xidan y Liubukou donde hubo serios enfrentamientos con la policía armada. Bueno, le digo que en una de las carpas que rodeaban la Columna a los Héroes del Pueblo encontré a Liang recostado en una tarima escuchando música clásica con el *walkman* que usted le había enviado con Coco. A la fuerza lo saqué y no unimos al grupo de compañeros de aula donde estaba su novia Wang Fuli. Sentados en las gradas más altas de la base de la columna junto a miles de estudiantes que llenaban el cuadrilátero y se esparcían por la plaza comenzamos a corear el *Himno rock a la diosa Libertad* que Hou Dejian estaba cantando con su banda. Desde donde nos encontrábamos se podía divisar la zona norte hasta la tribuna de Tian'anmen pese a la poca iluminación. En ese momento, en Tian'anmen había como sesenta mil personas sin contar a la multitud de la entrada noreste de la plaza donde se estaban levantando barricadas con camiones volcados. Por los altoparlantes se transmitían, entre canciones y discursos, informes sobre la resistencia de los comités vecinales de los alrededores de Beijing al intento de la tropa de tomar el centro de la ciudad. Se hablaba de muertos y de carros de transporte militar que ardían en las avenidas. Como a eso de la medianoche, nos sorprendió el ingreso por el sur

de dos enormes tanques. A gran velocidad, dieron una vuelta a la plaza para luego desaparecer por la avenida de la Paz Celestial. En ese instante, escuchamos balaceras y gritos. Una brigada de jóvenes obreros *Desafío a la Muerte* que protegía a los estudiantes en huelga salió a la carrera hacia el norte mientras nosotros parados en las balaustradas de la base de la Columna tratábamos de ver lo que estaba sucediendo. Por los altoparlantes nos pedían calma. Cesó la balacera y los compañeros que llegaban sudorosos nos contaron que uno de esos blindados se había abierto camino disparando a la multitud y arremetiendo contra las barricadas hasta el paso a desnivel de Jianguomen. Al rato, volvió la balacera y el gran tumulto. Luego, la zona norte de la plaza se iluminó con un gran incendio. Por los alto parlantes, saludaron con vivas a los compañeros que habían logrado atrapar a un blindado y que en seguida le habían prendido fuego. Se pedía que no se matara a los soldados que habían caídos presos. Estos enfrentamientos se sucedieron hasta eso de la una y media cuando una hilera de camiones con tropa ingresó por el noroeste. Ahora, la balacera era nutrida e interminable. Por entre la bruma, apenas si podíamos ver cómo la gente se disgregaba corriendo para luego reagruparse cantando *La internacional*. Un obrero que llegó al equipo médico a atenderse de una herida leve de bala en el brazo contó que los soldados bajaban rápido de los camiones y se formaban en tres filas. La primera de rodillas, la segunda medio erguida y la tercera de pie y comenzaban a disparar al cuerpo de la gente. Y no eran balas de goma. Eran de verdad. Y lloramos por los jóvenes obreros de las brigadas *Desafío a la Muerte* que habían ido con palos y lanzas a detener a la tropa. Como a eso de las tres de la madrugada, el ejército logró dominar la plaza. Con

tanques y camiones blindados, habían cerrado las entradas del norte. Miles de soldados sentados en las gradas de las escalinatas del Museo nos amenazaban enseñándonos sus armas listas para disparar mientras que del Gran Palacio del Pueblo salían cientos de soldados. Cuando escuchamos tiros y gritos en el suroeste, comprendimos que solo nos habían dejado la salida del sureste. Como a eso de las cuatro cesó la balacera y se apagaron las luces. En ese momento, el profesor Liu Xiaobo, nos informó que él con algunos estudiantes habían tomado contacto con mandos militares y habían negociado una evacuación pacífica de la plaza. La propuesta del profesor Liu, luego de un acalorado debate entre miles de estudiantes, fue aprobada en votación. Liang, pese a nuestros ruegos, votó en contra y se unió al grupo de más de doscientos que decidió resistir hasta el último pase lo que pase. De pronto, se reinició la balacera. Nos disparaban al cuerpo desde el norte. Nos tiramos al suelo mientras otros compañeros rodaban por las gradas de la base de la alumna. Volvió la luz y cesó la balacera. Más de treinta personas yacían en el piso con la ropa ensangrentada. Llamándonos a gritos nos buscábamos los amigos. Por fin, encontramos a Ling tirado cerca de una carpa. Su camiseta estaba empapada de sangre. Una bala le había dado en el estómago. Cuando con su novia Wang Fuli y dos compañeros estábamos llevándolo cargado al equipo médico que se había concentrado frente al Museo, los soldados que avanzaban desde el norte comenzaron a dispararnos al cuerpo gritando que nos alejáramos. Rápido volvimos a la carpa. Lo acomodamos sobre una colchoneta y con toallas tratábamos de detener la sangre. Sudaba y sudaba y sus labios perdían color. Le tomó la mano a su novia y hablando a

pausas le dijo que no se preocupara que solo era un rasguño. Luego, me encargó que le dijera a usted que cuando todo esto pasara cumpliría la promesa de llevarlo a una función de magia y que la clave de la armonía estaba dentro de usted mismo. Pidió agua y después de secar mi cantimplora continuó diciéndome que si en la novela que usted pensaba escribir al retornar al Perú lo ponía a él como personaje que por favor lo tratara con cariño. Y viera, profesor, le cuento que, pese a su gravedad, sonrió con los ojos como siempre lo hacía. Ocultándole mis lágrimas, salí a pedir ayuda. Cuando di la vuelta a la carpa cuya entrada miraba al sur, vi un enorme tanque blindado que avanzaba directamente hacia la carpa. Corriendo me puse entre el vehículo y la carpa gritándoles a los dos soldados armados de la cubierta que se detuvieran, que dentro de la carpa había un herido y dos estudiantes. Con groserías, me ordenaron quitarme de en medio. Estaban como borrachos. Llorando trataba de detener con las manos al tanque. Unos compañeros me empujaron librándome del enorme blindado que siguió avanzando. Derrumbó la carpa y pasó por encima. Lo que vino después lo recuerdo como una pesadilla. A la fuerza, me alejaron de la carpa. Un compañero me entregó el casete roto que le envío con esta carta. Fue lo único que pudo salvarse. Ya estaba amaneciendo y los tanques seguían arrasando carpas entre grandes incendios. Las tropas de las escalinatas del Museo y del Gran Palacio del Pueblo lanzaban gritos de aprobación. Miles de soldados habían logrado rodear a como doscientos estudiantes. A punta de golpes y patadas, los empujaban hacia la Ciudad Prohibida. Hasta el momento, ninguno de estos ha aparecido. Se dice que los fusilaron. Con mis amigos, me integré a la hilera de estudiantes que desde la Columna se extendía hasta la

salida del sud este de la plaza. Sucios y sudorosos, con la ropa hecha jirones, marchábamos lentamente tomados de la mano. Nos parábamos y volvíamos a avanzar. Desafiando a los soldados que disparaban a los curiosos, coreábamos consignas a favor del socialismo con democracia y libertad y contra la corrupción. También cantábamos casi llorando *La internacional*, nuestra canción aprendida en la infancia. El humo espeso de los incendios que se veían en toda la plaza nublaba el cielo de la mañana. Al frente del Pabellón Conmemorativo al presidente Mao Zedong, los soldados metían en grandes bolsas de plástico cadáveres de compañeros. Con estas bolsas, las maderas de la tribuna, las colchonetas, las tarimas, las cosas de los huelguistas y las carpas con los restos de los estudiantes aplastados, hicieron una enorme pira frente a la Columna a los Héroes del Pueblo. Cuando ya estábamos en la avenida Xuanwumen, cuatro tanques nos atacaron por la espalda. Avanzaban a toda velocidad disparándonos y echando gases lacrimógenos a las personas que nos alcanzaban agua y caramelos. Corriendo nos refugiamos en los jardines detrás de los árboles. Los tanques pasaban por encima de los compañeros que habían caído heridos. Un muchacho estaba tirado en la pista. La sangre le brotaba por todo el cuerpo y la boca se le había quedado aplastada en forma alargada. Sus ojos también estaban aplastados y grandes. Perdí el conocimiento. Me dicen que me llevaron en bicicleta al Instituto. Si alguna vez vuelve a China, no dejaré de buscarlo. Le ruego que queme esta carta. Si los de Seguridad se la encuentran y logran identificarme, ya se imagina lo que me espera. Cuídese, no trabaje mucho. *Xiuxi xiuxi xiuxi*. Siga practicando el *qigong* para prevenir el

cáncer. Saludos a Coco y Katrín. Por razones de seguridad, mejor no firmo. Con todo respeto, me despido de usted.

Seco mi vaso de cerveza. Michel contempla el cielo añil y en el jardín del Hotel solo escucha el chirrido de los grillos. No hay viento y el calor se espesa. Del bolsillo del blusón, saco un pequeño cofre de madera negra labrada. Lo pongo sobre el banco y levanto su tapa. Dentro de él, acomodo el casete roto de Bach y prendo un encendedor. No, por favor, trata de detener me Michel, es un valioso testimonio. Consérvelo, puede insertarlo en la novela que piensa escribir en el Perú. Prefiero el rito, le contesto y comienzo a quemar uno a uno los papeles cubiertos de renglones muy juntos de la letra menudita y redonda cuidando que las cenizas vayan cayendo directamente en el interior del cofre. Por entre los nogales, aparece el *lingdao* del Patio Ocho. Gordo, nos lanza una severa mirada de reconvención y luego temeroso señala con la mano la avenida del Puente Blanco. Cuando termino de quemar los papeles se esfuma en las sombras azules del jardín. Sobre las cenizas depósitos pétalos de crisantemos blancos. Cierro el cobre y recito en voz baja el poema de autor anónimo de hace dos mil ochocientos años que me enseño el joven Liang:

Ahora día a día sigues el camino
de la soledad
y al atardecer llegas a una
oscura morada.
Amigo de verdad,
al final hay un camino

por donde nunca anduve
y ese camino no lo andarás
tú solo.
Me hallarás una noche junto a ti:
la noche que me digan
que te has muerto.

Silencio y soledad: nuevamente la desesperanza. Los murciélagos de seda negra vuelan a los tejados de jade. Y se toma cerveza.

Michel, después de traer más botellas de mi departamento, me pregunta: ¿Y por qué sigue creyendo en el socialismo? Porque es la más hermosa de las utopías creadas por el hombre y porque además es una necesidad biológica de la sobrevivencia de la especie humana. Michel mueve la cabeza y me dice: Y su joven amigo Liang, ¿qué pensaba del socialismo? Cierro los ojos y comienzo a hablar sonámbulo con la dulce y ser no embriaguez de la cerveza. Estábamos entrando al otoño cuando después de haber reverenciado a Mao Zedong que reposaba dentro de una urna de cristal rodeada de flores frescas le pregunté al joven Liang en la puerta posterior del mausoleo: ¿Y qué piensas del socialismo? Me miró extrañado y luego con el índice señaló el cielo. En lo alto de la inmensa claridad celeste de la tarde, volaban vistosas cometas de figuras legendarias y de dragones, murciélagos, aves, serpientes y estrellas. Por entre grupos de colegiales, de soldados de franco, de campesinos con paquetes y bolsas y de parejas de enamorados y manadas de turistas, caminamos hacia la Columna a los Héroes del Pueblo. Nos sentamos en las gradas de la base de la Columna. Quise reiterarle la pregunta, pero preferí aplazarla para otra mejor oportunidad. Liang de su

mochila sacó una caja larga y plana. Dentro de ella, había una sarta de laminillas redondas de papel de seda de colores enmarcadas en varitas de bambú ornadas con plumas multicolores. ¿Qué es?, le pregunté. Ya verás, me contestó y con minuciosa habilidad amarró la pita de un carrete a los hilos que colgaban del extremo redondo de la sarta. Nos pusimos de pie y caminamos hacia el grupo de ancianos, adultos y niños que contemplaban extasiados el vuelo de sus cometas. ¡Qué raro!, en el Perú, esta distracción solo es para niños, comenté. Liang me miró de reojo y movió de un lado al otro la cabeza. Luego, pacientemente esperó un soplo de viento para lanzar al aire la sarta. Gracias a un diestro manejo de la pita, las laminillas unidas con hilos fueron elevándose una a una hasta transformarse en el cielo en un hermoso y multicolor dragón emplumado de por lo menos quince metros de largo. Mientras Liang soltaba o retenía la pita, le fui contando que en mi infancia en el mes de los vientos hacíamos nuestras propias cometas con cañas de carrizo y papel ordinario de colores en forma de estrella, rombo, barco o avión. Después, le poníamos una rabera de trapos a la cual sujetábamos filudas cuchillas de afeitar. ¿Cuchillas?, me preguntó muy serio. Sí, cuchillas para la guerra de cometas allá, en las Pampas de Polanco, entre mi banda de la Alameda y la de Campo Redondo. Y en pleno vuelo se daban feroces batallas: se las tasajeaba sin piedad. ¿Y esas cometas eran hermosas? Sí, le contesté. No comprendo, dijo y volvió a mover la cabeza. Después de un prolongado silencio, dije como hablando conmigo mismo: Así fue mi infancia en el barrio de San Lázaro, en Arequipa, y miré el cielo. El dragón emplumado se elevaba majestuoso y vertical. Agarra fuerte el carrete con esta mano, me dijo Liang y me ató la pita a la

otra. A través de los tirones de la cuerda sentía las furias del dragón. No intentes domarlo a la fuerza, me aconsejó. ¿Cómo?, si ya no hay más cordel en el carrete. Así, me contestó y rodeando con sus dedos la muñeca de mi mano me enseñó lo que podríamos llamar la técnica de la manipulación dragoniana. Y no era fácil, pues había que darle al dragón la sensación de vuelo libre con solo hábiles movimientos de mano. Cuando ya había domado al dragón, sorpresivamente Liang cortó la pita. El dragón agitando su cola emplumada se elevó libre. Míralo, míralo, me decía alborotado Liang. Y contemplé al dragón con tanta intensidad que paulatinamente, sin darme cuenta, fui transfigurándome en él. Ahora, yo era el dragón en lo más alto del cielo, en el centro mismo de los cuatro puntos cardinales, celestes, y sin fin. Y sentí el placer de la total libertad que solo disfruto cuando escribo. Pero este gozo fue breve y fulgurante como el orgasmo o como la religación con lo oculto a través de los ritos. Y escuché la voz lejana de Liang que me decía: Absoluta libertad. Ahora, estaba a mi lado sonriendo con sus ojos almendrados. Desde las balaustradas de la base de la Columna a los Héroes del Pueblo, vimos al dragón, colorido y emplumado, navegar, festivo, en el inmenso cielo de la plaza Tian'anmen, hacia el oeste. Entonces, el joven Liang, agarrándome la mano como suelen hacer lo muchachos pequineses con sus amigos íntimos cuando pasean, me dijo: La vida sin libertad no solo es fea, sino sucia.

Seco mi vaso de cerveza. Michel se levanta, me hace una venia y se va por entre los nogales. Silencio y soledad en los jardines del Hotel de la Amistad. Noche azul. Los murciélagos de seda negra vuelan hacia los tejados de jade.

Lima, 4 de junio de 1995

Notas

1 Bella Bella.
2 Escritor considerado el precursor de la literatura moderna china (1881-1936).
3 Se escribe también *Uigur*. Designa a un pueblo de cultura túrquica y religión musulmana que habita principalmente en la región de Xinjiang, en el noroeste de China.
4 *Diario del Pueblo*, órgano oficial de China.
5 Movimiento por una nueva cultura generado en la Universidad de Beijing el 4 de mayo de 1919. Este acontecimiento influyó poderosamente en la introducción de la democracia y la ciencia moderna en la China tradicional.
6 El Templo de la Luz.
7 Fruto que se cultiva exclusivamente en China. Es rico en jugo, dulce y de aroma especial, por lo que es considerado una de las frutas más sabrosas del mundo.
8 Costumbre china de evaluar a dirigentes o políticas sobre un puntaje de diez.
9 Significa «Manzana azul». Es el nombre de Chiang Ching antes de ir a Yenan, cuando era una famosa artista de cine.
10 Estos rehabilitados, que recibieron en una sola entrega la suma total de los salarios de doce años no pagados, constituyeron la base política y económica de las reformas de Deng.
11 Forma popular de llamar a las prostitutas.
12 Nombre que se daba a los monjes taoístas por sus aparentes extravagancias y modales de niño de acuerdo con la idea del Tao del retorno a la acción espontánea, como la del niño que juega únicamente por jugar.
13 Modelo de nivel nacional; vanguardia.
14 Los cuatro principios fundamentales se refieren al camino socialista, a la dictadura democrática popular, a la dirección del Partido Comunista, y al marxismo-leninismo y el pensamiento de

Mao Zedong.

15 Gerente General del Grupo Stone, próspera empresa de computación formada por profesores de la Universidad de Beijing que dejaron la cátedra debido a los bajos salarios.

16 Corporación China Intermediaria de Inversiones Internacionales vinculada a la viuda de Liu Shaoqi, primer presidente de la República Popular China, que junto con su secretario, Deng Xiaoping, fue defenestrado por Mao Zedong tras ser considerado derechista.

17 Puerta principal de la Sede Central del Gobierno.

18 Referencia directa a Deng Xiaoping: *Xiao* significa «pequeño»; y *Ping*, «botella».

19 En China, la pena de muerte se aplica disparando en la nuca mientras el reo está arrodillado con las manos atadas en la espalda y la frente en el suelo. Antes de la ejecución pública, el reo es rapado y exhibido en las calles con un letrero en el pecho.

20 Derecho al trabajo y estabilidad.

21 Plato rejuvenecedor hecho a base de pene de burro en salmuera de tres días, cortado en rebanadas, y cubierto con salsa dorada.

22 Presidente de la República Popular China entre 1988 y 1993.

23 Novela erótica publicada durante la dinastía Qing. Su traducción al español sería «El rollo de oraciones de la carne».

24 En algunos lugares del campo de China, es costumbre que los jóvenes, en acción comunitaria, construyan una habitación especial para la noche de bodas de los recién casados. Además, cada joven deja un pequeño orificio en la pared para observar a los novios en su intimidad, y luego comentar sobre sus contribuciones, o no, al arte talámico popular.

25 En China circulaban dos tipos de moneda: el renminbi, con su unidad el yuan; y el certificado de cambio de divisas. El certificado tenía el mismo valor que el renminbi y solo podía ser usado dentro de China por el cuerpo diplomático, empresarios o turistas extranjeros. Estaba prohibida la circulación de monedas extranjeras, por lo que únicamente el Banco de China podía convertir las divisas extranjeras en certificados. Los expertos extranjeros recibían un porcentaje de su sueldo en divisas

extranjeras y se les daba un carnet especial que les permitía usar el renminbi. Este carnet también era usado por los becarios extranjeros. Gracias a este sistema de uso de moneda extranjera, sumado a las políticas de apertura y de mercado libre y al creciente número de desocupados, se creó un mercado negro de dólares y certificados. Al mismo tiempo, apareció una tasa oficial de cambio un tanto ficticia, y otra informal que fluctuaba según la verdadera realidad económica de China. La diferencia entre ambas, que a veces llegaba en los certificados de uno a tres, y en los dólares hasta de uno a más de cinco, atrajo al mercado negro a diplomáticos, expertos, estudiantes extranjeros y a chinos que seguían la política de Deng Xiaoping.

26 Clarinete de sonido muy agudo. Laúd.

27 Instrumento de cuerdas parecido al laúd. *Las cuerdas gruesas vibran evocando una lluvia torrencial, / murmuran las finas como si perlas de diferente / tamaños cayeran en una fuente dejade*. Extracto de un poema de Bai Juyi (dinastía Tang).

28 La expresión «romper botellitas» hace referencia a una protesta popular contra Deng Xiaoping. Mientras que «quemar sándalo y billetes» es una ofrenda y petición de riquezas a Buda.

29 También conocido como Du Muzhi. Fue un poeta durante la decadencia de la dinastía Tang. En sus poemas de *El Palacio de Afanggong*, se vale de sucesos de épocas pasadas para satirizar la suya. Es una severa condena a la vida corrupta de los emperadores de la última etapa Tang.

Glosario

Ayi: En sentido literal, significa «tía» y se utiliza de manera afectuosa para referirse a las trabajadoras encargadas de las labores del hogar.

Binguan: Significa «hotel».

Bu: Significa «no» y es la forma de negación más común en China. Se emplea tanto en respuestas directas como al combinarse con verbos. *Buyao* significa «no» en forma imperativa. Se utiliza para indicar prohibición o instrucción de no hacer algo. *Buyong* se traduce como «no es necesario».

Cha: Té o infusión obtenida de las hojas de la planta *Camellia sinensis*.

Chifan: *Chi* significa «comer»; y *fan*, «comida»; juntos, se refieren al acto de comer. La expresión *Chifan, bu keqi* se traduce como «Comer, sin formalidades» y se emplea para invitar a alguien a disfrutar de la comida con confianza y naturalidad, sin la imposición de convenciones o protocolos.

Dazibao: Se traduce literalmente como «cartel de grandes caracteres» y se utilizó en China durante la Revolución Cultural (1966-1976) para expresar públicamente opiniones, denuncias y críticas de carácter político.

Dui: Significa «correcto» y se utiliza para afirmar o responder de manera positiva.

Dong fang hua zhu ye: Frase de la China antigua que alude a la noche de bodas. Literalmente significa «velas ornamentales en la habitación de la cueva» y proviene de un antiguo ritual en el que

los recién casados pasaban un mes aislados en una cueva, protegidos de influencias externas.

Fuwuyuan: Personal o empleados de servicio que desempeñan funciones en restaurantes u hoteles.

Gan-bei: Expresión que significa «¡Salud!» o «¡Brindis!». Literalmente, «vaciar la copa».

Gongzuo: Trabajo, labor o empleo. Puede funcionar como verbo o sustantivo.

Hao: Significa «bueno» o «bien» y se emplea como expresión de aprobación o conformidad. *Hen-hao*, significa «muy bien» o «excelente». Ambas expresiones se utilizan para felicitar, por ejemplo, al celebrar una buena actuación o un desempeño destacado.

Hong weibing: La traducción literal es «soldado defensor rojo». Hace referencia a los Guardias Rojos, un movimiento juvenil radical que desempeñó un papel protagónico durante la Revolución Cultural liderada por Mao Zedong.

Jiaozi: Raviol chino de masa fina, relleno de carne o verduras, cuya forma semilunar evoca los antiguos lingotes chinos.

Lao: Significa «viejo» o «veterano», y se emplea tanto para denotar edad avanzada como para expresar respeto hacia una persona mayor. Por ejemplo, antepuesto a un nombre —como «O», primer carácter de Oswaldo—, confiere el matiz de «viejo Oswaldo» o «veterano Oswaldo».

Laoshi: Literalmente significa «maestro» o «profesor». Se utiliza para referirse a una persona con amplia experiencia y autoridad en una disciplina, reconociendo su trayectoria y conocimiento. La expresión *Laoshi, qing zuo* se traduce como «Profesor(a), por

favor siéntese», mientras que *Qin'ai de Laoshi* significa «Querido profesor(a)».

Lingdao: Jefe o líder. Término utilizado para referirse a una persona que dirige o supervisa a otros.

Maotai: Célebre licor chino de alta graduación, elaborado con sorgo. Es considerado el licor nacional de China y se ofrece en banquetes oficiales y celebraciones importantes.

Mei: Se traduce como «no hay» o «carencia de», y se emplea para negar la existencia o presencia de algo. La frase *Meiyou* indica ausencia de algo o falta de posesión. Se traduce como «no hay». *Meiyou banfa* significa «no hay manera» o «no hay solución». *Mei guanxi* se utiliza para decir «no pasa nada», «no hay problema» o «no importa».

Milu: Se refiere al Perú. En China, «Perú» puede pronunciarse como *Milu* o *Bilu*, dado que el carácter correspondiente admite la lectura *bi* o *mi*, según el contexto. El término *Miluren* designa a un(a) peruano(a). *Ren* significa «persona» y, en este contexto, cumple la función de formar el gentilicio.

Niu bian: Literalmente «pene de toro». Ingrediente culinario en la cocina tradicional china, valorado por sus supuestas propiedades nutritivas y afrodisíacas.

Pian: Mentir. Verbo que indica acción de engañar o manipular.

Pijiu: Significa «cerveza».

Qigong: Disciplina tradicional china que integra movimientos suaves, respiración y concentración mental para cultivar el *qi* (energía vital).

Shenme?: Se traduce al español como «¿Qué?» o «¿Qué es eso?».

Tan'itan: Expresión común que se traduce como «espere un momento» o «espere un tanto».

Wo: Pronombre personal en chino que significa «yo» o «mí». *Wo Tian'anmen* es una expresión que se traduce como «Yo a Tian'anmen». El autor ha obviado la utilización del verbo *ir*. *Wo shenti jiankang* significa «Mi salud está bien». *Wo hen gao xing* se traduce como «Estoy muy feliz» o «Me siento muy contento». *Wo hao* se traduce literalmente como «Yo bien». Para comunicar adecuadamente «estoy bien» en chino, se utiliza la frase *wo hen-hao*.

Xiaozibao: Se traduce como «pancarta de pequeños caracteres».

Xiexie: Gracias; expresión común de gratitud.

Xiuxi: Término que significa «descansar» o «reposar». Puede emplearse tanto como verbo o como sustantivo.

Yi er san si: Uno, dos, tres, cuatro.

Youyi: El término se traduce literalmente como «amistad» y era empleado por los residentes del Hotel de la Amistad para referirse a este de forma familiar.

Zhongguo: Término que significa literalmente «país del centro» o «reino del centro»; es el nombre con el que China se denomina a sí misma. El gentilicio correspondiente es *Zhongguo ren*.

Zhuxi: El término se traduce como «presidente». En China, el título «Zhuxi» se utiliza para designar a la máxima autoridad de una organización o del Estado. Mao Zedong, por ejemplo, ostentó el título de Zhuxi como líder supremo de la República Popular China, y era conocido como Mao Zhuxi.



LOS EUNUCOS INMORTALES

© 1995, Oswaldo Reynoso
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Alfaguara es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

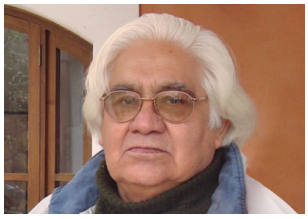
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-5195-20-3
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025-04725

Primera edición: mayo de 2025

Conversión a e-book: Apollo Studio

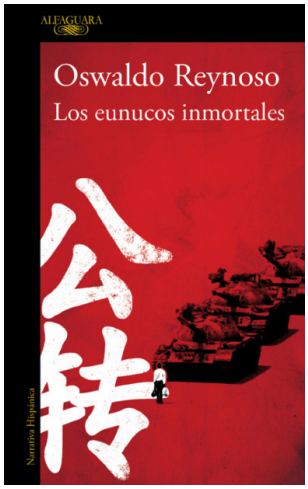
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro,
incluyendo en utilizarla para efectos de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia
artificial ni de minería de datos, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Oswaldo Reynoso

Nació en Arequipa el 10 de abril de 1931. Su primera incursión en la literatura —bajo el influjo de los poetas malditos del siglo XIX— fue el poemario *Luzbel* (1955), pero el reconocimiento llegó con el libro de relatos *Los inocentes* (1961). A estos siguieron las novelas *En octubre no hay milagros* (1965) y *El escarabajo y el hombre* (1970). Tras su vuelta al Perú, luego de doce años en China, publicó *En busca de Aladino* (1993), *Los eunucos inmortales* (1995) y *El goce de la piel* (2005). Posteriormente, aparecieron *Las tres estaciones* (2006), *En busca de la sonrisa encontrada* (2012) y *Arequipa, lámpara incandescente* (2014). Falleció en Lima el 2016. Inédita está la novela *Huamanga, Huamanga*.

Fotografía de autor: © Rosa María Vásquez
Diseño de cubierta: Apollo Studio



«Emociona volver a palpar en estas páginas el valor que Oswaldo le otorgaba a la amistad».

Gustavo Rodríguez

Un escritor peruano vive en un hotel para extranjeros en Beijing, corrige textos oficiales, enseña español y toma notas para una novela que tal vez no escriba. Mientras tanto, observa. Ve cómo la ciudad se transforma, cómo los estudiantes se movilizan, cómo el miedo se filtra por los pasillos. Conoce a Liang, joven idealista; a Lao Liu, viejo corrector con memoria de hierro; a Coco y Katrín, pareja devota de las noticias. Conversa con ellos, bebe té, escucha. Toma distancia, pero no tanta: pronto la historia lo alcanza. Las protestas crecen en la plaza Tian'anmen, la represión se avecina. Desde su habitación —tan lejos de Arequipa como del heroísmo— asiste al colapso con la mirada de quien sabe que hay momentos en que el silencio también es un modo de escribir.

Los eunucos inmortales es una novela sobre la espera, el poder y la imposibilidad de narrar lo que ocurre mientras ocurre. Una obra política, sí, pero también íntima; sutilmente humorística y ferozmente lúcida. Esta edición conmemora los treinta años de su publicación original, reafirmando su vigencia como una pieza imprescindible en la obra de Oswaldo Reynoso.